



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU
FONDO EDITORIAL 1981

Este libro, obra de rara erudición, recoge las biografías de los principales compañeros de Pizarro en la captura del Inca. El autor es un especialista en el siglo XVI y gracias a ello lleva al lector a descubrir valores que se le escaparían al neófito. No se trata del frío ensayo estadístico, tampoco del despersonalizado estudio sociológico, sino de una historia documentada escrita por las vidas de quienes participaron en ella. Después de la veracidad, repetimos, lo que más hay que admirar es la captación del marco histórico y humano. Cosas viejas contadas de un modo nuevo, hechos descarnados narrados de un modo ameno. Pero la moneda tiene dos caras. La positiva, que muestra el botín, el encumbramiento social, el poder político y la gloria ultraterrena; y la negativa, que porta el hambre, el miedo, la enfermedad y la muerte. El reborde de esta moneda podría ser el mito, siempre dorado pero no siempre existente.

Cerca de treinta biografías se encargan de hacernos ver esta realidad, engarzadas todas en la Hueste Perulera, tropa de Soldados castellanos que a la sombra del águila bicéfala de la Casa de Austria, puso en el Perú, temporalmente para bien y para mal, el estandarte de España.

Diagramación de carátula: Bertha Ochoa

LA HUESTE PERULERA

SELECCION

JOSE ANTONIO DEL BUSTO DUTHURBURU

LA HUESTE PERULERA
(Selección)



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU

FONDO EDITORIAL 1981

(c) Pontificia Universidad Católica del Perú
DERECHOS RESERVADOS
Fondo Editorial, 1981

A mis sobrinos Javier,
Rafael, Raúl y Juan Pablo
del Busto Bretonche.

INTRODUCCION

Las biografías que figuran en este pequeño volumen, proceden de unos artículos que, principalmente en la Revista Histórica del Perú y en Mercurio Peruano, publicamos años ha. Unos fueron solicitados por el Ingeniero Manuel Moreyra y Paz Soldán, Director de la primera, otros por el Doctor Víctor Andrés Belaúnde, Director de la segunda. En todos los casos ofrecimos biografías inéditas conforme a datos recogidos en las crónicas quinientistas y en documentos del Archivo General de Indias de Sevilla. Hoy, a pedido del Doctor Franklin Pease García Yrigoyen, Director de Publicaciones de la Pontificia Universidad Católica del Perú —a quien agradecemos— las presentamos reunidas aquí. En razón de su número y variedad hemos podido confeccionar con ellas una selección de los compañeros de Pizarro en la captura del Inca, una visión de la tropa perulera como parte de la milicia indiana, acaso con la única intención de mostrar unos conquistadores que, lejos de ser ángeles o demonios, espíritus del mal o semi-dioses, fueron hombres y nada más que hombres.

José Antonio del Busto Duthurburu

Lima, enero de 1981

EL MAESTRE DE CAMPO :

RODRIGO NUÑEZ

Rodrigo Núñez, el Maestre de Campo de los españoles en Cajamarca, fue hombre nacido alrededor del 1500¹, y junto con su hermano Francisco se había señalado notoriamente entre los antiguos conquistadores de Nicaragua².

Su verdadero nombre fue Rodrigo Núñez de Prado y descendía de una vieja Casa trujillana cuyo historial nacía con la infanta doña Blanca y su esposo Pedro Estébanez Carpinteiro³. Los Núñez de Prado, Martínez de Prado o Mejía de Prado, como se apellidaron sus nietos, formaban un mismo linaje y su amistad con Gonzalo Pizarro, El Largo, padre de los Pizarros del Perú, facilitó el maestrazgo que sugirió Belalcázar⁴.

Rodrigo Núñez pasó a Indias en la famosa armada de Pedrarias cuando solo tenía catorce años de edad. Allí sirvió primero con el capitán Diego de Albítez en la espantosa entrada de Veragua, de donde salieron con algún oro y cautivos. Pero preso el capitán por el Gobernador López de Salcedo, Rodrigo Núñez siguió la bandera del vencedor y en su hueste marchó entonces a la conquista de Huaymuca y país del Cabo de Honduras⁵.

Destacó grandemente en ambas entradas, lo que le valió al volver a León de Nicaragua tener allí indios de repartimiento⁶. En esta ciudad, el 4 de abril de 1528, fue testigo junto con el capitán Gonzalo de Badajoz en una apelación interpuesta por el procurador del Cabildo al Gobernador López de Salcedo⁷. Pero poco después alguna irregu-

laridad debió de observar el Visitador de Naturales en sus tributarios. porque en setiembre del siguiente año, el Alcalde Isidro de Robles declaró que dicho Protector “a visitado todas las más plaças de la provincia del Viejo e suspendido los yndios de rodrigo nuñez”⁸. Mas aquí le valió su enemistad con Pedrarias, porque Francisco de Castañeda, el turbulento Alcalde Mayor de Nicaragua, le devolvió el repartimiento con la única mira de irritar una vez más al Gran Justador⁹. Por tal motivo se le siguió considerando vecino de León y al mes siguiente, junto con Juan de Espinoza, Hernán Valiente y un fulano Robledo, lo hallamos costeando un soldado para que fuera a defender las minas de Gracias a Dios¹⁰.

No por ello marcharon mejor sus asuntos en Nicaragua y enemistado con los bandos de Pedrarias y López de Salcedo buscó refugio en la amistad de Sebastián de Belalcázar, capitán que marchaba a la tierra del Perú. Su reputación de buen soldado le permitió desde un comienzo participar en aquella militar empresa. Atrás quedarían para siempre la gran laguna y sus volcanes, también sus indios de la ciudad de León. De este modo zarpó desde el Realejo junto con Mogrovejo de Quiñones, Hernando Beltrán, Francisco de Fuentes y otros bravos que buscando guerra decidieron ir al sur. Esto explica el por qué Núñez se juntó a Pizarro en Mataglán y por qué recién allí obtuvo el cargo de Maestre de Campo. De este modo, luego de Francisco Pizarro, Rodrigo Núñez pasó a ser el soldado de más alta graduación en estas “tierras e mares australes de la Nueva Castilla, que el vulgo llama Perú”¹¹.

El cargo de Maestre de Campo merece que se le dispense alguna atención. Era grado muypreciado en la milicia indiana, equivalía a lugarteniente de Capitán General, y llevaba consigo la facultad de castigar traidores y delincuentes. Se daba siempre a hombre que tuviese gran experiencia militar y que además fuese activo, vigilante y minucioso. Sus deberes principales eran asentar el campamento en lugar seguro y bien provisto de agua, leña y hierba para los caballos; nombrar los centinelas que velarían los cuartos de la noche y encargar la ronda a los sargentos; estudiar el camino de la hueste y enviar corredores que mirasen los flancos y la vanguardia; y por último, llegado el momento de la batalla, ordenar a los infantes y jinetes en hilera o “esquadrón cuadrado”, reforzando el conjunto con algunos arcabuceros en los flancos¹².

Sin embargo, la importancia del Maestre de Campo se mermó el día de la investidura. Un enfriamiento hacia él se dejó sentir en los Pizarros, sus paisanos, quienes trataron de restarle autoridad quitándole el cargo de Alcalde Mayor, esto es, disciplinario de la hueste, para investir con esta obligación a Juan de Porras, hidalgo sevillano que había venido también con Belalcázar¹³. Por otros documentos se descubre que fue el propio Belalcázar quien tal cambio exigió. En todo caso la propuesta la hizo Belalcázar y la aceptación fue unánime por parte de los extremeños. Ningún papel arroja luz sobre este proceder de los Pizarros, pero el cronista Pedro Pizarro (que por ser quien era trata de alabar a los suyos y menoscabar a sus adversarios) es el único que dice algo aunque de modo indirecto. Se trasluce la intención al tener para Rodrigo Núñez frases despectivas y cargadas de despecho. Y así, cuando habla de aquel indio en Tumbes que rogó al Gobernador no le robasen su casa, contará que “el Marqués le dijo (al indio) que hiciese poner una cruz donde vivía, y que él mandaba que no tocasen a ella; y así mando a un Rodrigo Núñez que era repartidor de las comidas y echaba las velas que mandase echar un pregón que la casa donde viesen una cruz no llegasen a ella; este Rodrigo Núñez tenía cuidado de repartir las comidas que los indios juntaban cuando salían de paz, porque el pueblo que de paz venía ningún español era osado de entrar en casa de indio a tomalles nada, ni de otra parte donde lo tenían so pena de ser afrentado el que lo hacía por la justicia y el que no era para esto le desterraban o mataban: guardose tanto esto hasta que D. Pedro de Alvarado pasó a éstas partes. La gente que trujo venía mal avezada de Guatemala, que ellos fueron los inventores de ranchar, cuando Almagro los llevó a Chile”¹⁴. El párrafo es malévolamente por negarle a Rodrigo Núñez su calidad de Maestre de Campo y añadir un rasgo negativo a la jornada de Chile. Mas adelante nos daremos entera cuenta del alcance de estas frases. Por ahora sólo cabe adelantar que Rodrigo Núñez fue a Chile con Almagro y, precisamente, en calidad de Maestre de Campo.

Y así continuó la tropa su camino, entre cardones y algarrobos, hasta Tangarará, junto al río Chira, donde los hispanos fundaron la ciudad de San Miguel. De allí volvieron a salir rumbo a la cordillera, desde cuyos picachos avistaron finalmente la ciudad de Cajamarca. Era el 15 de noviembre de 1532, víspera de san Rufino mártir, y no de la Santa Cruz como apuntan otros.

Al siguiente día Rodrigo Núñez ayudó a Pizarro a disponer el orden de batalla. Las declaraciones del soldado Antonio de Vergara y otros conquistadores nos dicen que mandó cerrar las calles con talanqueras guardadas por los rodeleros y que al resto de la tropa lo ocultó en unos galpones. Entonces fue que el Inca hizo su entrada en Cajamarca y detenido en el centro de la plaza preguntó con altivez por los cristianos... Una hora después, los cristianos tenían preso al Hijo del Sol y la noticia se esparcía por los cuatro Suyos de la tierra. Los quechuas se creían redimidos por los dioses blancos y los quitos atacados por los vengadores de Huáscar. Las crónicas sostienen que fue Pizarro el que dispuso el orden de batalla y que para ello se inspiró en la hazaña de Cortés. La verdad no es muy distinta, sólo que a Rodrigo Núñez también cupo parte de la gloria. Había sido el Maestre y todos reconocían que su actuación fue acertada, sólo que los Pizarro ocuparon el primer lugar. Como que había sido impuesto por Belalcázar, predominó el despecho sobre el paisanaje y se menospreció su amistad. Oscurecido, malcontento, a la hora de repartirse el botín sólo recibió 8.880 pesos de oro y 362 marcos de plata¹⁵. Se insistía que su comportamiento había sido bueno, pero, a decir verdad, no se le pagó ni siquiera como al mejor hombre de a caballo.

De que Rodrigo Núñez actuó como jinete en la prisión del Inca no cabe la menor duda. Cieza y Herrera así lo dicen, el franciscano Salinas no hace sino confirmarlo¹⁶. Pero lo que todos olvidan es que esa tarde el Maestre de Campo cabalgó sobre un caballo fiado. El crédito se había hecho con anterioridad y ello se descubre por el precio. Si la compra de este equino se hubiera efectuado en fecha posterior a la prisión del Inca, su valor habría sido de 4,000 o 5,000 pesos. Pero sólo costó 1,600, como reza la escritura de cancelación, y eso prueba que el jinete estaba pobre y sobre un caballo a pagarse bajo palabra de honor. De no mediar la confianza del amigo, el Maestre no hubiera podido correr el campo para alertar a sus hombres y solamente habría sido un... caballero sin caballo¹⁷.

Distanciado con el Gobernador y descontento con la paga, siguió a Jauja y el Cusco, pero se sospecha que sin el maestrazgo. También consta que marchó con Almagro a San Miguel de Piura y que allí, por razón de 120 pesos que le prestó el Adelantado, le extendió una carta de pago el 22 de mayo de 1534¹⁸. El 6 de junio todavía estaba en Cango, pueblo de la jurisdicción de San Miguel¹⁹, pero el 26 de agosto

se le encuentra ya en San Francisco de Quito obligándose con otros 800 pesos a Ximón Suárez, valor de un caballo que le compró²⁰. El haber subido hasta la equinoccial con Almagro para interceptar el avance de Alvarado fue, sin duda, el principio de su gran amistad con el descubridor de Chile. Almagro, Alvarado y Rodrigo Núñez comienzan a perfilarse así peligrosos para el bando de los extremeños y eso nos explica el juicio del cronista pariente del Marqués. Luego de esto partió Almagro para Chile, llevando consigo mucha gente de Guatemala —vale decir, la de Alvarado—, y por Maestre de Campo a Rodrigo Núñez de Prado²¹.

Antes de partir, en el Cusco, a 11 de mayo de 1535, Rodrigo Núñez se desprendió de muchas cosas inservibles mediante una venta masiva al Veedor García de Salcedo y el 15 de julio, éste le canceló lo adquirido con 11,460 pesos²². Después de ello, corriendo ya el mes de agosto, Rodrigo Núñez partió de la imperial ciudad del Cusco con el último refuerzo para Almagro. Iba a

*“Chile, fértil provincia y señalada
en la región antártica famosa”;*

y eso lo llenaba de emoción. Allí sí que habría buena paga y muchas ocasiones para cubrirse de gloria. Pero después de atravesar sierras nevadas y arenales desiertos, de perderse muchas vidas y encontrarse poco oro, cundió en los españoles la desilusión. Entonces fue que Almagro dio la expedición por fracasada y la maltrecha tropa volvió al Cusco. Si bien es verdad que de Rodrigo Núñez no hubo queja, también es cierto que no protagonizó ninguna hazaña digna de mención. En todo momento derrochó voluntad pero a pesar de ello, su comportamiento fue incoloro, por no decir medroso. Como Maestre de Campo, pues, Rodrigo Núñez no pudo ofrecer muchas soluciones. Acaso tenía razón Cieza cuando decía que era “Hombre de no mucho saber y menos consejo”²³.

En lo que sigue, Rodrigo Núñez estuvo siempre con la parcialidad de los de Chile. Después de socorrer el Cusco cercado por Manco Inca, asistió con el Adelantado Almagro —el 12 de julio de 1537— a la rota de Abancay²⁴. Vuelto a la ciudad sagrada, siempre como Maestre de Campo, tornó a salir de allí con el Adelantado a Chíncha, donde fue uno de los capitanes almagristas a los que juramentó Hernán Ponce

—“como caballeros hijosdalgo, según costumbre y estilo de caballeros de España”²⁵—, para que no hubiera emboscada, alboroto ni traición en la entrevista de Almagro, Pizarro y el Provincial Bobadilla. Luego escoltó al Adelantado nuevamente al Cusco. Para Almagro era su fiel Maestre de Campo, pero ante los ojos de los Pizarro, Rodrigo Núñez confirmaba su fama de traidor al bando de los extremeños. En virtud de su conducta se habían quebrado las viejas vinculaciones de familia²⁶.

En abril de 1538 asistió Rodrigo Núñez con su jefe a la batalla de Salinas. La derrota de los almagristas no sólo fue total sino espantosa. Perseguido por sus adversarios, Rodrigo Núñez salvó la vida escondiéndose en casa de sus amigos. El resto de aquel año 38 lo pasó en medio de esa inseguridad que suele aquejar a los vencidos. Pero habiéndosele jurado que se respetaría su vida, salió de su escondite con dos mercedes reales que había recibido estando allí. Una era un escudo de armas concedido por el Emperador en Madrid, el 17 de agosto de 1535, la otra, un título de Regidor de Jauja. El blasón era complicado y abundaba en cuarteles y colores, pero lo que más destacaba en él eran un volcán y una laguna, referencia a sus servicios en Nicaragua, y un par de lazos, uno de oro y otro de plata, que simbolizaban el ardid empleado para apresar al Inca²⁷. Era un premio tardío pero justo. El regimiento y el escudo alegraron algo sus largos días de vencido.

En Lima se le encuentra a fines de aquel año, pues el 22 de diciembre se presentó al Cabildo con su título. Pero se le denegó el Regimiento por haber caducado el plazo de doce meses que la Corona permitía para presentarlo. Rodrigo Núñez adjuntó con él una probanza hecha en la isla de Santo Domingo, donde expuso los motivos que impidieron la puntualidad del papel. Ignoramos lo que aducía la información, mas se sospecha que en ella se culpó a algún maestre de navío²⁸. Pero Jauja como ciudad ya no existía y a este pretexto se aferraron posteriormente los municipales de Lima, cuyo número estaba completo por entonces. Sólo restaba una posibilidad y era el pueblo que se pensaba levantar en Huánuco. Allí, pensaron los pizarristas, Rodrigo Núñez no ofrecía peligro. Huánuco estaba demasiado lejos, tampoco había minas que explotar. En tierra remota, humillado y sin posibilidad de resarcir su fortuna, Rodrigo Núñez era el enemigo ideal.

La licencia de la fundación de Huánuco la tenía Gómez de Alvarado y en su compañía partió Rodrigo Núñez a levantar la nueva población. Atrás quedó el Cabildo limeño que no se resignaba a seguir per-

diendo sus extensos límites ya mermados por la erección de Huamanga. Pero sin hacer de ello menor caso, Gómez de Alvarado marchó al oriente "con la gente que con él quiso ir, entre los que se fueron algunos de los de Chile amigos suyos e que habían sido soldados viejos en el reino" ²⁹. Prosigue la crónica de Cieza, que llegados los expedicionarios al lugar donde se edificaría la nueva población de Huánuco, Alvarado "la fundó, nombrando por Alcalde a Diego de Carvajal y a Rodrigo Núñez, maestre de campo que fue de Almagro el Viejo" ³⁰. Luego fue que se le concedió la encomienda de Piscobamba.

Poco duró Núñez en su nueva vecindad, porque lo hallamos otra vez en Lima el día que mataron al Marqués. Está claro que no fue de los asesinos, pero sin querer se halló complicado en el saqueo al no poder evitar el pillaje en las casas del Alcalde Palomino, donde se alojaba. Allí robaron los almagristas quince o veinte pares de coracinas, sin contar mulas y caballos, pero al mostrarse vencedor Almagro el Mozo, lejos de recriminarle su falta de fervor, lo acogió cariñosamente como a capitán que había sido de su padre. Y de este modo, sin quererlo ni pedirlo, Rodrigo Núñez se vio envuelto en la nueva rebelión ³¹.

Entonces fue que con los alzados subió al Cusco, donde contagiado de los odios intestinos, se convirtió en cómplice de García de Alvarado cuando el asesinato de Cristóbal de Sotelo ³². Mas pronto un nuevo grupo de ofendidos acabó con Alvarado y Rodrigo Núñez vio salir a Diego Méndez y Alonso de Saavedra, cuando con las espadas ensangrentadas huían después de perpetrar su nuevo crimen ³³. Asqueado y arrepentido del alcance que estaba tomando la revuelta, el torvo Maestro de Campo siguió al hijo de su gran amigo hasta las lomas de Chupas. Allí, el 16 de setiembre de 1542, se dio la más cruel de las batallas que vieron los conquistadores. En ella los principales almagristas fueron muertos y Rodrigo Núñez fue hecho prisionero. Entonces soportó nuevamente los rudos interrogatorios de los vencedores destinados a encontrarle culpabilidad. No se la probaron a pesar de haber dicho con firmeza ante sus jueces: "éste que declara fue Amigo del dicho don diego e de su padre" ³⁴, pero se le condenó a perder todos sus ya crecidos bienes y a vivir confinado en la ciudad del Cusco.

Empobrecido y solo por haber muerto sus amigos, Rodrigo Núñez vivió dos años gracias a la caridad de los vecinos ³⁵. Fustigado por el hambre hubo de plegarse a una nueva rebelión. Gonzalo Pizarro, el abanderado de los descontentos, le permitió engrosar la caballería ofre-

ciéndole, de paso, la posibilidad de comer. Pero aunque el antiguo Maestre aceptó el cumplimiento, demasiada distancia lo alejaba de los Pizarro para trocarse en un rebelde al seguir al último hermano del Marqués. Si se plegó a su causa fue para salir de pobre, al menos esto lo creyeron todos, pero su verdadero objetivo era escapar. Por eso, sin recibir un sólo maravedí del Gran Gonzalo, montó un día en su cabalgadura y picando espuelas como en sus mejores tiempos, fugó a Lima en busca del Virrey ³⁶.

Este hecho no le iba a traer sino problemas. Convertido en hombre fiel de Núñez Vela, se halló a su lado cuando la insolencia de los Oidores determinó la prisión del gobernante. Rodrigo Núñez ese día fue partidario de atacar a los letrados —pensando lo mismo el capitán Pablo de Meneses y el Alférez Pernia— pero al desecharse su consejo la prisión del virrey más que rápida fue fácil ³⁷.

Con muchos enemigos y sin ningún protector buscó entonces refugio entre los frailes dominicos. En su convento permaneció bastantes días, pero llegado el Demonio de los Andes a la capital, comenzó a preparar el recibimiento al Gran Gonzalo y la primera medida fue el castigo de los desertores. Primero ahorcó a Pedro del Barco, a Machín de Florencia y a Saavedra, mas enterado luego que Rodrigo Núñez se ocultaba en Santo Domingo, tocó un día la puerta de los frailes y arremetiendo al portero se metió. Lo siguieron diez soldados, ciertos negros y unos perros. Estos últimos husmearon hasta en las bóvedas sepulcrales, pero el fugitivo por ningún lado apareció. La búsqueda se prolongó hasta las horas de la tarde y sólo al toque de víspera los rebeldes desistieron de su intento. Pero habiendo salido ya los negros y los perros un soldado lanzó un grito y otros nueve con antorchas acudieron presurosos. Agazapado en la parte baja de un altar, Rodrigo Núñez había sido descubierto. Juan de Porras, hombre con mejor olfato que los perros, había dado con él ³⁸.

Esa misma noche Carbajal hizo justicia del preso. Unos dicen que lo ahorcó, otros que le dio garrote. Lo cierto es que después de muerto fue decapitado ³⁹. El cuerpo, con la cabeza a los pies, lo recogió un amigo trujillano. Pero ni aún él quiso correr con los gastos del sepelio y se le tuvo que enterrar de limosna. Al rico Maestre de Cajamarca le pasó exactamente lo mismo que a don Alvarado de Luna, el rico Maestre de Santiago. Su decapitado cuerpo fue llevado a sepultar, sin

más ruido que el de un par de campanillas y el de una voz que, no necesariamente en versos, imploraba:

*“Den para enterrar el cuerpo
del rico ayer, y hoy tan pobre,
que si no le dan mortaja,
no la tiene, ni hay de donde”.*

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. Archivo General de Indias de Sevilla (A.G.I.) Patronato (Pat.) 93—N4—RI y Justicia 362 y 422.
2. A.G.I. Justicia 366.
3. A.G.I. Pat. 104—NI—RI.
Atienza, Julio de... *Nobiliario Español*.—Madrid, Industrias Gráficas, 1948.—p. 1008.
4. Cúneo Vidal, Rómulo... *El Capitán Don Gonzalo Pizarro, padre de Francisco, Hernando, Juan y Gonzalo Pizarro, Conquistadores del Perú*.—Madrid, imprenta de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1926.—pp. 11 y 14.
Porras Barrenechea, Raúl... *El Testamento de Pizarro*.—Paris, imprenta Les Press Modernes, 1936.—pp. 8, 12, 19, 21, 40, 44, 59, y 66.
Gonzalo Pizarro, El Largo, El Tuerto o El Romano —que de todas estas formas se nombraba al progenitor de los Pizarros del Perú— dispuso en su testamento de 1522 que Diego Mejía de Prado (vecino de Trujillo e hijo de Juan Martínez o Núñez de Prado), fuera el tutor y curador de sus hijas y también de su menor hijo Gonzalo. El vínculo subsistía tres lustros después, porque cuando el Marqués don Francisco otorgó su testamento en 1537, instituyó al mismo Diego Mejía de Prado por tutor y curador de sus hijos mestizos.
Los Núñez de Prado tuvieron mucho que ver con el Perú del Siglo XVI. A parte de Rodrigo y de su hermano Francisco (que también fue conquistador, y de los buenos), se conoce a un primo suyo llamado Pedro de Prado, ahorcado junto con Rodrigo, según cuenta el Palentino; a Luis Núñez de Prado, que luchó en Jaquijahuana por el Rey; y a Juan Núñez de Prado, que llegó a Gobernador del Tucumán.
5. A.G.I. Justicia 362.
Alvarez Rubiano, Pablo... *Pedrarias Dávila*.—Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1944.—cap. VII, p. 192.
6. Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Nicaragua (C.D. I.H.N.) T. II, p. 159.
7. C.D.I.H.N. T. I, p. 11.
8. C.D.I.H.N. T. II, p. 159.
9. Loc. cit.
10. *Ibidem*. T. II, p. 225.
Fernández de Oviedo, Gonzalo... *Historia General y Natural de las Indias*.—Asunción, imprenta de la editorial Guaránia, 1945.— Parte III, lib. X, cap. I, p. 61 del T. XIII.
11. Cieza de León, Pedro... *Nuevos Capítulos de la Tercera Parte de la Crónica del Perú de Pedro Cieza de León*, en *Mercurio Peruano*, Lima, julio de

1955, número 340, p. 470. Capítulo XXXII. Publicación de Rafael Loredo y Mendivil.

Herrera, Antonio de... Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra firme del Mar Océano.—Buenos Aires, imprenta Continental, 1945.—Década IV, lib. VII, cap. X, p. 363 del T. V.

Si bien es cierto que Rodrigo y Francisco Núñez de Prado arribaron al Perú con Belalcázar, el cronista Herrera sólo mencionaba al segundo, no así Cieza de León, fuente original de Herrera, quien nombra a Rodrigo Núñez entre los venidos en esa ocasión de Nicaragua. Consideramos útil hacer la salvedad porque muy poco después, alrededor de 1533, vino también al Perú Rodrigo Núñez de Bonilla acompañado de su hermano Francisco Núñez de Bonilla, los que en breve se vincularon mucho a Belalcázar en la conquista de Quito. Como si los homónimos todavía fueran poco no tardó en aparecer el mercader Rodrigo Núñez de Illescas, quien inició una serie de tratos con los conquistadores del Perú, para venderles mercancías a través de su hermano llamado Francisco Núñez de Illescas. Por ser todos coetáneos y pisar la misma tierra, de no saberse esto, sería fácil incurrir en confusión.

12. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Historia de las Guerras Civiles del Perú.—Madrid, imprenta de J. Góngora, 1929.—lib. V, cap. LXI, pp. 274 a 291 del T. VI.

Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VIII. lib. IV, cap. IV, p. 51 del T. X.

13. Cieza de León, Pedro... Op. cit. p. 470.

14. Pizarro, Pedro... Relación del Descubrimiento y Conquista de los Reinos del Perú.—Buenos Aires, imprenta La Mundial, 1944.—p. 31.

15. A. G. I. Lima 205 y Pat. 90—NI—R 11.

Libro Primero de Cabildos de Lima. Parte III.—París, imprenta Dupont, 1900.—p. 123.

Usa de las pocas mujeres españolas que estuvieron en Cajamarca cuando la prisión de Atahualpa lo fue la morisca doña Leonor, entonces joven criada de Rodrigo Núñez, el Maestre de Campo. Luego estando la huéste en Jauja, fue transferida al tesorero Riquelme. La morisca posteriormente recobró su libertad y en 1560 vivía en Lima como mujer del pregonero Enrique Hernández.

16. Cieza de León, Pedro... Op. cit., en revista cit., Lima, noviembre de 1958, núm. 379, p. 571. Capítulo LI. Publicación de Rafael Loredo y Mendivil.

Herrera, Antonio de... Op. cit. Década V, lib. III, cap. III, p. 242 del T. VI. Salinas y Córdova, fray Buenaventura... Memorial de las Historias del Nuevo Mvndo Pirv.—Lima, imprenta San Marcos, 1957.—p. 78.

17. Lohmann Villena, Guillermo... Índice del Libro Becerro de Escrituras, en Revista del Archivo Nacional del Perú, Lima, julio-diciembre de 1941, T. XIV, entrega II, pp. 224 y 227.

18. Ibidem, p. 236.

Rodrigo Núñez recibió por sus servicios en latoma del Cusco una gruesa cantidad de oro y plata, teniéndose con ello en cuenta que aportó a dicha empresa dos bestias, una de las cuales fue una yegua que vendió días después al soldado Diego Hernández.

19. Ibidem, p. 238.

20. Ibidem, p. 239.

21. El maestrazgo de Rodrigo Núñez en la jornada de Chile está reconocido por Cieza (Guerra de Chupas, cap. LXIV), Herrera (Década V, lib. X, cap. I) y Mariño de Lobera (Crónica del Reino de Chile, lib. I, cap. I). Pero por otros documentos parece desprenderse que el cargo lo obtuvo por haber muerto a poco de salir del Cusco el titular Alvar Gómez (Véase: Eyzaguirre, Jaime... Ventura de Pedro de Valdivia.—Buenos Aires, Compañía General Fabril Financiera, 1947. p. 81).

22. Lohmann Villena, Guillermo... Op. cit., en revista cit. Lima, julio-diciembre de 1943, entrega II, pp. 209 y 212.

Esto explicaría en parte la afirmación de Jaime Eyzaguirre sobre que Rodrigo

Núñez no fue el Maestre inicial, porque partido Almagro del Cusco el 3 de julio de 1535 con su Maestre Alvar Gómez, quedó en la ciudad para hacer sus últimos aprestos Rodrigo Núñez con la retaguardia. Esta salió hacia el sur corriendo ya el mes de agosto, por lo cual queda explicada su presencia en el Cusco el 15 de julio anterior. Al tiempo que Rodrigo Núñez de Prado iba a la conquista de Chile, Francisco Pizarro lo acusaría de haber enviado a Panamá varios vasos de oro sin quintar, vale decir, sin pagar el derecho que cobraba el Rey.

23. Cieza de León, Pedro... Guerra de Chupas.—Madrid, imprenta de la librería de la viuda de Rico, sin año).—cap. LXIV, p. 219.

24. Cieza de León, Pedro... Guerra de las Salinas.—Madrid, imprenta de la librería de la viuda de Rico, sin año).—cap. XV, p. 66.

25. *Ibidem*, cap. XXII, p. 114.

Herrera, Antonio de... *Op. cit.* Década VI, lib. III, cap. III, p. 259 del T.

VII.

26. Cieza de León, Pedro... *Op. cit.* cap. XXXIV, p. 181 y cap. LXI, p. 314.

27. Atienza, Julio de... *Op. cit.*, p. 1008.

Porrás Barrenechea, Raúl... *Cedulario del Perú*.—Lima, imprenta Torres Aguirre, 1948.—T. II, pp. 95, 96, 109, y 116.

El privilegio de armas fue concedido por el Emperador en Madrid el 17 de agosto de 1535 y otorgaba las siguientes: escudo cortado: 1º, en campo de (a inquirir), dos tigres al natural, afrontados; medio partido de oro, con un águila rampante, de sable, y 2º, contramantelado: 1º, de azul con unas gotas de oro; 2º, de sinople, con dos lazos, uno de oro y otro de plata; y el contramantel de plata, con un peñón ardiendo sobre ondas de agua de azul y plata. Así trae este escudo la referida obra de Atienza, pero el citado *Cedulario*—debido, sin duda, a un error del copista—confunde vasos con lazos, por escribirse entonces la letra 'l' muy parecida a la 'b'.

28. Porrás Barrenechea, Raúl... *Op. cit.* T. II, p. 116.

Libros de Cabildos de Lima. Libro Primero. Lima, imprentas Torres Aguirre y Sanmarti, 1935.—p. 271.

29. Cieza de León, Pedro... Guerra de Chupas *cit.*, cap. XVII, p. 58.

30. *Ibidem*, cap. XVII, pp. 58 y 59.

31. A.G.I. Justicia 422.

32. Cieza de León, Pedro... *Op. cit.*, cap. LXIV, p. 219.

33. A.G.I. Justicia 422.

34. *Ibidem*.

35. Rodrigo Núñez, después de estar considerado como uno de los más opulentos vecinos de Huánuco, perdió junto con su gran masa de bienes la rica encomienda de Piscobamba, que le correspondía como a fundador de esa ciudad. Estos indios le rendían 5.000 pesos anuales de sus minas de plata, rebaños de auquénidos y cosechas de maíz. Allí había también un tambo principal desde los tiempos del Inca. El lugar de Piscobamba etimológicamente significaba: llano donde hay muchos pájaros.

36. López de Gómara, Francisco... *Historia General de las Indias*. Barcelona, imprenta de Agustín Núñez, 1954.—Parte I, cap. CLXIV, p. 276 del T. I.

Rodrigo Núñez y Blasco Núñez Vela estaban unidos por la común antipatía a don Cristóbal Vaca de Castro. Cuenta Cieza en su Guerra de Quito (caps. VI y VII) que Rodrigo Núñez fue uno de los primeros en salir de Lima hacia Trujillo para recibir a Blasco Núñez cuando venía por Virrey, pero que alarmados por las nuevas que de su severidad traían, muchos se regresaron. Sólo Rodrigo Núñez y Diego de Agüero prosiguieron viaje y ello les alcanzó la amistad del gobernante. Por eso no titubeó en unirse a él cuando se dieron los primeros pasos para la Gran Rebelión.

37. Cieza de León, Pedro... Guerra de Quito (cap. LXIV), en *Historiadores de Indias*.—Madrid, imp. Bailly-Bailliere e hijos, 1909.—T. II, p. 66.

Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VII, lib. VIII, caps. XI y XII, pp. 190 a 195 del T. IX.

38. A.G.I. Justicia 1073.

39. A.G.I. Justicia 1073.

Fernández de Oviedo, Gonzalo... Op. cit. Parte III, lib. XIV, cap. XI, p. 159 del T. XIII.

Fernández, el Palentino, Diego... Historia del Perú.—Madrid, imprenta de Prudencio Pérez de Velasco, 1913.—Parte I, lib. 1, cap. XXVII, p. 142 del T. I.

EL ALFEREZ REAL:

ALONSO ROMERO

Era de Lepe, en el marquesado de Ayamonte, y en sus mocedades fue vecino de Sevilla. Pasó a Indias por 1520 y en la Española se juntó a Gil González Dávila que marchaba a la conquista de Puerto Caballos. Con él se halló en la búsqueda del famoso estrecho que permitiera la navegación a las Molucas, pero habiendo fracasado en la demanda tuvieron que salir a Chorotega y Nicaragua, provincias ya ocupadas de españoles y sin tierra alguna que ganar. Alonso Romero comprendió su situación de soldado sin oficio y, entonces, dicen que buscando guerra, decidió pasar a Panamá¹.

Allí llegó en 1526, en pleno gobierno de Pedrarias. El Cabildo lo recibió como vecino y hombre en actitud de tomar armas. Por tal razón pronto Romero se halló integrando las cuadrillas de defensa que contra los caciques alzados mantenía la ciudad. En estas cuadrillas puede decirse que conoció el nombre del Perú, pues en ellas trató a Pizarro y Almagro, los entusiastas buscadores de este reino, y a Blas de Atienza, Alonso Martín, Antón Cuadrado, Molina, Halcón y Cuéllar, todos descubridores primeros de esa tierra y los tres últimos futuros héroes del Gallo. Romero congenió con todos ellos, según consta en los escritos, pero por razones que nos son desconocidas tuvo que volver a Nicaragua, quedando sin intervenir en la segunda armada del Perú².

En León, al poco tiempo, fue gratamente sorprendido por las noticias sobre sus compañeros, del viaje de Pizarro a España y de los

preparativos de una tercera expedición. Entonces fue que se juntó a Sebastián de Belalcázar y, pasado un tiempo, partieron en un navío por la ruta del Perú. A Pizarro, su viejo compañero, se le juntó en el litoral de Mataglán, debiendo ambos abrazarse con algún calor; fue entonces que Romero fue investido Alférez y tomó a su cargo la bandera. Luego siguió con la hueste a la Puná y Túmbes, lugares donde se luchó reciamente, asistiendo después a la fundación de San Miguel, la primera ciudad de los hispanos en el país tallán³.

En Tangará, junto al río Chira que surcaban las balsas de los indios, Pizarro le confirmó de Alférez Real o Alférez Mayor, como también se decía. El conquistador Antonio de Vergara apuntará que el Gobernador le confió definitivamente la bandera por ser Romero hombre de bien y de regulares fuerzas⁴. El solo hecho de ser el porta-enseña lo perfila ya como hijodalgo, no en vano juró defender a la bandera y aun morir con ella "como cauallero esforçado y animoso"⁵. Romero, pues, era el abanderado de la hueste y debía conducir el estandarte a la batalla. Los soldados tenían que seguirlo aunque no oyeran las voces de mando. Venía a ser la segunda persona del General y merecía el respeto colectivo. Entre los moros se le llamaría Alquifer y entre los franceses Capitán de Enseña. Esto era Alonso Romero, el soldado de Lepe.

Romero retomó el estandarte en San Miguel de Piura y lo condujo a pie hasta Cajamarca. Allí tomó parte en la prisión del Inca y estuvo siempre al lado del Gobernador. Puede parecer absurdo que en tan crítico momento alguien se ocupara de portar una bandera, mas para la infantería en el combate era la única señal que indicaba el paradero de su jefe. Así las cosas Romero estuvo con Pizarro en la captura de Atahualpa y, según un documento, fue "el primero le que asió"⁶. Ninguna crónica lo repite pero tampoco lo refuta. Lo cierto es que venido el Inca al suelo, bien pudo el lepero soltar el gonfalon de guerra y aferrarse a la persona del indio emperador. Acaso por ello tocaron al soldado en el Reparto, 4.440 pesos de oro y 181 marcos de plata⁷.

Después de esto se sabe que fue enviado a parlamentar con Calchumac, pero ignoramos el resultado de su embajada. Para este fin compró un caballo en dos mil pesos, por lo menos así lo confesó⁸. Existe el documento de la compra y por él consta que Romero no era dueño absoluto del caballo y aún más. En síntesis, no era caballo, fue una yegua, y pagó por ella 2,300 pesos, junto con Nuño Rodríguez, al soldado

Alonso Pérez de Vivero. La escritura se otorgó en Cajamarca el 5 de junio de 1533 con la mayor solemnidad, pero llegado el momento de la firma se hechó atrás el porta-enseña. El flamante Alférez Real no tenía la culpa de ser analfabeto. Rodrigo de Soria firmó entonces por él ⁹.

Ello no fue óbice para que oficiara de testigo en escrituras posteriores del conquistador Alonso Vuelta y de Francisco Mexía, entre julio y agosto del citado año ¹⁰. Luego de esto, portando siempre la bandera, salió camino del Cusco con el señor Gobernador.

Cabalgando su yegua, precisamente, fue el primero que entró en la fortaleza de Sacsahuamán. En premio a esto el Gobernador lo nombró Alcalde del alcázar del Cusco y dio algunos hombres para su guarda. Este alcázar era la mentada fortaleza y los hombres su pequeña guarnición. Pizarro sabía a quien la había confiado: su hermano Hernando alguna vez declaró que Alonso Romero, andaluz de la villa de Lepe, “fue tenido por muy buen soldado y de quien se hacía confianza” ¹¹. Pero la confianza la había ganado no sólo por su fidelidad sino también por su valor. Años mas tarde recordaría otro testigo que Romero “fue tenido por muy hombre y se desía que lo auia sido” ¹².

Cuando Romero volvió a España en 1535, se acercó en Sevilla, en la ribereña collación de San Lorenzo. Mejor dicho, se reunió allí a su mujer, con la que había casado el mismo año que marchó a Indias. Era ésta Guiomar de Flandes, hermana de un clérigo llamado Melchor de Garfias y ambos hijos del mercader Cristóbal de Flandes, hombre de acomodada condición. En ella el porta-enseña tuvo muchos vástagos, de los cuáles uno fue fraile y dos monjas dominicas. Aparte de éstos se mencionan otros hijos, descollando entre ellos Francisco Pérez Romero, que se educó en casa de la Duquesa de Béjar y llegó a Tesorero del Duque; y Angela Romero, que casó con su pariente Cristóbal de Flandes y Garfias, el Mozo, quien después sirvió en las guerras civiles del Perú ¹³.

Luego de vivir varios años como vecino en la collación de San Lorenzo y de pasar tranquilas temporadas en su natal villa de Lepe, Alonso Romero falleció en Sevilla en fecha que no ha llegado hasta nosotros. Su hijo Francisco (que protegido por las Casas de Béjar, Arcos y Ayamonte había llegado a Receptor del Santo Oficio de León), inició entonces gestiones en el Consejo de las Indias para que premiaran en él los trabajos de su padre. El pretendiente exhibía, además, los servicios de sus hijos, los nietos del conquistador, especialmente los de Fernando

Romero, Alférez de Su Majestad muerto en El Ferrol luchando contra los ingleses. Los Romero, pues, seguían siendo abanderados. En su desproporcionado afán de conseguir mercedes, Francisco Pérez Romero pedía para otro vástago suyo una encomienda en el Perú por dos vidas, o en su defecto la Gobernación de Popayán, Veragua o Yahuarzongo; los corregimientos de Collaguas, La Paz o Mariquita; o las Factorías de Lima, Potosí o Panamá. Parecía no ser cierto, pero para el hijo del porta-enseña de Pizarro, el ser encomendero en el Perú privaba sobre un cargo de gobierno en otro sitio. Tal era la fama de las encomiendas peruleras. A tanto había llegado el renombre del Perú¹⁴.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. Archivo General de Indias de Sevilla (A.G.I.). Patronato (Pat.) 93—N4—R3.

2. A.G.I. Justicia 359.

3. A.G.I. Pat. 93—N4—R3.

En los "Diálogos del arte militar" de Bernardino de Escalante —impreso en Sevilla en 1583— se explica la importancia de los alfereces por cuando era obligación de los soldados imitarlos. El alférez, por tanto, debía siempre comportarse bien y todo soldado "ha de tener los ojos puestos para imitarle, como los ha de tener en la bandera para seguirla". Sancho de Londoño en su "Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar" —Madrid, 1593— sostiene que "Los Alfereces, en ausencia de los capitanes, o sus tenientes, han de gobernar como los mismos capitanes... procurar que los soldados los amen, para que con más voluntad los sigan, y peleen por amor dellos, demás lo que por lo que la bandera significa son obligados". Mas adelante dice: "Los vanderados son necesarios para llevar las banderas, porque entre la nación española, los Alfereces no las toman, sino es para pelear con ellas, o cuando van sus capitanes delante con las compañías a las guardias. Cuando los alfereces las llevan, deben de rato en rato levantarlas, y jamás arrastrarlas, ni dejar que toquen en tierra, porque representan poder real, son instrumentos para dar órdenes visibles: son señales de la unión y la hermandad que ha de haber entre los que la siguen..." —Otros tratados recuerdan que en caso de sorpresa y en ausencia del Capitán General, correspondía al Alférez sacar el estandarte, apellidar la voz del Rey y llevar a los soldados a la lucha. El lema de los Alfereces era: "Un bello morir, honra toda la vida".

4. A.G.I. Pat. 93—N4—R3.

5. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Historia de las Guerras Civiles del Perú.—Madrid, imprenta de la librería de Victoriano Suárez, 1929.—Lib. V, cap. LXI, p. 286 del T. VI.

6. A.G.I. Pat. 93—N4—R3.

7. Libro Primero de Cabildos de Lima.—París, Imprenta Dupont, 1900.—Parte III, p. 123.

8. A.G.I. Pat. 93—N4—R3.

9. Lohmann Villena, Guillermo... Índice del Libro Becerro de Escrituras, en Revista del Archivo Nacional del Perú, T. XIV, entrega II, p. 222.

10. Ibidem. pp. 220 y 229.

11. A.G.I. Pat. 93—N4—R3.

Porras Barrenechea, Raúl... Dos documentos esenciales sobre Francisco Pizarro y la Conquista del Perú, en *Revista Histórica*, Lima, 1948. T. XVII, p. 92.

10. *Ibidem*. pp. 220 y 229.

13. A.G.I. Pat. 93—N4—R3; 104—N1—R6; 105—N1—R13 y 105—N1—R51.

Este Cristóbal de Flandes y Garfias pasó luego al Perú, donde sirvió al Rey en Iñaquito y Pucará. Había nacido por 1519, sabía firmar y terminó de vecino de Quito. En el Perú se le conoció también por Cristóbal de Garfias.

14. A.G.I. Pat. 93—N4—R3 y 119—N1—R8.

Hubo en el Perú a mediados del siglo XVI otro Alonso Romero que luchó en Pucará contra Francisco Hernández en la compañía del capitán Juan Tello de Sotomayor. Este soldado fue vecino de Huánuco, sabía firmar y en Hatun Jauja estuvo entre los captores del rebelde Girón.

EL ALCALDE MAYOR:

JUAN DE PORRAS

El linaje de los Porras era castellano y desde muy antiguo se avendó en Sevilla, ciudad donde sus miembros desempeñaron varios puestos de importancia y se vincularon al Descubridor Colón ¹. Allí usaron el escudo de las cinco lises azules sobre plata, pero también se les vio usar un campo de oro y sobre él un perro con una porra atada al cuello. Estas, pues, fueron las armas de los Porras o Porres (como también se les acostumbró llamar) según lo mostraban sus casas de la ciudad hispalense ².

En una de ellas, precisamente, la situada en la collación de San Pedro, vino al mundo por 1501 el conquistador Juan de Porras ³. Sus primeros años transcurrieron en su ciudad natal, pero posteriormente pasó a la Española por 1523, al tiempo que la Audiencia de la isla envía al licenciado Moreno con naos, tropas y caballos a San Gil de Buenavista, para socorrer a Gil González Dávila, capitán que tenía esa conquista. Porras se enrolló en esta armada, pero luego de desembarcar y andar errantes por la selva mucho tiempo, los buscadores desistieron de la empresa y salieron perdidos a Nicaragua, recibéndolos allí Francisco Hernández que tenía esa tierra por Pedrarias ⁴.

En Nicaragua permaneció Juan de Porras varios años, pero se ignoran las noticias sobre su vivir. Se sospecha que no se radicó en ningún poblado de importancia y menos que se vinculara a gente principal. Mas en 1529 estaba ya cansado de su vida errante y por ello se hizo recibir por vecino en la ciudad de León. Debía estar a la sazón

muy indignado, porque el 3 de setiembre, junto con el Alcalde Isidro de Robles, envió una carta al Rey respaldando al licenciado Castañeda frente a las acusaciones que en Castilla pudiera hacerle el Veedor Pérez de Valer ⁵.

Distanciado por esta razón de Pedrarias Dávila, frecuentó la amistad de Belalcázar y pasó con él al Perú. Juntado a Pizarro en Mataglán se ganó muy pronto la confianza del Gobernador. Cieza de León afirma, refiriéndose a estos días, que Pizarro lo hizo su Alcalde Mayor con cargo de penar los pecados públicos y reyertas de la soldadesca, añadiendo el cronista que Porras se mostró muy eficiente en su nuevo oficio, "castigando ásperamente a los que pecaban en jurar y andaban metidos en juegos" ⁶.

De este modo asistió a los combates de Puná y Túmbes, concurriendo igualmente a la fundación de San Miguel ⁷. A estas alturas estaba considerado el mejor infante de la hueste, lo que explica su crecida recompensa en Cajamarca. Efectivamente, por luchar con el peonaje en la captura de Atahualpa, recibió el soldado 4.540 pesos de oro y 181 marcos de plata. Sólo Gregorio de Sotelo cobró una cantidad igual, pero más que ellos ninguno de la infantería ⁸.

En Cajamarca lo asaltó el deseo de servir como jinete. Entonces fue que adquirió cabalgadura. Pero al poco tiempo por hallar quién se la comprara en cinco mil pesos, no supo resistir la tentación y su caballo pasó a Melchor Verdugo, otro infante como él pero con más ansias de llegar a caballero ⁹.

Por la crónica de Cieza se descubre que Juan de Porras congenió grandemente con el Inca prisionero. Acaso jugaban al ajedrez —si es que Atahualpa llegó a entender el complicado juego— o a los bolos, pasatiempo de soldados que sí practicó el real cautivo para lograr distracción. Pero andando el mes de julio de 1533 el monarca indio fue condenado a muerte y fue en esta ocasión que Juan de Porras y fran Vicente de Valverde, acompañaron al Inca hasta el patíbulo ¹⁰. Muerto éste, el Alcalde Porras siguió a Jauja con el Gobernador.

Acantonado en Jauja, siguió paseando entre los españoles con la vara de Justicia Mayor. Era su obligación, más que nunca, evitar que los soldados se jugaran el botín —hecho que favorecía las rencillas de la tropa— y también penar toda blasfemia, juramento o maldición. Eran tiempos en que por blasfemar de Dios la Virgen o los santos se imponían cien azotes y se añadía "vna mordaça a la lengua" ¹¹. Pero

la breve estadía terminó y Porras salió de Jauja con el Adelantado Almagro en seguimiento del capitán Soto. En el camino Porras tuvo frases de admiración para los enormes puentes colgantes quemados por las tropas de Quisquis, pero aguijando a sus corceles prosiguieron todos juntos hasta la cuesta de Vilcaconga, evitando de este modo que el capitán Soto y sus hombres fueran muertos por los indios ¹².

Después de luchar en Vilcaconga y en la guazábara del Cusco, el sevillano entró a la ciudad sagrada de los Incas la víspera de san Eugenio de 1533 ¹³. Allí seguirá rodeado de mucha importancia y siempre como Alcalde Mayor. El 5 de marzo lo encontramos de testigo principal en el reparto que se hizo a los soldados, reparto en el que Porras cobró 1,365 marcos de plata, suma igual a las que tocaron a Gonzalo Pizarro y a Rodrigo Orgoñez ¹⁴.

Sin embargo, no bastó el oro del Perú para retenerlo mucho tiempo. Vuelto a Jauja con el Gobernador, el 20 de abril de 1534 firmó como testigo en cierto pregón que se voceó en un litigio de soldados por una capa de Valencia ¹⁵. Pero el 24 de setiembre estaba ya muy lejos, sirviendo nuevamente de testigo en la probanza de Luis Maza que se hacía en Panamá ¹⁶. Porras, pues, estaba de vuelta para España.

El 9 de setiembre del siguiente año declaró en Madrid en la probanza del montañés Pedro de Torres ¹⁷. No debía sentirse muy contento porque en Sevilla los Oficiales de la Contratación le habían permutado el oro que traía del Perú por 285 mil maravedís de juro en las rentas de la ciudad hispalense. En Madrid, precisamente, el 27 de octubre de aquel año 35, fue fechado el privilegio y días más tarde se le entregó "en pergamino de cuero" ¹⁸. Porras comenzó a gozar de esta merced el primero de enero del siguiente año.

Punto aparte merece otro privilegio que le confería nuevas armas. Lo fechó la Emperatriz el 17 de agosto de 1535, estando el soldado besándole las manos en Madrid. Estas armas estaban cuarteladas en cruz: el primer campo era de oro con una águila de sable, el segundo de azur con un castillo de plata, el tercero también de azur con un cántaro de oro y el cuarto un auquénido plateado en campo de sinople. Cuatro cabezas de leones y otras tantas borlas imperiales "como las que traía el cacique atabaliba por corona" ¹⁹, adornaban la bordura, descollando sobre ella, a manera de timbre, un yelmo cerrado del que salían vistosos lambrequines azules y dorados. Estas eran las nuevas armas del indiano y encerraban en su lenguaje heráldico y simbólico toda una

historia de la conquista del Perú. No en vano se daban estas armas al afortunado infante “por ciertos seruicios que hizo”²⁰ al tiempo que se ganó ese reino.

Con su blasón y privilegio que historiaban sus servicios, Juan de Porras retornó a su natal Sevilla. Allí volvió a recibirse por vecino en la collación de San Pedro²¹; pero habiendo luego contraído matrimonio mudó su casa a la parroquia de San Vicente, donde el vecindario lejos de mirar en él al rudo peón de infantería que cobró fuerte botín en Cajamarca, “siempre lo vido en hábito de cauallero”²².

En su nueva casa Juan de Porras residió tranquilamente varios años. Recibiendo a sus amigos peruleros a su paso por Sevilla, el soldado tendría una visión más que completa de las Guerras Civiles del Perú. De este modo supo el fin de Almagro el Viejo y el alzamiento de Almagro el Mozo, la revuelta de Gonzalo Pizarro y su trágico final. Pero después de dieciseis años de mirar las cosas desde lejos, en el verano de 1552, voces alarmistas quebraron su tranquilidad. Se comenzó a decir, entre otras cosas, que a Juan de Porras se le confiscarían sus bienes por traidor a su Rey y señor natural y que, por igual causa, declararían infame a su descendencia. Indudablemente existía una confusión, pero toda Sevilla comentaba el fallo regio y nadie entendía la verdad. Entonces fue que ni tardo ni perezoso Porras se apersonó al bufete de Martín de Ledesma, escribano público de Sevilla, donde el 13 de noviembre dio poder a Pedro de Mena, solicitador en el Real Consejo de las Indias, para que le defendiese su nombre y fama, amén de todos sus bienes expuestos a confiscación. Al mismo tiempo exhibió la escritura del privilegio sobre los juros de la ciudad, toda “en pergamino de cuero sellado con su sello de plomo pendiente en filis de seda a colores”²³. Allí añadió los papeles concernientes al anual libramiento de los juros, lo que aseguraba su permanencia en Sevilla y, para probar esto último por otra vía, abrió una larga información sobre que él, desde que llegó de Indias, nunca había abandonado la ciudad del Betis. Entonces fue que acudieron para declarar en ella Pedro Cataño y Antonio de Vergara, sus compañeros de Cajamarca y sevillanos de vecindad, y el capitán Hernán Mejía de Guzmán, capitán del bando real en la gran revuelta gonzalista. Sacóse en claro por este escrito que el Porras acusado no era el perulero de la collación de San Vicente, sino un homónimo muerto entre Quito y Popayán en la persecución de Núñez Vela²⁴. Aclarado

el misterio definitivamente, el indiano Juan de Porras tornó a su casa con la fama y honra que le quisieron quitar.

Allí esperó pacientemente la vejez, matizando esta espera con recuerdos que afloraban de conversaciones con Cataño, Vergara y Diego de Ojuelos, sus antiguos compañeros de armas. Entonces era que se entregaban a largas disquisiciones sobre temas soldadescos llegando Porras a afirmar de la Conquista del Perú "que en aquel tiempo valían los caualllos muchos dineros... valiendo un cauallo unas vezes dos o tres o quatro vezes más e un clabo de herrar un real e a estos presçios este testigo los compró e vido vender e este testigo vendió un cauallo por cinco mill pesos de oro..."²⁵. Y su voz era la voz del viejo soldado de a pie, cansado de marchar por los caminos, que envidiaba sin querer a los que iban montados. ¡Cosas de la infantería! como dirían los jinetes.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. Casas, fr. Bartolomé de las... Historias de las Indias.—Méjico, imprenta Gráfica Panamericana, 1951.—Lib. II, cap. XXXII, pp. 309 a 212; y cap. XXXV, pp. 317 a 321.

Bermúdez Plata, Cristóbal... Catálogo de Pasajeros a Indias durante los Siglos XVI, XVII y XVIII.—Sevilla, imprenta La Gavidia, 1940.—T. I, pp. 34, 182 y 243.

La torre solar de los Porras o Porres estuvo en Val de Porras, lugarejo de Villarcayo, que es en tierra de Burgos. Cuenta la leyenda que su fundador fue Ermerigo, sobrino del Rey Clodoveo, quien en combate singular mató de un golpe de porra a cierto monarca extranjero llamado El Africano y también a su perro de guerra. Clodoveo concedió entonces a su sobrino el escudo de azul con cinco porras de oro, que con el tiempo se trocaron en lises. Otros descendientes de Ermerigo no aceptaron el cambio y decididos a perpetuar la hazaña de su abuelo, adoptaron el lebrél con la porra atada al cuello.

A comienzos del siglo XVI vivía en Sevilla como representante principal de su linaje el Jurado Diego de Porras, casado con doña Isabel Quijada.

2. Atienza, Julio de... Nobiliario Español.—Madrid, Industrias Gráficas, 1948.—p. 1096.

3. Archivo General de Indias de Sevilla (A.G.I.). Patronato (Pat.) 55—N 2—R 1 y 93—N 6—R 2 y 150 N 6—R 2.

4. A.G.I. Pat. 93—N6—R2 y 106—NI—RI.

5. Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Nicaragua T. II, p. 102.

6. A.G.I. Pat. 93—N6—R2 y Pat. 150—N6—R2.

Cieza de León, Pedro... Nuevos Capítulos de la Tercera Parte de la Crónica del Perú, en Mercurio Peruano, Lima, nov. de 1958, num. 379; p. 566 (cap. XLIX).

7. A.G.I. Pat. 93—N6—R2 y 106—NI—RI.

8. Libro Primero de Cabildos de Lima.—París, imprenta Dupont, 1900.—Parte III, p. 124.

Cieza de León, Pedro... Op. cit. LI, p. 571.

Herrera, Antonio de... Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierrafirme del Mar Océano.—Buenos Aires, imprenta Continental, 1945. Década V, lib. III, cap. III, p. 242 del T. VI.

Salinas y Córdova, fr. Buenaventura de... Memorial de las Historias del Nuevo Mvndo. Pirv.—Lima, imprenta San Marcos, 1957.—Discurso I, cap. VII, p. 79.

9. A. G. I. Pat. 93—N6—R2.

10. Cieza de León. Pedro... Op. cit. cap. LII, p. 579.

11. *Ibidem*, cap XLIX, p. 566.

Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Historia de las Guerras Civiles del Perú. Madrid, imprenta de J. Góngora, 1929.— Lib. V cap. LXI. p. 281.

Las obligaciones del Alcalde Mayor de la hueste eran claras y precisas. La principal de ellas decía: "Así mismo ha de mandar con pregón público y general, por todo el real, que ninguna persona de cualquier calidad, estado y condición que fuere, no sea osado endirete (sic) ni yndirete, de blasphemar, ni descreer, ni derrenegar del Sanctissimo nombre de Dios, ni de maldezir a Nuestra Señora, ni de los sanctos y sanctas de la corte del Cielo, so pena de cient azotes y una mordaza a la lengua".—Bernardino de Escalante en sus "Diálogos del arte militar". (Sevilla, año 1583) recomienda a los soldados que no juren ni blasfemen, porque "los que acostumbran hacerlo son tenidos por infames en el mundo", y, del mismo modo, les recomienda abstenerse "de jugar a los dados y naipes", anticipándose que por tal causa incurrirán en pobreza, vicio, robo, engaño y rencilla con sus compañeros de armas.—Martín de Eguiluz, el Alférez vizcaíno, añadirá en su "Discurso y regla militar" (Madrid, 1592) que los juegos y rencillas deben desterrarse, pues "ninguna cosa conviene tanto haya en la gente de guerra como la mucha obediencia y disciplina y buenas costumbres, que si esto falta ningún bien posee el soldado". Esta disciplina y orden estaban a cargo del Alcalde Mayor y era él, además de amigable componedor, el único responsable por la moralidad de la hueste.

12. A. G. I. Pat. 93—N6—R2 y 150—N6—R2.

13. *Ibidem*.

14. Loredó y Mendivil, Rafael... Los Repartos.—Lima, imprenta Miranda, 1958.—pp. 100 y 401.

15. A. G. I. Justicia 405.

16. Lohmann Villena, Guillermo... Índice del Libro Becerro de Escrituras, en Revista del Archivo Nacional del Perú, Lima, 1941, T. XIV, entrega II, p. 233. Su afición a ser testigo de escrituras se evidenció ya en Cajamarca el 20 y 21 de julio de 1533, días que presenció el otorgamiento de obligaciones por Francisco de Solares y Pedro Serrano, soldados de la hueste que tramitaban la cancelación de sus cabalgaduras. En tales documentos firmó como "El Alcalde Juan de Porras".

17. A. G. I. Pat. 150—N6—R2.

18. Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Nicaragua T. III, p. 415.

A. G. I. Justicia 418 y Pat. 55—N2—R1.

Con intención de retenerlo en el Perú, Francisco Pizarro dio a Porras la encomienda de Jayanca, pueblo indio entre Trujillo y San Miguel, pero el soldado la renunció al poco tiempo, dándola entonces el Marqués a Ruy Barba Cabeza de Vaca.

19. A. G. I. Justicia 1073.

20. Porras Barrenechea, Raúl... Cadulario del Perú.—Lima, imprenta Torres Aguirre, 1948.—T. II, p. 110.

21. *Ibidem*.

22. A. G. I. Pat. 93—N6—R2.

23. A. G. I. Justicia 1073.

24. *Loc. cit.*

25. *Loc. cit.*

El Juan de Porras, homónimo de nuestro biografiado, era natural de Sevilla y desempeñaba el cargo de corchete o alguacilillo de esa ciudad cuando se decidió a marchar a Indias. Su nombre completo era Juan de Porras Orejuela y cuando la rebelión gonzalista "hera uno de los que más perseguían a los que se mostrauan en el seruicio de Su Magestad e fue causa que sacasen del monasterio de Santo Domingo a Rodrigo Núñez porque hera seruidor de Su Magestad y le ahorcasen", Este Porras fue hombre muy mal visto en el Perú y murió ahogado al atravesar un río entre Quito y Popayán el año 1545.

26. A.G.I. Pat. 93—N6—R2. y Pat. 106—NI—RI.

La última noticia que hay de Juan de Porras es también de Sevilla, en marzo de 1562, y emana de una información de servicios. Alonso Dávila de Guzmán, el hijo del famoso Gil González, le pidió que declarara en la probranza de su difunto padre y Juan de Porras aceptó.

El hecho que fuera sevillano el padre del mulato limeño fray Martín de Porras y que se llamase Juan de Porras, lleva a maliciar, aunque remotamente, que el conquistador Juan de Porras fuera el abuelo del santo peruano recientemente canonizado.

EL CAPITAN DE CABALLOS:

JUAN MOGROVEJO DE QUIÑONES

Los Mogrovejo procedían del lugar de su nombre en las montañas de Santander ¹ y su historia militar se remontaba a Covadonga, batalla donde cuentan que un caballero Mogrovejo fue el abanderado de los cristianos. De ahí el epitafio que mostraba una tumba familiar:

*“Soy Mogrovejo el guerrero,
que venció la gran batalla
de Tarik y su canalla,
según texto verdadero”* ².

Los Mogrovejo, pues, eran hijosdalgo de pendón y caldera y fundaron muchas Casas en Castilla. Mas de todas estas fundaciones ninguna fue tan principal como la vallisoletana de Mayorga. A ella no sólo perteneció el capitán Juan Mogrovejo de Quiñones, nuestro biografiado, sino también santo Toribio de Mogrovejo, el Arzobispo de Lima y organizador de la Iglesia Peruana ³.

Volviendo a nuestro personaje el capitán Mogrovejo, se sabe que nació en Mayorga por 1493 ⁴, probablemente junto a la iglesia de San Juan, lugar donde quedaba la solariega casona de los Mogrovejo. Fue su padre el hidalgo don Gonzalo Mogrovejo y su madre doña Brianda de Prado. Su abuelo Juan Alfonso de Mogrovejo —más conocido por “el bachiller Mogrovejo el bueno”— después de cursar estudios en el mayor de San Bartolomé de Salamanca, fue el primero que se avecindó en

Mayorga. Dicen unos que la causa fue el haber sido nombrado Regidor perpetuo en esa villa, otros que por casar allí con doña Beatriz Muñoz, hija de los Señores de Cerón. Lo cierto es que todos estos Mogrovejos a más de nobles eran ricos y se enterraron en capilla propia en la iglesia de San Francisco ⁵.

Luego de pasar la infancia en su lugar natal, explican los escritos que el joven Juan pasó a las Indias ya fallecido su padre. Primero fue soldado en Nicaragua, tierra donde estaba cuando vino desde Honduras el Gobernador López de Salcedo, sirviendo posteriormente en múltiples entradas contra indios en calidad de caudillo de hombres de armas. La parquedad de las noticias no permite precisar con más detalle estas campañas, quedando sólo en claro que en ellas obtuvo conducta de capitán y fama de baquiano. Vinculado en este tiempo a Sebastián de Belalcázar, militaron juntos en expediciones de castigo que salieron de la ciudad de León. Finalmente pasó al Perú con este jefe, ocasión en que lo hizo con muy buenas armas, varios esclavos naborías y un par de excelentes caballos ⁶.

A Pizarro se le juntaron en el litoral de Puerto Viejo, en el lugar llamado Mataglán, conociendo allí Mogrovejo al Gobernador don Francisco, con quien lo unió a partir de entonces una amistad a toda prueba. Luego estuvo en las guazábaras de la Puná, en el desembarco de Túmbes, en la erección de San Miguel y en la avanzada que Soto hizo al interior, hacia la zona de Caxas ⁷. Más tarde, el día que llegaron los españoles a Cajamarca, estuvo nuevamente con Soto en la embajada al Inca en su campamento de Pultamarca ⁸, hallándose también en la captura de Atahualpa —el sábado 16 de noviembre de 1532— hazaña que le valió retirar luego 8,880 pesos de oro y 362 marcos de plata ⁹. En este corto tiempo, pues, Mogrovejo se cubrió de gloria y oro.

En Cajamarca se perfiló finalmente como hombre amigo de escrituras. El 4 de mayo de 1533 es testigo en un poder del soldado Luis Dávila; el 25 del mes siguiente vuelve a serlo en una obligación de Nuño González; y el 10 de julio, junto con Alonso Pérez de Vivero, recibe poder general de Hernando Beltrán y Alvaro Alonso Peto, andaluces que volvían a su tierra ¹⁰.

Luego la tropa partió a Jauja el lunes 11 de agosto de ese año 33. Así quedó atrás Cajamarca, “donde fue preso e desbaratado el cacique Atabaliva” ¹¹ —según expresión de Mogrovejo— apareciendo en el horizonte el rico valle de los huancas, lleno de verdura y esplendor. “¡Esto

es Jauja!” vocearían los soldados sin saber que había nacido un refrán. “¡Esto es Jauja!”, repitió el Gobernador Pizarro y se dispuso a fundar una ciudad. La población se levantó con carácter provisorio y por expresa orden del Gobernador quedó en ella Mogrovejo de Quiñones como su primer Alcalde y Tenedor de Bienes de Difuntos, así como capitán de los caballos que ampararían a la guarnición del Tesorero Riquelme¹². Allí lo encontró el Gobernador a su retorno del Cusco, momento en el que efectuó la fundación definitiva de Jauja la Vieja, ratificando en la Alcaldía a Mogrovejo de Quiñones¹³.

Mas la nueva capital sólo era una ciudad trashumante, pasajera, y trasladada por su fundador a las orillas del Rímac, hizo que Mogrovejo de Quiñones bajara también junto al mar. Allí, en la Ciudad de los Reyes del Perú, se le vio cabalgar por sus calles a los pocos meses de fundada¹⁴.

Sin embargo, el 15 de junio de 1535, se le encuentra en la ciudad del Cusco, oficiando de testigo en un poder del barbero Francisco López¹⁵. Debió marchar allá con alguna orden de Pizarro, porque el 11 de enero del siguiente año ya está de vuelta en Lima, otorgando en esa fecha un poder en favor de Juana Ruiz, mujer del conquistador Antonio de Béjar, el cual estaba en el Cuzco¹⁶.

Este mismo año, junto con Francisco de Godoy, salió reelegido Alcalde del Cabildo limeño¹⁷, año nada venturoso para los nuevos munícipes porque fue ése en que los naturales pusieron cerco a la ciudad. De nada, pues, le sirvió a Mogrovejo un permiso que para viajar a España por dos años le extendió la Corona en Valladolid, el 3 de setiembre de 1536¹⁸. Su destino era no volver nunca a Mayorga, morir en las sierras del Perú.

La guerra se desencadenó con una violencia inesperada, sobre todo en la comarca del Cusco, donde el valeroso Manco Inca rodeó por largos meses a la vieja capital de piedra. Hernando Pizarro quedó cercado de tal forma que no pudo enviar aviso al Gobernador, pero éste, como primera providencia, dispuso que el capitán Mogrovejo saliera con gente de a caballo a Jauja, donde debía castigar a los alzados y luego seguir a los aposentos de Vilcas, tambo en el que tendría que quedar de guarnición. Este pueblo de Vilcas —como bien afirma Cieza— era importantísimo, no sólo por constituir el punto medio entre Quito y Chile, sino por ser lugar de forzado enlace entre el Cusco y la Ciudad de los Reyes. Efectivamente, cumpliendo con lo ordenado,

Mogrovejo partió de Lima con treinta hombres de a caballo y tomó el camino de Huarochirí. El mismo día partió con sesenta Gonzalo de Tapia, el cual siguió la ruta de Huaitará ¹⁹.

Lo que sigue es una continua Noche Triste que jamás tuvo su Otumba. Después de castigar a los jaujas Mogrovejo llegó a Parcos, donde un yanacona le comunicó que cierto curaca de los alrededores había asesinado a cinco cristianos que subían hacia el Cusco y que igual muerte les pensaba dar a ellos. Mogrovejo montó en ira con la nueva y en un gesto de venganza encerró a veintitrés indios principales en una choza e hizo que se le prendiera fuego. Trató luego de reunir a otros españoles que andaban desperdigados por la comarca y salvarlos de una muerte segura, pero por mucho que escribió cartas pasaron los días y ningún español se le juntó. Convencido que todos eran muertos, Mogrovejo y su tropa emprendió el camino de Huamanga. Todo marchó bien en un principio, pero apenas se traspuso el río de Lircay, estando cruzando un paraje de montañas, asomaron por los flancos multitud de guerreros indios provocando angustiosas y cruentas guazábaras, repetidas todas a lo largo de aquel día. Peleando con la luz del sol y huyendo de noche pudieron avanzar algunas leguas por el camino de Chiara, pero la táctica de dejar encendidos los fuegos del fingido campamento fue descubierta muy pronto por los indios y la oscuridad empezó a temerse con sobrada razón, porque al pasarse lista cada aurora no contestaban a ella varios de los llamados. Con frecuencia estaban los caballos pero faltaban los jinetes. La tropa se vio así reducida a la mitad. De este modo entraron a un pueblo donde descubrieron las ropas de los cinco soldados muertos por el curaca de la región, pero junto con el macabro hallazgo hubo una luz de alegría y fue la aparición de muchos clavos y herraduras, objetos estos que tuvieron por merced del cielo. En el pueblo decidió Mogrovejo esperar a los que no acudieron al llamado de las listas, consolándose con la idea que se hubieran quedado retrasados. Mas esta segunda espera no tuvo mejor fruto que la anterior, lo cual hizo convencer a todos de lo ocurrido y puso al capitán Mogrovejo "muy congojado" ²⁰.

En eso recrudecieron los ataques de los indios y la persecución continuó. En la fuga los caballos dieron claras muestras de cansancio. Los jinetes, que hasta entonces habían podido dormitar en las sillas, no lo pudieron seguir haciendo dada la angustia que los poseía. Sobresaltados, temerosos de la gigantesca grito, lograron percibir algunas

voces de sus atacantes y con ellas un mensaje de muerte: “mañana mataremos a estos cristianos, porque ya tienen cansados los caballos”²¹. Los españoles bajaban las cabezas abatidos. Todos tenían que esa noche fuera la última. A estas alturas, el Capitán Mogrovejo había perdido mucho de su ascendiente sobre la tropa. Ahora los soldados sólo querían escapar.

Desesperados huyeron una noche del lugar dispuestos a volver sobre sus pasos y alcanzar la bajada de Lunahuaná, para seguir por allí a la Ciudad de los Reyes; pero descubiertos nuevamente por los naturales se despertó una fuerte grito azuzada en la oscuridad por los pututos que llamaban presurosos al combate. Mogrovejo no supo qué hacer y con los pocos hombres que le quedaban se detuvo a repensar la posibilidad de seguir a Vilcas o continuar el camino de la costa. Mas la angustiada voz de sus soldados lo sacó de su quietud a la vez que las súplicas se trocaban en imperativos desesperados: “¡Adelante, señor capitán, que nos perderemos, porque no hay remedio ninguno para salvarnos si no es en lo llano”²². Mogrovejo casi no se movió, pero al comprobar que sus soldados corrían hacia la parte más despejada del terreno, “conociendo que por aquella vía más presto se habían de perder, iba muy congojado”²³. Nadie como él se daba cuenta del peligro. Para llegar al llano tenían que pasar una garganta tan angosta que en ella era imposible la defensa y los indios se habían posesionado de la altura amenazando el camino con galgas y albarradas. Mogrovejo tomó entonces el caballo de un soldado, porque el suyo estaba rendido, y llevando al jinete en la grupa aguijó a la bestia para poder dirigir el final de aquel encuentro. Pero “yendo el capitán y el español ambos en el caballo, vino una piedra grande por la sierra abajo, que dio al Capitán en un muslo y se lo hizo pedazos, y cayeron del caballo él y el otro español, el cual saltó en su caballo, y el Capitán quedó sentado en el suelo, los ojos puestos en el cielo, pidiendo a sus amigos le socorriesen; y mas como la priesa era grande, y por ser el camino muy angosto iban todos de uno en uno, y la gente de guerra por el mismo camino y por lo alto dándoles mucha priesa, no lo pudieron socorrer. . . Desta manera se quedó el Capitán, donde lo mataron, con el cual se quedó un esclavo suyo, el cual quiso más morir con él que no vivir sin él; y según después se supo por relación de los mismos indios, peleó defendiéndose así y a su amo valientemente, pero finalmente le mataron y murió peleando. . .”²⁴.

Este hecho, según Cieza, sucedió “en los altos de Lunahuaná”²⁵, vale decir, en la cuesta de Parcos, estando todos de huída para la costa. Presas del pánico y de su ignorancia militar, murieron allí la mayoría de los soldados por actuar sin órdenes de su capitán. Este mismo halló la muerte por ser desobedecido y luego abandonado de sus propios hombres. Así acabó Juan Mogrovejo de Quiñones, el de la mala ventura, el de la cuesta de Parcos, el capitán de caballos sin jinetes. . . La historia de su fin llegó a Pizarro por tres sobrevivientes de la funesta expedición: el trompeta Pedro de Alconchel, Juan Alonso de Badajoz y Nicolás de Ribera, el Mozo²⁶.

Por otros testimonios consta que antes de partir Mogrovejo para su última campaña, había hecho y firmado un testamento en la Ciudad de los Reyes, el mismo que después de muerto se llevó a la parroquia del Salvador de Mayorga, donde le fue entregado a su madre doña Brianda de Prado. Se comprobó entonces que debían al difunto 700 pesos de buen oro, los soldados Diego de Frías y Juan Alejandro. Doña Brianda, aprovechando que marchaba al Perú el Gobernador don Cristóbal Vaca de Castro —casado con Doña María de Quiñones, cercana deuda de los Mogrovejos y mayorgana como ellos— le encargó la cobranza del dinero. Pero después del cobro, remiso anduvo en la devolución el licenciado Vaca de Castro, porque en 1547 aún no había dado cuenta del encargo, viéndose obligada doña Brianda a demandar a su pariente en el Real y Supremo Consejo de las Indias²⁷.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. Atienza, Julio de . . . Nobiliario Español.—Madrid, Industrias Gráficas, 1948.—pp. 949 y 950.—El lugar exacto de donde procedían los Mogrovejos castellanos era el valle de Camaleño, que es en el partido judicial de Potes, comarca de Santander. Los Quiñónez o Quiñones eran de origen asturiano y estaban emparentados con los Vigil, formando el apellido Vigil de Quiñones. Las armas de los Mogrovejos eran: en campo de sable, una torre de plata, aclarada de azur, sumada de tres flores de lis de oro y acompañada de dos leones de lo mismo; bordura de gules, con ocho taos de oro. Las armas de Quiñones son: escudo jaquelado de quince piezas, ocho de gules y siete de veros.

2. Rodríguez Valencia, Vicente. . . Santo Toribio de Mogrovejo, Organizador y Apóstol de Sur América.—Madrid, 1956.— T. I, caps. I, y II.

3. *Ibidem*.

Santo Toribio de Mogrovejo fue hijo de Luis Alfonso de Mogrovejo y nieto de Jorge Alfonso de Mogrovejo el cual era hermano de don Gonzalo, el padre de nuestro biografiado. El capitán Mogrovejo de Quiñones tuvo una hermana, doña Beatriz Mogrovejo de Prado, la cual fue suegra de doña Grimanesa, la hermana de santo Toribio.

4. Archivo General de Indias (A.G.I.), Lima 204A.
5. A.G.I. Justicia 395.
Rodríguez Valencia, Vicente... Op. cit., T. I. caps. I y II.
6. Trujillo, Diego de... Relación del Descubrimiento del Reyno del Perú.—Sevilla, imprenta de la Escuela de Estudios Hispano Americanos, 1948.—p. 48
Cieza de León, Pedro... Tercera Parte de la Crónica del Perú, cap. XXXII, en Mercurio Peruano, Lima, julio de 1955, número 340, p. 470.—Publicación de Rafael Loredo y Mendivil.
7. A.G.I. Lima 204A.
Fernández de Oviedo, Gonzalo... Historia General y Natural de las Indias.—Asunción, 1945.—Parte III, lib. VIII, cap. XVI, p. 94 del Tomo XII.
8. Trujillo, Diego de... Op. cit. p. 82, nota 27.
9. Libro Primero de Cabildos de Lima.—París, imprenta Dupont, 1900.—Parte III, p. 123.
- 10.—Lohmann Villena, Guillermo... Índice del Libro Becerro de Escrituras, en Revista del Archivo Nacional del Perú, Lima, julio-diciembre de 1941; tomo XIV, entrega II, pp. 214, 220 y 228.
11. A.G.I. Patronato 128—NI—R2; y Lima 204A.
12. *Ibidem*.
13. A.G.I. Justicia 395.—En Jauja, el 31 de junio de 1534, figura Mogrovejo de testigo en un poder general que otorgó el conquistador Pedro de León al Regidor Gregorio de Sotelo; y el 2 de julio, como Alcalde ordinario, presenció el inventario de los conocimientos y deudas pagadas del difunto Antonio de Herrera, su compañero de armas. Este mismo año de 1534, un su deudo llamado Pedro Solano de Quiñones, lo facultó desde San Francisco de Quito, el 26 de agosto, para poder intervenir en ciertos pleitos y actividades notariales.
14. Libros de Cabildos de Lima.—Lima, imprenta Torres Aguirre y Sanmarti, 1935.—T. I, p. 65.
15. Lohmann Villena, Guillermo... Op. cit. en Revista del Archivo Nacional del Perú, Lima, julio-diciembre de 1943, tomo XVI, entrega II, p. 209.
16. *Ibidem*, Lima, enero junio de 1944, tomo XVII, entrega I, p. 97.
17. Libros de Cabildos de Lima. T. I, p. 78
18. Porras Barrenechea, Raúl... Cedulaario del Perú.—Lima, imprenta Torres Aguirre, 1948.—T. II, p. 250.
19. Cieza de León, Pedro... Crónica del Perú.—Buenos Aires, Compañía General Fabril Financiera, 1945. cap. LXXXV, p. 232.
- Anónimo.—Relación del sitio del Cusco.—Lima, imprenta Gil, 1934.—pp. 39 y 40.
20. Anónimo.—Op. cit. p. 50.
21. *Ibidem*.—p. 45.
22. *Ibidem*.—p. 49.
23. *Ibidem*.—p. 50.
24. *Ibidem*.—pp. 50 y 51.
25. Cieza de León, Pedro... Guerra de Chupas.—Madrid, librería de la viuda de Rico, sin fecha.—cap. LXXII, p. 256.
Borregán, Alonso... Crónica de la Conquista del Perú.—Sevilla, imprenta de la Escuela de Estudios Hispano Americanos, 1948.—pp. 37, 39 y 45.
Zárate, Agustín de... Historia del Descubrimiento y Conquista del Perú.—Lima, imprenta Miranda, 1944.—lib. III, cap. V, p. 91.
López de Gómara, Francisco... Historia General de las Indias.—Barcelona, imprenta de Agustín Núñez, 1954.—Parte I, cap. CXXXV, p. 226 del tomo I.
26. A.G.I. Justicia 1164.
Rodríguez Valencia, Vicente... Op. cit., cap. II, p. 28 del tomo I.
27. *Ibidem*.

EL TENIENTE DE JINETES:

PEDRO CATAÑO

Los Cataños eran caballeros comerciantes de la ciudad de Génova —donde se llamaron indistintamente Catanea, Cataneo o Catagno— y usaron por armas un campo de plata con cuatro fajas de azul¹. En 1163 Ugo Cataneo fué Arzobispo de Génova y algo más tarde Landolfo Cataneo llegó a Cardenal. Pasados a España en el siglo XIII, transformaron su apellido en Cataño y se mezclaron con la nobleza andaluza. Sevilla los vio crecer y enriquecerse. Diego Cataño fue Veinticuatro de esa ciudad, Fernando Cataño, Canónigo y Provisor de su Catedral, y Beltran Cataño murió peleando con los moros de Antequera luego de fundar el convento de Santa Clara de Utrera². Siempre dados al comercio supieron vincularse a italianos célebres y al arte de marear. Rafael Cataño fue Contador de Cristóbal Colón en la Española, y Manuel Cataño, otro canónigo hispalense, albacea de Américo Vespuccio³. Los Cataños de Sevilla eran, pues, gente principal como lo hacían ver sus enlaces y negocios. Su enterramiento en San Juan de la Palma los había ligado definitivamente a la ciudad. Ya no hablaban el genovés ni escribían en latín genovisco. Ahora se nombraban “honrados e nobles caualleros”⁴, también “hijosdalgo notorios”⁵, y pregonaban a los cuatro vientos su parentesco con los Ponce de León, Duques de Arcos y de Cádiz, Marqueses de Zahara y señores de innumerables villas andaluzas. Como si esto fuera poco, en 1528, Oberto Cataneo fue elevado a Dux de Génova. Ricos a más no poder y unidos a los primeros linajes de Génova y Sevilla, parecían haber alcanzado la sangre y

el oro, las dos grandes metas de la sociedad quinientista ⁶. Pero aunque acostumbrados a contar el dinero a manos llenas y a entroncar con lo mejor de la ciudad, tampoco les faltó el pariente pobre. Y es así como empieza esta historia del buen Pedro Cataño, el caballero mercader.

Su cuna fue Sevilla, donde vio la luz por 1512 ⁷. De su infancia no se sabe nada, excepto que fue pobre y posiblemente aprendiz de mercader. Pero deseoso de romper con la vida mercantil de sus pasados, se tentó a probar fortuna con las armas y un buen día, sin que nadie lo notara, se embarcó en un navío que pasaba soldados a las Indias descubiertas y por descubrir. Cuando Pedro Cataño dejó la ciudad de la Giralda, corría el año de 1526 ⁸.

Algún tiempo después, llegó Cataño a la Española, donde en la ciudad de Santo Domingo conoció a Gil González Dávila, capitán que venía de Nicaragua y Honduras con fama de haber ganado aquella tierra. La presencia del caudillo entusiasmó al mozuelo y enrolándose en la tropa con su amigo Lope Vélez, hidalguillo de Moguer, zarparon juntos en demanda de conquista. Gil González los llevó a Puerto Caballos, iniciando allí la penosísima expedición que lo llevó al fracaso. Interceptado por Pedrarias y Francisco Hernández, se le desbandó la gente, y el buen Pedro Cataño no tuvo otro remedio que ir a Panamá ⁹.

En Castilla del Oro estuvo un tiempo con su compañero Vélez, pero decidido a perseguir la fortuna más de cerca, se despidió de este último y volvió a Nicaragua. Allí lo hallamos en la ciudad de León, el 3 de noviembre de 1529, declarando en un proceso abierto a Hernando de Bachicao por "hombre blasfemador de Dios Nuestro Señor... e de Santa María su bendita madre" ¹⁰. Parece que entonces se alojaba en la posada de Vicente de Béjar, donde también dormían mercaderes y soldados.

Pronto abandonó la posada soldadesca al ser reconocido paisano y aún pariente por Hernán Ponce de León, sevillano con renombre en la milicia indiana que mataba sus ratos de ocio vendiendo esclavos indios. Tenía rango de Capitán y poseía un navío con su socio el extremeño Hernando de Soto, natural de Jerez de Badajoz. Cataño comenzó trabajando con Hernán Ponce, pero terminó sirviendo a Soto. Este, que también era avezado Capitán, preparaba el navío para acudir en ayuda de Pizarro que estaba en el Perú y necesitaba gente. Cataño se le ofreció también como soldado y Hernando de Soto, que había lle-

gado a congeniar grandemente con el mozo, lo aceptó como hombre de a caballo.

A Pizarro se juntaron en la isla de Puná. Pero Soto, que deseaba el segundo puesto de la empresa, comprobó que había llegado demasiado tarde. Antes que él estaba Belalcázar y por encima de ambos Hernando Pizarro, el antipático hermano del Gobernador don Francisco. . . Cataño, mancebo al fin y al cabo, se parcializó con su jefe y empezó a mirar con malos ojos al hermano del Gobernador, sobre todo, cuando “vido que la gente del dicho gouernador. . . tenya más myedo Al dicho hernando picarro que al dicho gouernador” ¹¹.

Mas la hueste marchaba sin reparar en estas cosas y el soldado prosiguió con ella a Tumbes, luego a San Miguel, finalmente a Cajamarca. Aquí, siempre a las órdenes de Soto, participó en la captura de Atahualpa, obteniendo en razón de sus servicios una paga de 8.880 pesos de oro y 362 marcos de plata ¹².

No fue su actuación sobre la silla la que le alcanzó mayor fortuna sino sus dotes de eximio narrador. Pedro Cataño era hombre con madera de cronista y la relación que nos ha legado es bastante para darle un lugar entre los tales. En efecto, refiriéndose a la captura de Atahualpa, cuenta con mucho colorido y lujo de detalles, que “vido como aquel día el dicho cacique entró en caxamalca cerca quel sol se quería poner e metio consigo hobra de hasta diez e seys myll yndios o hasta veynte, e los más dellos señores que venían vestidos de morado e blanco e trayan al cacique en su litera con mucha musyca e barriendole delante el camino por do venya e asy como entró en la plaça e no vido gente española reparó e segun la lengua despues publicó asy como se paró llamó a ciertos principales suyos e les dixo creyendo que le havian engañado porque los cristianos havian huydo, e como algunos yndios entraron en Algunos aposentos e vieron la gente bolvieron al dicho cacique A dezirle qomo no heran ydos los cristianos e que estavan en sus posadas e asy estandoselo diziendo salyo fray vicente obispo que fue del Perú con la lengua por mandado del gouernador don francisco piçarro a hablar de su parte al cacique para que se fuese al aposento del dicho gouernador y Asy mysmo la lengua le habló e el dicho frayle le dixo como le estaua esperando su hermano el gouernador porque su magestad le hauia mandand que le tuuiese por hermano e le enseñase las cosas de dios e le mostró el breuiario diziendo que ally estauan escritas (tales cosas) y el dicho atabaliva se lo pidió según el

frayle despues publicó e se lo arrojó en el suelo e le dixo que no estoviese más con él e se fuese e dixese al gouernador que no se partiría de ally hasta tanto que todo quanto auian tomado los xpianos en su tierra se lo traxesen ally e el frayle con esta nueva bolvió Al gouernador e Anymando A la gente para que saliesen A pelear con ellos porque sy la noche venya según la multitud de los yndios trayan los matarian Alli a todos e estando en esto estaua Acordado que tirando Un tiro saliese la gente questaua repartida por sus partes e los de cauallo con sus Capitanes e la gente de pie con el gouernador e como no se tiraua el tiro todos los xpianos estaban turbados e visto esto salió el capitán hernando de soto con tres de cauallo que estauan con él entre los quales hera uno este testigo porque heran compañeros e asy como salieron fueron A dar por donde estaua en la litera en los yndios e como pasaron por ellos quando revolieron sobre ellos vyeron como la otra gente también toda andaua ya enbuelta con los yndios e andando asy peleando fallaron como venyan de secreto Armados devaxo de sus libreas e oyó este testigo allí decir como el dicho hernando piçarro hauia caydo de su cauallo e le auian llevado a la posada lixado e asy se prendió el cacique e presó toda la gente de guerra, (y) dixeron todos ¡A los de las libreas! —¡E no se escape ninguno!— ¡Alinciados! (sic) toda la otra gente de guerra que el dicho cacique traya estaua a quarto de legua de caxamarca a punto de guerra syn que yndio se moviese e Alanciado (s) los que auian alanciado de las libreas se recogió toda la gente cerca del pueblo e estando asy juntos vino A ellos el dicho fernando piçarro con el dicho fray vicente e ciertos de cauallo que consigo trayan e requirió a todos el dicho fernando piçarro de parte del rey e del gouernador en su nombre que se recogiesen pues hera ya noche e Dios les auia dado victoria e que aquella noche estuviesen A recaudo y en la mañana darian en los yndios e entonces entre la gente ovo muchos Acuerdos e que no sería bien dexar a sus henemigos tan cerca e yrse a dormyr entre los quales se Apartó el dicho Capitán fernando de Soto e con El este testigo e hasta veynte e dos de cauallo e dixeron que toda la otra gente se fuese A estar con el gouernador por questuviese A recaudo el dicho cacique e ansy se bolvió el dicho hernando piçarro con la gente que hauia traydo consigo e con el frayle e el dicho Capitán Soto e este testigo e la otra gente fueron a dar en la gente que estaua en el campo e los desbarataron hasta que no pareció ninguna gente dellos syn que con ellos fuese ny estuviese el dicho hernando piçarro e A hora de la

media noche se volvieron Al real y el gouernador los resçibió muy bien e dando lores al Capitán Soto e a la otra gente porque lo havían hecho e todo el día estuvieron A recaudo Aquella noche e otro día de mañana se ordenó que el dicho capitán hernando de Soto fuese con veynte o treynta de cauallo do tenya atabaliva Su real Asentado antes que entrase en caxamalca e fueron allá e no hallaron defensyón ninguna ni mataron A nadie e recogieron obra de quarenta o cinquenta myll yndios entre hombres e mugeres e muchachos e los trax(er)on de (all)y a Caxamalca e los metieron en la plaça e metidos e visto por el gouernador mandó a la gente que tomasen dellos todos los que quysiesen para su seruiçio e todos los más mandó que se fuesen para sus tierras e asy muchos dellos se fueron e le pareçe a este testigo que no morirían ally más de doze myll yndios”¹³.

El minucioso relato se ha salvado gracias a la amistad que profesó Cataño a Soto. Esta es también la razón de lo mal que se recuerda a Hernando Pizarro, de quien el soldado sólo había recibido indiferencia, pero del cual se vengó desprestigiándolo al extremo de poner en duda su actuación en Cajamarca. Por el contrario, Hernando de Soto aparece como el Capitán perfecto, el caudillo precavido, el hombre que se hace amar por sus soldados. Cuán distinto era del hermano del Gobernador, que “como hombre poderoso”¹⁴ era cruel y abusivo, tanto que se divertía asustando con sus grandes perros a los curacas atados para que le dieran oro. . . . Ultimamente merodeaba mucho al Inca prisionero, el cual era gran amigo de Hernando de Soto. De seguro quería caerle en simpatía y después pedirle un monte de metal precioso. Los Pizarro querían mal al Inca y si lo trataban bien era por interés. Atahualpa les había llenado ya una habitación de oro y dos de plata ¿Qué querían ahora los Pizarro?

Por eso, cuando después del reparto del botín, —ausente Soto en Huamachuco— corrió por Cajamarca la voz que el Inca había sido condenado a muerte, Pedro Cataño se indignó. Adujo que el monarca había cumplido su palabra y que no había razón para matarlo, que aquello era un deshonor para la nación española, y buscando al Gobernador don Francisco lo requirió públicamente, en nombre de Dios y del Rey, que no tocase su vida. Pizarro —gran conocedor de los soldados mancebos— se limitó a escucharlo íntegramente, pero oída la última palabra ordenó allí mismo su prisión. Cargado de cadenas y lleno aún de su fogosidad de mozo, Cataño fue introducido en la celda.

La oscuridad se encargaría de enfriarle el ánimo. Allí lo fue a ver Diego de Almagro, quien le dijo que depusiera su actitud y amistad con el Gobernador. Pero el soldado se negó a hacerlo. Pizarro, que en el fondo temía un informe de Cataño a la Corona, trató entonces de atraerlo y para comenzar su intento le concedió libertad. Pero estando en su posada descansando, lo llamó el Gobernador. Acudió el llamado a la casa del caudillo dispuesto a ventilar los hechos, pero apenas pisó el umbral, Pizarro salió a recibirlo acompañado por Almagro, Ambos jefes ya habían platicado y esa noche lo invitaron a cenar; mejor dicho, fue Pizarro quien lo invitó diciéndole: “por mi vida, que comeys acá conmigo e con don diego de almagro”¹⁵. De este modo desarmó a Cataño, quien perdiendo toda animosidad se limitó a decir resignadamente: “por demás es estar henojado con Vuestra Señoría”¹⁶. Por toda respuesta Pizarro le dio una palmada y le dijo: “cená e alegraos porque todo lo que quisiéredes se hará”¹⁷. Cataño comprendió que la frase no era sólo un cumplido y contestó “que vesava las manos de Su Señoría por la merzed que le hacía”¹⁸.

De este modo transcurrió la cena, pero estando ya en lo último, el Gobernador habló de la prisión del Inca y —desviándose a otro punto— dijo entonces a Cataño “que no havia con que le pagase el Rey el seruiçio que aquel día le auia fecho ni él en su nombre en el descanso e bien que le auia fecho en quitar el que no ubiese quemado Al dicho Atabaliba con el Requerimiento”¹⁹.

Cataño, entre emocionado y agradecido, le respondió con toda la espontaneidad de su alma, “que en nombre de todos los conquistadores le vesaba las manos de Su Señoría, porque en lo auer así fecho, e que Su Señoría sabía bien lo que auia hecho porque tenya mucha esperiençia en cosas de yndios”²⁰. Entonces Pizarro, que hablaba sinceramente aunque apuntaba a otro objetivo, se llevó la mano al pecho y jurando por el hábito de Santiago que llebaba, prometió no matar al Inca “hasta tanto que viese que un solo Xpiano no podría escapar”²¹. Cataño se levantó de su asiento y presuroso corrió a besarle la mano, pero el Gobernador se lo impidió y dándole otra palmada en el hombro lo invitó a echar una partida de juego con Almagro. Esta cena tan ignorada como histórica hubiera pasado a la celebridad, de no haber interrumpido sudoroso la partida el vizcaíno Pedro de Anades quien, traía de la mano, casi a rastras, un indio de Nicaragua. Los comensales pararon el juego y entonces el vizcaíno explicó que irrumpía tan violentamente porque

aquel indio había estado a tres leguas de Cajamarca y descubierto a muchísimos guerreros que venían a libertar al Inca. Preguntado el indio por Pizarro sobre si Anades había dicho la verdad, el esclavo contestó que sí, añadiendo a su afirmación otros detalles. El Gobernador se puso cabizbajo. Hubo un silencio imponente. Pizarro daba la impresión que pensaba pero nada concluía. Entonces Almagro no pudo más y gritando a su socio le increpó indignado: “¿Permite Aquí Vuestra Señoría, por amor de Cataño, que muramos todos? 22. Pizarro no le contestó pero dando media vuelta salió de la habitación; poco después salió Almagro. Al quedarse sólo en la vasta sala de juego, Pedro Cataño comprendió que había perdido la partida.

Efectivamente, la irrupción de Anades y el indio nicaragua habían condenado al Inca a muerte. Cataño, Fuentes, Mendoza y muchos conquistadores no tuvieron más remedio que aceptar la realidad. Mientras tanto, se votó la muerte del regio prisionero. Le correspondió la de la hoguera como a idólatra pertinaz. El lugar de la ejecución sería la plaza de Cajamarca. “E sacado para ello el dicho cacique con una cadena —nos narrará Cataño— le ponen en un palo en medio de la plaza e allí estavan con él dicho fray Vicente y el thesorero Riquelme y el cacique les dixo que por qué le querían matar y el frayle y el Riquelme le dix(er)on que porque venya gente de guerra suya, A lo qual el Atabalipa les Respondió: es verdad que sy gente de guerra viene (es) que viene por mi mandado desde la prouinçia de Quito para acá (y) sabed sy es verdad e sy verdad fuere en vuestro poder me teneys y hazed justizia de my, porque ya sabeys que esta tierra donde estoy no es mya syno que la he conquistado A pura guerra e les he hecho tal maltratamiento que a mugeres e hijos les he muerto y esos que ay son son (sic) mys henemigos mortales que ninguno Ay dellos que no me desee la muerte, sabeldo e çertificaos bien de lo que digo e sy lo hazeys por que yo vos dé oro e plata e meterme myedo para ello porque lo de pedir lo que quisieredes que ya sabeys que soy hombre de verdad e os daré todo lo que pidiéredes y entonces el frayle e Riquelme le Respondieron: no te cures deso que todavía as de morir, y el Atabaliba le Respondió: ¿qué todavía he de morir? y ellos le dixeron que si y él dixo que llamasen Al gouernador que le quería hablar y el gouernador no quyso venyr e visto por el Atabaliba se Retificó sy auia de morir e le dixeron que sy, entonces el Atabaliba pevendo (?) que los Xpianos quando morían que a donde yuan e dixeronle que al cielo y el dixo entonces:

¿e nosotros dónde? e los que allí estan le dixeron que al ynfierno, y el dixo que a dónde se enterraban los Xpianos e dix(er)onle que en la yglesia y él dixo que a ellos do los enterraban e dixeronle que fuera de la yglesia y entonces el dicho Atabaliba dixo que hera mexor lo le los Xpianos que no lo suyo, que él quería ser Xpiano e le enterrasen en la yglesia; e así se tornó Xpiano y esto hecho le dieron un garrote conque le ahogaron e despues por complir la suya le dieron con unas pajas ardiendo e asy estuuó allí toda la noche hasta otro día que le enterraron dentro de la yglesia como aXpiano”²³. Así vió Pedro Cataño, la ejecución del Inca.

Lo que sigue es ampliamente conocido. Vuelto Soto con la nueva de ser falso el alzamiento, se halló con la triste realidad de haber llegado tarde. Reunido con Cataño y los otros defensores del Inca, reconocerían todos juntos que la muerte de Atahualpa “fue la más mala hazaña que los españoles han hecho en todo este imperio de Indias”²⁴. Mientras tanto, bajo el suelo de la improvisada iglesia, dormía su último sueño el orgulloso príncipe quiteño que alguna vez dicen que dijo: “Usos son de la guerra el vencer o ser vencido”.

Siempre a caballo y en el pelotón de Soto, siguió Cataño a Jauja, donde luego de un combate con los indios erigieron los hispanos una población²⁵. Muy a su pesar quedó Cataño en ella con la guarnición al mando de Riquelme, mientras con el Gobernador y Soto seguían los demás al Cusco²⁶. En Jauja lo encontramos el 27 de junio de 1534 oficiando de testigo en una escritura de Diego de Herrera, el vecino de Sevilla²⁷. Pero poco tiempo permaneció Cataño en la apacible Jauja, porque luego pidió licencia al Gobernador para regresar a España y Francisco Pizarro —que después de todo nunca había sido enemigo de Cataño— se la concedió²⁸.

Obtenida la licencia el soldado regresó a Sevilla. Volvió con un viejo compañero de armas Lope Vélez de Guevara, el jinete de Moguer. Lo cierto es que en mayo de 1536 estaba ya en su patria porque entonces se le encuentra caminando las calles sevillanas con su otro gran amigo el Capitán Hernando de Soto y frecuentando a peruleros como Alonso Pérez de Vivero, Gonzalo Maldonado, el escribano Pedro Sancho y Juan de Porras, aquel que fue Alcalde Mayor de los conquistadores²⁹. Vivía a la sazón en la antigua calle de las Palmas, cerca de la iglesia parroquial de San Miguel y no muy lejos del Guadalquivir famoso³⁰. Esta su casa debía estar muy bien puesta, porque había traído mucho

oro del Perú, y se reconocería entre todas las del barrio por lucir en su fachada el nuevo escudo de armas que la Reina le concedió por sus servicios, el 16 de febrero de aquel mismo año. El blasón era cortado: su primer campo era amarillo y en él un águila negra; el segundo, repetía el blasón de los Cataños; cerraba el todo una orla colorada con ocho estrellas de oro³¹. Opulento de fortuna y ennoblecido por la Reina, Pedro Cataño, el de la calle de las Palmas, era un vecino principal y tan ilustre en sangre como el mejor Cataño de Sevilla³².

En su ciudad natal el perulero vivió muchos años, topándose en sus calles con sus viejos compañeros de armas Antonio de Vergara, Diego de Ojuelos y Juan de Porras, sobre todo con este último, al que reconocía el más amigo de todos³³. Trataba también con Hernán Ponce de León, su antiguo amo de Nicaragua, ahora Veinticuatro de Sevilla y Alcalde de la Santa Hermandad³⁴. Más tarde Cataño tentado por su sangre de noble comerciante, intervino en negocios relacionados con la expedición que hizo Pedro de Mendoza al Río de la Plata, teniendo que ver con sus herederos y sufriendo por su causa un cuantioso embargo en 1543, según fallo del Consejo de Indias³⁵. Su intervención como mercante no dañó su calidad de hidalgo, pues por entonces descubriría el gran vate, que:

*“es la octava maravilla
ver caballero en Sevilla
sin punta de mercader”.*

A ello, sin lugar a dudas, lo llevaría no ya su parentesco con los Cataños de la ciudad, que era viejo y reconocido, sino el nuevamente surgido con los Cataño genoveses de la Plaza del Pan. En ese establecimiento mercantil laboraban Polo, Pascual, Ambrosio y Jerónimo Cataño, genoveses de nación y tratantes de oficio, que comerciaban con los Di Negro, los Spínola, los Vivaldos y Lomellinis ligures. Estaban muy bien reputados con el ascenso de Leonardo Cataño al sitial de Dux de la República de Génova y hasta posiblemente escribirían al ilustre pariente las hazañas de su deudo sevillano y del mucho oro que había traído del Perú, donde había servido con “Francesco Pizarro, il gran capitano”³⁶. Pero nuestro hombre no se dejaría seducir por el cariño de esos mercantes extranjeros que ahora sacudían, para desempolvarlo, el

viejo árbol genealógico. Pedro Cataño sabía muy bien que su aprecio se debía al oro, ese oro del Perú que habían visto desembarcar en carretas y que:

*“nace en las Indias honrado,
donde el mundo le acompaña;
viene a morir en España,
y es en Génova enterrado”.*

Y sin reparar demasiado en los nuevos parientes, siguió andando por Sevilla con sus viejos compañeros de armas y viviendo en la pintoresca collación de San Miguel. Había contraído matrimonio y posiblemente tuviera algunos hijos³⁷. Desgraciadamente, nada más se ha podido saber.

De este modo corrieron los años hasta marzo de 1562, en que lo comprometieron para declarar el día 5 en una probanza del difunto Gil González Dávila, su primer Capitán en las Indias del Mar Océano. En efecto, con su medio siglo a las espaldas concurrió al bufete del escribano. Pero lo que dijo no fue mucho, porque estaba muy desmemoriado y confundía los nombres de los pueblos³⁸. Todavía visitaba a Juan de Porras, que vivía en la collación de San Vicente, parroquia donde Cataño acudía a rezar y quería ser enterrado. Aquel y éste eran los únicos que quedaban en Sevilla de todos los que habían servido con Pizarro. Los demás eran muertos o emigrados. Por eso, juntos y con paso inseguro, ambos se distraían paseando por el Arenal y contemplando los navíos que venían llenos de oro. La gente decía que cada nave valía un Perú y trataban de así hacérselo entender a ese par de viejos. Los dos se mirarían comprensivos, pero luego terminarían por sonreír. ¡A ellos les iban a contar aquella historia! ¡A ellos que habían ganado ese Perú!³⁹.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. Atienza, Julio de... *Nobiliario Español*.— Madrid, Industrias Gráficas España, 1948.—p. 560.

García Carraffa, A. y A... *Enciclopedia Heráldica y Geneológica Hispano Americana*. Tomo XXV, p. 172.

2. *Ibidem*.

3. *Ibidem*.

4. Archivo General de Indias de Sevilla (A.G.I.) Justicia 780.

5. A.G.I. Justicia 780.

6. Atienza, Julio de... *Op. cit.* p. cit.

García Carraffa, A y A... *Op. cit.* T. y p. cit.

A.G.I. Justicia 779, 780, 783, 794 y 861.

Destacaban entre otros Cataños de Sevilla D Diego Cataño dueño de vastos heredamientos en el lugar de Palomares, el cual se enterró en su capilla familiar de San Juan de la Palma. Era vecino de la collación de San Miguel y estuvo casado con Isabel de la Fuente. Tuvieron varios hijos, entre otros Rodrigo Cataño, muerto en el lugar de Palomares en 1532; Beatriz Cataño, mujer de D. Pedro de Guzmán, de la Casa de los Guzmanes de Sevilla; y Jorge Cataño Ponce de León casado con Da. Juana de Abreau, hija del rico hidalgo D. Francisco Cerezo de Abreau. Este Jorge anduvo vinculado a los genoveses de su apellido que en Sevilla tenían tienda en la Plaza del Pan, detrás de la iglesia del Salvador, y por 1553 se enriquecía rápidamente enviando esclavos de Cabo Verde a la provincia de Honduras, donde tenía factores y un negocio negrero organizado. Estos, entre muchos, eran los "honrrados e nobles caualleros" de Cataño, vecinos de la parroquia de San Miguel que se enterraban y tenían capellanías en la de San Juan de la Palma.

7. A.G.I. Justicia 1073: Pat. 90—N I—R 11 y 106—N I—R I.

Fernández de Oviedo, Gonzalo... *Historia General y Natural de las Indias*.—Asunción, editorial Guaránia, 1945.— Parte III, lib. VIII, cap. XVI, p. 94 del T. XII.

8. A.G.I. Pat. 106—N I—R I.

9. A.G.I. Pat. 106—N I—R I.

10. Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Nicaragua.— T. IV, pp. 520 y 521.

11. A.G.I. Pat. 90—NI—RI.

12. A.G.I. Pat. 90—NI—RI.

Libro Primero de Cabildos de Lima.—París, imprenta Dupont, 1900.—Tercera parte, p. 123.

Cieza de León (Parte III, cap. LI), Herrera (Década V, lib. III, cap. III) y fray Buenaventura de Salinas (Memorial... Discurso I, cap. VII) están de acuerdo en que Pedro Cataño fue soldado de caballería en la prisión del Inca. Ignoramos si el caballo era propio o prestado, alquilado o dividido.

13. A.G.I. Pat. 90—NI—R 11.

14. A.G.I. Pat. 90—NI—R 11.

15. A.G.I. Pat. 90—NI—R 11.

16. A.G.I. Pat. 90—NI—R 11.

17. A.G.I. Pat. 90—NI—R 11.

18. A.G.I. Pat. 90—NI—R 11.

19. A.G.I. Pat. 90—NI—R 11.

20. A.G.I. Pat. 90—NI—R 11.

21. A.G.I. Pat. 90—NI—R 11.

22. A.G.I. Pat. 90—NI—R 11.

23. A.G.I. Pat. 90—NI—R 11.

24. Cieza de León, Pedro... Nuevos Capítulos de la Tercera Parte de la Crónica del Perú (cap. LII) en Mercurio Peruano Lima, noviembre de 1958, número 379, p. 576. Publicación de Rafael Loredo y Mndivil.

25. A. G. I. Pat. 93—N6—RI.

26. A. G. I. Pat. 93—N6—RI.

27. Lohmann Villena, Guillermo... Índice del Libro Becerro de Escrituras, en Revista del Archivo Nacional del Perú. Lima, julio-diciembre de 1941, número XIV, entrega II, pp. 228 y 232.

En Cajamarca, el 29 de mayo de 1533, también había sido testigo en una obligación de Juan Pérez de Tudela al maestro Juan Fernández.

28. Porras Barrenechea, Raúl... Las Relaciones Primitivas de la Conquista del Perú.—París, imprenta Les Press Modernes, 1937.—pp. 46 y 98.

29. A. G. I. Pat. 93—N6—RI.

30. A. G. I. Justicia 1073.—Como hemos visto más atrás, en esta collación vivían también otros Cataños de Sevilla, hijos de Diego Cataño, a la sazón difunto.

31. Porras Barrenechea, Raúl... Cedulaario del Perú.—Lima, imprenta Torres Aguirre, 1948.—T. II, p. 134.

32. La nobleza y figuración de los Cataños de Sevilla fue conocida por el Inca Garcilaso cuando estuvo en esa ciudad. En el cap. XVIII, del libro VI, de la Parte II de sus Comentarios Reales los llama "caballeros muy nobles" e iguala con los Santillanes.

33. A. G. I. Pat. 93—N6—RI y 93—N6—R2.

34. A. G. I. Pat. 90—NI—R 11.— Justicia 1073.

La amistad con Juan de Porras se vio acrecentada por cierto testimonio que prestó Cataño en su ayuda cuando se le trató de acusar de traición al Rey. Desde entonces (noviembre de 1551) seguirían juntos hasta lo último de su vida.

35. A. G. I. Justicia 733.

36. A. G. I. Justicia 779.

37. A. G. I. Pat. 90—NI—R 11.

38. A. G. I. Pat. 106—NI—RI.

39. A. G. I. Pat. 106—NI—RI.

EL JINETE :

JUAN DE ROJAS

Segovia, la ciudad del Alcázar de piedra y el Acueducto famoso, fue la cuna de Juan de Rojas y Solís, soldado que en Cajamarca figura erróneamente como Juan de Rosas¹. Su nacimiento ocurrió por el año 1507² y en la Conquista del Perú ya lo encontramos con anterioridad al arribo del capitán Soto a la isla de Puná³. Por servir como hombre de a caballo en la captura del Inca, cobró 8.880 pesos de oro y 362 marcos de plata⁴. Tenía entonces menos de 25 años de edad y más hacienda que muchos nobles de Castilla.

En Cajamarca, el 22 de mayo de 1533, actuó de testigo en una obligación del herrero Juan Martín⁵, pero habiendo salido con dirección a Jauja, estando en el pueblo de Llapa el 12 de junio, firmó una carta de deudo a un vecino de San Miguel por 1,500 pesos de buen oro, valor de un caballo que le compró⁶. Para entonces, pues, el soldado Juan de Rojas se daba el lujo de pasear dos cabalgaduras.

El 30 de junio del año 34 figura como testigo en un poder de Hernando de Aldana⁷, pero el 8 del mes siguiente, el artillero Candia otorga un poder a Francisco Moñiz y Alonso Briceño para que reciban de Juan de Rojas, "que es ido a España"⁸, la suma de 860 pesos que el mandante le dió para que llevara a su mujer que vivía en Villalpando. El desconfiado griego ampliaba sus poderes en tal forma que, dado el caso que Rojas no cumpliera con su entrega, tanto Moñiz como Briceño pudieran exigírsela.

La verdad es que Rojas se sentía rico, mozo y con fama del soldado viejo. Se había hallado con el Gobernador en socorrer a los cer-

cados en Vilcaconga, lugar donde — a decir del propio Rojas— hallaron desfallecidos a los españoles y a sus caballos “aguados e resfriados”⁹. Después asistió a la toma del Cusco, donde tuvo ocasión de acrecentar su fortuna, y luego retornó a Jauja. Animado con el enorme éxito de su pequeña vida pidió permiso para volver a España. En breve lo consiguió. Por esto era que ya no estaba en Jauja el mes de julio; por la misma razón lo hallamos por setiembre en Panamá, viviendo tranquilamente mientras buscaba una nave que lo llevara a Sevilla¹⁰. Tenía la firme convicción que nada nuevo le podían ofrecer a esas alturas las Indias del Mar Océano.

Rojas de Solís llevaba consigo todo su oro, parte del de Candia y mil pesos de Melchor Verdugo para entregar a la madre de éste. Por eso Verdugo, desde Trujillo del Perú, escribía a su madre el 7 de diciembre de 1536 informándola de tal remesa. Allí, para evitar contratiempos le decía que enviaba el oro “con un cauallero de Segovia que se llama fulano de rojas que conoce bien (Gabriel de) Olivares, un sobrino del canónigo Olivares, que fué de acá . . . si vuesa merced no los ha cobrado sepa que los envié con el que digo y que vive en Segovia”¹¹.

Efectivamente, Juan de Rojas se había embarcado en el Nombre de Dios a bordo del “San Miguel”, navío que echó el ancla frente a la Torre del Oro el 26 de marzo de 1535, víspera de san Ruperto, obispo. Ni corto ni perezoso Rojas se presentó al siguiente día al mercader Vicente Dávila, a quien iba consignado el metal precioso, entregándole en su tienda los mil pesos de Verdugo¹². Cumplido el encargo debió partir a Villapando, pero esto no nos consta. Lo único cierto es que, lejos de avecindarse en Segovia, pasó a vivir a Tordesillas, tierra de trigales y viñedos cerca de Pedrosa y Castronuño¹³.

Tordesillas era, desde hacía un tiempo, la reclusión de Juana, la insana madre del Emperador. El indiano pronto se vinculó a su reducida corte, deslumbrando a todos con el oro y sus hazañas. Felipe de Valencia, capellán de los pajes de la Reina, es quien nos dice que “estando en la villa de tordesillas la reyna doña juana nuestra señora y este testigo en su serbicio vió como el dicho juan de rojas llegó allí, que venía del Perú a donde había estado en la conquistación (sic) dél y así hera público E notorio, y bino rrico según se dezía y él lo mostraua, y se casó con una hija de Luis de Cépeda mayordomo de la dicha rreyna doña juana nuestra señora y se hicieron muchas fiestas por su casamiento”¹⁴.

Rojas de Solís se radicó definitivamente en Tordesillas. Allí tenía fama de soldado valeroso y con mucha experiencia en Indias, por “aberse hallado en la muerte de atabalipa”¹⁵. De ello platicaba repetidas veces con don Alonso de Ribera, Camarero de la reclusa Reina, escuchándolo también el hijo de éste Pedro de Ribera y Vargas, a la sazón hombre mancebo. Por él, precisamente, sabemos que Juan de Rojas era un gran conversador, pues “dibersas vezes le oyó este testigo hablar e dar cuenta de las cosas de las yndias E de facciones en que se havía hallado de ymportanzia y contar muchas propiedades ansy de los yndios como de su tierra y hablar muchas cosas en lengua de los dichos yndios...”¹⁶. En el colmo de su entusiasmo, Juan de Rojas también alardeaba de quechuísta.

Y de este modo, alternando con la gente crédula y mostrándoles el oro traído del Perú, vivió feliz por espacio de dos años al lado de su esposa doña María de Castilla, la hija de Luis Vasquez de Cepeda, el Mayordomo de Juana la Loca¹⁷. Pero pasado este par de años venturosos, el 30 de enero de 1538, una Real Cédula expedida en Valladolid le ordenó presentarse al Real y Supremo de las Indias en un término de quince días, para rendir en ese Consejo cuentas del oro que le dió Melchor Verdugo. Se hablaba también de ciertas esmeraldas que no aparecían por ninguna parte. Rojas recibió la cédula en Tordesillas, el 11 de febrero, y el 25 inició su defensa ante los Consejeros, previo poder que firmó este mismo día al procurador Íñigo López de Mondragón. El 2 de marzo declaró ante el escribano Bernaldarias y dijo allí que todo lo que de Verdugo trajo a Europa lo entregó en Sevilla al mercader Dávila, incluso seis esmeraldas de las veintidos que lo acusaban retener. Esto era verdad. Oro y piedras verdes obraban en los libros de Vicente Dávila, pero había mucha oscuridad en torno a otros mil pesos que se decía le entregó Verdugo. O eran los mismos que atrás vimos o resultaban otra cantidad. En todo caso, baste saber que el epílogo no está muy claro, pero quedó sentado que las esmeraldas nunca fueron más de seis. Rojas salió reivindicado por un fallo del Consejo, pero se murmuró que Verdugo había perdido gran parte de lo que le había confiado. Inocente por un fallo pero probablemente culpable en su conciencia, Juan de Rojas firmó su dicho y volvió otra vez a Tordesillas¹⁸.

Allí transcurrieron los muchos años que restaban a su vida de continuo en la Casa real. A sus hijos Luis y Pedro de Rojas Solís y Vas-

quez de Cepeda, los situó primero como Pajes de la Reina y luego de su nieto don Felipe. Se sabe que salió en algunas ocasiones a servir al Emperador o al Príncipe heredero. Una vez fué Flandes, otra Italia. Al último de los nombrados acompañó también a su boda de Inglaterra y después a los Países Bajos. En medio de esta vida de opulento señor sin vasallos, algún día se sintió viejo y hubo de volver otra vez a Tordesillas. Allí quedó un buen tiempo, hablando siempre del Perú y de la prisión del Inca. Cuando esto sucedía corría el año de 1586 ¹⁹.

Pero en esta fecha ocurrió algo que conmovió a su vejez y lo sacó de su inactividad. Comprobó que un Juan de Ledesma tenía en su poder la Lista del Oro y Plata que se repartió en Cajamarca por el Gobernador Pizarro y también que de todos los españoles que aparecían allí, él era el único que sobrevivía ²⁰. Viejo, enfermo y deseoso de ser recompensado fué que elevó entonces el último memorial de su vida a la Corona. Lo empezaba así: "Juan de rrojas de solis vezino de la villa de tordesillas y contino de la casa de Vuestra Alteza dize quél fué de los primeros que pasaron con el marques don françisco piçarro A descubrir y conquistar el Pirú y estubo en él con sos (sic) armas y caualllos a su costa hasta que se paçificó en que padesçió muchos trabajos como es notorio y por serlo tanto no hiço ynformaçion dello y hasta agora no se le a hecho merçed ninguna ni él la a pedido y al presente padece necesidad ansi por aber serbido despues que bino en el rreyno y fuera dél a Vuestra Alteza como por aver gastado mucho en abiar a don luis de rrojas su hijo, tesorero de Vuestra Alteza... y a don pedro de Solís, su hermano, Paje que fue de Vuestra Alteza, que pasaron a las yndias de la Nueva españa a la nueba estremadura con don pedro de malaber. . ." ²¹. Y por premio a sus trabajos y remuneración a sus desvelos pedía finalmente Juan de Rojas, el último de los de Cajamarca, la Tesorería de Honduras o la Contaduría de Santo Domingo para que la sirviera en su nombre la persona que él señalase, pues por ser demasiado viejo y enfermo estaba ya impedido de volver a las Indias del Mar Océano.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. A.G.I. Pat. 130—NI—R7 y Justicia 1052— Cieza lo llama Rojas y Herrera, Roxas.
2. A.G.I. Pat. 150—N6—R2.
3. A.G.I. Pat. 150—N6—R2.
4. A.G.I. Lista del Oro.
5. A.G.I. RAN—Tomo XIV, ent. II, p. 228.
6. A.G.I. Ibidem. p. 213 o 214.
7. A.G.I. Ibidem. p. 230.
8. A.G.I. Ibidem. p. 233.
9. A.G.I. Pat. 150—N6—R2.
10. A.G.I. Pat. 150—N6—R2.
11. A.G.I. Justicia 1052 y 1125.
12. Ibidem.
13. A.G.I. Pat. 130—NI—R7.
14. Ibidem.
15. Ibidem.
16. Ibidem.
17. Ibidem.
18. Ibidem.
19. Ibidem.
20. Este probablemente era hijo de Francisco de Ledesma que como depositario o tenedor de bienes de difuntos en el Cusco, en 1534 recibió muchos papeles y procesos, también Listas con el oro y plata repartidos.
21. Pat. 130—NI—R7.

EL INFANTE :

MELCHOR VERDUGO

EL HIDALGUILLO POBRE

El de Verdugo fue uno de esos linajes que nacieron de la guerra contra la morisma. Su principio debió ser algún caballero “verdugo de moros” y paladín de cristianos que vivió con anterioridad al siglo XIII. Pero nada más se sabe de él, excepto que sus descendientes vivieron en Arévalo, donde usaron por armas un león rampante de azur en campo de oro y bordura del mismo color con ocho aspas doradas ¹. Estas aspas o cruces de san Andrés, precisamente, son las que remontan la antigüedad de la Casa al siglo XIII, porque —según la heráldica de los hijosdalgo de Castilla— se concedieron sólo a aquellos caballeros que tomaron Baeza, la noche de san Andrés Apóstol de 1227 ².

Sin embargo, no es al viejo tronco arevalense al que vamos a tratar, sino a la rama avecindada en Avila que también fue antigua y principal. Dimanada de los Verdugos de Arévalo, esta rama abulense estaba representada a comienzos del siglo XVI por el hidalgo Francisco Verdugo, caballero de mucha honra y pocos bienes, casado con doña Marina de Olivares, hijadalgo de los Olivares de Trasmiera, en las Asturias de Santillana ³. Tres fueron los hijos del mencionado caballero: Francisca Verdugo, que después casó con Juan Vásquez de Ortigoza; Marina Verdugo, nacida por 1512 y que al parecer murió soltera; y Melchor Verdugo y Olivares, llamado “El Comendador”, que primero fue soldado de Pizarro cuando la prisión del Inca y luego uno de los capitanes más famosos del Perú. La turbulenta historia de su vida ha dado pie a este estudio ⁴.

Melchor Verdugo, pues, nació dentro de las murallas de Avila⁵, alrededor de 1514⁶. De su infancia casi no hay qué decir, excepto que fue muy dura. Su niñez transcurrió ligada a la necesidad, porque como su padre al morir dejó muy pocos bienes, su madre —de acuerdo con el uso y mentalidad de la época— debió de darle algún dinero para luego despedirlo con un: “toma fijo, y no me dés más pasión, e vete o ayúdete Dios a tu ventura”⁷. Esta frase fue común en el siglo XVI. Fustigadas por el hambre y el temor a la deshonra, las viudas de Castilla aprendieron a decirla a sus hijos. El pan que había era para las hijas doncellas, hasta que se pudieran casar o entrar a monjas; los niños nacidos en el Siglo de Oro, tenían que ir a buscar este metal allende el mar.

Sólo así se explica el que Melchor Verdugo marchara a Indias tan temprano. Contratado servidor del licenciado Gaspar de Espinosa, viajó con él a Tierrafirme la última vez que vino de España. Al desembarcar en el Nombre de Dios, amo y criado se alojaron en una posada donde ya estaba Nicolás de Ribera, el Viejo. Años más tarde recordaría éste, que cuando Espinosa entró fatigado a la hostería en compañía de su paje, “podría ser el dicho melchior verdugo de hasta quinze o diez y seyz años”⁸.

El muchacho pasó con su amo a Panamá, morando allí en la casa del licenciado. Ella sería su escuela y Espinosa su maestro. Entonces fue que conoció a los soldados baquianos de la conquista de Santa Cruz, Natá, Comogre, Pocorosa y costas de la Mar del Sur, jornadas en las que el licenciado había sido capitán. Refiriéndose a estas expediciones había dicho Las Casas: “Espinosa fue el espíritu de Pedrarias y el furor de Dios encerrado en ambos”⁹. Y esta vez el dominico tenía toda la razón, porque al frente de una legión de forajidos, Espinosa ordenó que se aperreara a los indios o se les cortara manos y narices, inventando —de paso— “la pena del tiro de pólvora”, que consistía en disparar una pelota de plomo a un indio atado a un árbol, la que al salir abría en sus espaldas una brecha del diámetro de una botija de media arroba...¹⁰. Y en la casa de Espinosa, en Panamá, se juntaban por la noche los baquianos a jugar, beber y celebrar estos recuerdos con chuscadas y risas de mal gusto. Y el imberbe aún Melchor Verdugo oíría las historias de boca de sus propios actores, adquiriendo cada noche una idea más completa de la soldadesca indiana. Así fueron todas las noches del lluvioso invierno tropical. Se jugaba y se reía hasta que los

asistentes comenzaban a dar muestras de cansancio. Entonces, el canoso licenciado —que por lo demás fue un excelente capitán— concluía aquellas charlas citando la opinión de los antiguos sobre “que las letras no embotan la lança”¹¹. Y oída la moraleja del anciano, luego todos se iban a dormir...

Más con la caída de Pedrarias también Gaspar de Espinosa quedó en mala situación y al poco tiempo debió de cancelar a los criados. Acaso tenía dineros, pero los necesitaba para la próxima Armada del Perú. La vinculación de Espinosa con Pizarro en este período nos aclara por qué el mozuelo se enroló en la Armada perulera como peón de infantería. Joven noble a pesar de ser criado, mejor aún, criado pobre por haberlo despedido el amo, Melchor Verdugo y Olivares podía explicar su decisión con sólo canturrear una letrilla:

*“A la guerra me lleva mi necesidad;
si tuviera dineros, no fuera, en verdad”.*

CONQUISTADOR DEL PERU

Verdugo se juntó a Pizarro en la costa de Coaque. Para llegar allí utilizó el navío de Pedro Gregorio que llevaba gente y víveres a los expedicionarios. El conquistador Blas de Atienza que lo vio desembarcar refiere que Verdugo “venía llagado doliente y maltratado y a causa desto no se hacía quenta dél porque ni traía cavallo ny aun que bestyr ni se le encomendaba ni fiava cosa de afrenta porque al parecer no hera para ello”¹². Martín Pizarro, que también lo vio bajar a tierra, se limita a confesar “que hera mançebo en la hedad e ansy lo pareçia por su aspecto”¹³.

No obstante sus pocos años, Melchor Verdugo participó en las luchas con los indios de Puná y Túmbes, prosiguiendo con la hueste y asistiendo a la erección de San Miguel de Tangarará, en tierra de los tallanes. Aquí será Rodrigo Lozano, el presunto cronista, quien nos diga que “vido al dicho melchior verdugo en el pueblo de san myguel al tiempo que se pobló, en casa y compañía de un fulano aguil-ar, alguazil del rrey, e andar a pie é no tan bien tratado como convenía... e así fue a caxamalca... porque este testigo lo vido todo por vista de hojos quando se yvan a caxamalca”¹⁴.

Como es fácil apreciar, Melchor Verdugo no fue bien recibido por

sus compañeros. Antipático, apocado y enfermizo, acaso este primer impacto que causara en los soldados contribuyó a su definitiva formación. Allí se estaba gestando el hombre cruel, díscolo, intrigante y ambicioso ; el soldado resentido y el encomendero falaz. La antipatía de Melchor Verdugo siempre fue proverbial en el Perú. Algunos años más tarde se bramaría contra él hasta en la selva amazónica.

De San Miguel salieron los soldados en setiembre de 1532, primero los de a caballo, después la infantería. El conquistador Antonio Solar afirma "que en aquel tiempo heran muy pocos los que tenían caballos e que los más de los principales andaban sirviendo a pie" ¹⁵. Melchor Verdugo era de éstos muchos en la marcha a Cajamarca y, por tanto, "entró a pie como otros caballeros lo hicieron e... así andubo hasta que fue preso Atabalipa" ¹⁶.

Efectivamente, el 16 de noviembre de 1532 —antevíspera de san Román— el mozo estuvo con su espada y su rodela en la prisión del Inca. Aunque se ignoran los detalles de su comportamiento, bien se le puede tildar de esforzado si se atiende a que "Era mancebo de poca edad e no tenía barvas ninguna" ¹⁷. Casos tan precoces como el suyo hacían al Rey de Francia exclamar: "¡Bienaventurada España que pare y cría los hombres armados!" ¹⁸.

Al repartirse el botín obtuvo por su esfuerzo 135.6 marcos de plata y 3,330 pesos de oro ¹⁹. Después de esto, sus mismos compañeros comenzaron a tomarlo en cuenta. El 15 de junio de 1533 aparece de testigo en el pacto de dos clérigos para dividirse hermanablemente lo que en la guerra ganaren sus caballos ²⁰. Ese mismo día firmó una carta de obligación a Juan de Ascencio —uno de los clérigos— endeudándose en 2,000 pesos de buen oro por un caballo ensillado y enfrenado, un indio esclavo de Nicaragua, una india herrada en el rostro y veinticuatro gallinas ²¹. Sin duda programaba un festín para celebrar su encumbramiento a jinete. Por último, el 11 del mismo mes, lo volvemos a encontrar en la compra de una yegua por el soldado Pedro de Mendoza ²².

Es a estas alturas que Melchor Verdugo empieza a caminar con humos de caballero. Hidalguillo de escarcela vacía que amaneció un día dueño de mucho oro, no supo resistir a la tentación de pretender codearse con los superiores. Y por decir que era amigo del Gobernador Pizarro, asistió en su posada a varias sesiones de juego. Pero tanto le ganó el Gobernador en ellas que a la larga le afloraron los es-

crúpulos²³. El nuevo vicio se cortó entonces con una orden de escoltar a Piura el quinto que a Su Majestad llevaba Hernando Pizarro²⁴.

Vuelto a Cajamarca compró allí otro caballo a Juan de Porras, el cual era morcillo y costó 2.500 pesos o algo más²⁵. Eso de andar a pie estaba bueno para los soldados pobres. Después partió con la hueste rumbo a Jauja, donde todos descansaron algún tiempo. Con sus armas y caballo asistió entonces con Hernando de Soto a la guazábara de Vilcas y al cerco de Vilcaconga. También estuvo en la refriega del Cusco y persecución de Quisquis, ingresando luego a la ciudad sagrada de los Incas la víspera de san Eugenio de 1533²⁶.

Entonces Pizarro —a decir de Zárate— “repartió los indios entre los vecinos que allí quisieron quedar, porque a muchos no les pareció poblar en la tierra, sino venirse con lo que les había cabido en Caxamalca y Cusco a gozarlo a España”²⁷. Pero Verdugo fue de los que supo vencer a la nostalgia al dejarse ganar por la ambición. Pensaba hacerse más rico todavía y alcanzar sitial de poderoso. El estaba demasiado joven, las murallas de Avila aún podían esperar... Es por esto que en la fundación española del Cusco figura el abulense en los siguientes términos: “Señalósele a Melchor Verdugo un solar a las espaldas de Diego Maldonado, linderos la calle de Candia”. El sitio era importante porque Pedro de Candia era el Alcalde y Maldonado, sobrenombrado El Rico, un soldado principal. Pero el trazo de estos solares se hizo forma irregular y, por tanto, hoy no se ubica el lugar exacto que correspondió a Verdugo. Lo único que se colige es que integraba el severo Hatun Cancha y que estaba enclavado en ese barrio que por ser de piedra roja los Incas lo llamaron Pucamarca.

EL VECINO DE TRUJILLO

Sin embargo, Verdugo no vivió mucho en su nueva vecindad. Por razones que ignoramos bajó entonces a Lima —que tenía pocos días de fundada— y con el Gobernador Pizarro, su secretario Picado y el trazador Diego de Agüero partió con dirección al norte. Después de atravesar candentes arenales los viajeros avistaron un gran valle del que era señor Cajazinzín, último rey de los chimús. Y allí, el 5 de marzo de 1535, fundaron la ciudad de Trujillo como un homenaje a la patria del Gobernador. A Verdugo entonces no se le dio ningún cargo en el Cabildo, pero —en cambio— ocupó el noveno lugar en la lista de los fundadores²⁹.

Ese mismo día se efectuaron los repartos de indios y solares. El solar que se le dio tampoco está identificado, mas hay motivos para sospechar que estaba en una esquina de la Plaza Mayor. Poco después levantó en él su morada —toda de piedra y con dos pisos— opinándose por esto que era la mejor casa de Trujillo, aunque la seguía en importancia la de Diego de Aguilera ³⁰.

En cuanto al repartimiento, le correspondió el de Cajamarca con su curaca Colquicusma y los demás reyezuelos locales. Eran éstos: Tantahuata y Guaygua, señores de Bambamarca; Pariatungo, señor de Pumamarca; Carbacasa, señor de Chonda; Puculla, señor de Chuco; Espalco, señor de Cuismanco; Carhuarayco, señor de los cuismancos mitimaes, y Otuzco, señor del pueblo de su nombre. En los alrededores de Trujillo le dieron también un curaca y sus vasallos destinados al servicio personal. Este jefe lo fue Chicamanaque, gran curaca de Chonguco, de la parcialidad de los chimús ³¹. Tan grande fue el número de indios otorgados a Verdugo, que se rumoreó entonces que Pizarro había sido generoso con él para resarcirlo del mucho oro que le ganó en el juego: en Cajamarca se lo había quitado, en Cajamarca se lo iba a devolver ³².

Por entonces, estando por salir de Trujillo el Gobernador, entró en la villa el famoso Cazalleja con las provisiones reales que conferían al Adelantado Almagro la gobernación de Nueva Toledo. Diego de Agüero, que hasta entonces había sido pizarrista, corrió a enterar a Almagro del suceso, obteniendo con ello mil pesos por albricias. Sorprendió mucho al Gobernador este gesto de Agüero y para evitar peores males, envió a Verdugo al Cusco con despachos en los que revocaba los poderes al Adelantado y los transfería a su hermano Juan Pizarro ³³. La llegada de Verdugo al Cuzco fue el comienzo de aquella cruel guerra civil que terminó en la rota de Salinas. En efecto, refiere el cronista Molina, que habiendo los vecinos recepcionado a Almagro por las noticias venidas con Agüero, “aún bien no era llegada la tarde cuando entró aquel mismo día, por la Plaza del Cusco, Melchor Verdugo. . . y como entró en la ciudad, se fue derecho a aprear a la posada de los hermanos del Marqués, que moraban juntos, y dado el despacho del Marqués sin dilación, como quien toca arma, se acaudillaron y juntaron, llamando los más vecinos y regidores de la ciudad a su casa, y les amonestaron de parte del Marqués que no recibiesen a Almagro por teniente de gobernador, ni menos por gobernador aunque

trajese provisiones del Rey, que ellos tenían recaudo del Marqués, su hermano, para lo resistir y pensaban morir en la demanda”³⁴. Enterado Almagro de todo esto, reunió también a su gente y ambos bandos se retrajeron a sus casas a esperar en qué paraba todo aquello. Melchor Verdugo quedó con Juan Pizarro “y desde este punto —concluye la crónica— no dejó de haber en estos reinos grandes revueltas y males; porque de este primer yerro nacieron todos”³⁵.

Pero en eso llegó el Gobernador Pizarro y se consertó la paz sin que nadie lo esperara. Entonces Almagro partió a la conquista de Chile y Verdugo volvió a Trujillo en compañía del Marqués, del que había llegado a hacerse su hombre de confianza. Por razones de política sólo pudieron entrar en Trujillo a principios de 1536, terminando el mes de enero. Los vecinos comentaron envidiosos que Verdugo era un paniaguado del Gobernador, mas este no hizo nada para desmentirlos. Ante el asombro general y sin poder decir una palabra de protesta, Su Señoría los reunió a todos e hizo a Melchor Verdugo, Regidor. Los vecinos se indignaron con el nombramiento del mozuelo, pero Pizarro luego de esto se marchó. Sin tener a quién quejarse, los vecinos aceptaron el capricho. De este modo Verdugo se puso codo a codo con el valeroso Juan Roldán, el Trece Soraluze, el rico Lorenzo de Ulloa, el capitán Andrés Chacón y el Alférez Francisco Luis de Alcántara que, aunque analfabeto, era un soldado distinguido. El regimiento, además, le permitió sentarse en la iglesia junto a Blas de Atienza que, a pesar de ser muy viejo y casi ciego, era todo un descubridor del Mar del Sur; y también al lado de Diego de Mora, hidalgo que había sido Alcalde de Granada, en Nicaragua. En otras palabras, el Gobernador no sólo ascendió a Melchor Verdugo sino que logró igualarlo con los beneméritos³⁶.

Después de esto, Melchor Verdugo hizo su primera visita a Cajamarca en calidad de encomendero. Quería tratar de cerca a sus indios y pasar entre ellos una tranquila temporada. En efecto, así lo llegó a hacer, pero estando descansando le informaron que era alzado Manco Inca y con él todos los quechuas de la tierra. Los tambores retumbaban en los valles, el viento traía el sonar de los pututos y la grito —esa grito que parecía de demonios— indicaba que estaban reunidos los curacas y sus legiones alertas. Verdugo decidió entonces bajar hacia Trujillo y juntarse con otros españoles. Pero antes de partir apresó a varios hermanos de Atahualpa que allí estaban y

los llevó consigo. Entre estos presos figuraba Azarpay (que a pesar de ser hermana había sido también esposa de Atahualpa), pero el principal de los cautivos lo era Sayri, otro de los hijos de Huayna Cápac. Los desgraciados príncipes tuvieron un desastroso fin: Sayri fue desterrado a Panamá, donde debió morir porque nunca más se supo de él; y Azarpay enviada a Lima, donde Francisco Pizarro “mandó dar garrote y matalla, pudiendo embarcalla en un navío y echalla de la tierra”³⁷.

Una vez en Trujillo, Verdugo comprobó que la población estaba alarmadísima y los municipales dispuestos a desamparar la villa. Ya habían embarcado a todas las mujeres con los niños, porque se esperaba el ataque indio de un día para otro. Entonces fue que Verdugo se opuso al plan de fuga y reunió al Cabildo para evitar el despoblamiento. Todavía más, con otros vecinos organizó la defensa y vigilancia de la plaza, echando las suertes para las velas y designando los turnos para las rondas, pues —como él mismo decía— ni los que descansaban en sus casas debían confiarse demasiado, porque “es uso de guerra en esta tierra durmir los onbres armados en tal tiempo”³⁸. Y como lo dijo lo hizo, porque en las estrelladas noches norteñas se le vio a través de la población embrazando adarga, empuñando lanza y cabalgando una mula bermeja.

A estas alturas, los indios chachapoyas pidieron a Verdugo auxilio contra Cayo Túpac, capitán del Inca que avanzaba hacia sus tierras. El encomendero les envió entonces a un criado apellidado Segura para que les enseñara nuevas tácticas de guerra, y la defensa salió bien³⁹. Después de esto se fueron apagando los fulgores de la hoguera de guerra y también la grito de los guerreros. El descerco del Cusco y el de Lima marcaron el final de la revuelta. Trujillo se había salvado y los que se opusieron a su abandono duplicaron su prestigio personal. En realidad (y era duro decírselo a esos hombres que habían velado las cuatro guardias de la noche), la villa nunca había corrido riesgo. Lo que pasó fue que los chimús de la vecindad se habían divertido con los españoles llevándoles noticias alarmistas.

LA GRATITUD IMPERIAL

Luego de una corta permanencia en Lima, durante la cual —el 18 de noviembre de 1536— declaró en la probanza de Diego de Agüero,

el de las albricias, Verdugo regresó a Trujillo⁴⁰. Allí, el 7 de diciembre, escribió una extensa carta a su señora madre. Esta carta es una de las pocas de este tipo que se conservan de los conquistadores, pero su mayor mérito estriba en la petulancia juvenil, pues su autor se muestran con la vanidad del nuevo rico, del hombre que cree haber triunfado en la vida. Por eso expresó allí: “yo quedo en el pueblo donde siempre he estado y viuo en una villa que se llama troxillo, tengo en el mi casa y vn muy buen rrepartimiento de yndios que abrá ocho o diez mill vasallos. Creo que ningún año abrá que no me den cinco o seis mill castellanos de renta. Todo esto escribo a vuestra merced para que se huelgue y crea que vivo sin necesidad.— ¡Loores a Nuestro Señor!— Vuestra merced me escriba siempre y me haga saber como están las señoras mis hermanas y todos esos caualleros parientes míos y les diga que les beso las manos, que tampoco e avido carta de ninguno de ellos. Pero pues vuestra merced no me escribe no quiero culpar a nadie. No lo haga vuestra merced de aquí adelante así, sino pues el papel y tinta cuesta poco escribame cada día veinte cartas porque si la vna herrare acierte otra . . . porque no es otro mi deseo sino rrecebir carta de vuestra merced a cabo de tanto tiempo. Yo quedo muy bueno, ¡loores a Nuestro Señor!, y otro descontento en mí no rreyna sino no aver sabido de vuestra merced como tengo dicho”⁴¹.

Ante líneas como éstas doña Marina de Olivares debió de sentirse realmente satisfecha. Su hijo de veintidos años de edad era todo un señor feudal en el Perú. Así se lo comunicaría primero a sus dos hijas (que por ser analfabetas no podían cartearse con su hermano) y también a “esos caballeros”, los parientes nobles. . . Pero antes de concluir el escrito doña Marina tuvo que enterarse de las nuevas pretensiones de su hijo. Decía éste que no lo preocupaba el cargo de Alguacil Mayor de Trujillo, “porque no ay necesidad, porque el gouernador me quiere tanto que siempre procura de hacerme mercedes”⁴²; pero que, en cambio, requería con urgencia la perpetuidad de sus indios, una conducta de Capitán y el título de Regidor perpetuo. Pero lo que más lo entusiasmaba a esas alturas era un hábito en la ecuestre y militar Orden de Santiago, porque eso lo haría caso único entre todos sus compañeros. El era bien nacido mas no siempre la casta hidalga era fácil de probar. Había, pues, que conseguir buenos testigos; de éstos que supieran de sus antepasados por ramas de los cuatro abuelos. El tenía ya una información hecha ante escribano y en ella se había

preocupado de hacer constar “lo mucho que he seruido en esta tierra a su magestad y de como me hallé en la prisión de Atavalipa y otras cosas”⁴³. Por este tipo de hazañas no había que tener cuidado porque —advertía a su madre— “soy muy bastante”⁴⁴, pero para lo de la limpieza de sangre debían preocuparse algo más y conseguir testigos “aunque se vayan a tomar a(1) cabo del mundo”⁴⁵.

La carta la envió con Hernando de Zevallos; y como Verdugo conservaba un gran amor por su madre, ello hizo que también le remitiera oro. Una viuda con dos hijas (el perulero ignoraba el matrimonio de la mayor), lo tenía que necesitar. Anteriormente le envió con Juan de Rojas veintidós esmeraldas, una faja de chaquira de oro, una barra del mismo metal que pesaba diecisiete pesos y algunas cosillas más como mantos, peines y espejuelos. Asimismo “un vaso de oro... un hombrezico de oro y plata y quarento cántaros . . . y una cruzecita toda de oro”⁴⁶, sin contar dos cucharitas y tres anillos de lo mismo. Pero aunque Rojas entregó todo en Sevilla al intermediario Vicente de Avila, se quedó con gran parte de las esmeraldas. A pesar que hubo pleito por ello ante el Consejo de Indias, esto nunca se llegó a aclarar y doña Marina de Olivares al finalizar el año 37 falleció en Avila sin conocer las esmeraldas. Sus dos hijas y Juan Vásquez de Ortigosa, esposo de la mayor, le dieron cristiana sepultura. Por esta razón doña Marina Verdugo, segundogénita de la difunta, se apersonó al Corregidor de la ciudad el día 9 de diciembre. Solicitaba un tutor y curador para ella y sólo un curador para que entendiera en los pocos bienes de su hermano Melchor, “el qual está ausente desta çibdad e destes Reynos, que está en las Yndias”⁴⁷. Aquel mismo día fue señalado para el desempeño de ambos cargos Juan Vásquez de Ortigosa, el cuñado de los protegidos. De este modo los bienes de Melchor Verdugo en Avila quedaron amparados, pero por la explicable tardanza de las cartas, el beneficiado ignoró el deceso de su madre y el nombramiento de su curador hasta el año de 1539⁴⁸.

Por lo demás, ese año 37 transcurrió sin ninguna novedad⁴⁹; el siguiente fue agitado y a lo largo de él todo el Perú se desangró por los Almagros y Pizarros. Verdugo no asistió a la rota de Salinas, pues ninguna crónica lo afirma, pero sí que acudió a Lima con el primer llamado del Marqués. Con él debió asistir, como miembro de su escolta, a las conversaciones de Mala, pero tampoco hay indicios suficientes⁵⁰. Lo único probado es que el 20 de mayo estaba nuevamente en

la villa de Trujillo, donde pesentó al Teniente García Holguín ciertos indios de su encomienda para tomar posesión de todos ellos por primera vez. Precedidos por Colquicusma, el gran curaca de los cajamarcas, el Teniente los entregó entonces a Verdugo, según constó ante Pedro González, escribano ⁵¹. Otra vez viajó a Lima, ya que el 24 de mayo de 1539 declara allí en la probanza de Sebastián de Torres ⁵², pero pronto retornó a Trujillo con el pretexto de visitar a Colquicusma y sus indios cajamarcas. Las guerras, afirmaba el abulense, no le habían permitido visitar a los que él llamaba sus “vasallos”. La vez que quiso hacerlo tuvo que regresar. Ahora, pues, quería apreciar de cerca ese progresar de su encomienda que tanto le aseguraban los mayordomos. Y sentado en una litera que portaban sus “vasallos”, comenzó a subir la cordillera hacia el viejo reino de los caxamalcas.

Allí, entregado a la cetrería y viendo los grandes rebaños de auquénidos, su existencia transcurrió rodeada de tranquilidad. Algunas veces, cuando el aburrimiento lo vencía, gustaba visitar a los curacas de sus pueblos utilizando para ello un palanquín. Otras, vigilaba sus trigales de la serranía o inspeccionaba sus obrajes donde cada día hacían mejores los tapices, al extremo de recordar a los de Flandes. Pero a pesar del auge de estos indios, Melchor Verdugo se quejaba de ellos porque no le daban oro. El abulense había llegado a identificar a la felicidad con el metal dorado y sus tributarios no lo comprendían. Por eso los reñía, tildándolos de ociosos y malintencionados. Para Melchor Verdugo los indios de su repartimiento dejaban mucho que desear ⁵³. Sin embargo los que conocían de cerca a cualquier curaca de Verdugo, calcando el cantar castellano, del más pobre hubieran podido decir:

*“Dios, qué buen vassallo,
si oviesse buen señoire”.*

Lo cierto es que mientras se quejaba el abulense de los indios, sus gestiones en España progresaban. Por intermedio del Alcalde Ronquillo —aquél que mereció del bufón don Francés ser llamado “toro viejo enojado” ⁵⁴ y “torre de Zamora derribada en tiempo de Terremoto” ⁵⁵— obtuvo del Emperador y del Consejo de Indias un par de importantes privilegios. Uno estaba fechado en Valladolid el 13 de noviembre de 1537 y era un título de Regidor del Cabildo de Truji-

llo ⁵⁶; el otro, fechado también en Valladolid el 7 de diciembre del mismo año, era un escudo con su yelmo a lo hidalgo sobre lambrequines de sinople y sable. El primer campo era negro y encerraba un tigre con una espada de plata en la mano; medio partido de oro con un cocotero puesto sobre un mar de azur y plata. El segundo cuartel representaba un mar igual al anterior y navegando en él, a toda vela, un navío de perfil muy marinero. El todo lo rodeaba una bordura de plata con cuatro cabezas de serpientes degolladas y en cada tronera dos lanzas quebradas puestas en sotuer ⁵⁷. Ese licenciado Ronquillo, Alcalde de Corte de Su Majestad, se había comportado como un verdadero amigo de la familia. Gracias a él los viejos sueños habían comenzado a tornarse realidad.

CONSECUENCIAS DE UNA AFRENTA

Así las cosas entró el año 1541, tiempo que para el Perú vino a ser funesto, porque a lo largo de él los almagristas mataron al Marqués. Cuando esto último ocurrió, Melchor Verdugo seguía en sus indios cajamarcas. Entonces fue que salió por mar García de Alvarado a tomar Trujillo y la maledicencia soldadesca encontró ocasión de cebarse con Verdugo. Se dijo, por ejemplo, que estando Alvarado acantonado en Zaña, se presentó un día a él Verdugo, a caballo y con armadura, escoltado por numerosos indios; accedió Alvarado a la entrevista que demandaba el visitante y juntos platicaron largamente en una tienda. Se rumoreó entre los soldados que había venido a notificarlo que Alonso de Alvarado había alzado bandera por el Rey en Cochabamba —un lugar aledaño a Cajamarca— y que estaba dispuesto a atacar a los de Chile ⁵⁸. Sin embargo, la realidad fue muy distinta. Era cierto que Alonso de Alvarado estaba por el Rey, pero sabedor de esto Verdugo —lejos de seguirlo— escribió la noticia a García de Alvarado para prevenirlo. No fue, pues, como decían los soldados. El abulense vivía muy tranquilo en Cajamarca para trocar su comodidad por los azares de la guerra. En cambio, de este modo quedaba amigablemente con ambos Alvarados. A Alonso, no le contestaba fingiendo no haber recibido su mensaje y a García lo ponía sobre aviso. Ganara quien ganara tenía asegurada su encomienda ⁵⁹.

Luego de prolongar su estadía entre sus indios y de observar un comportamiento definitivamente hipócrita, Verdugo decidió reincorporo-

rarse a su vecindad. Pero a su regreso a Trujillo protagonizó el mayor escándalo que hasta entonces había visto la villa. El abulense conocía desde Tierrafirme a Francisco de Fuentes, el yerno de Gaspar de Espinosa. Juntos habían hecho la jornada del Perú y ahora eran vecinos de Trujillo. Amigos al extremo de visitarse con frecuencia nunca nada había empañado esta amistad. Pero he aquí que Fuentes tenía una hija llamada doña Francisca y ella fue la manzana de la discordia. La moza estaba casada con Antón Cuadrado, soldado viejo y casi ciego que tenía la encomienda de Huambacho. A su vuelta a la ciudad, Verdugo fijó demasiado sus ojos en doña Francisca y la sedujo aprovechando la ausencia del marido. Cuando Antón Cuadrado se enteró, juró degollar al mal amigo y Verdugo, temeroso, buscó refugio en el convento de los mercedarios. Al asilo de su claustro permaneció acogido mucho tiempo, mientras Cuadrado con varios amigos rondaba los muros buscando coyuntura de venganza. Parece que pasaron así varias semanas, hasta que un día el asilado mandó llamar a Andrés Machuca y le pidió le acompañase a dar el encuentro a Vaca de Castro que debía estar en Quito. Entre gallos y medianoche salieron entonces Verdugo y el Machuca con cinco jinetes y tres peones armados que les sirvieran de protección. En Chaparra supieron que ya era partido de Quito el licenciado y en Ayabaca hallaron al clérigo Sancho de Mingaza, quien se plegó a Verdugo con el pretexto de ser su capellán. De este modo siguieron incansables y perdidos, hasta que una noche —después de cruzar una áspera sierra— divisaron el campamento de Vaca de Castro junto a un pueblo indio que los escritos llaman Corrachamba (Cariamanga?)⁶⁰.

Con Vaca de Castro volvieron entonces a Trujillo. El camino fue sin novedad y de todas partes acudían a sumárseles los encomenderos. Pero antes de entrar a la ciudad, cuando ya se divisaba la torre de su iglesia y se oían las campanas que daban la bienvenida al licenciado, salióles al encuentro un jinete. Era Antón Cuadrado y venía a pedir justicia por cierto ultraje que le habían hecho. Después de oírlo, el Gobernador mandó traer ante sí a Melchor Verdugo y, una vez delante suyo, le preguntó si era el culpable. Al admitir éste el adulterio, fue cargado de cadenas y conducido a Trujillo. La humillación que significó para el soberbio Regidor pasear así por las calles de la ciudad, le dejó una huella indeleble en su persona. En Trujillo Verdugo guardó varios días de prisión, pero luego intervino Vaca de Cas-

tro como árbitro y logró un acuerdo entre las partes. Verdugo dio a Cuadrado 4,000 pesos "porque le perdonase"⁶¹, y éste los aceptó con la condición de que fuera pública la entrega. El viejo fuero aducía que cuando hubiera corazón para sentir una afrenta pero faltasen fuerzas para poderla vengar, la solución fuera obligar a pedir perdón y otorgarlo por dinero. Indemnizado conforme al fuero castellano, el viejo Antón Cuadrado volvió a pasear con la frente alta por las calles de Trujillo⁶².

Por estos días, acaso porque ya muchos sospechaban sus arreglos con los almagristas, Verdugo dio dos caballos a Vaca de Castro y compró un tercero en 800 pesos a Juan de Morales, para ir con él a la guerra⁶³. Pasado un tiempo, Vaca de Castro abandonó la ciudad en persecución de Almagro el Mozo y los asesinos del Marqués. Lo siguieron todos los vecinos principales excepto los enfermos, viejos y algunos prominentes del Cabildo. Melchor Verdugo, a pesar de ser aún muy joven y no requerirlo el servicio de la ciudad, persistió en quedarse: el abulense estaba resentido con la fórmula transaccional del licenciado y por considerarse vejado en demasía, había decidido no seguir al estandarte real como era su obligación de encomendero. Mas Vaca de Castro, estando ya en Huaraz, mandó volver a Peranzúñez y éste al tiempo que hizo tropas en Trujillo, obligó a Verdugo a ir contra los almagristas. De mala gana partió entonces el soldado, pero esto no fue óbice para proseguir, y de este modo —el 16 de setiembre de 1542— asistió a la batalla de Chupas. La de Chupas fue la derrota más sangrienta que registran las guerras de los conquistadores. A lo largo del combate la crueldad y el heroísmo se dieron la mano varias veces. Todos combatieron sin descanso. Pero Melchor Verdugo no estaba para arriesgar su vida y menos para alcanzar laureles al severo licenciado: combatió sin entusiasmo, como aquél que combate por cumplir. En otras palabras, su comportamiento fue incoloro, al extremo que la soldadesca dio nuevamente en murmurar. Entre otras cosas, se dijo que había pretendido huir a la mitad de la batalla, pero que alejándose con su caballo fue visto por el capitán Pedro de Vergara, su amigo y superior, el cual lo hizo volver a cintarazos. La historia la contaban todos porque la habían oído muchos, pero lo cierto es que no la había visto nadie. Lo que sí resultó verdad fue que en el combate le mataron el caballo que compró a Juan de Morales⁶⁴.

Su odio a don Cristóbal Vaca de Castro llegó a su mayor intensidad

cuando éste, en el Cusco (el 19 de octubre de 1542), le restó casi la cuarta parte de sus indios para darlos a Hernando de Alvarado, el hermano de Alonso, aquél que se alzó en Cochabamba⁶⁵. Indignado volvió entonces a Trujillo, donde el 27 de noviembre hizo una información ante el Alcalde Diego de Vega, sobre el mucho bien que había hecho en su encomienda, edificando la iglesia de Cajamarca, enseñándole a rezar a todos los niños aborígenes y convirtiendo a sus padres en eximios tejedores o sembradores de trigo. Añadió también allí el curioso dato de haber sido el primer español que descubrió y trabajó minas de plata en el Perú⁶⁶. Pero pasaron los meses y la situación no cambió. Entonces, desde Trujillo —el 8 de marzo de 1543— escribió a su cuñado y curador Vásquez de Ortigosa para que se ocupara más del oro que se litigaba a Juan de Rojas y también para que intercediera con el Alcalde Ronquillo en la dación de una cédula del Emperador que le devolviera sus indios⁶⁷.

La respuesta de Ronquillo se hizo esperar bastante tiempo, tanto que primero llegó la noticia del nombramiento de Blasco Núñez Vela por Virrey del Perú. Verdugo se alegró con la noticia no sólo porque el nuevo gobernante venía a tomarle cuentas a Vaca de Castro, sino porque se hablaba que “era caballero recto y que hacía justicia sin ningún respecto”⁶⁸. Además —y esto era lo que más le alegraba— Blasco Núñez era de Avila y muy amigo de fray Pedro Verdugo, Comendador Mayor de Alcántara...⁶⁹. Era de esperar, pues, que otra vez valieran las viejas influencias de familia.

EL VIRREY ORIUNDO DE AVILA

Efectivamente, Blasco Núñez —Corregidor de Málaga y Cuenca que además era Veedor General de las Guardas de Castilla— venía dispuesto a hacer cumplir las Ordenanzas. Su excelente criterio militar le dictaba que la vida era sólo mandar y obedecer, pero este pensamiento no lo compartían los turbulentos soldados del Perú. Por eso, sospechando la poca gracia que haría su intención a los vecinos, fue que entró a Trujillo a cencerros tapados. Una vez en la ciudad, arrojó lejos de sí tanta prudencia y actuando imperativamente castigó a cuatro encomenderos, soltó a los “naborias” nicaraguas y hasta quitó unos pueblos a los mercedarios y dominicos. Otra cosa que hizo allí fue prohibir a los españoles ser llevados en literas por sus indios, comodi-

dad a la que era muy afecto Melchor Verdugo. Como primera reacción los vecinos empezaron a juntarse y a bramar. En síntesis, el descontento cundió pronto y esta situación aprovechó Melchor Verdugo para ganar la simpatía del Virrey ⁷⁰.

Para ello comenzó por ir con él a Lima y allá hacerse su hombre de confianza. También ganó el afecto de Vela Núñez, el desdichado hermano del Virrey. Verdugo andaba siempre en la escolta del uno o en la compañía del otro, logrando en repetidas ocasiones que ambos se expresaran muy bien de él ⁷¹. En esta postura presencié el asentamiento de las Leyes Nuevas. Pero con la muerte del Factor Suárez de Carbajal, el aire se fue poniendo denso y comenzó a cernirse sobre Núñez Vela la amenaza. Entonces la ciudad se alborotó, se arremolinaron los soldados y hasta los Oidores, contando con la traición de varios capitanes, se hicieron fuertes y agresivos. El Virrey, temiendo por su vida, pensó irse con los leales a Trujillo o en el peor de los casos a la isla de Puná. Y para lograr su objetivo nombró por general de la flota a su cuñado Alvarez Cueto y por capitanes a Jerónimo Zurbano y a Melchor Verdugo ⁷².

Verdugo obtuvo el nombramiento el 15 de setiembre de 1544, junto con una orden para marchar a Trujillo y hacer allí —con bandera alzada y tambor batiente— toda la tropa posible para oponerse con ella a Gonzalo Pizarro. Núñez Vela, además, le dio facultad para disponer de la Caja Real de Trujillo o cualquier pueblo del Perú, imponiéndole por única condición la de nombrar una persona que en un libro llevara cuenta de los gastos. Lo facultó también para distribuir huéspedes entre los vecinos, hacer probanzas, castigar traidores, confiscar ganados y armas, exigir bastimento a los curacas y “si neçesario fuere armar un nauío... —concluía el omnímodo documento— os hago capitán dél” ⁷³.

Sin embargo, los descontentos prendieron al Virrey y Verdugo se quedó con los poderes en la mano. A pesar de estar obligado a guardar la persona del gobernante, al momento de su captura ninguna crónica confirma que estuviera junto a él; más aún, otro escrito añade que verificada la prisión de Núñez Vela, el abulense corrió a refugiarse en casa del capitán Diego de Agüero. Allí lo fueron a buscar Martín de Robles y su hermano Antonio con intenciones de matarlo, pero Agüero se dio maña en esconderlo y así pudo salvar ⁷⁴.

No sucedió lo mismo cuando entró a Lima Francisco de Carbajal, con razón llamado el Demonio de los Andes. Entonces apresó el maestre de campo a más de veinte sospechosos y uno de ellos —según Gutiérrez de Santa Clara— lo fue Melchor Verdugo⁷⁵. Carbajal prendió a Verdugo casi por salir de una gran curiosidad: Verdugo había sido pizarrista siempre, pero a última hora por servir a Núñez Vela llegó a oponerse a Gonzalo. El preso adujo entonces que lo había hecho por ser Blasco Núñez abulense y amigo de su Casa, pero más que nada por dar guerra a Vaca de Castro que le había quitado sus indios. Los argumentos eran fuertes y ante ellos Carbajal tuvo que aflojar la mano. El cautivo recobró su libertad y hasta comenzó a gozar del favor del Gran Gonzalo. Tanto, que cuando entró a Lima el Caudillo de la Libertad, Melchor Verdugo figuraba entre sus más fervorosos partidarios⁷⁶.

Pasó un tiempo y Gonzalo decidió salir contra el Virrey a Quito; los soldados empezaron a bruñir sus armas y a ensillar corceles, pero Melchor Verdugo no hizo nada por “aderezarse” para la jornada. Mas llegó el día de explicarle esto al Gran Gonzalo y entonces fue que le dijo que no podía ir con él “a causa que siempre andaua enfermo de vnas llagas que tenía en las piernas que le lastimauan mucho cuando subía a cauallo”⁷⁷. Satisfizo a Gonzalo el argumento y mientras los soldados dejaban el valle para iniciar la marcha por la arena del desierto, el abulense quedó en Lima curando sus llagadas piernas.

En esta ciudad se dedicó a visitar a sus amigos y “andaua a lo que parecía enfermo en una silla en la que le trayan yndios y negros”⁷⁸. Pronto dio en decir que quería irse a Trujillo y un buen día así lo hizo. En Trujillo fue recibido con gran temor, pues luciendo su índole perversa, se dio aires de prepotente gonzalista. Corroboraba esto último el hecho que al pasar Gonzalo a Quito se alojó en sus casas de morada. Igual lo habían hecho Pedro de Puellas y el bachiller Guevara, quienes además colgaron en los balcones las banderas de sus capitanías⁷⁹. Verdugo pues, el mimado de los Pizarros, era ahora un influyente personaje de la Gran Rebelión.

En Trujillo estuvo una larga temporada. Todo el tiempo no cesó de hablar de su enfermedad y de solicitar medicina para curar sus llagas. Estando así las cosas, un viajero trajo la noticia que el Virrey había huído a Popayán y que las tropas rebeldes lo perseguían victoriosas. Verdugo entonces retiró su litera de las calles y comenzó

a guardar cama fingiendo un recrudecimiento en sus dolencias. Así lo halló Francisco de Carbajal cuando llegó a Trujillo, pero esta vez no creyó en los achaques del soldado y fue a prenderlo con miras de cortarle la cabeza. Mas Carbajal tenía una debilidad, quizá la única, y esta debilidad era su afición al oro. Y como Verdugo "era hombre rico y hazendado"⁸⁰, pronto se pudieron entender y "por los buenos dineros que le dió lo dexó libremente"⁸¹, pues para Carbajal todo era cuestión de esperar: ya vendrían tiempos mejores no sólo para quitarle la vida sino la totalidad de sus bienes.

Verdugo, luego que se vio en libertad, no lo pensó dos veces y olvidándose de sus llagadas piernas saltó sobre un caballo y emprendió el galope a Cajamarca. Allí permaneció hasta que de Trujillo "se fue el carnicero"⁸². Entonces decidió jugarse el todo por el todo y bajó nuevamente a esa ciudad en litera y portado por sus "vasallos".

Pero mientras guardaba cama o desde un balcón saludaba a los vecinos que pasaban por la calle, "mandó a un herrero llamado Juan Martín Degollado, que tenía siempre dentro de su casa, que pues tenía mucho hierro hiziese muchos arcabuzes, grillos, colleras y cadenas allá en vn corral que tenía muy grande dentro de su casa"⁸³. Al mismo tiempo formó una liga o junta de soldados y los juramentó para que guardasen un secreto. Después les pidió paciencia hasta que madurara el plan o llegara el tiempo de ejecutarlo.

EL DIA DE SAN QUINTIN

Por esos días había arribado al puerto de Trujillo un navío llamado el "Santiago", el cual hacía la derrota a Tierrafirme al servicio de los mercaderes. Su maestre y piloto al mismo tiempo, lo era Pedro Ortiz de Susunaga, vizcaíno conocedor del Mar del Sur como que lo había navegado con Pizarro y con Almagro⁸⁴. A la sazón el barco estaba sin carga por haberle fracasado un flete y, por esta razón, las mañanas lo sorprendían quieto y con las velas recogidas frente a la playa de Huanchaco.

Una de ellas, la del 30 de octubre de 1545, un mensajero despertó al maestre contramaestre y tripulantes. Traía un billete de Melchor Verdugo, amigo de Ortiz de Susunaga, invitándolos a su casa para discutir un envío que pensaba hacer a Panamá de cierta harina, maíz y ropa de la tierra. "El maestre y marineros, creyendo ser así,

fuéronse todos cinco á la cibdad y Melchor Verdugo los rescibió muy bien y les habló amorosamente y los aposentó en su casa, y como era noche les dio bien de cenar y buenas camas en que dormiessen, y otro día por la madrugada les dixo lo arriba contenido y ellos respondieron que sí lleuarían muy de buena voluntad (lo que se les encargaba). Estando concertando con ellos el flete los metió poco a poco dentro de vn aposento para les enseñar lo que auian de lleuar, y entrando ellos los hizo assentar dixiéndoles que primero les quería dar de almorzar, y con esto se salió fuera como que yua (a) hazer otra cosa y con gran presteza les cerró las puertas por de fuera amenaçándolos con la muerte si se meneauan, y que en el entretanto prestassen paciencia, que presto boluería”⁸⁵. Esto sucedió la mañana del 31 de octubre, día de San Quintín.

Prosigue Gutiérrez de Santa Clara, que “de aquí se subió arriba con diez arcabuzeros de sus amigos que secretamente tenía escondidos, y como traya siempre las piernas vendadas de ciertas llagas que tenía, fingió que estaua muy enfermo mas de lo que antes auía mostrado, y por esto andaua cogeando con dos muletas. Hechas estas cosas se puso en vna ventana que cae a la puerta de la calle en vna esquina en la que hordinariamente se ajuntaban los alcaldes hordinarios y vezinos del pueblo, a pedir ante ellos justicia, en donde concurrían muchos negociantes a pedir lo que les conuenía. Assí como los alcaldes llegaron a la esquina ya Melchior Verdugo estua en su ventana con muestra de gran enfermedad y se estaba quexando que no había podido dormir en toda la noche y les suplicó muy encarescidamente subiessen arriba, porque quería pedir ciertas cosas, y que le perdonasen por amor de Dios, pues él no podía abaxar allá, por su mala yndisposición, y en el entretanto llegarían las gentes a pedir justicia. Como era hombre valeroso y rico, de buena criança, subieron a lo alto con vn escribano del Rey, que no fueron más, y platicando en cosas de poca quenta los metió su poco yendo coxeando hasta vna cámara, y allí les quitó las varas y las espadas y les hechó sendos grillos con ayuda de los diez arcabuzeros que salieron de repente de otra cámara mostrandose muy feroces. Los alcaldes y el escribano le dixerón con grande enojo que por qué los prendía así tan aleuosamente sin tener para ello facultad, pues en nada le auían offendido ni enojado y eran sus verdaderos amigos y compadres... Melchior Verdugo les dixo que no era aun tiempo de les dezir cosa alguna, mas que aguardassen un poco,

que él les daría la causa y el porqué. . . y así cerró las puertas y se quedaron presos” 86.

Verdugo se entusiasmó con la celada y “tornándose a la ventana embió a vn criado que tenía muy fiel, que sabía el secreto, para que fuese a llamar a los principales vecinos que entonces auía, los quales fueron de vno en vno y él los rescibía muy bien, y como estaua amaestrado y el vecino que no sabía nada, lo metía con muy lindas palabras en la cámara y le echaua vnos grillos y vna collera con la cadena. Con esta horden y en pocas horas tuuo en su poder hasta doze hombres de los principales que auían en la cibdad, porque los demás los auia llevado el tirano a Quito para dar la batalla al Visorrey” 87. La verdad es que, con algo de paciencia, hemos podido reconstruir la lista de los doce prisioneros, todos municipales y vecinos principales. Fueron ellos: Blas de Atienza, tesorero de las Cajas de Trujillo; Diego de Vega, Contador de la Hacienda; y Francisco de Morales, Veedor de la Corona, Oficiales Reales guardadores de las tres llaves del arca del tesoro. Seguían Rodrigo Lozano y Cristóbal de Angulo, personajes notorios de la ciudad; el cacereño García Holguín, ex-teniente del Gobernador Pizarro; Alonso González, encomendero de Santa; Francisco Flores, soldado valeroso; Andrés Hernández de Badajoz, el más viejo de todos los cautivos; Antón Cuadrado, el del ultraje; Andrés Chacón, encomendero de los casmas 88; y Nicolao de Albenino, soldado florentín y escritor de crónicas de guerra, quien se valió de una de ellas para decir que aunque preso fue muy bien tratado por Verdugo 89.

Una vez que tuvo a todos bien asegurados, “salió Verdugo de su casa con vn buen cauallo (el llamado Matamoros, que era el mejor de su cuadra) sano y bueno, con doze arcabuzeros por la cibdad, apellidando el nombre de Su Magestad, y algunos que no quisieron acudir a la voz del rey los prendió y los hechó en cadenas” 90. Luego mandó pregonar a los moradores, estantes y mercaderes que se juntasen en la puerta de su casa y una vez allí les hizo una larguísima arenga sobre el servicio de Su Magestad y la necesidad de acudir a Núñez Vela, gobernante que seguía en Popayán, donde el Virrey de México lo había socorrido con hombres, caballos y artillería. Díjoles también que tenía facultad de Blasco Núñez para hacer gente y armar un navío; que el navío lo tenía anclado en la rada de Huanchaco, pero que la gente aún no estaba inscrita. Por eso era que los reunía, para pre-

guntarles si querían ir con él. El objetivo era unirse a Núñez Vela y a su lado asistir a la batalla en la que sería derrotado Gonzalo Pizarro ⁹¹.

El éxito que tuvieron sus palabras fue apoteósico y vivándolo aún la multitud, Verdugo entró a su casa para hablar con los cautivos. Mas como en ellos no podía encontrar entusiasmo sino indignación, lejos de usar un tono persuasivo los conminó a servir al Rey, pero esta vez sin hacer uso de las armas. Soldados había muchos y además jóvenes, ellos —en cambio— estaban atardecidos para la guerra y su fidelidad tenían que probarla no con proezas sino con dinero. Dinero, pues, era lo que faltaba, “por tanto que cada vno de ellos le ayudase con lo que pudiese, pues era justo que le diessen algo para seruir a Su Magestad con ello, pues tantas vezes auian socorrido con dineros al tirano, y que confiando en ellos que lo harían no les dezía más sino que cada vno escriuisse lo que buenamente le podrían dar. . . y no queriendo dar cosa alguna, que les mandaría cortar las cabeças por traydores y lo que agora no dauan de grado que él lo tomaría por fuerza. . . o si no los llevaría sin replica alguna adonde el Visorrey” ⁹².

LOS APRESTOS DEL SANTIAGO

Con estas últimas palabras todos se volvieron generosos y, tomando la pluma, enviaron mensajes o sus casas ordenando a sus mujeres que enviasen a Verdugo lo que allí especificaban. De este modo se reunieron muchos objetos de plata y gran cantidad de dinero, también armas, vinos, víveres en general y otras cosas de importancia. Mención aparte merecen algunas de estas donaciones exigidas expresamente por Verdugo. Por ejemplo, a Pedro González lo obligó a dar una vajilla de plata que antes le había empeñado; a Blas de Atienza, dos fuentes de lo mismo; a Antón Cuadrado, muchos objetos valiosos; y, por último, al Tesorero, Veedor y Contador los obligó a entregarle las tres llaves para abrir el arca de donde sustrajo exactamente 3,712 pesos de buen oro sin contar otros 1,800 tomados de los bienes de Diego Verdejo, ya difunto, y que obraban en poder de los tenedores. Siempre en el terreno de la extorsión, Verdugo recibió de Francisco Flores 250 pesos para no ser llevado ante el Virrey y a Francisco de Fuentes obligó por otra parte a proporcionar dos carretas para conducir al navío lo ya expuesto más el bastimento necesario para una larga travesía ⁹³.

Tampoco dejó de ser arbitraria la incautación que hizo Verdugo de "ocho cofres llenos de sedas, olandas e Ruanes e una caxa que tenía Dentro cantidad de oro e plata marcada e ziertas joyas, piedras y esmeraldas" ⁹⁴. Estos cofres eran propiedad del rebelde Hernando Bachicao y encerraban mercadería por valor de 12,000 pesos. Estaban en casa de Francisco Luis de Alcántara y de Luisa Hernández, su mujer, habiéndolos allí dejado Pedro de la Huerta, mayordomo y administrador de Bachicao, ante la imposibilidad de llevarlos a Lima por falta de navío. Sabido esto por Verdugo, fue personalmente a la casa de Francisco Luis y una vez en ella ordenó la extracción de los arcones. Luisa Hernández se puso de mal talante y se negó a cumplir la orden, pero ante la resolución del abulense se contentó con salvar un manto de terciopelo, un paño tejido de oro, dos almohadas de oro, algunas medallas de lo mismo "y una esmeralda gorda como una avellana muy buena" ⁹⁵. Alguien enteró a Verdugo de esto porque al instante mandó llamar a la mujer y una vez en su presencia le exigió la entrega de lo sustraído. La Hernández devolvió todo temerosa y añadió algo que todos ignoraban: una riquísima espada con empuñadura de oro y hoja de Toledo que extasió a Melchor Verdugo. Este la tomó entonces codicioso, palpó la empuñadura y examinó el regatón, pero forcejeando por sacarla de su vaina "se cortó con ella" ⁹⁶. Esto debió poner contenta a Luisa Hernández, porque contenida la hemorragia y vendada la herida, Verdugo en castigo la obligó a contribuir con un quintal de rosquillos de azúcar para la gente del navío. A manera de gracioso epílogo a esta confiscación, el criado Pedro de la Huerta fugó a Lima donde se metió a fraile "de myedo de machicao no le matase porque le avían tomado la dicha Ropa" ⁹⁷.

Luego se iniciaron los aprestos definitivos para el viaje del "Santiago". Las carretas de Francisco de Fuentes consiguieron llevar hasta el navío cincuenta quintales de bizcocho, cincuenta hanegas de maíz, diez arrobas de pescado, cincuenta tocinos, veinte puercos y diez ovejas, más de cien gallinas, seis botijas de aceite y cuatro de vinagre, un quintal de diacitrón, treinta de hierro y los rosquillos de azúcar hechos por Luisa Hernández. Verdugo pagó mal a Fuentes el servicio de sus carretas, porque llevado todo esto al navío "se las quebró" ⁹⁸. Gestos como éste mostraban la maldad del capitán Verdugo.

A continuación se inició en mulas el traslado de los presos, no sin antes haber soltado al vizcaíno Susunaga y sus cinco marineros

para que aparejasen la nave hasta ponerla a punto de navegar. Marineros y cautivos llegaron a Huanchaco escoltados por los arcabuceros. Allí la improvisada soldadesca ebria y maldiciente se repartía los despojos que le había cabido en la revuelta. Uno de los más escandalosos era el herrero Hernán Martín, quien apenas divisó a los prisioneros se acercó a ellos grotescamente vestido y les dijo insolente en medio de su borrachera: "este sayo que traigo me a cabido de las Ropas del traydor de bachicao"⁹⁹. Detrás de éste, el capitán Andrés Chacón, uno de los presos, "vido ziertos soldados de Verdugo vestidos nuevamente con Ropas de sedas e que dezían que heran de los bienes de bachicao"¹⁰⁰. El cuadro que presentarían los soldados beodos con trajes de sede contrastaría enormemente con la pelada playa de Huancaco. En medio de esta gran algarabía, el único que no perdía su lucidez era Melchor Verdugo, el autor de la revuelta.

Verdugo llegó a la playa montado en su caballo "Matamoros". Una vez en ella dispuso que los presos fueran descabalgados y puestos en hilera. No se sabe lo que les dijo entonces, pero después de dirigirse a todos apartó a un lado a Andrés Hernández de Badajoz y le entregó a "Matamoros". Se supo entonces que Verdugo acababa de vendérselo en 350 pesos a pesar de que el buen viejo ya no estaba en edad de cabalgar. Seguidamente ordenó soltar a todos y sólo conservó con grillos a García Holguín y a Cristóbal de Angulo, a los que hizo subir al navío para llevarlos consigo. Parece que Holguín no quiso pagar su rescate y Angulo no tuvo con qué. Francisco Flores, uno de los liberados, se compadeció mucho de Angulo "porque le vido yr llorando"¹⁰¹.

A estas alturas se llevó a cabo una escena extraña y fue que llegó a la playa Catalina Pérez, la viuda de Miguel Pérez de Villafranca, implorando a Verdugo no le llevase a su hijo mozuelo Francisco Pérez de Lezcano, por ser el único que tenía, amén de que todavía era un niño. Verdugo conocía el dolor de estas separaciones y sentimentalizándose con el llanto de la madre, abrazó al muchacho y llevándoselo a un lado le recordó que ya había cumplido con el Rey y que ahora Dios quería que cumpliera con su sangre... El mancebo se dejó ganar por sus palabras y obedeció. Verdugo subió entonces a un batel y se dirigió al "Santiago". Dicen que era la hora de vísperas pero más probable es que estuviera cayendo el sol. En la playa, mostrando sus quillas verticales, descansaban los "caballitos de totora" de

los pescadores indios. A bordo del "Santiago" la campana llamaba a maniobrar. En breve se izaron las velas para luego ser infladas por el viento. Luego se levó las anclas, se cantó la Salve y todos zarparon con rumbo desconocido ¹⁰².

NAVEGANDO EL MAR DEL SUR

Desde el día de san Quintín de 1545, en que se llevó a cabo la revuelta, el "Santiago" navegó impulsado por el viento austral. Verdugo, sin embargo, no quería abandonar la costa para asilarse en ella en caso de hacer su aparición las naves gonzalistas. El jefe de estas naves, precisamente, era Hernando Bachicao, el dueño de los cofres confiscados. De este modo pasaron frente a Malabrigo y la punta de la Aguja, el puerto de Paita — principal escala de todo el Perú— y también el río Tumbes, en cuya vecindad aún lucía muy galana la antigua fortaleza incaica. Después cambió el panorama bruscamente y los amarillos arenales fueron reemplazados por la selva verde y tropical. Se dijo entonces que irían a recalar a Guayaquil, pero lo cierto es que fondearon en Puerto Viejo. Aquí mandó Verdugo desembarcar a Sancho de Encio con algunos arcabuceros y entrar de noche a la ciudad. Encio saltó a tierra y permaneció oculto en los manglares unas horas; luego se introdujo en la población y se dio tan buena maña que se apropió de los libros de ella, vale decir, los del tesoro y el Cabildo. Para completar su hazaña, Encio tomó presos muchos indios y atados los llevó al "Santiago", para uncirlos al servicio de la nave y luego repartirlos. Después de permanecer ocultos en los manglares otra noche, con el alba abordaron el navío y volvieron a zarpar ¹⁰³.

Así navegaron muchos días, al parecer con rumbo desconocido. Se sabía que marchaban hacia el norte por salir el sol por estribor y navegar a sotavento, pero sobre esto de la ruta, Verdugo no decía una palabra. Al pasar la equinoccial quedaron atrás las guardas del sur y comenzaron a brillar las primeras estrellas boreales. Mas el timón no cedió un ápice en su secreto derrotero y así un día se enteraron que estaban navegando frente a Panamá. Por lo menos ya sabían que el Virrey quedaba en Popayán y que no estaba destinada aquella empresa a finar en la Buenaventura, como se había dicho ¹⁰⁴.

Mientras tanto, Verdugo proseguía silencioso y malamente acompañado por dos curiosos personajes: el clérigo Henao y el alguacil

Aguirre. Algunos datos sobre sus vidas podrían resultar interesantes. Alonso de Henao pertenecía a ese tipo de eclesiástico que ya no se veía desde el tiempo de los Reyes Católicos. Socarrón y aventurero, calculador y movido, estaba más dispuesto a vestir la cota que a llevar la sotana. La verdad es que tan pronto lanzaba una arenga como decía una misa y esa extraña mezcla de clérigo y guerrero gustaba mucho a los soldados. Había nacido en Miranda de Ebro por 1520 y estaba en el Perú desde 1538 o muy poco antes. En 1540 fue ayudante del cronista Cristóbal de Molina, cura del Sagrario de la Catedral limeña. Allí estuvo bautizando niños hasta julio de 1543, pero harto de vivir tan quietamente marchó a Trujillo a servir al Capitán Verdugo, con quien tenía un remoto parentesco. De éste se hizo en breve contador, confidente y consejero. Cuando después de la revuelta salieron a la mar en busca de aventuras, Verdugo lo llevó consigo para que asentara el famoso libro de gastos y confiscaciones ¹⁰⁵.

El alguacil Aguirre lucía, en cambio, distinto natural. Era “muy pequeño de cuerpo y poca persona, mal agestado, la cara pequeña y chupada; los ojos que si miraba de hito, le estaban bullendo en el casco, especialmente cuando estaba enojado” ¹⁰⁶. Por lo demás, venía a ser arca de defectos y relicario de vicios. Cruel, perverso, traidor y fementido, glotón, lujurioso y mal hablado, tuvo por hábito de cada día encomendar al demonio su alma y cuerpo” ¹⁰⁷. Amigo de maldecir y blasfemar, usaba repetir cuando intervenía en una empresa arriesgada: “Dios, si algún bien me has de hacer, ahora lo quiero, y la gloria guárdala para tus santos” ¹⁰⁸. Lope de Aguirre fue de Oñate y, aunque su oficio era domar potros, presumía de hijodalgo. Despreciado pero temido por todos, su persona era la disciplina de a bordo y el terror de los murmuradores. Aún no había madurado plenamente, pero ya se podía vislumbrar en él al genio del mal errante por la Amazonía.

Verdugo, por el contrario, era el menos extravagante de esta trilogía y el que más méritos juntaba a los ojos de la soldadesca. Sus hombres lo tenían por muy fiel por pesar en ellos el saber que era enormemente rico y que todo lo había abandonado por seguir la causa real. Pizarrista hasta la médula de los huesos, se había desterrado voluntariamente del Perú cuando un Pizarro trató de alzarse contra el Rey. Pero, sobre todo, su gesto de enjaular a los vecinos de Trujillo el día de san Quintín, le había abierto para siempre las puertas de la popularidad. Esto sería celebrado hasta en Castilla, porque “el acha-

que", como llamaban los soldados a su ardid, era de los mejores que se habían conocido. Sólo un defecto tenía para ellos el joven capitán Verdugo: hablaba demasiado poco. Mas su obligación no era hablar sino pensar para luego dirigir, por algo lo llamaban capitán, palabra derivada de cabeza. Verdugo no era un torpe ni un ingenuo. El sabía lo que hacía y lo demás no importaba. Por lo menos así lo proclamaban a los cuatro vientos durante toda la navegación su paisano Alonso de Vivero Altamirano, vecino de Ontiveros de Avila, Pedro de San Román, natural de San Román de Alava, y Garci-Bravo de Illescas, vecino de Gibraleón, hombre que por plegarse a Verdugo había galopado desde Saña. Y los otros también creían en Verdugo, lo admiraban y respetaban a más no poder, pero en la calma chicha de las noches del Mar del Sur, cuando crugían los maderos y brillaba la luna, todos se preguntaban a dónde iban y en qué pararía todo aquello ¹⁰⁹. Por fin, una semana antes de Pascua de Navidad, el vigía anunció tierra. Sólo entonces Verdugo dijo a todos la verdad. Estaban en el puerto del Realejo, también llamado de la Posesión, en la provincia de Nicaragua. Era el 16 de diciembre de 1545 y habían navegado desde el 31 de octubre. Cuarentiseis días de viaje monótono en medio de un mar dormido y un sol abrasador. Había llegado el momento de pisar tierra y ensuciarse los zapatos para luego proseguir al servicio del Monarca y acudir al socorro del Virrey. Entusiasmo ya no había tanto pero tenían que cumplir lo prometido: Blasco Núñez los necesitaba y para reforzarlo habían venido desde Trujillo. A decir verdad, nadie sospechaba que el infeliz Núñez Vela estaba viviendo los últimos cuarenta días de su vida ¹¹⁰.

LA DEFENSA DEL REALEJO

Verdugo pasó a tierra en el primer batel. Dicen que iba elegante y fanfarrón, alardeando de esforzado y buscando aplausos. Las crónicas añaden que fue bien recibido por los vecinos, pero por no haber allí otras autoridades que las del Cabildo, marchó con algunos arcabuceros a León, Granada y Gracias a Dios. Su gente, mientras tanto, quedó viviendo en el Realejo a la espera de noticias buenas y decisiones rápidas. Pero los Ayuntamientos y Oficiales Reales de todas las ciudades, luego de oír el relato de Verdugo, se negaron a ayudar, alegando que la única facultada para hacerlo era la Audiencia de los Confines

del Reino de Guatemala. Visto por el abulense que por aquel camino le negaban todo, con sus diez arcabuceros siguió viaje dispuesto a presentarse a los Oidores, darles cuenta de lo hecho y entonces solicitarles socorro para la causa del Virrey. Cada uno de los Oidores lo escuchó con interés, mas ninguno al contestarle le habló de soldados ni dinero. Parecía que desconfiaban del buen fin de aquella empresa o de la capacidad militar del capitán. Pero Verdugo no se desanimó y después de muchas pláticas e intercesiones sólo consiguió que el Oidor Ramírez de Quiñónez lo acompañase por todas las ciudades y garantizase a los vecinos que la tropa y oro que pedía eran para el Virrey del Perú. De este modo partieron con banderas desplegadas y entraron a los pueblos entre toques de pífanos y redobles de atambor, pero la gente no mostró mayor entusiasmo y se limitó a mirar al capitán y al letrado que venían a mendigar soldados por el amor del Rey ¹¹¹.

Mas el nombre del Perú era demasiado famoso para no desperdiciar a la ambición y pronto los mozuelos y vagabundos acudieron en tropel animados por la idea de romper con la pobreza. Esta fue la salvación de Verdugo, porque “de esta manera comenzaron de acudir de muchas y diuersas partes muchos soldados de muchas y de varias nasciones y condisciones, que estaban en las cibdades y en pueblos de los yndios y por las estancias de los encomenderos, a los quales proueyeron luego de dineros, y de armas á los que no las tenían, y a ponerse en la nómina de la soldadesca debaxo de banderas” ¹¹².

Pese a que todos sabían que habría guerra en el Perú, nunca imaginaron que su bautizo de fuego iba a ser en Nicaragua; en realidad, ni el mismo Verdugo había maliciado cosa igual: Pedro de Hinojosa, el pariente de Gonzalo Pizarro que estaba con la Armada, se había enterado de la hazaña de Verdugo y su actual ocupación, motivo por el cual decidió atacar el puerto del Realejo, señalado como cuartel general del abulense ¹¹³.

Con esta intención aprestó dos navíos, los artilló con seis “tirillos” de bronce y embarcó en ellos ciento cincuenta arcabuceros, poniendo todo a las órdenes del capitán Juan Alonso Palomino. Este no se hizo esperar y añadiendo seis cañones de cámara a las naos, desde Panamá se hizo a la vela con dirección al Realejo. En marzo de 1546 Palomino avistó el puerto y apresó a cuatro barcos que estaban surtos en él, uno de los cuales era el de Ortiz de Susunaga. De los marineros supo entonces que Verdugo estaba en León haciendo gente para llevarla al Perú

y que por tal causa la Audiencia no había dejado cargar esos navíos a los mercaderes. Sabido esto, Palomino decidió actuar con rapidez y la misma noche de su arribo atacó el puerto por el estero Grande, mientras otra facción de pizarristas lo hacía por el de Santa Clara. Los vecinos "hombres pacíficos y no guerreros"¹¹⁴, huyeron al monte desamparando sus casas, pero algunos llegaron hasta la ciudad de León, diez leguas tierra adentro, pidiendo ayuda a Verdugo y a Ramírez de Quiñónez.

Verdugo se mostró entusiasta y con doscientos cincuenta de los hombres reclutados salió al Realejo con gran orden y disciplina. El Oidor Ramírez de Quiñónez también marchaba con la tropa. Otro de estos animosos era el padre Henao. Todos creían que en alguna parte del camino estarían los pizarristas aguardándolos con una celada, pero ante la sorpresa general nada de esto sucedió y así llegaron al Realejo "a toda furia"¹¹⁵ y sin perder un hombre. Entonces fue que rodearon el pueblo y algunos de a caballo incursionaron por él, mas al no disparárseles un sólo tiro, los de Verdugo entendieron que el enemigo había vuelto a sus navíos.

En efecto, refiere el Palentino, que temeroso el invasor del poderío de Verdugo y atendiendo, sobre todo, a que no tenía caballos, consideró prudente retirarse a guardar los seis barcos de su armadilla. Desde la playa le llegaba entonces las burlas de los leoneses y granadinos que lo desafiaban a luchar. Pero Palomino no se dejó ganar por la pasión. Sin caballería y en terreno desconocido poco se podía hacer. Los realistas eran numerosos y contaban con una ciudad cercana que oficiaba de centro de abastecimiento. Esta prudencia de los pizarristas la notaron los de tierra y pronto reanudaron sus insultos "llamándolos de vellacos, traydores y ladrones"¹¹⁶, para terminar gritándoles "que más valían diez hombres leoneses o de la Nueva España, para pelear en las guerras y batallas, que treynta de los del Perú"¹¹⁷. Palomino comprobó gustoso que lo de la Nueva España era sólo un decir y que no traslucía ayuda prestada por el Virrey de México. Pero después de asegurarse del alcance de las armas enemigas ordenó a sus naves colocarse fuera de tiro y luego se fue a descansar.

Las restantes noches transcurrieron en forma parecida, porque Palomino rehuía la batalla y no se dejaba atrapar. Habiendo tomado todas las barcas del puerto, aun las más pequeñas, vivía confiado en la imposibilidad de un abordaje. Mas Verdugo que no creía en estas calmas sospechosas, el 7 de marzo lo dedicó a comprar armas para sus

soldados, recibiendo para ello a ciertos mercaderes que cargados de las mismas vinieron desde León. El abulense estaba convencido que el desembarco de los pizarristas era cuestión de pocos días, quién sabe sólo de horas, y no quería estar desprevenido ¹¹⁸. A pesar de su entusiasmo, mayor conocimiento de la guerra mostraba Palomino y muchos de los soldados fidelistas comenzaron a pasarse a los navíos. Cuando el número de desertores fue considerable, Palomino decidió volver a Panamá. Y así, un buen día sin que nadie lo esperara, la armadilla largó las velas y se alejó del puerto de regreso a Tierra firme. Desde las bordas atestadas los burlones pizarristas hacían adiós. En la proa de su nao Palomino también miraba satisfecho; no era para menos: había llegado con dos naves y regresaba con seis ¹¹⁹.

UNA IDEA SALVADORA

El del Realejo había sido un encuentro sin vencedores ni vencidos, pero Melchor Verdugo había perdido popularidad. También había perdido mucha gente: más de cien soldados se le habían pasado a Palomino. En torno a la bandera real que portaba el alférez Juan Vasco quedaba cortamente otro centenar. Los capitanes Gonzalo de Guzmán y Rodrigo de Esquivel estaban desanimados; el Sargento Mayor Lope de Aguirre, silencioso; el Alguacil Sancho de Encio, cabizbajo. El único que hacía gala de buen humor era el clérigo Henao, aunque después se entendió que era fingido. El astuto clérigo, conocedor del descontento general, trataba de distraer a los soldados con sus chistes. Pero al comprobar que no hacían mucho efecto aconsejó a Verdugo que repartiera entre sus hombres lo que aún quedaba en los cofres tomados a Bachicao. El Capitán General aceptó la idea y decidió pagar con largueza a los soldados que le quedaban ¹²⁰.

De esta manera se inició el reparto de las más pintorescas prendas entre la oficialidad y los subalternos: jubones de raso, camisas de Ruán, calzas de paño de Segovia, talabartes de terciopelo, fajines de chamelote, sombreros turcos de seda, capotes, cueros y espuelas de asta. Al cirujano Juan Ramos se le obsequió con una plancha de plata y una botija de vino por sus servicios a los heridos; a Garci-Bravo de Illescas, una capa de paño negro; a Pedro de San Román, un jubón de seda morado. A los demás soldados se les hizo obsequios similares y

a los más necesitados hasta se les llegó a pagar sus cuentas en los sastres y zapateros. De este modo, mal contentos y no muy bien pagados, los hombres de Verdugo volvieron a la ciudad de León ¹²¹.

Una vez allí sucedió el desbande general por correr voces entre lo leoneses que los "verduguistas" habían sido derrotados. Habían vuelto con menos tropa y sin ningún prisionero; en otras palabras, el capitán Palomino se había ido victorioso. Pero los que más vociferaban contra Melchor Verdugo eran los vecinos del Realejo. Lo culpaban de sus desgracias, pues de no haber atracado allí nunca hubiera venido Palomino. Los moradores del puerto se consideraban poco menos que arruinados, no sólo por el daño que les habían hecho los tiranos, sino también por la rapiña de los leales. Por esta razón "Maldezían y nunca acabauan de maldezir a Melchor Verdugo... y así se quedaron lamentando su desventura y calamidad y la pérdida de sus haciendas" ¹²².

Para el capitán Verdugo éste fue un malísimo momento. Juan Alonso Palomino le había quitado hombres y navíos sin perder un solo soldado. Todos decían que la del Realejo había sido una derrota y Verdugo "estaua en gran perplexidad" ¹²². Estaba perdiendo la confianza de su tropa, que se había dado a desertar, y el clérigo Henao le aconsejaba rapidez para salvar los restos de aquel centenar de descontentos, que —dicho sea de paso— cada día eran más difíciles de regir. Existían muchas quejas del vecindario contra ellos y en algunos casos se habló que se querían alzar. El Oidor Maldonado, Presidente de la Audiencia de Guatemala (quien en un principio mandó se atendiese a Verdugo y sus soldados a la vuelta del Realejo), ahora instaba a su colega Ramírez de Quiñónez para que desalojara al abulense de la provincia. A Verdugo todo esto "le pesó grandemente de todo corazón" ¹²³ y dispuesto a salvar a sus soldados planeó algo que tuvo mucho mérito.

Lo que imaginó Verdugo no era imposible pero sí muy difícil de realizar. Consistía en construir unas barcazas en la laguna de Nicaragua y salir con ellas por el desaguadero al Mar del Norte. De este modo pensaba arribar a Cartagena de Indias, seguir por tierra a Popayán y reunirse allí con Blasco Núñez Vela. El proyecto parecía un sueño pero Ramírez de Quiñónez y los vecinos de León hicieron ver que era factible. En el fondo sólo querían verse libres de Verdugo y sus soldados. Sobre todo Ramírez de Quiñónez, a quien por las no-

ches saludaban los soldados con las mechas de sus arcabuces encendida, como haciéndole ver que sentían placer con asustarlo ¹²⁴.

El padre Henao hizo un recuento del oro que restaba y comprobó que aún había algo para financiar aquella empresa. Lope de Aguirre ni siquiera titubeó. Los capitanes Nuño de Guzmán, Gonzalo de Guzmán y Rodrigo de Esquivel también se decidieron pronto. La situación económica de estos últimos era tan precaria que no tenían más remedio que continuar. Baste decir que el primero había recibido ropa para trajearse dignamente, el segundo una espada porque carecía de ella y Esquivel un morrión para que llevara la cabeza cubierta ¹²⁵. Para los demás había trabajo pero, sobre todo, comida. Gran parte de este trabajo correría a cargo de los indios que apresó Encio en Puerto Viejo, los cuales eran grandes constructores de balsas. La comida, en cambio, era para todos, porque de todos ellos quería salir la ciudad de León. Gutiérrez de Santa Clara dice que las embarcaciones se comenzaron a construir en la laguna de León, es decir en el Lago de Managua ¹²⁶, pero más verosímil es que se hicieran en el Lago de Nicaragua, en la playa de Granada, como parece insinuarlo el Palentino ¹²⁷. Lo cierto es que a los indios de Puerto Viejo se sumaron otros del lugar proporcionados por Ramírez de Quiñónez, quien por esta causa vino un día a presenciar la tarea. Pero los soldados se mostraban descontentos con la presencia del Oidor y entonces éste, que no pecaba de cobarde, los conminó a todos a salir en un plazo determinado de días. Verdugo se enfadó con el licenciado y hasta dicen que se quiso encastillar en una casa para oponérsele. Los soldados volvieron a encender las mechas de sus arcabuces y todo presagiaba un mal fin, pero mediaron los vecinos a tiempo, y con ello se salvó la población, porque de haber habido lucha la pensaban incendiar los hombres de Verdugo. Finalmente se impuso el licenciado y a cambio de ciertos alimentos para el viaje y algún dinerillo que se repartió con vino, los ciento veinte soldados, según unos, los doscientos, según otros, marcharon a la playa y se aprestaron a partir. Unos días después, cumplidas las seguridades del caso, Verdugo y su tropilla subieron a las balsas y se alejaron de la ribera. Los vecinos de la ciudad los vieron zarpar sin decir una palabra, aunque por dentro todos estaban dando gracias a Dios. Nadie daba un maravedí por el éxito de la descabellada empresa, pero con éxito o sin él los vecinos querían que aquella aventura terminara lejos ¹²⁸.

Las balsillas cruzaron el gran Lago de Nicaragua con dirección a su orilla sud-oriental. Pasaron así frente a la isla de Zapatero, cubierta de tropical vegetación, para luego dirigirse a la más grande de Omotepe, coronada por el volcán de este nombre. El espectáculo que presentarían las balsas al pasar frente al gigante de fuego debió ser impresionante, pero ninguna crónica ha sabido conservarnos tan soberbio momento. Lo único que se sabe es que la flotilla avistó luego el archipiélago de Solentiname y que los soldados deseaban llegar al desagadero de la laguna o sea el río de San Juan, vía por la que pensaban salir navegando los expedicionarios. A fuerza de remo, después de hallar la boca, se comenzó a correr río abajo, pero al poco tiempo se dieron cuenta de lo peligroso de la aventura cuando se vieron a punto de anegarse todos. El riesgo aumentaba porque la mayoría de los españoles no sabían nadar, especialmente los castellanos y extremeños, duplicándose el peligro por lo misterioso de la ruta ya que "este gran río jamás auía sido nauegado por ningunos españoles, ni por los yndios"¹²⁹. Otro obstáculo y muy serio resultaron las cascadas. Los saltos de agua se hacían cada vez mayores y caer por uno de ellos equivalía a morir. Verdugo ordenó entonces sacar las balsas a fuerza de brazos y avanzar por tierra un trecho suficiente que les permitiera proseguir más adelante por el río. Una crónica sostiene que "esta fue vna jornada y nauegación la mas peligrosa que se ha visto ni oido jamás por acá en este nueuo mundo, ca se puede contar y comparar con las nauegaciones que los famosos y heroycos varones y capitanes hizieron por mares no conocidos ni sabidos"¹³⁰. En la frase hay bastante de exageración, pero tampoco se crea que demasiado. Lo que es innegable a Melchor Verdugo en ese río de San Juan, es que fue el primero en navegarlo.

Después de mil penurias salieron a la Mar del Norte, nombre que entonces daban al Océano Atlántico. Los viajeros desembocaron a él, precisamente, en la región más desprovista de islas por aquel lado de la costa. Tampoco había poblaciones, sólo cenagales y pantanos, insectos y vegetación tropical. Verdugo decidió entonces bordear el litoral de Costa Rica y pasar frente al lago de Chiriquí y Golfo de los Mosquitos, puntos que marcaban el principio de Veragua. Pero para eso hacía falta un navío. La desembocadura del San Juan era punto

obligado para hacer aguada a los mercaderes que seguían a Honduras y Veracruz, pero en aquel instante ningún barco de comercio se dejaba ver. Tendrían que esperar algunos días, quizás semanas, porque de otro modo no podían llegar a Cartagena de Indias ¹³¹.

No embargante, una mañana apareció fondeada frente al río una fragata muy boyante y marinera que suscitó en Verdugo la idea de apresarla. Ignoramos los pormenores de la captura, lo cierto es que Verdugo terminó por adueñarse de ella. Mas luego de tan sonada victoria, al hacerse el recuento de los perjudicados apareció un Alonso Vélez y un fulano Saavedra quienes informaron que el Virrey Blasco Núñez era muerto. La desmoralización fue general a raíz de esto y la tropilla estuvo a punto de perderse. Pero Verdugo se retiró a pensar y en breve tornó con el rostro iluminado: irían al Nombre de Dios y luego de apresar las naves, como en el Realejo había hecho Palomino, tomarían Panamá a los gonzalistas. Una vez que fuera suya la capital de Tierraferme, marcharían al Perú a librar esa tierra del tirano y devolvérsela a Su Majestad. De paso, sería vengado Blasco Núñez y habría oro para todos ¹³².

Su propuesta tuvo un éxito apoteósico. Unas horas después, la fragata viraba en redondo y volvía al Nombre de Dios. Los soldados estaban contentos. La jornada marina resultaba más fácil que la jornada fluvial y la lacustre. Ahora no tenían que preocuparse de guiar a las balsillas o desconfiar de sus maderos; la fragata era recia y tenía su propia tripulación. En esto de tomar navíos Verdugo tenía la habilidad de un corsario. Por lo demás, la navegación se realizaría sin tropiezos. Lo verdaderamente duro empezaría en Nombre de Dios. Eso sí, era de esperar una etapa trabajosa y larga. Las empresas meritorias siempre se hacían a base de sacrificio y tiempo, en otras palabras, costaban demasiado, pero eso —precisamente— era lo que las hacía meritorias. Además, existía un gran estímulo, Melchor Verdugo —el Capitán General Melchor Verdugo como se hacía llamar— había prometido por el Rey que todo lo que tomasen a los gonzalistas sería suyo. El botín del Nombre de Dios, identificado con las arcas de sus mercaderes, venía a ser todo el oro del Perú reunido en un solo puerto. ¡Vaya si era corto el botín del Nombre de Dios! ¹³³.

“Yendo pues así nauegando por la costa de la mar, a mano derecha de la tierra llegó (Verdugo) a la boca del río que llaman del Chagre, en donde prendieron vnos negros ladinos que yuan en vnos

barcos grandes, por mandado de su amos, al Nombre de Dios que auían salido de Panamá, con ropa... Se informó destos negros particularmente de todo lo que auía en el Nombre de Dios, y del capitán y soldados que allí esta(ba)n por fronteros y en que casas possauan, porque estos negros lo sabían todo, que muchas vezes yuan y venían al Nombre de Dios desde Panamá”¹³⁴. Tan buenos y detallados informes dieron los guineos a Verdugo, que éste los tomó por guías. Luego el Capitán General habló a sus hombre y les dijo que todo estaba planeado de tal forma que la operación sería un éxito. Los informó entonces de la forma del asalto y de los sitios que debían atacar, también de las casas que entregarían al fuego. Por último —luego de darles santo y seña— de los fardos tomados a los negros proveyó a sus hombres de camisas blancas para indentificarlos en la oscuridad, porque el asalto sería nocturno¹³⁵.

EL ASALTO AL NOMBRE DE DIOS

Efectivamente, la noche del 19 de junio de 1546, festividad de san Marcos y san Marcelino, avistaron el Nombre de Dios. Por ser víspera de domingo la población estaba en las tabernas y garitos de juego. Sólo los mercaderes viejos dormían en sus casas. En la rada, ociosos y con sus bodegas repletas, los barcos del sevillano Francisco de Vallejo, del vizcaíno Pedro de Ibarra y de Juan de la Puebla, patrón de Moguer, se mecían pesadamente... La captura de estas naos fue cuestión de poco tiempo. Luego pasaron a tierra utilizando los bateles, se emboscaron en los arcabucos y cuando todos se sintieron fuertes irrumpieron por la población gritando “¡España, España!” y vivando al General Verdugo”¹³⁶.

Al tiempo que esto sucedió, se echaron al vuelo las campanas, pues para ello envió el padre Henao a unos negros, y se inició el desconcerto general. Los vecinos salieron de las tabernas creyendo que era ataque de franceses, pero ya en las calles pudieron comprobar que una parte de la población ardía y que los incendiarios daban órdenes en español. Las casas de Andrés de Arizaba eran verdaderas teas que esparcían por la población un tétrico color rojizo, asustando de paso a los caballos que relinchaban y cocebaban en sus pesebres. Y mientras las campanas proseguían su repique, se iban abriendo las ventanas y asomando por ellas un sin fin de vizcaínos viejos —todos con barretina

y en camisa— que preguntaban a los que corrían cual era la causa de aquel desconcierto general. Pero nadie les daba razón. Sólo al final de la calle, por donde se oía tocar un atambor, un compacto grupo de hombres con las mechas de sus arcabuces encendidas avanzaba a largos pasos y con cierta organización. No se disparaba un solo tiro, todos traían camisetas blancas y se detenían en las esquinas buscando guerra. Entonces era que se le oía gritar “¡España, España!” y vivir luego al “General Verdugo”. —¿Qué Verdugo era ése que se había hecho General? —Las respuestas fueron varias e inseguras pero a la postre se sacó que era Melchor Verdugo, el del Perú, aquél que se fugó de Trujillo en un navío “por dar vna higa e Gonçalo Pizarro y a su Maestre de Campo Francisco de Carauajal”¹³⁷. Era él quien atacaba el puerto en nombre del Monarca y venía a matar a todos los gonzalistas. Había, pues, que ocultar los dineros y también la mercadería, porque luego de la victoria sobrevendría el pillaje.

El asalto al Nombre de Dios por Verdugo y sus “encamisados” tomó a toda la población de sorpresa. Gómara resume esto cuando dice que “entró casi sin que lo viesen”¹³⁸. El Palentino, más veraz que el anterior, afirma que “desembarcó sin que fuese sentido”¹³⁹. Esto último resulta más exacto. Lo cierto es que inmediatamente Verdugo se escabulló por las oscuras calles hasta las casas del vasco Andrés López de Arizaba, donde los negros ladinos de habían asegurado que posaba el capitán Hernán Mejía con algunos gonzalistas. Identificado el caserón de cedro colorado en que vivía el mercader, Verdugo mandó “a los suyos que tomasen la calle y no dexassen passar a hombre bivalente por allí”¹⁴⁰. Luego rodeó el edificio, encendió antorchas de resina y las arrojó al interior por las ventanas, al tiempo que disparaban los arcabuces para sembrar el pánico. Después los “encamisados” aprovecharon el primer silencio para gritar: “¡Viva el Rey y Melchor Verdugo su Capitán, y mueran traidores”¹⁴¹. Entonces fue que cundió la alarma general entre los que dormían dentro, se oyeron maldiciones y voces de sorpresa, después frases de desesperación y espanto, finalmente alaridos de dolor. Se vio también algunas cabezas que asomaban pero que se retiraron al advertir la presencia de los “encamisados” que, quietos y con las armas listas, esperaban la fuga de los sitiados. Mientras tanto la casona seguía ardiendo, pero nadie daba muestras de dejarla. Melchor Verdugo, apoyado en un montante, aguardaba con atención. Los mercaderes vizcaínos hacían lo mismo desde las ren-

dijas de sus casas. Por fin se quebraron los maderos y varios gonzalistas se precipitaron a la calle. Los “encamisados” corrieron a tomarlos y entonces se rompió el cordón, pero por otra parte del inmueble se arrojaron muchos otros y no se les pudo coger. Verdugo lanzó voces ordenando perseguirlos, pero ya los fugitivos habían ganado mucho trecho y saltaban las paredes de las huertas buscando refugio en los corrales. Estos eran muy oscuros y difíciles de visitar, porque con una daga cualquiera se podía hacer allí temible. Pero todo era imaginar lo peor, más sencillo resultaba pensar que de un corral pasaran al vecino y luego se escaparan sin gran riesgo. Verdugo retrocedió a inquirir si entre los presos estaba el capitán Mejía de Guzmán, pero la respuesta fue del todo negativa. El jefe gonzalista debía estar ya sobre un caballo camino de Panamá. Los maderos de la casona de Arizaba estaban prodigando sus últimos fulgores, aún se oía el chisporroteo de los leños, pero las voces doloridas ya se habían dejado de escuchar. Con las ventanas entreabiertas, los comerciantes del barrio miraban los humeantes escombros que antes fueron casa de su colega y paisano; sobre todo temían que hubieran quedado hombres atrapados bajo el techo del edificio. Sin embargo, no hacían nada por salvarlos porque nada podían hacer. Sólo con el alba se confirmó su sospecha, porque “después del fuego parecieron algunas calabernas (sic) de los dichos difuntos”¹⁴². Acaso uno de esos cráneos pertenecía al sevillano Hernán Mejía de Guzmán, el jefe gonzalista que tenía a su cargo la defensa del puerto.

Fugados los rebeldes, Verdugo mandó cerrar el camino a Panamá y hacer un despliegue de sus fuerzas por las calles, apresando de paso a los sospechosos principales. Entonces fue que los “encamisados” irrumpieron nuevamente por los barrios gritando: “¡España, España!” y vivando al General Verdugo. Pero ya con los arcabuzazos se había despertado el Teniente de Gobernador Hernán Pérez quien, comprendiendo que ocurría algo anormal, se vistió la cota. Más saliendo de su casa tropezó con Baltasar de Castilla, quien jadeante y sudoroso atinó a decirle: “Señor Theniente dizen ques gente que viene con boz del Rey y sy asy es, yo como su vasallo, me meto el primero debaxo de su bandera”¹⁴³. Pérez le preguntó entonces por el nombre del caudillo real y Castilla respondió que creía lo era el capitán Melchor Verdugo. Al oír esto el Teniente sacó un atambor de su casa y dándolo a un negro le mandó tocarlo en la plazuela para reu-

nir a los vecinos y defender el puerto. Pero las campanas de la iglesia silenciaron el redoble y ningún vecino acudió por miedo. En eso se presentó un Pedro Ortiz con la bandera de la ciudad, pues el Alférez Baltasar de Morales estaba ausente, y la agitó en la plaza. Aquí salieron treinta hombres de sus casas y se pusieron bajo el estandarte real, pero después de este gesto viril volvió a cundir el pánico al llegar Juan de Pamplona dando voces sobre que era Melchor Verdugo el atacante, el cual venía con muchísimos soldados. El Teniente comisionó entonces al Regidor Francisco de Prádamos para parlamentar con Verdugo y requerirle no haga daño a la ciudad, pero Prádamos no volvió y en su lugar tuvieron la visita de Saavedra, (el que informó a los "encamisados" de la muerte del Virrey) que vino por emisario del capitán invasor a invitar al Teniente a conferenciar con él, para lo cual traía la palabra de honor de Verdugo de que no le haría daño. En eso volvió Prádamos y dijo lo mismo que Saavedra. Hernán Pérez advirtió que confiaba en la palabra empeñada y montando en su caballo marchó hacia el abulense. Dicen que éste salió a su encuentro y le abrazó, pero al tiempo del abrazo sus hombres se echaron sobre Pérez y lo cargaron de cadenas. Cuando el Teniente recobró la calma, Verdugo le explicó que hacía eso por servir al Rey, pues era su Capitán General nombrado por la Audiencia de Guatemala con cargo de arrojar a los gonzalistas de Tierrafirme. Pero ante las preguntas de Hernán Pérez añadió que no era hora de mostrar papeles sino de combatir y que al amanecer se los enseñaría. Dicho esto mandó sentar al prisionero y lo dejó guardado por centinelas. Verdugo marchó entonces a la plaza, rodeó a los que allí esperaban a Hernán Pérez y, por último, los hizo rendir. El cielo estaba ya aclarando. La casona de Arizaba era sólo un almacén de humeantes leños y la resistencia de los vecinos era un sueño y nada más. Nadie había osado hacerle frente. Verdugo, al igual que Palomino en el Realejo, no había perdido ni un solo hombre y en cambio era dueño de las naves y de toda la ciudad. Había llegado el momento de iniciar la marcha sobre Panamá y convertirse así en "señor de entrambos puertos y de entrambas mares del Sur y del Norte"¹⁴⁴.

Como primer paso a su ambicioso intento, Verdugo fue al Cabildo y a campana herida demandó que acudieran los vecinos. Estos contestaron enviando al escribano Sebastián de la Banda para que sacase un traslado de la cédula o provisión que facultaba al invasor para apresar el puerto, deponer a su autoridad política y llamar a Cabildo abierto. En otras palabras, una constancia que Melchor Verdugo hacía todo eso en nombre del Rey. Pero por única respuesta, el abulense encerró en un cuarto oscuro al escribano y envió a decir a los vecinos "que no anduviesen con papelejos y que aquel fuese el primero y el segundo, si no que juraba a Dios que ahorcaría al principal dellos delante de todos"¹⁴⁵.

Con esta respuesta la autoridad moral de los vecinos se sintió disminuída y en breve concurrieron silenciosos al Cabildo abierto. Mientras los moradores del puerto sesionaban en el Ayuntamiento, los "encamisados" entraban a sus casas a robar cuanto podían. La rapiña empezó por los mercaderes, pero éstos habían tenido tiempo más que suficiente para enterrar el arca en algún lugar del huerto. Por esta sencilla razón el saqueo muy pronto se localizó en los almacenes. Pero mientras los presos eran llevados a uno de los navíos y puestos bajo la vigilancia del padre Henao —que con ello se sentía alcaide de prisión— y la soldadesca entraba a las casas a robar pretextando que buscaba gonzalistas, Melchor Verdugo nombraba nuevos Alcaldes y Regidores en el salón capitular, pues los del día anterior ya estaban presos. Luego comprometió a todos los presentes para ir sobre Panamá en servicio del Monarca y tomar la capital de Castilla del Oro a los rebeldes. De paso, advirtió que so pena de la vida nadie osara esconder a ningún gonzalista; y por último mostró a los presentes siete u ocho provisiones, las cuales leyó en voz alta un Perálvarez, soldado que hacía las veces de escribano. Los vecinos secundaron su proyecto y hasta dieron muestras de sentirse aliviados, pero al pedirsele a Verdugo los papeles para copiarlos en el libro de Cabildo, Verdugo se les escurrió de entre las manos contestando: "Señores, no es tiempo agora de tantos negocios, a vuestra merzed señor Theniente yo le mostraré todos los recaudos que traygo que a estos señores no tengo que ver con ellos"¹⁴⁶. Y repitiendo que no había tiempo que per-

der pues él venía a libertar la tierra y no a enseñar papeles, levantó el Cabildo abierto y envió a todos a sus casas.

Esa mañana del 20 de junio, que cayó Domingo de la Trinidad, casi nadie fue a misa por temor a los “encamisados”. Un secreto instinto les decía a los vecinos que no había que confiar y decidieron quedarse en sus casas. Verdugo aprovechó esta falta de testigos para varar los navíos en la playa y evitar así posibles fugas o persecuciones. Todas las naves, con excepción de las suyas y la de Juan de la Puebla, terminaron enbarrancando sus cascos en los arcabucos. Dicen que la nave del muguereño quedó a flote porque éste dió a Verdugo algún dinero a cambio de ello. Sobre esto de rescates hubo mucho que decir, pero el mayor fue el obtenido por Verdugo del andaluz Hernando de Carmona, el cual por salvar de la rapiña su gigantesco almacén llegó a darle 70,000 pesos de buen oro. Otro que prometió pagar pero que no llegó a hacerlo fue el mercader Juan de Cantillana. Lo salvó su astucia, pues prometió a Verdugo pagarle en la ciudad de Panamá¹⁴⁷.

Así llegó el mediodía del domingo y como siempre hubo un sol abrasador. Recostados a la sombra de los pocos árboles, los “encamisados” dormitaban grotescamente bajo la seguridad ofrecida por los centinelas. Sólo logró sacarlos de su sueño el paso de Perálvarez —el rodelero que oficiaba de escribano— quien en cada esquina se daba el gusto de leer lo orden de enrolamiento firmada por el Capitán General. Después de leerla a muchas voces, el atambor que lo acompañaba reanudaba los redobles y así seguían hasta la otra esquina o plazaleta donde se repetía el pregón. Esto ocurrió varias veces esa tarde. En realidad fue el único ruido que se oyó¹⁴⁸.

RUMBO A CARTAGENA DE INDIAS

Pero mientras los “encamisados” dormían, el capitán Hernán Mejía con dos o tres compañeros marchaba secretamente a Panamá. Dieciocho leguas de mal camino y a pie tenían que vencer antes de conseguir su objetivo. Por esta causa, el tramo áspero y fragoso los demoró hasta el martes. Recién esa noche entraron a la ciudad “descalzos y muertos de hambre y muy cansados y fatigados”¹⁴⁹. Inmediatamente noticiaron lo ocurrido al General Pedro de Hinojosa y al doctor Pedro de Ribera, Gobernador que allí estaba por Su Majestad. Los gonzalistas, instigados por Hinojosa y Pedro Luis de Cabrera (ca-

pitán que era suegro de Hernán Mejía) convencieron entonces al Gobernador que la presencia de Verdugo en Tierrafirme era una ofensa que no se podía tolerar y el vejete —que además de sevillano era deudo de Cabrera y Mejía— tardó poco en inflamarse y llamar a las armas a más de ciento cincuenta mercaderes. Hinojosa también juntó a sus soldados, que eran los de la armada, y que sumados a los mercaderes constituyeron una fuerza de trescientos infantes y cincuenta jinetes. Admirado el Gobernador por la destreza de Hinojosa en organizar la gente, le confió el mando de la expedición libertadora del Nombre de Dios.

Parece que el miércoles a mediodía salieron de Panamá los hombres de Hinojosa. Precedía a todos el capitán Hernán Mejía, quien por conocer la situación iba bordeando el derrotero y tratando de apresar a los vigías. Gracias a su táctica capturó al que estaba de avanzada y por los tormentos que le dieron le hicieron confesar la ubicación del segundo. De este modo el andaluz logró apresar sistemáticamente y sin ningún riesgo a todos los vigías, lo que le valió llegar sin ser sentido al Nombre de Dios. Pero al querer tomar al último de ellos, que era un indio, éste se le escabulló en un arcabuco y entró al puerto a gran carrera y anunciando la presencia gonzalista¹⁵⁰.

Verdugo entonces ordenó tocar alarma y salir a los vecinos. Los “encamisados” se encargaron de reunir la gente, pero por mucho que los tambores indicaron zafarrancho, ningún vecino abandonó su casa para seguir a Verdugo. Este comprendió la situación y se retrajo con los suyos a la playa. Desde allí vieron en un caballo negro a Pedro de Hinojosa y en otro castaño al Gobernador que animaban a la gente a marchar al arcabuco. Pero por abrirse algunas puertas los gonzalistas se detuvieron y comenzaron a beber. Ahora sí que salían los mercaderes a juntarse con sus colegas de Panamá, animados por la oficial presencia del Gobernador. Los gonzalistas parecían muy confiados y algunos hasta se llegaron a quitar las alpargatas. Los vecinos y sus mujeres mientras tanto, les alcanzaban refrescos y comida; en otras palabras, los reconocían libertadores del puerto. Por lo menos así se podía apreciar desde la playa, pero de otro modo era como estaba sucediendo. La verdad es que la fuga del vigía obligó a Hinojosa a iniciar la marcha forzada y ésta, por haberse hecho a cielo limpio, causó a su tropa insolación o “encendimiento”, que es como llamaban a ese mal en Tierrafirme. Se creía que el sol quemaba los pul-

mones y luego producía la muerte por coagularse la sangre. Por esta causa habían llegado muy mal el capitán Jerónimo de Carbajal y un Alférez, lo mismo un sargento y muchos individuos de la tropa. Por ello es que todos entraron pidiendo de beber y un poco de sombra. Las corazas se habían recalentado tanto con el sol que requerían rociarse con agua y algunos arcabuceros mojaron la pólvora en sus ansias de vaciar los vasos. Así estuvieron media hora, pero a una orden de Hinojosa, que repitieron en voz alta los escuadras, los soldados volvieron a calarse los morriones y marcharon todos a la playa dispuestos a acabar con ese Melchor Verdugo que presumía de Capitán General y era el causante de sus muchos males ¹⁵¹.

Los “encamisados” recién se dieron cuenta de todo lo ocurrido. Si hubieran caído sobre los de Panamá apenas entraron al puerto ya estarían derrotados, pero su prudencia los cohibió. Ahora no quedaba más remedio que luchar y parece que igual cosa querían los gonzalistas. Además, ellos no eran soldados y los de Hinojosa sí. Una cosa eran los mocetones de Nicaragua —brabucones y soleados— pero otra los soldados del Perú; los segundos comían del oficio. Verdugo se dió pronto cuenta de esto y también sus seguidores. Pero valgan verdades, los “encamisados” se mantuvieron firmes en sus puestos y parapetados en los navíos que ayudaron a embarrancar se dispusieron a defender el arcabuco ¹⁵².

A los primeros tiros, unos soldados del capitán Hernán Mejía que estaban con Verdugo desde la noche que se tomó el puerto, partieron a correr en busca de su antiguo jefe y por detenerlos se desordenaron las líneas verduguistas. Una vez más se hizo patente la falta de formación militar. Esto lo aprovechó Hinojosa y ordenó una carga contra Verdugo, la cual resultó tan efectiva que lo obligó a defenderse con la espalda al mar. A raíz de ello comenzó a evolucionar la caballería por los flancos. Los “encamisados” se batieron fieramente y no dejaron a su capitán, pero presionados cada vez más por los caballos terminaron por refugiarse en los bateles y volver en derrota a sus navíos ¹⁵³.

Desde uno de ellos, el que servía de cárcel, el cura Henao lanzaba imprecaciones de furia. Pero esto ayudaba poco a los “encamisados” que, remando con cansancio, acoderaron a los cascos con semblantes deprimidos. Todos al subir tuvieron que soportar las maldiciones del clérigo, mas pasado este primer momento fueron a ocupar sus puestos de combate. Poco después llegó Verdugo a la nave y ha-

ciéndola virar algo, comenzó a disparar contra el pueblo. Todavía en el arcabuco, con la última luz del atardecer, sobre el fondo oscuro de la selva, se veía luchar a unos pocos hombres con camisas blancas. Verdugo cambió entonces la dirección de los cañones y se dedicó a proteger a esos "encamisados". Mas su ayuda les llegó a deshora porque rodeados por los gonzalistas los vio desaparecer. El cura Henao volvió a romper en maldiciones. Otro que rabiaba a más no poder era el Sargento Mayor Lope de Aguirre: se había batido como un león en esa guerra y ahora no sabía aceptar la derrota. Cuando los tiros comenzaron a escasear y el viento a mover las naves, se vio a Verdugo dirigir una vez más los cañones hacia tierra. Una última descarga cayó entonces sobre el puerto. Era ya de noche y algunos incendios se habían provocado en la población. La campana de la iglesia llamaba voluntarios para apagarlos. Verdugo encendió la mecha de su culebrina, sonó el disparo pero el proyectil causó muy poco daño. Otro tiro de la culebrina hizo derrumbar un galpón. Verdugo sintió saciada su venganza y secándose el sudor de la frente, volvió la mirada hacia los suyos. Parecía un barco fantasma tripulado por espectros con camisas blancas. Ya no había forma de salvar aquella empresa. Entonces fue que tragando saliva y apretando el puño, ordenó poner la proa a Cartagena de Indias. Luego sólo se oyó los ayes de los heridos y las maldiciones del clérigo. Ningún documento no habla del Sargento Mayor. Seguramente estaba sentado en un rollo de cuerdas con la cabeza entre las manos y mascullando entre dientes: "Dios, si algún bien me has de hacer, ahora lo quiero, y la gloria guárdala para tus santos"¹⁵⁴.

LOS FRUTOS DE LA MALA FAMA

Cuando Verdugo y sus hombres avistaron Cartagena, una ordenada en tierra les prohibió desembarcar. Las autoridades querían cerciorarse de las intenciones del caudillo y de la calidad de sus hombres. El temor a los corsarios franceses tenía sobre aviso a los cartageneros y el hecho de navegar con bandera de Castilla no les garantizaba la verdadera nacionalidad. Esa fue la causa por la que las autoridades querían comprobarlo todo "por vista de ojos", como entonces se decía¹⁵⁵.

Mientras los Oficiales Reales y los miembros del Cabildo perdían el tiempo hablando con Verdugo, los "encamisados", clandestinos

tinamente, bajaron a la ciudad. El pánico cundió entonces entre los vecinos, quienes maliciando desafueros y saqueos se pusieron a salvo en el monte con sus mujeres e hijos ¹⁵⁶.

Dueños de la población, los "encamisados" entraron a las tabernas iniciando una borrachera general. Verdugo quiso imponer el orden a los suyos pero nadie le obedeció. Entonces se dedicó a recorrer las calles con los Regidores, tratando de evitar desmanes. Estaba furioso, sin embargo procuraba disculpar a sus soldados hablando de los sufrimientos pasados y privaciones vividas desde que salieron de Nicaragua. Al mismo tiempo "con la grande yra y enojo que lleuaua yua jurando que se auía de yr a España ante Su Magestad a pedille la conducta de aquella empresa para recuperar toda la tierra, que tiranizada de crueles tiranos y de traydores, y que auía de traer de España y de la Isla de Sancto Domingo, de Sancta Martha, de Cartagena y de otras partes mucha gente para la guerra qua ya tenía començada, y que él entonces a pesar de los tiranos, auia de entrar en los reynos del Perú" ¹⁵⁷. Sus acompañantes, como era de esperar, no acogieron con fervor aquella idea.

Así pasaron algunos días y aunque los "encamisados" no se portaron tan mal como se temía, los vecinos decidieron escribir secretamente al Presidente Pedro Gasca que, según noticias muy recientes, estaba al ancla en Santa Marta. Gasca recibió el papel con desconfianza, más pronto se enteró de la verdad. Inteligente y astuto como era, no quiso condenar a Verdugo por su hazaña y se limitó a ordenarle no causase mal alguno a Cartagena y colaborase con sus autoridades en la tarea de guardar la población, pues había noticias de franceses ¹⁵⁸.

Mas llegado Gasca al Nombre de Dios, halló a los vecinos alborotados por entender que el Verdugo estaba por volver a ese puerto de la Mar del Norte. Gasca comprobó que su situación era difícil, pues lo señalaban por paisano de Verdugo y lo acusaban de complicidad. Por eso, cuando recibió una carta de éste en que le decía que estaba próximo a juntársele, mandó partir un mensajero con el cual "envió a decir a Melchior Verdugo... que no viniese, sino que estuviere a la mira" ¹⁵⁹.

Para entonces ya el abulense y sus "encamisados" navegaban a toda vela rehechos con los cupos impuestos a los mercaderes de Cartagena. De este modo Verdugo se presentó en Nombre de Dios con dos navíos y los vecinos temieron su venganza a sangre y fuego. Pe-

ro Verdugo no desembarcó, enviando en cambio al padre Henao con un billete en el que solicitaba órdenes del Presidente. Este, que vio peligrar el futuro de su empresa, decidió cortar por lo sano todo aquello y tomando papel y tinta le mandó disolver toda su gente, devolver los navíos a sus dueños e indemnizar a los mercaderes perjudicados por los incendios. A continuación mandó llamar al cura Henao y con palabras que sonaron a dura reprimenda, le encomendó entregar la carta a su capitán. Henao soportó aquella andanada de palabras a la vista de todo el vecindario. Luego se retiró humildemente besándole la mano al licenciado. Y mientras Gasca le volvía a hacer presente que no admitiría respuesta alguna de Verdugo pues estaba dispuesto a ser en todo obedecido, el cura Henao —pesaroso y siempre humilde— volvió en un bote a su navío. Los mercaderes se sintieron satisfechos, acaso por ignorar que todo era pantomima, pues Henao y Gasca habían hablado antes largamente y estaban a la par en un acuerdo. Gasca era un político y Henao fingía bien. Por eso, ambos recitaron sus papeles y el puerto se quedó vivando al Presidente ¹⁶⁰.

Cuando Melchor Verdugo se enteró de lo ocurrido montó en cólera, pero el sagaz Henao logró calmarlo con sus frases al tiempo que le hacía ver la conveniencia de volver a Nicaragua, porque de otro modo sería acusado de traidor. No en vano Gasca le había enviado a decir que agradecía sus servicios y que enteraría de ellos a Su Majestad para que los tuviera en cuenta; que por razones obvias la población estaba indignada por el bombardeo y los incendios, y que por causa de ello le era imposible permitir su desembarco; que lo mejor sería continuar a Nicaragua, porque en Nombre de Dios era “muy odiado y mal quisto” ¹⁶¹; que le dolía hablarle en tales términos, pero que la medida estaba encaminada al buen servicio de Su Majestad; que una vez más le agradecía sus esfuerzos y le rogaba marchar a Nicaragua. Allí, en León, lo tendría al tanto de lo que ocurriera y aún lo llamaría en la primera necesidad. . . Verdugo escuchó a Henao y tornó a leer la carta. A estas alturas tenía también pruebas que los mercaderes habían despachado quejas al Consejo de Indias. Había, pues, que obedecer al Presidente en todo para no ser tildado de traidor. Acataría todo lo ordenado excepto lo de ir a Nicaragua, porque allí lo aborrecían tanto como en Nombre de Dios. Urgía, sí, viajar a España a defenderse de los cargos que le hicieran. El había hecho da-

ño, pero siempre por servir al Rey. No había, pues, razón para que el Monarca luego lo obligara a pagar estropicios y perjuicios ¹⁶².

Con estos pensamientos en su mente, salió Melchor Verdugo a la cubierta y mandó juntarse en torno a él a los "encamisados". Entonces les manifestó la voluntad del Presidente, les dio las gracias, los llamó amigos y con un "¡Viva el Rey!" los dispersó. Seguidamente gestionó la entrega de los navíos, después pasó sus cosas a otra nave y esa misma noche, dándole una higa el Presidente, partió a España más con pena que con gloria ¹⁶³.

LA VOLUNTAD DEL PRINCIPE

Llegado a Sevilla, Melchor Verdugo tomó la posta y no paró hasta Valladolid, residencia del Príncipe don Felipe y del Real y Supremo Consejo de las Indias. Pero apenas ingresó a esa ciudad, una notificación firmada por los Consejeros le hicieron ver que había llegado demasiado tarde: los mercaderes del Nombre de Dios habían enviado con sus quejas mucho oro.

A pesar de ello, Melchor Verdugo se aprestó a defenderse del Fiscal informando personalmente al Príncipe y sus Consejeros de sus trabajos en el Perú, Nicaragua y el Nombre de Dios. Mas por mucho lujo de detalles que blandió en ello y los libros de las cuentas que exhibió, la justicia se inclinó a los mercaderes y el Fiscal fue el causante de este cambio. En primer lugar acusó al abulense de haber iniciado una campaña innecesaria, destinada a permitirle salir del Perú, haber para ello expoliado fuertemente a los vecinos y robado un barco, sembrado el pánico en la Posesión y atraído sobre este último puerto la desgracia encarnada en Juan Alonso Palomino. Lo acusó también de alterar el orden en Granada, León y Gracias a Dios, de innumerables desacatos a la Audiencia y de la captura de navíos en la desembocadura del río de San Juan y bahía del Nombre de Dios. Aquí se juntaban todas las acusaciones, porque lejos de hacer mal a los partidarios de Gonzalo Pizarro, pagaron con sus haciendas y aún vidas muchos mercaderes ajenos por completo a la Gran Rebelión. Los saqueos, los incendios y los cupos no habían logrado otro objetivo que enfurecer a los vecinos, sentimiento negativo que Verdugo también supo despertar en los habitantes de Cartagena de Indias. Todo, pues, absolutamente todo había sido un sonadísimo fracaso y nada bue-

no se había seguido de su actitud. Más aún, si se atendía a que por su culpa también pudo fracasar en su intento el Presidente Gasca, por vocearse en un comienzo que Verdugo había hecho todo con permiso de él. En otras palabras, por causa de Melchor Verdugo estuvieron a punto de perderse todas las Indias del Mediodía, incluyendo a Cartagena, que también pagó los platos rotos sin tener nada que ver. Verdugo no se había portado como español, porque más provecho había alcanzado con su hazaña al Rey de Francia que no al Católico Monarca de Castilla... 164.

Verdugo, el Capitán General Melchor Verdugo, vio desmoronarse todas sus esperanzas de premio. Una carta del propio Presidente Gasca dirigida al Príncipe lo terminó de lapidar. El abulense sangró entonces sus talegos pagando a letrados y procuradores para que lo defendiesen. Estos le juraron que ganarían la cuestión y ante la seguridad profesional, recobró algo su tranquilidad el abulense. Pero el litigio continuó bajo el ceño fruncido del Príncipe. Un buen día, cuando aún el pleito estaba en la mitad, el hijo del Emperador le remitió unos papeles. Melchor Verdugo los abrió rápidamente y sus ojos se alegraron con la lectura de sus líneas. El Príncipe, atendiendo lo mucho que había servido a la Corona, le nombraba Caballero de la ecuestre y militar Orden de Santiago en grado de Comendador. Desde aquel momento podía firmarse "El Comendador", a secas, o también "El Comendador Melchor Verdugo". La Corona, pues, comenzaba a premiar su lealtad y mucho esfuerzo; la Corona estaba enterada y le guardaba gratitud. Pero al abrir el último sobre, la sonrisa se desvaneció de los labios de Verdugo. También era del Príncipe, pero lejos de representar un premio traducía una prohibición. El pálido y severo don Felipe, atendiendo a los muchos daños causados por Melchor Verdugo en el Perú, Tierrafirme y Nicaragua, le mandaba que se quedase por entonces en España hasta que otra cosa se pudiera decidir 165.

Dolido con la Corona y harto de litigios, el nuevo Comendador decidió marchar a Avila con intención de descansar. Allí vería a sus hermanas y a otros caballeros sus parientes, esos que vivían en la casa de los dos torreones al norte de la ciudad. Entonces les contaría que toda su desgracia consistía en haber servido al Rey, que él no era un traidor sino un capitán sin fortuna. Era un hidalgo que cuando partió de Avila lo hizo por la Puerta de la Malaventura, pero que ahora

que había vuelto a su ciudad natal había entrado a ella por la Puerta de los Leales ¹⁶⁶.

OTRA VEZ EN EL PERU

Todo parece indicar que en este tiempo se efectuó la boda de Melchor Verdugo. El soldado se sentía triste y una compañera era indispensable para hacerle olvidar su soledad. Comendador santiaguista, perulero ganancioso y con fama de valiente, la mujer que lo desposare debía ser principal. Pero aunque Comendador y ganancioso, el valiente Melchor Verdugo ya no abundaba en dineros y por ello tuvo que casarse con sólo una hijadalgo de discreta fortuna. Se llamaba doña Jordana Mejía, era extremadamente bella y procedía del hogar del capitán Rodrigo Mejía y de doña Francisca de Arévalo, vecinos de Espinar de Villacastín, en el obispado de Segovia ¹⁶⁷.

La rapidez con que se negoció la boda tenía también su explicación en la estrechez económica de los Mejías. El padre de doña Jordana había sido muy adicto a Núñez Vela —con quien parece había pasado al Perú— y el Virrey en los días anteriores a Iñaquito le entregó un hijo de Gonzalo Pizarro para que lo llevase consigo a España. Se quería con ello evitar el posible surgimiento de una dinastía de Pizarros aspirantes a monarcas del Perú. Más Rodrigo Mejía fracasó en su intento y apresado por los gonzalistas entregó su cautivo a Pedro de Hinojosa en Panamá. Mejía fue posteriormente desterrado a Chile y su familia sintió el aguijón de la pobreza. Verdugo, quien era amigo de Mejía, conoció a estas alturas a su hija y satisfecho de la fama y belleza de la doncella, la tomó inmediatamente por mujer. La boda, pues, se construyó sobre el odio común a Pedro de Hinojosa ¹⁶⁸. Convertido en hombre de hogar y venciendo cantidad de resistencias, Verdugo —en la primera ausencia del Príncipe Felipe— consiguió licencia para retornar a Indias. Alegó para ello estar casado, vale decir, tener motivos para vivir más quietamente, y querer ir a servir su vecindad, pero la causa principal confesó que eran sus indios cajamarcas, quienes por su prolongada ausencia estaban “a punto de se perderse” ¹⁶⁹. Los Consejeros admitieron ser lógico el pedido, pero no lo halló tan lógico el Fiscal. Sin embargo, todo se solucionó con más fianzas y de este modo Verdugo, su mujer y diez criados partieron a Sevilla. Noche y día aprovechó el Comendador para viajar. En

el fondo temía que dieran pie atrás los Consejeros, porque los procuradores bien pagados darían cuenta del Fiscal. No había, pues, peligro que lo hicieran regresar a Avila para responder a más acusaciones. Su único pecado había sido servir al Rey y esto lo tendrían que entender los Consejeros muy en breve. Por ello, si a Avila había entrado por la Puerta de los Leales, de Sevilla saldría ahora por la Puerta del Perdón ¹⁷⁰.

La partida de Melchor Verdugo parece haberse efectuado a raíz del retorno triunfal de Pedro Gasca, porque a fines de 1550 el Comendador estaba nuevamente en su vecindad perulera de Trujillo, presentando sus excusas a los que anteriormente vejó. Mas no todos los vecinos las aceptaron. Hubo algunos, como Rodrigo Lozano, que no lo quisieron perdonar. Otros, en cambio, olvidaron lo pasado por el mero hecho de llamarse a boca llena amigos del Comendador. Verdugo, desde su casa de Trujillo vio pensar así a la gente. En el fondo se alegraba de tener a los más influyentes con él. Con los tales, precisamente, fue a Piura para recibir al Virrey don Antonio de Mendoza. Reunido al gobernante, emprendieron juntos el viaje de regreso, pero por los achaques y males del Virrey sólo pudieron ver Trujillo a fines de julio de 1551, celebrando allí la fiesta de Santiago, el Apóstol Patrón de las Españas. No contento con esto, escoltó al representante real hasta la misma Lima, donde entraron el sábado 12 de setiembre con gran algarabía y repique de campanas, pues don Antonio venía precedido de un sólido prestigio personal. El Comendador Verdugo, a su lado, estuvo en las fiestas del recibimiento ¹⁷¹.

Luego de unas semanas en que se vio a Su Excelencia salir de caza con los halconcillos que tenía, "vino a faltarle el calor natural" ¹⁷², luego cayó enfermo y por último entró en larguísima agonía. Entonces fue que Melchor Verdugo (que seguía en Lima y había acompañado al Virrey en sus prácticas de cetrería), decidió ponerse a la sombra de la Audiencia y, como además de oportunista era listo e intrigante, pronto halló ocasión de conseguirlo. Verdugo había visto que muchos soldados salían diariamente hacia la sierra y esto lo llevó a sospechar una conjuración. Se trataba no sólo de "guzmanes" o españoles errabundos, sino también de encomenderos ricos quejosos de las últimas medidas de los Oidores sobre los mitayos, tributos y servicio personal. Sin pérdida de tiempo Verdugo denunció a los conjurados y el 18 de julio Luis de Vargas, hidalgo sevillano, fue deca-

pitado por amotinador y cabecilla. Pero lo que más gusto dio a Verdugo fue la culpa que resultó contra el General Pedro de Hinojosa, su antiguo enemigo del nombre de Dios, que lo era también de su insolvente suegro. Verdugo creyó ver llegado el momento de la humillación para Hinojosa y por tanto se preparó a una ocasión de satisfacción personal. Pero la Audiencia se puso remisa en atraparlo pensando en las consecuencias que traería su captura. Por eso, todo quedó en nada y con la muerte de Luis de Vargas se creyó dejar la cosa en paz. Mas lejos de sobrevenir una etapa de calma a ésta de prisiones y ajusticiamiento, los Oidores fueron sacados de su descanso sorpresivamente, pues la noche del 21 de julio, víspera de la Magdalena, el doblar de las campanas les anunció que el Virrey había muerto ¹⁷³.

Los bronces despertaron en Verdugo gran inseguridad: los Oidores eran caprichosos y volubles a la par que desagradecidos; el roce furtivo de sus togas nunca presagiaba lo mejor. El les había hecho un favor descubriéndoles a los conjurados, pero por haber evitado el prendimiento de Hinojosa, los letrados fueron advertidos que Verdugo los atacaba en sus conversaciones. Desde entonces los Oidores lo empezaron a mirar mal. El era un paniaguado del régimen caído y por tanto le tenían mala voluntad. Ante situaciones como ésta lo mejor era emprender la retirada. Y así fue que sin pensarlo dos veces, Verdugo se ausentó a sus indios cajamarcas ¹⁷⁴.

EL DESAIRE DE LA AUDIENCIA

Allí permaneció todo el tiempo que estuvo alzado Sebastián de Castilla, el rebelde que mató a Pedro de Hinojosa. La muerte del rival hizo pensar al Comendador que lo convertiría a él en personaje necesario y hasta se alegró imaginando que en caso de revuelta, sería imprescindible a los Oidores. Antes que terminara lo de Sebastián de Castilla, precisamente, bajo presto a Trujillo sospechando que por sus conocimientos militares estaba haciendo falta a los letrados. Pero la revuelta se apagó y a Verdugo no le llegó ningún llamado de la Audiencia. Un segundo movimiento, el de Francisco Hernández, angustió todavía más a los Oidores, pero los correos de a caballo siguieron llegando desde Lima sin el nombramiento de Maestre de Campo, que era el cargo que Verdugo ambicionaba. Por fin, llegó una posta y con ella una carta con el sello de la Audiencia. Sin lugar a dudas

la habían escrito los Oidores y era el nombramiento de Melchor Verdugo. El Comendador se apresuró a abrirla y a leerla con una gran ilusión, pero poco a poco se fue demudando su semblante y luego cayó sentado, muy triste, en un sillón. El nombramiento era para él, no había duda, sólo que era un nombramiento de Capitán de caballos ¹⁷⁵.

Indignado marchó entonces hacia Lima. Allí se enteró que a Pablo de Meneses, antiguo gonzalista, se le había hecho Maestre de los leales. Así se lo contó Pedro Luis de Cabrera, su otro adversario del Nombre de Dios, que también aspiraba al Maestrazgo. La desgracia los aunó en sus quejas; desde entonces, se echaron a la espalda los rencores y vociferando contra los letrados, se les vio andar juntos por la ciudad. Ambos pregonaban la injusticia y exponían que el ejército del Rey no sólo estaba malamente dirigido por un Oidor y un Arzobispo, sino que también llevaba por Maestre a un traidor. A continuación, Verdugo sacaba a relucir su larga hoja de servicios; Cabrera —acaso más fanfarrón que el abulense— añadía a ésta su entronque con los Duques de Feria ¹⁷⁶.

A desenlace tan grotesco pronto se plegaron otros defraudados: el salmantino Diego López de Zúñiga y Pedro Ortiz de Zárate, natural de Orduña. El primero se había endeudado para hacer aprestos de guerra en 4,000 pesos a Verdugo, quien se los prestó en barras de plata. Pero sus preparativos resultaron vanos porque la Real Audiencia no lo llamó a capitanía alguna. Sólo después de muchos halagos, al licenciado Santillán consiguió una de infantería. Zárate, en cambio, veía en su postergación la mano de los Oidores que querían así vengarse de su padre, el fiel miembro de la Audiencia limeña cuando la guerra de Gonzalo Pizarro. Melchor Verdugo decidió echar por tierra esta maniobra, y para conseguirlo, renunció su conducta de capitán de jinetes en Zárate, contrariando de este modo la intención de los Oidores. Estos no tuvieron más remedio que aceptar, pero a su vez lograron el desquite cuando llegó el momento de elegir un jefe para la caballería de Trujillo. Entonces, lejos de nombrar a Verdugo para el cargo, eligieron a Diego de Mora, acérrimo enemigo del Comendador por haberle éste preso y humillado a un hermano en la revuelta del 45 ¹⁷⁷.

A Verdugo, para no sacar a relucir su despecho, no le quedó otro remedio que guerrear... como simple hombre de a caballo. Tenía que

combatir, pues su calidad de encomendero lo obligaba a ello: de otro modo perdería irremediablemente sus indios. Acaso era lo que perseguían los Oidores, pero él —el Comendador Melchor Verdugo— no iba a proporcionarles ese gusto.

Y Girón bajó a la costa por el camino de Huarochirí. El Arzobispo soltó el báculo y asió la lanza, el Oidor tomó la espada y arrojó la pluma. Desde el pueblo de Ate, los leales vieron al rebelde dirigirse al mar ante la imposibilidad de capturar Lima. Pero el invasor no desmayó en su furia y saqueando al pueblo indio de Armatampu tomó el camino de los llanos continuando temerariamente por la “Cuesta de la Sed”, hoy llamada “Lomo de Corvina”. Verdugo avanzó entonces hasta Surco, media legua antes de Armatampu, mas Girón estaba ya camino de Pachacámac. Por eso, de escaramuzas baratas no pasaron los rivales. A caballo y bien armado, el Comendador prosiguió el seguimiento por la arena; Girón avanzaba a mucho paso y se hacía difícil de alcanzar. Verdugo y algunos leales llegaron de este modo hasta Chíncha, pero por ser contrario a la opinión de Pablo de Meneses quedaron en este lugar, mientras el Maestre de Campo proseguía para ser derrotado en Villacurí. Vencido Meneses, Verdugo se dio por satisfecho, mas temeroso que alguien pudiera proponerlo para reemplazarlo en tan difícil momento, decidió fingir enfermedad. Otra vez se mostró abatido, muy doliente y con cara de no poder pronto sanar. Los Oidores no entendieron la maniobra y por librarse de él le extendieron un permiso. Entonces fue que, alegando padecer una enfermedad adquirida en la guerra, el Comendador volvió en litera a la ciudad de Trujillo ¹⁷⁸.

En Trujillo curó milagrosamente y cuando se supo la derrota de Pucará, Verdugo subió a Cajamarca con miras —según él mismo confesaba— de impedir que Girón huyera a Quito. Sin embargo Girón fue preso en Jauja y el abulense no pudo sumar otro servicio al Rey. Había capitanes que tenían suerte como Hernán Pantoja y Gómez Arias, pero no por cierto él. Había nacido para ser un capitán sin ventura, postergado por la incuria de una Audiencia y la calumnia vil. Mayor suerte había tenido Pedro Luis de Cabrera, el capitán gonzalista del Nombre de Dios, como que a esas horas debía estar en Flandes o en Castilla alardeando con el título de Capitán de hombres de armas en las Indias y Procurador General del Perú ¹⁷⁹.

Desde 1554 a 1556 Vardugo no hizo sino lamentarse. Vivio todo el tiempo en Cajamarca explotando las minas de Chilete y pidiendo oro a los indígenas. El único ser que parecía comprenderlo plenamente, era un perro gigantesco que tenía y que nombraba cariñosamente "El Bobo". En su compañía acostumbraba visitar los pueblos de su encomienda ante el temor de los naturales que sabían que venía por más oro. Con sus profundos ladridos a deshora, el corpulento perro de mirada fiera y afilados dientes, parecía un hijo del demonio. Esto impresionaba mucho a los indios porque sus perros eran mudos y en ningún caso aterradores. De esta manera visitaba un pueblo y otro pueblo el famoso capitán Verdugo. Viajaba como un reyezuelo déspota y cruel. Sentado en su litera, en hombros de sus vasallos y precedido por su monstruoso perro, los curacas lo salían a recibir y a ofrecerle mucho oro. No en vano era el señor principal de aquellas tierras y representante del Apo Mayor de la Ciudad de los Reyes, a su vez representante del Gran Apo de Castilla¹⁸⁰.

La encomienda de Cajamarca era "muy memorada en todo este reino por ser grande y muy rica"¹⁸¹. Tan rica, que siempre los españoles gustaban de comprarla con las regiones abundosas del Viejo Mundo; y así decían que encerraba más llamas y alpacas que ovejas tenía Soria, que el trigo se daba allí tan bien como en Sicilia y que los indios cajamarcas eran tan buenos tejedores que podían competir con los flamencos^{181a}.

Por su parte Verdugo aseguraba haber hallado allí las primeras minas de plata que se vieron en el Perú —las de Chilete— y haberlas trabajado antes que ningún otro español en esta tierra. También se mostraba complacido por la mucha caza menor, a la que era tan aficionado, y por el gran rendimiento de los maizales productores del famoso trigo de los Incas. Se vanagloriaba igualmente de haber levantado la iglesia del pueblo, dotándola de ornamentos, y de enseñarse en ella la doctrina cristiana. Esto último afirmaba haberlo preocupado tanto que, gracias a sus esfuerzos, todos los niños indios sabían el Pater Noster, Ave María, el Credo, la Salve, los Mandamientos y los Artículos de la Fe. No en vano pagaba anualmente 150 pe-

sos a un clérigo para que se ocupara de estos menesteres y oficiase, además, de capellán. Según esto, Verdugo venía a ser un modelo para los demás encomenderos. Por lo menos, así quería hacerlo notar él en las probanzas que mandó hacer para demostrar lo mucho que había hecho por sus indios ¹⁸².

La realidad resultaba muy distinta: en su insaciable búsqueda de oro, lejos de ser un fiel predicador del Evangelio, llegó a mostrarse como un verdadero monstruo de maldad. De nada le valió a sus indios ser hospitalarios y trabajadores, como afirman los cronistas; tampoco ser honrados, generosos y llenos de fidelidad, porque su desgracia se evidenció en su encomendero el capitán Verdugo, encomendero que hacía honor a su apellido. El hecho que vamos a narrar ocurrió en el pueblo de Bambamarca, en una fecha que no se ha podido ubicar, pero que parece haberse cumplido por el tiempo que historiamos.

Cuentan que estando Verdugo de visita en Bambamarca, pueblo al que ingresó escoltado por su perro "El Bobo", mandó llamar al viejo curaca del lugar, llamado Tantauata, y una vez en su presencia le pidió una cantidad crecida de oro. El indio contestó con excusas y evasivas y Verdugo —vinculando esto a algo malo que había hecho un hijo suyo— le ordenó traerlo. Acudió el hijo del curaca ante el altivo encomendero y éste, acusándolo de sabe Dios qué, le soltó a "El Bobo" instándole a que lo atacara. El can destrozó a su víctima en menos tiempo del que se empleaba en rezar tres credos, mientras su viejo padre contemplaba horrorizado el espectáculo infernal, pero, indio al fin y al cabo, supo frenar el dolor con el estoicismo de su raza. Cuando de su hijo no quedó sino un montón de carne sanguinolenta y huesos, el curaca se acercó a los despojos, tomó tan sólo un trozo de cuero cabelludo, y guardándolo en su bolso se alejó ¹⁸³.

¿Por qué actuó Verdugo en esta forma? Barbaridades como ésta no hubo muchas en el Perú, pero sin lugar a dudas, la mayor en este género la cometió Melchor Verdugo. Por lo menos, ignoramos otro caso similar. La raíz de esto debemos buscarla en Tierrafirme. Atrás dijimos que el licenciado Espinosa había sido el maestro de Verdugo y su casa la escuela en que se formó. Lo seguimos sosteniendo, sólo que el discípulo aventajó al maestro, porque si Espinosa utilizó perros en la guerra, Verdugo aperreó indios en la paz. Esta fue la triste hazaña de "El Bobo", el único perro cuyo nombre ha quedado en la Historia

del Perú y no para recordar, precisamente, al mejor amigo del hombre, sino al esbirro del monstruo.

Pasó el tiempo y un buen día los vecinos de Trujillo vieron venir de la sierra en busca del Justicia Mayor a “un yndio a quejarse del dicho (Melchor) Verdugo y traxo un pedaço de yndio con sus cabellos diciendo que melchior verdugo avia aperreado a un hijo suyo con un perro que se llamava el bobo y que le avia muerto y sacado aquel pedaço de cabeç de un bocado y que le hiciese justicia”¹⁸⁴. Los vecinos se acercaron al nativo forastero y entonces pudieron ver la “guedaja de cabellos con un pedaço de carne y cuero de la cabeça que dezían hera del yndio quel dicho melchior verdugo aperreó”¹⁸⁵. Diego de Mora, el enemigo de Verdugo que a la sazón era Justicia Mayor de la ciudad, inmediatamente abrió proceso y lo remitió a la Audiencia de Lima. Los Oidores comenzaron a dictaminar para luego buscar una sentencia, pero estando por fallar la causa en contra del Comendador Verdugo, las campanas de Lima volvieron a sonar indicando con su repique la presencia de don Andrés Hurtado de Mendoza, el viejo Marqués de Cañete, que venía con el cargo de Virrey. Después de cinco largos años de omnipotencia, otro Mendoza quitaba a los Oidores el gobierno del Perú¹⁸⁶.

EN MISION SECRETA A ESPAÑA

Poco tardó Verdugo en hacer grandes migas con el nuevo gobernante. Ignoramos los antecedentes y pormenores de este acercamiento, pero podemos adelantar que comenzó en Trujillo, cuando sabedor Verdugo que el Marqués se había hospedado en Chicama, en el ingenio de Diego de Mora, ni tardo ni perezoso, alojó en su casa a don Felipe Hurtado de Mendoza, hijo segundo del Virrey¹⁸⁷.

El comendador acompañó luego a Lima a Su Excelencia y, ante la gran sorpresa de los Oidores, fue uno de los más allegados al Marqués, según se dejó ver en las ceremonias del recibimiento. Al igual que con Núñez Vela y don Antonio de Mendoza, Melchor Verdugo se convirtió en paniaguado del nuevo Virrey. Sin embargo, la amistad entre el astuto viejo y el Comendador no fue óbice para que en la primera ocasión saliera desterrado el capitán López de Zúñiga, el amigo de Verdugo¹⁸⁸. Pero el abulense, hombre prudente y temeroso de la fortuna, supo utilizar la amistad y sobre todo la influencia del gober-

nante. Por medio de esta última logró paralizar el proceseo del apereamiento, expediente que terminó por desaparecer. Luego entró en confidencias de gobierno, mostrándose observador y comunicativo, amigable, desinteresado y celoso defensor del Rey. Cañete, que ya comenzaba a ser blanco de la Audiencia, reparó en todo esto y atendiendo a la ojeriza que compartían por parte de los Oidores, le confió más de un secreto. Entre otras cosas, le pidió que fuese a España y le defendiese allí de los cargos que le habían levantado Bravo de Saravia y Mercado de Peñaloza así como los desterrados del Perú. Verdugo reparó que esta ocasión era propicia para pedir él, por su cuenta, muchas mercedes al Consejo de Indias y, aceptando la responsabilidad de su embajada, zarpó del Callao con dirección a Tierrafirme. ¡Ahora sí que iban a pagarla los Oidores! ¹⁸⁹.

De Panamá pasó al Nombre de Dios, donde por gozar de mala fama pernoctó solo una noche, embarcándose al día siguiente con sus bultos y criados en la "Santa María de los Remedios", nao del genovés Vicencio Bucino que llevaba por maestre a Diego Díaz. Tres navíos más de mercaderes estaban listos para partir y sólo esperaban una orden del Comendador Verdugo que, por un raro privilegio rubricado por el Virrey del Perú, iría "por Capitán General desta flota" ¹⁸⁰. La "Santa María de los Remedios", pues, sería la capitana, vale decir, la que precedería a todas las naves en el viaje y haría farol al anochecer. Día y noche vigilaría el horizonte tan pródigo en corsarios y cada mañana, con el alba, izaría en su mástil una bandera con las armas del Comendador... Pero estando listo para levar anclas y partir al Golfo del Darién, arribó al Nombre de Dios Pedro de las Ruelas, el veterano Capitán General de las Armadas. Este hizo que lo reconociera en su cargo Melchor Verdugo, lo obligó a aplazar su salida hasta que la hicieran juntos y por ello, sólo a fines de mayo de 1558, el largo viaje se inició ¹⁸¹.

Después de cruzar el agitado Golfo del Darién, los viajeros fondearon en Cartagena de Indias, ciudad donde Verdugo tampoco era popular. Aquí permanecieron pocos días a causa del calor, marchando de inmediato para San Cristóbal de La Habana, donde sí quedaron algún tiempo. En toda esta navegación como en la que siguió a España, Verdugo se dio a los placeres de la mesa y al culto de la baraja, vicio que aprendiera con Pizarro y con Almagro. No sólo, pues, comió y bebió en abundancia, sino que jugó con exageración. De esta ma-

nera disminuyó notablemente sus dineros ante la admiración de Ruy Barba, el encomendero de Chancay, y la alarma de Juan Verdugo, un sobrino del Comendador que aspiraba a recoger su herencia ¹⁹².

A principios de diciembre divisaron los fanales de Sanlúcar y tres días después la "Santa María" echaba el ancla en las Muelas de Sevilla, junto a la ermita de la Virgen de los Remedios, la patrona de la nave. El viaje había sido bueno y sin inconvenientes, pero éstos surgieron en tierra con la Casa de Contratación. Verdugo había declarado una cantidad de oro al subir al navío y ahora, al desembarcar, tenía mucho menos. Sin duda pensaron que era un fraude encaminado a eludir los impuestos. El acusado se defendió enumerando gastos y derroches, pero al no exhibir los comprobantes de los mismos, nadie creyó en lo que decía. Entonces, los oficiales de la Contratación le interpusieron pleito por reclamo de avería por cien mil mavedís. El juicio resultó largo y molesto porque se siguió ante el Consejo de Indias. Verdugo había ido a España a pedir mercedes al Consejo, pero los Consejeros parecían perseguir sólo su castigo, ya que en castigo iba a terminar aquel pleito por falta de pruebas. Efectivamente, —no fue entonces pero sí después— que en Toledo, el 23 de diciembre de 1560, el Real y Supremo Consejo de las Indias falló en favor de la Casa de Contratación y obligó a Verdugo a cancelar el discutido derecho de averías ¹⁹³.

PLEITOS Y MAS PLEITOS

En España Verdugo fracasó rotundamente. Después de afirmar por todas partes que sólo iba a ocuparse de negocios pendientes o inconclusos relativos a su hacienda, pronto los desterrados llegaron a desenmascarlo como espía del Marqués y su procurador particular. El Comendador sostuvo que todo era vil calumnia y exceso de animada versión, pero una carta llegada desde Lima y firmada por los Oidores asestó el golpe de gracia a su defensa. Los Oidores escribían que el Virrey había muerto y que entre los muchos papeles que dejó había uno que hablaba de una entrega de 10,000 pesos a Verdugo para que viajase a España. Lo peor de todo era que estos pesos de oro provenían de las Reales Cajas y el beneficiado los tenía que devolver ¹⁹⁴.

Verdugo se sintió perdido y lamentó enormemente que su buen amigo el Marqués no hubiera tenido la prudencia de quemar el documento.

Pero era demasiado tarde para pensar estas cosas. Lo mejor sería defenderse en una forma inteligente y pronta. Entonces fue que Verdugo inventó el historial de los 10,000 pesos castellanos, historial basado sólo en su imaginación. Instado por los Consejeros refirió que estando por viajar a España confió al mayordomo del Virrey ciertas estrecheces económicas para realizar su intento y que por toda respuesta lo llamó el Marqués al siguiente día y le entregó la discutida cantidad. Contaba Verdugo que quedó absorto ante el gobernante “y se le ofreció a que si avía algo en que le sirviese en españa que lo haría y respondió el dicho Marqués que Diego López de Zúñiga y los demás que acá avía enbiado desterrados serian sus procuradores y que así no quería ocuparle en nada, pero que le haría mucha merced en que procurase en españa como Su Magestad le diese liçençia para que pudiese venir A su casa porque él ya hera viejo y quería mucho a su mujer y hermanos y deseava verlos antes que se muriese. . .”¹⁹⁵.

El relato consternó a los Consejeros (que se sintieron culpables por haber dado oídos a tanta intriga contra el difunto) y enterneció íntimamente a la Marquesa viuda de Cañete, la que en breve salió por fiadora de Verdugo. Pero todo quedó allí, porque aunque el Comendador decía algo muy cuerdo y humano, no podía demostrar lo que afirmaba. Esto cortó a Verdugo el suministro de sus tributos de indios y dejó en manos de los Oidores de Lima la aclaración total del oscuro asunto de los 10,000 pesos. Quejumbroso y empobrecido el Comendador dejó la corte y se estableció en Madrid, donde la vida era más barata. Allí vivió desde octubre de 1561 sin mayores esperanzas de volver al Perú, porque por razón de los 10,000 pesos había logrado una prórroga en Toledo, el 9 de enero del año anterior, y todo hacía ver que esta prórroga corría el riesgo de ser indefinida¹⁹⁶.

El mejor cuadro que tenemos de él por este tiempo se debe a la pluma del Inca Garcilaso. “Yo le ví en la antecámara de el muy católico rey don Felipe Segundo —dice el escritor mestizo— el año de mil quinientos sesentitrés, bien fatigado y lastimado de que émulos y enemigos suyos resucitaron los agravios que en el Perú y en Nicaragua, y en el Nombre de Dios hizo, por los cuales según lo acriminaban, temió que le quitaran el hábito (de Santiago); y así era lástima verle el rostro según el sentimiento que mostraba”¹⁹⁷. Parece, pues,

que no sólo los Oidores y los desterrados se habían cebado en él, sino que también lo habían hecho los resentidos mercaderes de Tierrafirme, cualquiera de los cuales hubiera dado mucho por nada más que verlo muerto. Tierrafirme, sobre todo, era su mayor enemiga, “porque en toda ella —según el mismo Garcilaso— se había hecho aborrecer”¹⁹⁸.

Creemos que el Inca fue exacto en todo menos en la fecha en que halló a Verdugo lleno de aflixiones. No fue el año 63 sino a fines del 61 y esto, porque el mismo historiador añade que “el Rey le hizo merced de absolverle de todo”¹⁹⁹, perdón que ya estaba concedido a principios de 1562. Efectivamente, en Madrid, el 2 de febrero del citado año, el Monarca permitió a Verdugo volver a su vecindad de Trujillo, eximiéndolo de cualquier culpa por entender que todas las acusaciones tenían un trasfondo de servicio a la Corona. El Comendador debió de sentirse feliz: tras doce años de mentir y lamentarse, se había reconocido públicamente su inocencia.

Ese mismo día consiguió una cédula para que se le devolviera sus indios, posiblemente incautados por la Audiencia, y otra —a pedimento del propio Verdugo— para que se prohibiera a los curacas de Cajamarca hacer trabajar en ciertas minas de la sierra a los naturales de la costa. Después de esto, Melchor Verdugo salió de la corte, incluso con fama de encomendero humanitario que velaba por la salud de sus indios al extremo de preservarlos del clima perjudicial y ajeno a su naturaleza²⁰⁰.

Arreglados sus asuntos y victorioso de sus enemigos, el encomendero partió de Sevilla con rumbo al Nombre de Dios. Para defensa de su persona llevaba entonces seis arcabuces, seis celadas y seis morriones, doce espadas, doce dagas, doce lanzas y doce partesanas²⁰¹.

LA VENGANZA DE LOS MERCADERES

Los comerciantes del Nombre de Dios y Panamá —aunque con veinte años más— eran los mismos y dio la coincidencia que cuando pasó de regreso por allí Melchor Verdugo, estos comerciantes también decidieron levantarse. No fue la causa del levantamiento la presencia de Verdugo, pero sí uno de los estímulos a esta rebelión. El desarrollo de la misma tuvo por caudillos al escribano Rodrigo Méndez, hombre iluso y hasta imbécil, y a Sebastián de Santisteban, desterrado giro-

nista que tenía fuerte inquina al Comendador, por haber sido parte principal en su destierro ^{201a}.

Lo cierto es que Verdugo dormía tranquilamente una noche en Panamá, cuando una multitud enardecida forzó la puerta de la posada pidiendo a gritos su cabeza. Verdugo ni siquiera tuvo tiempo de vestirse y sobresaltado en la cama trató de entender lo que exigía aquella gente. A decir verdad creyó que eran borrachos, pero pronto se enteró de lo contrario, cuando a gritos y empellones entraron a su habitación. Esta estaba a oscuras y ninguno de los invasores portaba luz alguna. Pero Verdugo, que vio brillar las armas, se metió bajo la cama y aún tuvo tiempo para dejar arropada sobre ella una almohada que sirviera para despistar. El que más gritaba era Sebastián de Santisteban y entre voces y blasfemias señalaba el lugar donde dormía el buscado. Entonces sus amigos se ensañaron con la almohada y con lanzas y alabardas la cosieron al colchón. Una pasó de parte a parte el mueble y llegó a herir a Verdugo en una nalga, pero aunque causó daño y no leve, el agredido no dejó escapar ninguna queja. Cuando todos hubieron hundido sus armas en la almohada, Santisteban preguntó si aún era vivo, pero le contestaron que no y que su muerte se había efectuado con tal arte que no tuvo tiempo ni de decir ¡Jesús! Entonces salieron todos de la sala y Santisteban envió a un negro suyo a cerciorarse. El esclavo entró y creyó ver el cadáver, evidencia que luego comunicó a su amo. Sólo entonces los soldados y mercaderes abandonaron la casa, proclamando estos últimos que era cumplida su venganza. Santisteban, sin embargo, desconfió del negro y enviando a uno de sus fieles, le mandó comprobar si el guineo había dicho la verdad y también que llevara una antorcha. El soldado tornó a entrar en la casa, y en breve se asomó a un balconcillo diciendo que el Comendador había huído por una ventana y que sobre su lecho sólo estaba la almohada destrozada. Las maldiciones debieron abundar, pero por tener que acudir a otros puntos, tuvieron que dejar la búsqueda y dirigirse a la Plaza a reunirse con el grueso de los rebeldes, porque ya los Regidores del Cabildo comenzaban a llamar a los vecinos y alzaban su bandera contra la revolución ²⁰².

Verdugo, mientras tanto, ensangrentado y con gran susto, huía por los techos vestido grotescamente con su camisa de dormir. Así llegó a la casa de Juan Rodríguez Bautista y juntamente con Diego de Frías, partieron los tres en dos caballos a la iglesia de San Francisco, donde

un atambor de los leales reunía a los vecinos y los instaba a combatir. Verdugo, siempre asustado y en camisa, llegó en la grupa del caballo de Bautista y entrando al convento hizo que los frailes le curaran la herida. Estaba debilitado por la pérdida de sangre y apetecía descansar. Mientras tanto, se había organizado ya la resistencia, pero los leales eran pocos y los mercaderes rebeldes, cuatrocientos. Aquella noche fue largo y movida, mas con el rayar del alba surgió la solución. Santisteban fue muerto por los suyos y Rodrigo Méndez se refugió en la torre de la iglesia, de donde fue sacado y hecho cuartos. La ciudad volvió al orden y la revuelta terminó. Desde esa madrugada del 14 de diciembre de 1563, el Comendador Melchor Verdugo sumó a sus innumerables hechos de armas una herida en servicio del Rey, aunque —y esto hacía reír mucho a los mercaderes— para poder alardear de ella tendría antes que pasar por la humillación de mostrarla²⁰³.

EL FIN DEL COMENDADOR

Cojeando, pero victorioso de sus enemigos, el Comendador Melchor Verdugo volvió a Trujillo del Perú. Era uno de los últimos descubridores que quedaban y, sin duda, el único de los que fundaron la ciudad, por ser ya fallecido Francisco de Fuentes, El Viejo. Sin embargo, a pesar de su condición privilegiada, Melchor Verdugo no halló allí a ningún vecino que pudiera tenerlo por verdadero amigo. Odiado por la mayoría desde aquel día de san Quintín de 1545, no tenía para recordar con placer aquella fecha ni siquiera al cura Henao, menos aún a Lope de Aguirre. El clérigo había sido muerto por el Sargento Mayor en la famosa entrada de Los Marañones, y el Sargento Mayor acribillado a balazos por los mismos que mataron al fogoso cura Henao²⁰⁴. Tristes, pues, fueron los días que pasó el Comendador en Trujillo del Perú.

Felizmente para él, estos días fueron pocos. Hay indicios que a lo largo de ellos reflexionó algo sobre su agitada y pecadora vida. Se sabe, por ejemplo, que descargó en gran parte los tributos a sus indios cajamarcas. Mas ya la fama estaba hecha y opinión de tantos años era difícil desbaratar. Al lago de su mujer, a la que parece quiso mucho, el Comendador vio aproximarse el final. Esta fue la causa por la que otorgó su testamento. El no haberse hallado este escrito siembra la incertidumbre sobre si estaba enfermo o no. Lo cierto es

que otorgó su testamento y se debilitó su salud. Su mujer, cuatro parientes y acaso un perro, fueron los últimos testigos de su vida²⁰⁵.

Melchor Verdugo falleció en Trujillo el 12 de febrero de 1567, día de santa Olaya. Efectivamente, ante el escribano público y del Cabildo Antonio de Paz, se presentó en esa fecha el licenciado Fabricio de Godoy y le pidió le diese por testimonio “como era fallecido y pasado desta presente vida Melchor Verdugo, cauallero de la Orden de Santiago, el qual estaua en su cassà hechado en su cama y le estauan amortajando”²⁰⁶. El escribano marchó entonces a las casas del Comendador, donde comprobó que le habían dicho la verdad. Sobre una rica cama de madera negra, Melchor Verdugo estaba “difunto y amortajado”²⁰⁷. Todo parecía indicar que la muerte había sido violenta y sin confesión. No le habían dicho los Jesuses ni musitado al oído el “Dios te perdone”. Los vecinos de Trujillo y aún los indios cajamarcas creerían que esto era castigo de Dios. Verdad o mentira, lo cierto es que al siguiente atardecer —sin que nadie ni nada arrojase luz alguna sobre el funeral— el Comendador Melchor Verdugo y Olivares, el último de los fundadores de Trujillo, recibió sepultura en la iglesia mayor de la ciudad²⁰⁸.

La muerte del Comendador se prestó a muchos comentarios. Se afirmó, entre otras cosas, que antes de finar había dividido su fortuna entre doña Jordana, su mujer, y los indios cajamarcas. Otros decían que también entraban en la herencia Antonio y Juan Verdugo, sobrinos del fallecido²⁰⁹. Lo de la esposa y los indios era duro creer. El Comendador Verdugo no era de tan cristianos gestos. Eso era burda imaginación y la imaginación a nadie convencía. Bondades de Verdugo jamás se habían conocido. Mas factible era que las viejas lo hubieran visto de noche por las calles de Trujillo —sin duda camino del infierno— montado en su caballo “Matamoros”, escoltado por su perro “El Bobo” y seguido de una legión de “encamisados”.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. Atienza, Julio de... *Nobiliario Español*.— Madrid, Industrias Gráficas, 1948.— p. 1294.

Los Verdugo de Arévalo fueron tronco de numerosas ramas avecindadas en diversas ciudades de España, desde las cuales salieron a probar su nobleza en la Orden de Santiago (1548), y en las de Calatrava (1688 y 1756), Alcántara (1600, 1628 y 1668), Carlos III (1789) y San Juan de Jerusalem (1530, 1555, 1613, 1660, 1757, 1777, 1783 y 1798). También la probaron, y frecuentes veces, en la Real Cancillería de Valladolid y en la Real Compañía de Guardiamarinas (1792). A la rama avecindada en Carmona perteneció el Dr. Francisco Verdugo y Cabrera, el célebre Obispo de Huamanga (Véase: Mendiburu, Manuel de... *Diccionario Histórico Biográfico del Perú*.— Lima, Imprenta Gil, 1935.— T. XI, p. 298).

2. Atienza, Julio de... Op. cit., pp. 22 y 23.

Cadenas y Vicent, Vicente... *Diccionario Heráldico*.— Madrid, Diana Artes Gráficas, 1954.— pp. 29 y 183.

3. Atienza, Julio de... Op. cit., p. 1023. Los Olivares de Trasmiera, en Santander, probaron su nobleza en las Ordenes de Santiago (1639, 1641, 1645, 1700, 1712 y 1724) y San Juan de Jerusalem (1538 y 1730), y numerosas veces en la Real Cancillería de Valladolid. Sus primitivas armas fueron en campo de oro, tres fajas de gules, rodeando el todo una bordadura jaquelada de azul y plata. Otros usaron en campo de plata un olivo de sinople. Es posible que el conquistador del Perú Gabriel de Olivares, uno de los apreadores de Atahualpa, fuera primo (aunque lejano) de Melchor Verdugo y Olivares, el personaje que estudiamos.

4. Archivo General de Indias de Sevilla (A.G.I.) Justicia 1052 y 1125.

5. A.G.I. Patronato (Pat.) 97—NI—RI y Justicia 1051. Zárate, Agustín de... *Historia del Descubrimiento y Conquista del Perú*.— Lima, Imprenta Miranda, 1944.— Lib. V, cap. XXXIII, p. 220.

Garcilaso Inca de la Vega. *Los Comentarios Reales de los Incas*.— Lima. Imprenta Gil, 1945.— Parte II, lib. IV, cap. XXXII, p. 159 del T. V.

6. A.G.I. Pat. 97—NI—R4; 107—NI—RI; 113—NI—R8; y Justicia 342. El testimonio más fidedigno es la probanza del conquistador Diego López de Zúñiga, hecha en Toledo el 14 de diciembre de 1559, época por demás incómoda para Melchor Verdugo y dentro de la cual se le exigió la máxima exactitud en sus declaraciones. Entonces declaró el abulense tener cuarenticinco años de edad, "poco más o menos", lo que lleva a fijar el de 1514 como el año de su nacimiento. Corroborarían esta fecha la información de García de Contreras (1540), donde se declara mayor de veinticuatro años; la de Francisco Pérez de Lezcano (1550), en la que aduce tener alrededor de treinta; y la de Juan de Barbarán, hecha en Lima en agosto de 1565, en la que sostiene haber pasado los cincuenta. Como prueba objetiva existe una declaración de Melchor de Verdugo en Madrid, el año 1547, donde al tiempo de acusar de gonzalista al conquistador Diego de Aguilera, contestó en las generales de ley haber traspuesto los treinta años.

7. Ramón Folch, José Armando de... *Descubrimiento de Chile y Compañeros de Almagro*.— Santiago de Chile, Talleres de la Editorial el Pacífico, 1954 p.115.

8. A.G.I. Justicia 439.

9. Alvarez Rubiano, Pablo... Pedrarias Dávila.— Madrid, Diana Artes Gráficas, 1944.— Cap. VII, pp. 186 y 187.

Casas, fray Bartolomé de las... *Historia de las Indias*.— México, Gráfica Panamericana, 1951.— Lib. III, cap. LXXII, p. 73 del T. III.

10. Fernández de Oviedo y Valdez, Gonzalo... *Historia General y Natural de las Indias*.— Asunción, Imprenta de la Editorial Guaranía, 1944.— Parte II. Lib. X. cap. XIII. p. 186 del T. VII.

11. Herrera, Antonio de... *Historia General de los Hechos de los Castella-*

nos en las Islas y Tierra firme del Mar Océano.— Buenos Aires, Imprenta Continental, 1945.— Década II, Lib. II, cap. IX, p. 347 del T. II; Década IV, Lib. VII, cap. IX, p. 361, del T. V.

Casas, fray Bartolomé de las... Op. cit., Lib. III, cap. LXXII, p. 72 del T. III.
12. A.G.I. Justicia 439.

Cieza de León, Pedro... Nuevos capítulos de la Tercera Parte de la Crónica del Perú de Pedro de Cieza de León (cap. XXXI) en Mercurio Peruano, Lima, julio de 1955, num. 340, p. 468.

El capitán Marcos de Isaba en su "Cuerpo Enfermo de la Milicia Española" (1595), establece un límite para iniciarse en la carrera militar. "El soldado —escribe—, viniendo a la guerra, no se puede admitir en ella de menos edad que veinte años: los primeros cinco aprenda a tratar sus armas, hacer sus guardias, respetar sus oficiales, obedecer las órdenes, conservar los bandos; (sólo así) de veinte años de edad, hasta veinte y cinco, ya le hemos hecho soldado". En el siglo XVII Juan Pedro Cardo que insistía en la necesidad de mantener soldados (*El soldado católico que mueve dudas a su confesor. Año 1649*), explica de este modo la edad mínima: "pueden asentar plaza de soldados los que allegan a cumplir catorce años, y en esta edad, y no antes, son aptos para la guerra. De esta edad San Martín se partió de su casa a militar". Los documentos que citamos para esclarecer la situación del aún niño Melchor Verdugo nos aseguran que cuando llegó a Panamá tendría "quinze o diez y seys años". Por eso es que sus compañeros lo miraban con desdén y afirmaban que no estaba apto para la lucha, "porque al parescer no hera para ello". No hay que olvidar el viejo romance del Conde Dirlos donde se da un caso parecido:

"porque Celinos es mochacho
de quince años y no más,
y no es para las armas
ni aún para pelear...
Desque fuera de veinte años
o puesto en mejor edad,
si estimare su honra
que lo pueda demandar,
y que entonces por las armas
cada cual defienda su parte,
porque no diga Celinos
que era de menor edad".

13. A.G.I. Pat. 97—NI—RI.

14. A.G.I. Justicia 439.

15. A.G.I. Pat. 97—NI—RI.

16. A.G.I. Pat. 97—NI—RI.

17. A.G.I. Justicia 439.— El conquistador Juan de Mori nos dirá por este mismo tiempo que Verdugo "hera moso de poca hedad que casi no tenya barvas". El tener barba era indicio de la madurez en la vida militar, motivo por el cual no se concebía un capitán lampiño. Por eso Marcos de Isaba en su "Cuerpo Enfermo de la Milicia", afirma que los capitanes deben ser barbados y de treinta años para arriba, para que "sus soldados viendo pocas barbas en el lugar de obedecer, no se vuelvan en reir y burlar". Pedro Pizarro y Melchor Verdugo eran, sin duda, los soldados más jóvenes de la hueste pizarrista, aunque el primero por quedar en San Miguel no asistió a la captura del Inca.

18. Vigón, Jorge... Milicia y Regla Militar.— Madrid, Gráfica Sánchez, 1949.— p. 19.

19. Libro Primero de Cabildos de Lima.— París, Imprenta Dupont, 1900.— Parte III, p. 124.

Con estas sumas que constan en el Acta del Reparto que otorgara Pedro

Sancho, figura Verdugo en todas las listas que hablan de Cajamarca. Su presencia en la prisión del Inca la señalan también Cieza de León y Antonio de Herrera. Más tarde hará lo mismo fray Buenaventura de Salinas en su Memorial de las Historias del Nuevo Mvndo Pirv. En todos estos testimonios Verdugo aparece como hombre de la infantería.

20. Lohmann Villena, Guillermo... Índice del Libro Becerro de Escrituras, en Revista del Archivo Nacional del Perú (R.A.N.) Lima. T. XIV, entrega II, p. 215.

21. *Ibidem*, p. 218.

22. *Ibidem*, p. 224.

23. A.G.I. Justicia 439.

24. A.G.I. Pat. 97—NI—RI.

25. A.G.I. Pat. 97—NI—RI.

26. A.G.I. Pat. 97—NI—RI.

27. Zárate, Agustín de... Op. cit. Lib. II, cap. VIII, p. 71.

28. A.G.I. Pat. 109—NI—R4. Urteaga, Horacio H... y Carlos A. Romero. Fundación Española del Cusco y Ordenanzas para su Gobierno.—Lima, Imprenta Sanmarti, 1926.— p. 41.

29. Vargas Ugarte S.J., Rubén... La fecha de la fundación de Trujillo, en Revista Histórica, Lima, 1936, T. X, entrega II, p. 234.

30. A.G.I. Pat. 97—NI—RI.— Andrés Machuca decía en 1542 sobre las casas en que vivía Verdugo: "son muy buenas y al parescer deste testigo las mejores que en esta dicha cibdad ay". Se sospecha que estaban en la Plaza, haciendo esquina con la calle que va al convento de Santo Domingo.

31. A.G.I. Justicia 398 y 415. Loredó y Mendivil, Rafael... Los Reparatos.— Lima, Imprenta Miranda, 1958, p. 255. En esta última obra se anota: "Caxamalca de Melchior Verdugo podrán sacar de minas de plata seis mil pesos, por lo qual (a dichos indios) se les ha de dar minero y heramientas; y demás desto hacen tapicería, dan carne, maíz i trigo i sustentan abundantemente la casa de su amo".

El documento del depósito ha sido publicado (aunque lleno de errores) en la R.A.N. tomo XV, entrega I, p. 13.

32. A.G.I. Justicia 439. Fernández de Oviedo y Valdez, Gonzalo... Op. cit. Parte II, lib. VIII, cap. XVII, por. 126 del T. XII.

Cieza de León en su Crónica del Perú (cap. LXXVII) afirma: "Esta provincia de Caxamalca es fertilísima en gran manera, porque en ella se da trigo tan bien como en Sicilia y se crían muchos ganados, y hay abundancia de maíz y otras raíces provechosas y de todas las frutas que he dicho haber en otras partes. Hay, sin esto, halcones y muchas perdices, palomas, tórtolas y otras cazas. Los indios son de buena manera, pacíficos, y unos entre otros tienen entre sus costumbres algunas buenas para pasar esta vida sin necesidad, y danse poco por honra; y así, no son ambiciosos por haberla; y a los cristianos que pasan por su provincia los hospedan y dan bien de comer, sin les hacer enojo ni mal aunque sea uno solo el que pasare. Destas cosas y otras alaban mucho a estos indios de Caxamalca los españoles que en ellos han estado muchos días. Y son de grande ingenio para sacar acacias y para hacer casas, y cultivar las tierras y criar ganados, y labrar plata y oro muy primariamente. Y hacen por sus manos tan buena tapicería como en Flandes, de la lana de sus ganados, y tan de ver, que parece la trama della toda seda, siendo tan sólo lana. Las mujeres son amorosas y algunas hermosas. Andan vestidas muchas dellas al uso de las pallas del Cuzco. Sus templos y huacas ya están deshechos, y quebrados los idolos; y muchos se han vuelto cristianos; y siempre están entre ellos clérigos o frailes dotrinándolos en las cosas de nuestra santa fe católica. Hubo siempre en la comarca y término desta provincia de Caxamalca ricas minas de metales". Al respecto anota el cronista: "Por encomienda la tiene el capitán Melchior Verdugo, vecino que es de la ciudad de Trujillo". En cuanto a la extensión geográfica de la encomienda todos están de acuerdo en que era enorme. Su

sede era el curacazgo de Cajamarca (nombre que algunos traducen "país de las nieves"), pero en realidad abarcaba mucho más. Por el norte incluía Bambamarca ("tierra elevada") y Chonda, pueblecito que parece identificarse con la actual Chota o acaso Chontalli. Pumamarca, en cambio, a juzgar por su etimología ("país del puma") debió quedar hacia levante y se podría ubicar en Pomacocha, laguna que alimenta el río Chiriaco a la altura de Yambrashamba, esto es, frente a la selva amazónica. Completaban el repartimiento por el sur la región de Contumazá, poblada por los mitimaes cuismancos que eran yungas, y finalmente Otusco y Chuco ("sombbrero viejo"), lugar este último que hasta hoy existe bajo la advocación del Apóstol Santiago (A.G.I. Justicia 398).

33. Molina, Cristóbal de... Destrucción del Perú, en *Las Crónicas de los Molinas*.— Lima, Imprenta Miranda, 1943.— Prólogo de Carlos A. Romero, Epílogo de Raúl Porras Barrenechea y notas de Francisco A. Loayza. pp. 24 y 25.

Borregán, Alonso... Crónica de la Conquista del Perú.— Sevilla, escuela de Estudios Hispano Americanos, 1948.— Edición y prólogo de Rafael Loredo y Mendivil, p. 35.

López de Gómara, Francisco... *Historia General de las Indias*.— Barcelona, imprenta de Agustín Núñez, 1954.— Parte I, cap. CXXX, p. 221 del T. I.

Herrera, Antonio de... Op. cit. Década V. lib. VII, cap. VI p. 22 y cap. VII, p. 24 del T. VII.

34. Molina, Cristóbal de... Op. cit., pp. 26 y 27.

35. *Ibidem*, p. 27.

36. Porras Barrenechea, Raúl... Estudio histórico del Dr. Raúl Porras Barrenechea sobre la fundación de Trujillo, en *Apuntes y estudios históricos sobre la fecha de la Fundación de la ciudad de Trujillo*.— Trujillo, Imprenta Comercial, 1935.— p. 79.

37. A.G.I. Pat. 97—NI—RI. Pizarro, Pedro... *Relación del Descubrimiento y conquista de los Reinos del Perú*.— Buenos Aires, Imprenta La Mundial, 1944.— p. 160.

38. A.G.I. Lima, 118.

39. A.G.I. Pat. 97—NI—RI.

40. A.G.I. Pat. 93—N6—R3.

41. A.G.I. Justicia 1052 y 1125.

42. A.G.I. Justicia 1052 y 1125.

43. A.G.I. Justicia 1052 y 1125.

44. A.G.I. Justicia 1052 y 1125.

45. A.G.I. Justicia 1052 y 1125.

46. A.G.I. Justicia 1052 y 1125.

47. A.G.I. Justicia 1052 y 1125.

48. A.G.I. Justicia 1052

49. Lohmann Villena, Guillermo... Op. cit. T. XVI, entrega I, pp. 80 y 81. En Lima, el 2 de junio de 1537, Pedro de Vergara dio poder a Verdugo para que cobrara de quien los retuviera, dos negros esclavos que se huyeron en el camino viniendo a esta ciudad desde Trujillo y los enviara consignados a Diego de Agüero. En igual fecha Pedro de Mendoza dio otro poder a Verdugo, para que cobrara de Lorenzo de Ulloa en Trujillo, 238 pesos que debía al otorgante, quien a cambio de esta cesión de deuda a Verdugo, había recibido de éste un negro.

50. A.G.I. Pat. 97—NI—RI. Borregán, Alonso... Op. cit. p. 43.

51. A.G.I. Justicia 398.— Dos días después, el 22 de mayo, tomó la posesión de los referidos naturales, sin sospechar Verdugo ni García Holguín que algunos años más tarde surgiría un ruidoso pleito entre ambos sobre aquellos indios (ver R.A.N. tomo XV, entrega I. p. 14 y tomo IV, entrega I, p. 19).

52. A.G.I. Lima, 118.

53. A.G.I. Justicia 439.— Son repetidas las ocasiones en que el abulense se se quejó del poco rendimiento de sus indios, a pesar de lo laboriosos que eran como se descubre a través de los cronistas. Pero Verdugo, en realidad, lo que deseaba era

oro. Mas tarde se ingeniara para alcanzarlo mediante las amenazas de entregarlos a los perros, animales por los que los indios sentían verdadero terror. No se puede negar en todo esto la diabólica influencia del licenciado Espinoza, quien usó los mismos métodos para saciar su codicia. Este, en su afán de obtener oro, no sólo recurrió a medios cruentos, sino que gustaba de asustar a los indios con un asno al que hacía rebuznar para que ellos creyesen que el animal enfurecido les pedía objetos de rico metal (Fernández de Oviedo y Valdez, Gonzalo... Op. cit. Parte I, lib. X, cap. XIII, p. 185 del T. VII).

54. Zúñiga, Francés de... Crónica de Don Francesillo de Zúñiga.— Burgos, Imprenta Aldecoa, s. a.— cap. XXII, p. 38.

55. Ibidem, cap. IX, p. 20

56. Porras Barrenechea, Raúl... Cedulaario del Perú.— Lima, Imprenta Torres Aguirre, 1948.— p. 349.

57. Ibidem, p. 385.

58. A. G. I. Justicia 439 Cieza de León, Pedro... Guerra de Chupas, en Guerras Civiles del Perú.— Madrid, Librería de la viuda de Rico, s. a.— T. II, cap. XLV, pp. 159 y 160.— Según este cronista, Alonso de Alvarado con Iñigo López Carrillo avisó a Verdugo en Cajamarca su plan para la revuelta, pero Verdugo "deseando estar neutral" informó de ello a García de Alvarado, "créese que por tener la intención que decimos". Antonio de Herrera (Década VI, lib. X, cap. XI), sostiene lo mismo.

59. A. G. I. Justicia 439.— Iñigo López Carrillo, el fiel mensajero de Alonso de Alvarado, nunca perdonó a Verdugo esta mala acción y en cuantas ocasiones tuvo de decirlo se dio el gusto de hacerlo, acusándolo de traidor al Rey en informaciones y probanzas.

60 A. G. I. 97—NI—RI— y Justicia 439. Porras Barrenechea, Raúl... Cartas del Perú.— Lima, Empresa Editora Peruana, 1959.— Carta 288, p. 437.

Vaca de Castro a la sazón creía que Melchor Verdugo estaba en Cajamarca, con cuarenta soldados leales, en una fortaleza que para defenderse de los almagristas había hecho construir o reparar. Así lo hizo constar en la carta que escribió al Emperador, fechada en Quito el 15 de noviembre de 1541.

61. A. G. I. Justicia 439.

62. A. G. I. Justicia 439.— Sobre la indemnización en caso de adulterio trata ampliamente la Recopilación de las Leyes de los Reinos de las Indias —Madrid, Gráfica Ultra, 1943—, T. II, lib. VII. Tit. VIII Ley IV, p. 379.— Véase también la Historia del Derecho Español de Salvador Minguijón —Barcelona, Imprenta Ibero-América, 1943—, cap. IX, pp. 198 y 199.

63. A. G. I. Pat. 97—NI—RI.

64. A. G. I. Pat. 97—NI—RI y Pat. 113—NI—R8; Justicia 439.

Garcilaso Inca de la Vega.— Op. cit. Parte II, lib. III, cap. XVIII, p. 291. La fuga por cobardía durante la batalla era considerada entonces como delito contra el honor militar y moralmente como pecado gravísimo.

65. A. G. I. Justicia 398.— Vaca de Castro dio a Hernando de Alvarado en el Cuzco el 19 de octubre de 1543 ciertos indios de Pumamarca, Bambamarca y el Chondal, mermando así en una tercera parte los que tenía Melchor Verdugo. Vaca de Castro, luego de hacer visitar a los cajamarques por Cristóbal de Barrientos, decidió repartirlos para premiar así a Hernando de Alvarado sus servicios en las conquistas de Moyobamba y Chachapoyas y su valerosa actuación en la batalla de Chupas. Los indios que se quitaron a Verdugo incluían Huamachuco y rendían hasta seis mil pesos de tributo (véase: Loredo y Mendivil, Rafael... Op. cit. p. 255).

66. A. G. I. Pat. 97—NI—RI.

67. A. G. I. Justicia 1125.

68. Zárate, Agustín de... Op. cit. lib. V, cap. II, p. 148.

69. El bufón Francesillo de Zúñiga en su jocosa Crónica, luego de mofarse del Virrey Núñez Vela (cap. XV) lo hace repetidas veces de fray Pedro Verdugo, como puede apreciarse en los capítulos LII, LXXV y LXXIX, haciéndole tan sólo

una mención honrosa, por lo inofensiva, en el capítulo LXXXI. Este fray Pedro era gran intercesor de Melchor Verdugo y persona muy influyente en la corte imperial.

70. A.G.I. Pat. 97—NI—RI.

71. A.G.I. Pat. 97—NI—RI.

72 A.G.I. Justicia 439. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Historia de las Guerras Civiles del Perú.— Madrid, Imprenta de Idamor Moreno, 1904— lib. I, cap. XXXIV, p. 296 del T. I.

73. A.G.I. Justicia 439. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. I, cap. XXXVI, pp. 317 y 318 del T. I; y lib. II, cap. XLVII, p. 412 del T. II. Zárate, Agustín de... Op. cit. lib. V, cap. XXXIII, p. 220.

74. A.G.I. Pat. 97—NI—RI. Cieza de León, Pedro... Guerra de Quito, cap. LXIV, en Historiadores de Indias.— Madrid, imprenta Bailly Bailliere, 1909— t. II, p. 68. Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VII, lib. VIII, cap. XII, p. 194 del T. IX.

75. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. I, cap. L., p. 441 del T. I. Zárate, Agustín de... Op. cit. lib. V, cap. XXXIII, p. 221. Pizarro, Pedro... Op. cit. p. 181.

76. A.G.I. Justicia 439. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVII, p. 412 del T. II.

77. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVII, p. 412 del T. II.

78. A.G.I. Pat. 97—NI—RI.

79. A.G.I. Justicia 439.

80. A.G.I. Justicia 439. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVII, p. 412 del T. II y lib. III, cap. I, p. 13 del T. III. Según Cieza en su Guerra de Quito (cap. CLXX), Verdugo había tratado de matar a Carbajal, comprometiéndolo antes para ello al capitán Pedro de Vergara mediante una carta que le envió con el clérigo Alonso de Henao.

81. *Ibidem*. Cuentan que por salvar la vida Verdugo entregó a Carbajal entonces dos mil ducados de buen oro.

2. *Ibidem*. Zárate, Agustín de... Op. cit. lib. V., cap. XXVII, p. 208 y cap. XXXIII, p. 221. Este último autor rechaza la idea del entendimiento y acepta la de una confiscación por estar Verdugo ausente.

83. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVII, p. 413 del T. II.

84. A.G.I. Justicia 439. Cieza ofrece una visión corta y completa del día de San Quintín en su Guerra de Quito, cap. CLXXXIII.

85. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVII, pp. 413 y 414 del T. II.

Zárate, Agustín de... Op. cit. lib. V, cap. XXXIII, p. 221.

86. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... lib. II, cap. XLVII, pp. 414 y 415 del T. II.

87. *Ibidem*. Garcilaso Inca de la Vega.— Op. cit. Parte II, lib. IV, cap. XXXII, p. 160 del T. V.

88. A.G.I. Justicia 425 y 439.

89. Albenino, Nicolao... Verdadera relación de lo sucedido en los Reynos e provincias del Perú desde la yda del Virey Blasco Núñez Vela hasta el desbarato y muerte de Gonçalo Piçarro.— París, edición del Instituto de Etnología, 1930.— (p. 49). Cuenta en esta crónica Albenino el alzamiento de Verdugo, el último día de octubre, y añade: "En este alcamiento de Melchior Verdugo fue (sic) yo su prisionero aunque no tengo que quejarme del porque me hizo toda cortesía y antes me favoreció que no me agrauió en cosa" (p. 50). El Palentino (Parte I, lib. I, cap. XLIX) sostiene que fueron hasta veinte los apresados por Verdugo, mas no hace mención a la "cortesía" gastada con los cautivos.

90. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVII, pp. 415 y 416 del T. II.

91. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVII, pp. 416 y 417 del T. II.—Garcilaso Inca de la Vega. Op. cit. Parte II, lib. IV cap. XXXII, p. 160 del T. V.

92. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVII, pp. 417 y 418 del T. II.—Fernández, el Palentino, Diego... Historia del Perú. Madrid, imprenta Pérez de Velasco, 1913 Parte I, lib. I, cap. XLIX, p. 235 del tomo I.—Zárate, Agustín de... Op. cit. lib. V, cap. XXXIII, p. 222.

93. A. G. I. Justicia 425.

94. A. G. I. Justicia 425.—La apropiación de los cofres costó a Verdugo un larguísimo y enojoso pleito con el fiscal de la Audiencia de Lima, pues alegaba éste que tales cofres —por haber sido condenado a muerte y pérdida de bienes su propietario Bachicao— pertenecían al Rey. Algunos cronistas (Oviedo, Gutiérrez de Santa Clara) sostienen que los cofres los tomó Verdugo de un navío que topó en su viaje a Nicaragua, pero es noticia errónea emanada de una misma fuente. Doña Ana de Cáceres vio los cofres en Trujillo, estando presente Verdugo, y comprobó que éstos eran ocho o nueve, “tumbados de los de flandes llenos de Ropas hechas de hombres de su persona (de Hernando de Bachicao) Riquísimos de todas suertes de sedas de colores e con muy Ricas guarniciones como Ropas de caualleros muy galanas y que entre los dichos cofres venya el uno dellos lleno die piezas de seda de todas sedas entre terciopelos y damascos e Rarsos e tafetanes negros e de colores que lo más dello hera colores e que también venya en ellos cantidad de olandas e Ruanes... e que lo demás de los cofres heran Ropas jubones e calças muy Ricas... e que también venía en los dichos cofres un manto de terciopelo aforrado en rraso morado con un pasamano de oro el qual oyo esta testigo dezir que el dicho comendador Verdugo lo dio en nycaragua A una muger”. La apreciación no puede ser más femenina, pero lo interesante de ella es que se hizo en Trujillo. Lo verosímil es que allí estaban los cofres en depósitos, pues el navío que los traía arribó a Huanchaco en muy malas condiciones. Verdugo, según los documentos, se apropió de estos cofres que había traído el navío, mas no los tomó en alta mar.

95. A. G. I. Justicia 425.

96. A. G. I. Justicia 425.

97. A. G. I. Justicia 425.

98. A. G. I. Justicia 425 y Pat. 97-NI-RI.

99. A. G. I. Justicia 425.

100. A. G. I. Justicia 425.

101. A. G. I. Justicia 425.

102. A. G. I. Pat. 91—NI—RI. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVII, pp. 418 y 419 del T. II. Este último cronista relata la despedida de Verdugo en los siguientes términos: “Llegado al puerto se embarcó con veynete y cinco arcabuzeros y cinco vezinos de la cibdad que eran grandes seruidores de Su Magestad, que se quisieron yr on él, dexando a los presos en tierra, y les dixo que haziendose a la vela se tornassen y la tuuiesen (a la ciudad) por el rey hasta que el Visorrey viniessen por allí, y las prisiones que dexaua las diessen para la cárcel pública porque serian menester para en algún tiempo”. Según Antonio de Herrera, Verdugo partió presto porque se enteró que el Alcalde de Trujillo, Pedro González (al que no pudo apresar) había llamado en su ayuda al capitán Juan Pérez de Guevara con las tropas de San Miguel. No llegó a tiempo el capitán Guevara, pero para castigar a Verdugo salió del mismo Trujillo Juan de Sandoval, seguido por muchos gonzalistas, mas cuando pisó Huanchaco sólo pudo avistar de lejos al “Santiago” que estaba entrando en alta mar. (Década VII, lib. X, cap. XX). El Palentino cuenta que Verdugo zarpó con 20 soldados (Parte I, lib. I, cap. XLIX), pero Cieza en su Guerra de Quito los hace llegar a 33 (cap. CLXXXIII), en lo cual coincide casi con Gutiérrez de Santa Clara (lib. II, cap. XLVII), el que dice fueron 30. Como prisioneros iban con Verdugo, García

Holguín y Cristóbal de Angulo, así como dos mercedarios gonzalistas llamados fray Gonzalo y fray Pedro.

103. A. G. I. Justicia 439. Véase también Cieza de León, Pedro... Guerra de Quito, cap. CXCVIII.

104. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVI, p. 421 del T. II.

105. A. G. I. Justicia 439.— Existía, sin duda, un parentesco entre los Henao y los Verdugo como se evidencia en la persona de Hernando Verdugo y Henao, quien el 2 de junio de 1539 fue nombrado Procurador del Cabildo de Lima para gestionar mercedes ante el Rey. Otro soldado, llamado Sancho de Henao, estuvo al lado de Melchor Verdugo, desde el día de san Quintín. El clérigo Alonso, pues, debió ser más que amigo del conquistador. Sabemos que comenzó su ministerio en Lima el 26 de junio de 1540, en la parroquia del Sagrario, como ayudante del vicario y cronista Cristóbal de Molina. En breve se granjeó las simpatías de éste, llegando a desplazar a otros clérigos, sus ayudantes. Así permaneció hasta julio de 1543, fecha en la que cesa de figurar en los bautizos para aparecer luego en la ciudad de Trujillo como contador, o algo parecido, de Melchor Verdugo. Debió ser buen matemático, no en vano éste lo llevó consigo a Nicaragua con cargo de apuntar en un libro los gastos y confiscaciones de la rebelión. Convertido en consejero y confidente de Verdugo, tornó al Perú posiblemente con el Presidente Gasca, encontrándosele años más tarde en la famosa expedición de los Marañones.

106. Vásquez, Francisco... Jornada de Omagua y Dorado.— Buenos Aires, imprenta de la Compañía Fabril Financiera, 1945.— p. 166.

107. Ibidem, p. 167.

108. Ibidem, pp. 120 y 168.

109. A. G. I. Justicia 439.

110. A. G. I. Justicia 439.

111. A. G. I. Pat. 97—NI—RI y 107—NI—RI. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVI, pp. 422 y 423 del T. II. Por varios documentos se descubre que quien quería tomar el mando de las tropas de Verdugo en Nicaragua era el segoviano Rodrigo de Contreras, alegando conocer mejor la gente y tener más méritos para conducirla. Pero Verdugo se dio maña para que la Audiencia de los Confines lo reconociera capitán en Gracias a Dios, el 16 de marzo de 1546. Por eso, aunque Contreras solicitó el mando a gritos a los Oidores cuando la defensa del Realejo, el abulense fue el único caudillo de la empresa. Este hecho poco conocido, fue uno de los motivos que impulsó a la famosa rebelión de los Contreras cuando el regreso del Presidente Gasca. Véase también: Cieza de León, Pedro... Guerra de Quito, Cap. CXCVIII.

112. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVI, p. 424 del T. II.

113. Ibidem, lib. II, cap. XLVII, p. 427 del T. II.— Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VIII, lib. I, cap. IX, p. 334 del T. X.

114. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVII, pp. 428 y 429 del T. II.

115. Ibidem, lib. II, cap. XLVII, p. 429 del T. II.

116. Ibidem, lib. II, cap. XLVII, p. 431 del T. II.

117. Ibidem, lib. II, cap. XLVII, p. 430 del T. II.

118. A. G. I. Pat. 97—NI—RI.— Zárata, Agustín de... Op. cit. lib. V, cap. XXXIII, pp. 220 a 222.

119. A. G. I. Pat. 97—NI—RI.— Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... lib. II, cap. XLVII, pp. 431 y 432 del T. II.— Fernández, el Palentino, Diego... Op. cit. Parte I, lib. I, cap. XLIX, p. 237 del T. I.

120. A. G. I. Pat. 97—NI—RI y Justicia 425.

121. A. G. I. Pat. 97—NI—RI y Justicia 425.

122. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVII, pp. 432 y 433 del T. II.
- 122a. *Ibidem*, lib. II, cap. XLVIII, p. 434 del T. II.
123. *Ibidem*, lib. II, cap. XLVIII, p. 434 del T. II.
124. *Ibidem*, lib. II, cap. XLVIII, p. 435 del T. II.— Garcilaso Inca de la Vega. Op. cit. Parte II, lib. IV, p. 161 del T. V.
125. A. G. I. Pat. 97—NI—RI.
126. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVIII, p. 435 del T. II.
127. Fernández, el Palentino, Diego... Op. cit. Parte I, lib. II, cap. XIX, p. 101 del T. II.
128. A. G. I. Justicia 439. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVIII, p. 435 del T. II.
129. A. G. I. Pat. 97—NI—RI. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVIII, pp. 435 y 436 del T. II.— Fernández de Oviedo, Gonzalo... Op. cit. Parte II, lib. IV, cap. IV, p. 108 del T. XI.
130. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVIII, pp. 436 y 437 del T. II.
131. A. G. I. Pat. 97—NI—RI. Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VIII, lib. I, cap. IX, p. 335 del T. X.
132. A. G. I. Pat. 95B—R4; 97—NI—RI y 102—NI—R 12.
133. *Ibidem*.
134. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVIII, p. 437 del T. II.
135. *Ibidem*, lib. II, cap. XLVIII, p. 438 del T. II y A. G. I. Pat. 97—NI—RI.
136. A. G. I. Pat. 97—NI—RI; 95B—R4; 102—NI—R 12; y Justicia 439 y 1051. Véase también: Cieza de León, Pedro... Guerra de Quito, cap. CCXIX.— Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVIII, p. 438 del T. II.— Gran parte del pánico despertado en la población se debió a que confundieron a los "encamisados" con franceses, según confesaron más tarde el capitán Mejía de Guzmán y su suegro Pedro Luis de Cabrera.
137. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVI, p. 420 del T. II.— Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VIII, lib. II, cap. IV, p. 361 del T. X.
138. López de Gómara, Francisco... Op. cit. Parte I, cap. CLXIX, p. 289 del T. I.
139. Fernández, el Palentino, Diego... *Loc. cit.*
140. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLVIII, p. 439 del T. II.— A. G. I. Justicia 1051.— Zárate, Agustín de... Op. cit. lib. V, cap. XXXIII, p. 223.
141. Fernández, el Palentino, Diego... Op. cit. Parte I, lib. II, cap. XIX, p. 102 del T. II.— A. G. I. Pat. 97—NI—RI y Justicia 1051.— Respecto a la casona del rico mercader discrepan los escritos sobre el nombre de su propietario. Agustín de Zárate lo hace apellidar Zabala y Gómara, Areiza, pero otros escritos hablan de Ariza, Arizabal y Arizabalo, todo la cual nos lleva a una sola conclusión: el mercader era vizcaíno y, de acuerdo a la costumbre de Vizcaya, gustaba de añadir a su apellido otros fragmentados o incompletos.
142. A. G. I. Pat. 97—NI—RI y Justicia 1051.
143. A. G. I. Justicia 1051 y Pat. 97—NI—RI.
144. A. G. I. Justicia 1051 y Pat. 97—NI—RI.
145. A. G. I. Justicia 1051 y Pat. 97—NI—RI.
146. A. G. I. Justicia 1051 y Pat. 97—NI—RI.
147. A. G. I. Justicia 1051 y Pat. 97—NI—RI.
148. A. G. I. Justicia 1051 y Pat. 97—NI—RI.
149. Fernández, el Palentino, Diego... Op. cit. Parte I, lib., II, cap. XIX, p. 103 del T. II.— Véase también: Cieza de León, Guerra de Quito, cap. CCXX.

150. A.G.I. Pat. 97—NI—RI y 98—N4—RI. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op cit. lib. II, cap. XLIX, pp. 446 a 449 del T. II.— Fernández, el Palentino, Diego... Op. cit. Parte I, lib. II, cap. pp. 106 y 107 del T. II.— Garcilaso Inca de la Vega. Op. cit. Parte II, lib. IV, cap XXXII, p. 162 del T. V.

151. *Ibidem*.— A.G.I. Justicia 1051.— Zárate, Agustín de... Op cit. lib. V, cap. XXXIII, p. 223.— Cuentan que el Gobernador Ribera envió a parlamentar con Verdugo a Antonio de Medina y a Martín Ruiz de Marchena, pero el abulense temió un ardid y no llegó a mostrarles las provisiones de la audiencia de Guatemala. Medina insistió imprudentemente y entonces Verdugo echando mano a una daga lo hizo huir apresuradamente. Con la vuelta de los parlamentarios se desechó toda posibilidad de entendimiento y entonces fue que empezó la lucha.

152. A.G.I. Justicia 1051. Zárate, Agustín de... Op cit. lib. V, cap. XXXIII, p. 223.

153. *Ibidem*. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLIX. p. 450 del T. II.

154. Vázquez, Francisco... Op cit. p. 121.— A.G.I. Justicia 1051 y Pat. 97—NI—RI.— López de Gómara, Francisco... Op. cit. Parte I, cap. CLXIX, pp. 288 y 289 del T. I.— Garcilaso Inca de la Vega. Op. cit. Parte II, lib. IV, cap. XXXII, p. 162 del T. V.— Fernández, el Palentino, Diego... Op. cit. Parte I, lib. II, cap. XX, p. 107 de T. II.— Zárate, Agustín de... Op. cit. lib. V, cap. XXXIII, p. 224.— Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VIII, lib. II, cap. IV, p. 362 del T. X.

155. A.G.I. Pat. 97—NI—RI y Justicia 1051.

156. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op cit. lib. IV, cap. V, p. 43 del T. IV.

157. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XLIX, p. 451 del T. II.

158. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op cit. lib. IV, cap. V, pp. 44 y 45 del T. IV.— Zárate, Agustín de... Op. cit. lib. VI, cap. VI, p. 248.— Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VIII, lib. II, cap. V. p. 363 del T. X.

159. López de Gómara, Francisco... Op. cit. Parte I, cap. CLXXV, pp. 299 y 300 del T. I.

160. A.G.I. Pat. 97—NI—RI.— Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. IV, cap. VII, pp. 59 a 61 del T. IV.— Véase también: Cieza de León, Guerra de Quito, caps. CCXXI y CCXXII.

161. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. IV, cap. VII, p. 60 del T. IV.

162. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op cit. lib. IV, cap. VII, p. 62 del T. IV.

163. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. IV, cap. VII, pp. 60 a 63 del T. IV.— A.G.I. Pat. 97—NI—RI; 102—NI—R 12 y 103A—NI—R8; y Justicia 1051.

La suerte de los “encamisados” fue muy irregular. La mayor parte de ellos pasó al Perú a raíz de la última arenga de Verdugo, vale decir, el 3 de agosto de 1546. Pasaron con el capitán Rodrigo de Esquivel y el Alférez Juan Vasco en la Armada de Pedro de Hinojosa. Esto hizo que los soldados de Hinojosa tuvieran más de un roce con los “encamisados”, pero la prudente dirección de Pedro Gasca hizo que se evitaran choques a mano armada. De esta manera, revueltos los unos con los otros, los “encamisados” llegaron hasta Jaquijahuana. Después de la revuelta de Girón algunos “encamisados” partieron con Pedro de Ursúa a la expedición de Omagua y Dorado. Lope de Aguirre y el clérigo Henao eran los más entusiastas de esta hueste.

Alonso de Henao, el mismo día de la despedida de Verdugo a sus hombres (3 agosto-1546), recibió del abulense un poder para encargarse de los bienes de Verdugo en el Perú, especialmente de los tributos de indios. Fueron testigos de este escrito el capitán Rodrigo de Esquivel, Alonso de Arcos y Diego Ortiz, actuando de escribano el buen Perálvarez. El 14 de ese mes, Henao tuvo el descaro de presen-

tarse ante el Gobernador Ribera, reclamando cierta deuda del mercader Juan de Cantillana a Melchor Verdugo, exhibiendo para ello el citado poder. Parece que Ribera se indignó con la desfachatez del clérigo, pero por asistirlo la protección del Presidente tuvo que obligar a Cantillana a satisfacer la deuda.

164. A. G. I. Justicia 425.—Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. IV, cap. VII, pp. 63 y 64 del T. IV.—Borregán, Alonso... Op. cit. pp. 66 y 68. Se culpó también a Verdugo de haber sido causa del asesinato de Vela Núñez (el hermano de Blasco Núñez Vela), victimado en represalia por los gonzalistas del Perú al saber los daños que les ocasionara el abulense.

165. A. G. I. Justicia 352 y 425. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. IV, cap. VII, pp. 63 y 64 del T. IV.—Verdugo estuvo en Madrid en 1547, año en que declaró furibundo contra el conquistador y vecino de Trujillo Diego de Aguilera, acusándolo de haber sido Alcalde puesto por los gonzalistas, de haber prendido a Núñez Vela en Lima y de fabricar arcabuces para los enemigos del Rey. Aguilera, que según Verdugo había planeado asesinar a Núñez Vela, abandonó el Perú después de vender sus indios a Gómez de Solís, el maestresala de Gonzalo Pizarro.

En cuanto al hábito de la Orden de Santiago, debió otorgársele con posterioridad al 8 de julio de 1548, pues en esta fecha todavía se le da el tratamiento de capitán y no el de comendador.

166. Cela, Camilo José... Avila, — Barcelona, imprenta Vélez, 1960 — p. 11.

167. R. A. N. Tomo IV, entrega I, p. 20, nota 4.

168. Garcilaso Inca de la Vega. Op. cit. Parte II, lib. IV, cap. XXXI, p. 155 del T. V.

169. A. G. I. Justicia 425 y 439. Existen sospechas sobre que para solucionar el problema de sus indios, lograr perdón de lo pasado y obtener licencia para volver al Perú, Melchor Verdugo viajó hasta Augsburgo a pedirselo personalmente al Emperador. Una cédula fechada allí el 8 de julio de 1548, parece así afirmarlo. Esto fue, posiblemente, lo que más influyó en los tercios Consejeros haciéndolos ceder al fin. Pero Verdugo no se había contentado con sólo esto. Quería también ser premiado por sus muchos servicios y por considerarlos importantes pedía el título de Adelantado de Cajamarca y la posesión de 12.000 indios casados; la perpetuidad de estos nativos con jurisdicción civil y criminal, la administración de las minas del Perú y el Alguacilazgo mayor de la Audiencia de Lima. La Corona pidió entonces la opinión de Gasca, la que resultó totalmente negativa. No en vano Verdugo lo había calumniado ante el Emperador, culpándolo de abusivo e informal.

170. Cuando partió Melchor Verdugo de Castilla sus indios rentaban 80,000 ducados de buen oro, suma que el abulense consideraba corta para compensar los 100.000 que decía haber gastado en su lucha contra el Gran Gonzalo. Parece que este viaje de vuelta lo hizo por la vía de Nueva España, lo que le valió ser acusado después por el Fiscal de Indias de haber recibido allí, con fraude y clandestinamente, el hábito de la ecuestre y militar Orden de Santiago.

170a. A. G. I. Justicia 398, 425 y 439.— En octubre de 1550, apenas entendieron los vecinos de Trujillo el retorno de Verdugo, mandaron abrir ciertas informaciones sobre los muchos males que el abulense había hecho a la ciudad. Declararon en ellas contra el Comendador, Blas de Atienza, Antón Cuadrado, Alonso González, Pedro de Ojeda, Andrés Hernández de Badajoz, Francisco Flórez, Rodrigo Lozano, Andrés Chacón, García Holguín y Luisa Hernández, la mujer de Francisco Luis de Alcántara. Noticiado Verdugo de estos manejos abrió probanza en Lima (30—X—1550) y en ella hizo declarar a Lorenzo de Ulloa, el único de los vecinos de Trujillo que a ello se prestó. No en vano ya se rumoreaba que Ulloa le había comprado muchos bienes a Verdugo cuando marchó a Nicaragua, para salvarlos así de la confiscación gonzalista. Los otros testigos fueron varios "encamisados" que a la sazón estaban en Lima. Pero mientras esto ocurría, Rodrigo Lozano pleiteaba a Verdugo la posesión del curaca Huamán, señor del pueblo de

Chichi, al norte del río Chimo. Verdugo, entonces trató de probar que siempre ese curaca había sido suyo, por ser el sucesor de Chicamanaque, señor de Chonguco. Pero su argumento ayudó a Lozano, quien demostró que no era así, por quedar Chonguco al sur del río Chimo. Verdugo fue obligado a pagar los gastos y costas del juicio y, lo que fue más, entregar personalmente el curaca Huamán a Rodrigo Lozano. Habiendo luchado contra éste último desde que llegó a Lima (mayo de 1550), todo terminó en un fracaso ruidoso y humillante para el Comendador. Después culpaba de él a Perálvarez, su antiguo "encamisado", que había llegado a Procurador en la Audiencia de Lima, a quien había confiado la defensa de su causa.

171. A.G.I. Pat. 97—NI—RI.

172. Garcilaso Inca de la Vega.— Op. cit. Parte II, lib. VI, cap. XVII, p. 77 del T. VI.

173. Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VIII, lib. VII, cap. XV, p. 206 del T. X.— Riva Agüero, José de la... Por la Verdad, la Tradición y la Patria. Lima, imprenta Torres Aguirre, 1937. p. 30.— Vargas Ugarte S.J. Rubén... Historia del Perú (1551-1600). Buenos Aires, imprenta de A. Baiocco y Cía. 1949. cap. I, p. 30.— A.G.I. Pat. 97—NI—RI.

174. A.G.I. Pat. 97—NI—RI.

175. A.G.I. Pat. 97—NI—RI y 107—NI—RI.— Garcilaso Inca de la Vega. Op. cit. Parte II, lib. VII, cap. VII, p. 163 del T. VI.— Riva Agüero, José de la... Op. cit. p. 36.

176. A.G.I. Pat. 97—NI—RI; 98—N4—RI; y 107—NI—RI.— Riva Agüero, José de la... Op. cit. p. 36.— Vargas Ugarte S.J., Rubén... Op. cit. cap II, p. 45.

177. A.G.I. Pat. 97—NI—RI y 107—NI—RI. Riva Agüero, José de la... Op. cit. cap. II, p. 45. El hermano de Diego de Mora preso por Verdugo en la revuelta del año 45 lo fue Marcos de Escobar (ver: Cieza de León, Pedro... Guerra de Quito, cap. CLXXIII). Este Escobar era vecino de Trujillo desde 1538, sabía firmar, presumía de haberse batido bizarramente en Chupas y confesaba ser nacido por 1512.

178. A.G.I. Pat. 97—NI—RI y Justicia 439.

179. A.G.I. Pat. 97B—NI—R6 y 98—N4—RI.

180. A.G.I. Justicia 439 y Pat. 97—NI—RI.

181. Cieza de León, Pedro... La Crónica del Perú.— Buenos Aires, imprenta de la Compañía General Fabril Financiera, 1945. cap. LXXVII, p. 213.

181a. Ibidem, p. 216.— A.G.I. Pat. 97—NI—RI.— Fernández de Oviedo, Gonzalo... Op. cit. Parte II, lib. VIII, cap. IX, p. 34 del T. XII.— Baudin, Louis... El Imperio Socialista de los Incas. Santiago de Chile, imprenta Zig-Zag, 1955. Cap. IX, p. 255.

182. A.G.I. Pat. 97—NI—RI.

183. A.G.I. Justicia 439.

184. A.G.I. Justicia 439.

185. A.G.I. Justicia 439.— A Melchor Verdugo se le acusó también de vengativo con ocasión de que ciertos indios suyos fueron a Lima a quejarse a los Oidores. Entonces los apresó a su vuelta y pretextando que habían practicado hechicerías los cargó de cadenas, haciéndolos así pasar por los pueblos de su encomienda como caso ejemplarizador.

186. A.G.I. Justicia 439 y Pat. 97—NI—RI.

187. Riva Agüero, José de la... Op. cit. p. 50.— Vargas Ugarte S.J., Rubén... Op. cit. cap. III, p. 78.

188. A.G.I. Pat. 107—NI—RI.— Vargas Ugarte S.J., Rubén... Op. cit. cap. III, p. 78.— La amistad de Verdugo y López de Zúñiga comenzó cuando la defensa del Realejo. Entonces Zúñiga, que había escapado del Perú, ofreció su espada a Verdugo y juntos pelearon contra Palomino.

189. A.G.I. Justicia 776 y 1081.— Borregán Alonso... Op. cit. p. 95.— Riva Agüero, José de la... Op. cit. p. 56.— Vargas Ugarte S.J., Rubén... Op. cit. cap. III, p. 115.

190. A.G.I. Justicia 776 y 1081.
191. A.G.I. Justicia 776.
192. A.G.I. Justicia 776.
193. A.G.I. Justicia 776.
194. A.G.I. Justicia 1081.
195. A.G.I. Justicia 1081.— Por confiscación de los tributos de Cajamarca la Audiencia de Lima dio por cancelada la deuda en 1560, por lo que desde Madrid, el 16 de octubre del año siguiente. recién Verdugo se consideró libre de ella.
196. A.G.I. Justicia 1081 y Lima 568.
197. Garcilaso Inca de la Vega.— Op. cit. Parte II, lib. V. cap. II. p. 219 del T. V.
198. Loc. cit.
199. Loc. cit.
200. A.G.I. Lima 568.
201. Loc. cit.
- 201a. Ortiguera, Toribio de... Jornada del Marañón, cap. LV, en *Historiadores de Indias*.— Madrid, imprenta Bailly Bailliere e Hijos, 1909.— T. II, p. 403. Este Sebastián de Santisteban había sido el causante de grandes alborotos en el Cusco. Santisteban, precisamente, fue el origen del primer amotinamiento de Girón contra el Corregidor Saavedra, motivo por el cual más tarde fue desterrado del Perú.
202. A.G.I. Panamá 39; Pat. 108—NI—R6 y 150—N14—R5.
203. A.G.I. Panamá 39; Pat. 108—NI—R6 y 150—N14—R5.
204. Vázquez, Francisco... Op. cit. pp. 82, 163 y 164.— Ortiguera, Toribio de... Op. cit. caps. XXVI, XXXVII y LIV.— Simón, fray Pedro... *Historial de la expedición de Pedro de Ursúa al Marañón y de las aventuras de Lope de Aguirre*.— Lima, imprenta Sanmarti, 1942, cap. XXII, p. 79 y cap. LI, p. 178. La muerte del clérigo Henao por Lope de Aguirre la cuenta Francisco Vázquez en los siguientes términos: "y de camino, antes de llegar a la posada de su Príncipe mató este cruel tirano, con sus propias manos, a un clérigo de misa, llamado Alonso de Henao, al cual halló echado en su cama y le dio una estocada que le pasó todo el cuerpo y la cama, hasta hincar la espalda en la barbacoa".
205. A.G.I. Justicia 415 y 568.— La última vez que estuvo Verdugo en Lima fue en agosto de 1565, fecha en que declaró en una probanza de los descendientes de Juan de Barbarán.— Los parientes del Comendador que espectaron su muerte lo fueron sus sobrinos Juan y Antonio Verdugo, que habían pasado al Perú en virtud de real licencia fechada en Toledo el 19 de diciembre de 1559; y Estefanía Verdugo, igualmente sobrina del abulense, la cual estaba casada con el licenciado Fabricio de Godoy. Juan Verdugo (que ya había estado antes en el Perú y tornó a España con su tío), fue Regidor de Lima, donde casó con Beatriz Medel Salazar, padres de Elvira Verdugo y Medel, encomendera de Cajamarca y mujer del poeta limeño Sancho de Ribera y Bravo de Lagunas. La descendencia de este último enlace ha sido ampliamente estudiada por José de la Riva Agüero en su obra *El Primer Alcalde de Lima Nicolás de Ribera, el Viejo, y su posteridad* (Lima, imprenta Gil, 1935: pp. 60, 65 y 69).
206. A.G.I. Justicia 415.
207. A.G.I. Justicia 415.
208. A.G.I. Justicia 415 y 1051.— Doña Jordana, un año después del fallecimiento de su esposo, sostuvo un pleito muy reñido con doña Beatriz de Isásaga, la viuda de García Holguín. En realidad no era sino la continuación de otro que en vida llevaron sus maridos sobre los indios de Bambamarca, Pumamarca y el Chondal, que por ausencia de Verdugo los llegó a entregar Gasca a Holguín supeditando la merced a que Verdugo no trajera confirmación del Rey. Efectivamente, el abulense no trajo la confirmación real cuando volvió al Perú, más aún, por cédula fechada en Ponferrada el 13 de junio de 1554 la Corona mandó a la Audiencia quitase los indios a Verdugo y los entregase definitivamente a Holguín (como

había sido deseo del Emperador en una carta que escribió en Bruselas el 13 de marzo del año anterior); pero el Comendador, ni tardo ni perezoso, había ya hecho valer una cédula otorgada en Augsburgo el 8 de julio de 1548, por la que le devolvían sus indios que posiblemente le habían usurpado. García Holguín murió en Trujillo el 20 de mayo de 1557, pero el pleito prosiguió. Diez años después murió Verdugo y por eso el enojoso litigio correspondió a las viudas, sin que hasta hoy sepamos cuál fue el resultado. Debió perderlo Da. Jordana, porque en su testamento legó una gran cantidad de bienes a los indios de Cajamarca, incluyendo Huamango y Contumazá, pero en cambio dejó de mencionar los pueblos en litigio, posiblemente porque los había perdido (R.A.N.T. VII. ent. II. p. 228). Lo cierto es que muerto su primer marido, Da. Jordana tornó a casar con otro Comendador, el caballero de Alcántara D. Alvaro de Mendoza y Carbajal, Gobernador de Popayán y Ancerma, el cual era hijo de D. Diego de Carbajal y Vargas y de Da. Elvira de Contreras, cuartos señores de la villa de Valero. Da. Jordana murió en Lima, el 20 de noviembre de 1601.

EL BALLESTERO:

MARTIN DE FLORENCIA

Martín de Florencia, el único aragonés de la partida, fue hombre de mucho lustre y artillero principal, altura a la que llegó de haber comenzado como simple ballestero.

Descendía de Noé Jinillo, hebreo de Zaragoza cuyo quinto hijo el judío Azarías Jinillo se convirtió al cristianismo por las prédicas de san Vicente Ferrer, tomando para sí y sus descendientes el apellido de Santángel y haciendo de su sangre uno de los poderosos linajes de Aragón. Hijos suyos fueron Pedro de Santángel, que llegó a Obispo de Mallorca, y Luis de Santángel, Consejero de la Corona y amigo de Colón, uno de los gestos del Descubrimiento del Nuevo Mundo¹. Los Santángel, pues, parecían ser felices, pero se encargó de impedirlo fray Tomás de Torquemada, enemigo mayor de los judíos y ministro omnipotente de la Inquisición². Tanto llegó el Santo Oficio a molestar a los Santángel, que en Zaragoza se reunieron todos ellos dispuestos a frenar al Tribunal de la Fe. Esto sucedió en 1485 y de esa junta salió el asesino del inquisidor Arbués, muerto una noche en la Seo de Zaragoza mientras estaba en oración. Conocedor el pueblo de este crimen decretó una matanza de conversos, pero, estando por estallar la revuelta, el infante don Alonso protegió a los asesinos y evitó todo desmán³. El favor de la Corona guareció una vez más a los Santángel y hasta dicen que fue a raíz de esto que comenzaron a usar por armas de familia un campo de oro con un ángel puesto de rodillas, vestido de plata y empuñando una antorcha encendida⁴. El nuevo linaje

quedó así consolidado y sus armas parlantes con la tea de la fe lo pusieron a salvo de las garras del Santo Oficio. Estos, pues, fueron los Santángel de Aragón y a ellos, por línea de hembra, perteneció Machín de Florencia, el soldado que apresara al Inca en Cajamarca.

Nuestro hombre nació en la ciudad de Barbastro, en el hogar del mercader Martín de Florencia, de palpable origen florentín, y de María de Santángel y Leonarti, vecinos de la dicha ciudad, donde ambos murieron “como a dios plazió, el uno después del otro”⁵. Aparte de Machín dejaron también una hija llamada Jerónima de Florencia, la cual casó en Barbastro con el converso Jaime de Toledo, “maestro de hazer coronas de Ballestas”⁶. Si a esta noticia sumamos la del arquero real Enrique Cock, sobre que Barbastro era población que “solía ser nombrada por las ballestas”⁷ que producía, poco habría que añadir para explicar por qué Machín pasó al Perú en calidad de balletero.

Con Pizarro lo encontramos ya en Coaque⁸, disparando sus saetas en Tumbes y asistiendo a la erección de San Miguel. Siempre a pie, estuvo en la prisión del Inca, obteniendo por premio de sus servicios 3.330 pesos de oro y 135.6 marcos de plata⁹. Poco afecto a papeleos y escribanos, la única vez que hallamos su nombre en un escrito es de manera indirecta. Efectivamente, estando todavía en Cajamarca —el 28 de junio de 1533— el presunto cronista Pedro Serrano se comprometió a enviarle desde Panamá “un negro esclavo e cuatro camisas de ruan e dos pares de zapatos e una capa e un sayo de fino de segovia con un ribetón de terciopelo o paño”¹⁰. ¿Qué significaba todo esto? ¿Era que el cristiano nuevo quería vestir como cristiano viejo y lucir galas de hijodalgo? ¿Era, acaso, que al ver tanto oro en poder de sus amigos a floraba en él su ancestral intuición de mercader? Nada en claro ha podido concluirse, pero todo parece indicar la cancelación de un préstamo pues, como se pensaba en esos días:

“... judío que no presta,
es cosa molesta”.

Pero el judío prestó y entonces:

“¡Al avío,
dijo el cristiano al judío!”.

Y le pagó con mercadería. No en vano el judío tenía sangre de mercader.

Machín salió de Cajamarca con Pizarro y después de asistir a la guazábara de Jauja, se halló en la toma del Cusco y fundación española de aquella ciudad, donde en el reparto de solares le cupo uno junto al río, colindante con los que tocaron a Juan de Valdivieso y Diego de Narváez ¹¹. Para entonces era soldado de a caballo y en el reparto de los tesoros cobró por esta causa 796 marcos de plata y 1,970 pesos de oro ¹². El 4 de agosto de 1534 es uno de los vecinos que obsequiaron a la Corona para sus necesidades de guerra con 30,000 marcos de plata, constando por tal escritura que Machín sabía firmar ¹³. En marzo de 1536 vuelve a figurar como benefactor de la Corona con 2,000 pesos de buen oro a instancias de Hernando Pizarro, lo que habla mucho de su solvencia económica ¹⁴; pero al cabo de algunos días, después de la Semana Santa, su tranquila vida de vecino rico se vio trocada por la inquieta del soldado al imponer Manco Inca estrecho cerco a la ciudad.

Ya antes el Monarca indio había ensayado una fuga, pero perseguido por Gonzalo Pizarro, Machín de Florencia y otros vecinos, decidió volver a la ciudad ¹⁵. Luego los indios asesinaron en su repartimiento a Pedro Martín de Moguer, y Machín estuvo en la expedición de castigo. Finalmente sobrevino el terrible cerco de la capital imperial y el vecino supo comportarse como un buen encomendero. Parece que entonces destacó descargando la ballesta y mandando sabiamente a los pocos arcabuces.

Así estuvieron los hispanos mucho tiempo y hasta creyeron que había llegado su fin, pero al perfilarse por el sur las maltrechas tropas del adelantado Almagro, el Inca levantó el cerco y se retiró al monte. Machín guardó entonces la ballesta, pero lo que no pudo ocultar fue su fama de tirador certero ¹⁶.

Esto lo llevó más tarde a ser nombrado jefe de la artillería real que traía consigo el Gobernador Vaca de Castro, cargo con el que asistió eficientemente a la victoria de Chupas, el 16 de setiembre de 1542 ¹⁷. Como recompensa se le dieron nuevos indios en la península de Capachica, en el lago Titicaca, tierra de uros y collas pescadores que también tenían fama por su afición textil ¹⁸.

Victorioso y muy boyante debió tornar al Cusco el barbastrense, porque además de capitán de artillería estaba reconocido en toda la ciudad como hombre principal, vecino poderoso y opulento encomendero.

Pero lo que, sin lugar a dudas, le alegró sobremanera fue el nuevo escudo de armas con que el Rey le regaló. Por privilegio fechado en Valladolid el 28 de setiembre de 1543, se le concedió por armas un blasón cortado. El primer campo era de oro y tenía un águila de sable coronada; el segundo era de gules con un peñón sumado de una bandera dorada cargada de una cruz de sangre, medio partido de azur con un león rampante llevando en sus manos una espada y una flor de lis, ambas de plata. La bordura era de sinople y en ella, escritas en oro, se leían las palabras del salmista: "Domine demostraba mihi et semitas tuas adoce me"¹⁹. Este lema es un lema de converso y se traduce: "Oh, Señor, muéstrame y enséñame tus sendas".

La figuración le apresuró su ruina, porque valorado altamente por Gonzalo Pizarro, trató éste de imbuirlo con las ideas de su Gran Rebelión²⁰. Machín era un converso, pero sabía hacer jugar la artillería, arte que aprendió empíricamente con el cranequín de su ballesta. Como hebreo sabía calcular y eso lo convertía en eximio, como cristiano era hombre principal y arrastraría tras de sí muchos amigos. Gonzalo, pues, quería ganarlo a toda costa. Pero mientras éste pretendía su favor, Francisco de Carbajal murmuraba:

*"han de dar un día con el judío en el lodo"*²¹.

Mas en la famosa derrama del Cusco, en la que los seguidores de Gonzalo dieron hasta dos mil pesos, Machín de Florencia se apuntó con sólo mil, gesto que le restó simpatía a los ojos de Gonzalo²². Después de todo Machín no quería ser rebelde. Pero aunque siguió a Gonzalo en los comienzos, estando ya la tropa pujante y el campamento cerca del Cusco, Machín se huyó a Lima junto con Rodrigo Núñez, Gabriel de Rojas, Garcilaso, Pedro del Barco y Juan de Saavedra²³. Su intención era pasarse a Núñez Vela y a su lado servir la causa real. Pero el Virrey fue preso y Lima cobró color de gonzalista. Entonces los huídos se aprestaron a escapar porque sabían que vendría Francisco de Carbajal. Pero Carbajal era demasiado astuto para permitir una segunda fuga, y apresando una noche al capitán Florencia, lo condujo a la cárcel pública junto con Juan de Saavedra y Pedro del Barco. A la mañana siguiente los sacó de allí y echándoles una soga al cuello los hizo cabalgar en tres mulas de albarda y salir con dirección al campo. De nada valieron los ruegos de frailes y mujeres, porque toman-

do la comitiva el camino de la sierra, sólo se detuvo ante un árbol nudoso y grueso que Carbajal señaló. Los indios lo llamaban el Arbol del Sol. Entonces fue que ahorcó allí a los tres leales. Luego se puso a decir burlas y donaires, pensando que pronto bajaría Gonzalo con su ejército y hallaría en aquel árbol, colgados, los primeros frutos de la deserción²⁴. El Demonio de los Andes debió sentirse realmente satisfecho. Esa mañana de octubre de 1544, había dado con el judío en el lodo.

EL ARTILLERO :

PEDRO DE CANDIA

EL ARTILLERO GRIEGO

En tierras de Don Belianís y a orillas del Mediterráneo, vino al mundo el capitán Pedro de Candia, gran conocedor de artillería, al que las crónicas declaran “griego de nación¹”. Nacido por 1494², correspondió a Creta el derecho de arrogarse su paternidad, lo cual fue justo no sólo por ser dicha isla patria del artillero, sino por ignorarse también el nombre de sus padres. De este modo Candia, como llamaban los españoles a Creta, fue su único vínculo con el pasado. Acaso por ésto y por quedar la isla al levante de Europa, la historia lo recuerda como Pedro de Candia, el Capitán Levantino³.

Lo cierto es que familiarizado con las galeras turcas y crecido junto a los baluartes y cañones de la isla, pronto el niño conoció el trabajo de los polvoristas y se interesó por la artillería. Esto lo llevó en breve a dejar Creta y a servir como artillero desde 1508, lo que hace apreciar que sus primeros disparos los hizo en la toma de Orán, sitio de Bugia y rendición de Trípoli, campañas en las que sirvió a las órdenes del famoso Diego de Vera, jefe de la artillería española. Pero terminada la guerra, encariñado con las bombardas del Rey Católico pasó con ellas a Italia, donde fabricando pólvora y encendiendo mechas, hizo retumbar sus piezas en la rota de Pavía. Luego de esto marchó a España y con los Guardas de Castilla estuvo un tiempo de artillero. También se caso con española y en Villalpando, cerca de Zamora, hizo vida de hogar⁴. Pero el griego, acostumbrado al fuego de la pólvora,

no se avino al calor de la cocina y entendiendo que iba a Indias Pedro de los Ríos por Gobernador de Tierrafirme, salió de Villalpando y se le juntó en Sevilla. De los Ríos lo tomó a sus órdenes y apoyado en los cañones de su armada partió Candia hacia las Indias. Entonces frisaba los treinta años, pero le esperaba un gran porvenir. No en vano era gran conocedor “de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería 5”.

El arribo del griego al puerto del Nombre de Dios fue en setiembre de 1526, época en que estaba de visita en Panamá Diego de Almagro, el socio de Francisco Pizarro. Almagro buscaba gente y así se lo hizo ver a Pedro de los Ríos el día que acudió a besarle las manos. Este le prometió ayuda, pero deseando hacérsela efectiva, le proporcionó algunos de sus criados para la próxima expedición al Perú, mandando también a Candia que fuese “en el dicho viage y descubrimiento como a uno que tenía mañas en cosas de guerra y cosas de artillería 6”, añadiendo que lo enviaba a él, por “que haría allá mucho fruto 7”. Almagro lo recibió complasido y poco después, reclutador y artillero, zarpaban ambiciosos por el ancho Mar del Sur.

A Pizarro se juntaron en el río de San Juan y allí Candia le fue presentado al caudillo extremeño como la “persona que daría yndustria en las cosas de la artillería 8”. No desmereció su fama el recién llegado, porque —según pudieron apreciar todos— pronto “empeçó a entender en las cosas de la Artillería y Adereçar los tiros y hazer pólbora 9”. Como si esto fuera poco, algo después “el dicho pedro de candia hizo tres o quatro carretones para la Artillería 10, facilitando con ello el transporte de las piezas. Pero Pizarro no estaba para reparar en estos detalles y reuniendo sus naos y canoas partió con toda su gente a Atacámes. Había que recuperar el tiempo perdido. Tenía que hallar el misterioso país de las balsas con velas y remos...

“POR AQUELLA MAR DEL SUR”

Pero la navegación no fue tan fácil como habían sospechado, pues los vientos fueron contrarios y no se pudo avanzar. También faltó la comida y tuvieron que tomar tierra para procurársela. Algunos soldados lo hicieron llevando escopeta y perro como si fueran a cazar. Estaban en plena Bahía de San Mateo, el calor era insufrible, los enfermos aumentaban. Había, pues, que buscar una salida para evitar

perecer. Pero los hombres que bajaron sólo descubrieron a unos indios que tenían sus casas en los árboles y vivían a manera de cigüeñas. Candia bajó también a tierra muchas veces y conoció estas casas o "barbacoas", pero negándose los indios a proporcionarles nada, con Ribera el Viejo y Cristóbal de Peralta asaltó dichas "barbacoas" y encaramándose en ellas consiguió algún maíz. Este sistema de aprovisionamiento se hizo tan frecuente como peligroso, pero siempre "subía el dicho pedro de candia a las dichas barbacoas a hechar el mahíz de allí abaxo ¹¹", en lo cual "el dicho pedro de candia trauajó mucho allí por sostener algunos enfermos con lo que buscaua de comer e traya a sus cuestras ¹²". La noticia es simpática por pintarnos el perfil humanitario del griego.

Por fin, luego de tantos padecimientos, avistaron Atacámes. Era ésta una aldea de hasta mil quinientas casas y un fortín. El desembarco fue sin novedad, pero les dió desconfianza hallar el pueblo vacío. Candia ordenó entonces bajar la artillería y emplazarla en lugares estratégicos. No fue vana esta precaución, porque esa misma noche volvieron sobre el pueblo los indígenas y con una grito infernal lo atacaron a la par que sembraban desconcierto entre los españoles. Pero Candia corrió hacia sus cañones y disparándolos en la oscuridad de aquella selva logró espantar los enemigos. El fogonazo, el humo y sobre todo el ruido los hizo huir a todos, pero pasaba aquella noche de pánico volvieron a la carga ese mismo amanecer. Durante ocho días los indios trataron de aniquilar a los hispanos, pero los cañones del griego y algunas veces los caballos los pudieron contener. De esas noches de Atacámes contará García de Jarén, evocando las rondas y las velas, que "continamente el dicho pedro de candia iba con su artillería e una escopeta ¹³" a resguardar el pueblo, lo que no contradice la versión del propio griego quien recordando aquellas horas nos dirá: "por manera que yo por la dicha Artillería no dormía de noche ni de día ni tenía quietud ¹⁴". Pero había una razón por la que ni dormir podía el artillero y ella era la confianza que los soldados habían depositado en él. Más adelante se dirá que "do quiera que yba el dicho pedro de candia hazían quenta que yuan seguros porque los yndios lo conocían e auian mucho myedo por su persona e armas que traya ¹⁵". Pero Candia no lo veía así y modestamente afirmaba que la mayor seguridad la daba la artillería, "que pensauamos que despues de Dios auiamos de ser todos guareçidos ¹⁶" por la eficacia de ella.

La estadía en Atacámes fue larga, dura y llena de peripecias. Pero pacificados los indios por la pólvora y los caballos, se pudo recoger cierto oro, comer ciruelas y guayabas y acudir por agua fresca de los pozos sin ningún riesgo de la vida. . . Recién podía decirse que conocían la quietud, la ausencia del hambre, la forma de combatir el calor. Ahora el oro ya casi no importaba. . . Pero Pizarro aborrecía la tranquilidad del campamento y deseoso de conocer el sur de aquella costa quería proseguir. La gente no estaba para eso, pero a regañadientes los unos y maldiciendo los otros tuvieron todos que partir. Pizarro decía que marchaban en busca de otra tierra, pero a todos les constaba que seguían dando vueltas sobre el mismo mar. . .

LA ISLA DE LA GORGONA

Mas Pizarro era un caudillo y en conocer a los soldados nadie lo podía ganar. Por eso, entendiendo que sus hombres tenían poco ánimo y que aún había mucho por delante —dispuesto a retenerlos consigo— retrocedió hasta la Isla del Gallo. La tropa entendió la jugarreta y dieron en llamarlo “el carnicero”. Almagro, en cambio, era “el recogedor” y pronto saldría por más gente a Panamá para que su amigo y socio la matase. . . Entonces fue que enviaron una carta al Gobernador, una carta que era una copla:

“Pues, señor Gobernador,
mírelo bien por entero;
que allá va el recogedor
y acá queda el carnicero”.

Después de esto los soldados vieron alejarse al navío del “recogedor”. Estaban flacos, macilentos, consumidos por el hambre y por la fiebre. El propio Pizarro estaba enjuto aunque se rumoreaba que en su mesa se comía bien. Y como Pedro de Candia era el único robusto y corpulento de esa hueste, no faltó un soldado que escribiera: “porque juro á Dios e á esta señal de la cruz † que no hay hombre dellos de provecho el día de hoy, si no es Pedro de Candia, y este ha tenido buen plato que ha comido con el capitán de continuo¹⁷”. Cierto o falso aquello de la buena mesa, no hay motivo para creer que, sirviéndose lo mismo, Pizarro andara flaco y Candia no. Era la envidia

la que hacía así escribir a esos “cojos é sanos é dolientes ¹⁸” que vivían convencidos de “pasar la más mala vida que nunca hombres en el mundo pasaron ¹⁹”.

Pizarro no se dejaba ganar por las súplicas de sus soldados y por toda respuesta “juraba a Dios que mientras él viviere no ha de ir hombre a Panamá ²⁰”. Mas el Gobernador no pensaba así y una mañana, al aparecer dos velas en el horizonte, la soldadesca creyó volverse loca de alegría. Había llegado el final de la odisea. Desde Panamá venían aquellas naos a recogerlos.

Algunos días después los soldados se embarcaban en el viaje de retorno, pero Pizarro “determinó antes morir que volver sin descubrir la tierra ²¹”. El griego Candia fue el primero que lo secundó. Tras él hicieron lo mismo otros compañeros. “Y yéndose todos en los dos navíos, —nos dirá Candia— quedamos de nuestra voluntad con él 13 hidalgos esperando volviere el un navío para seguir el descubrimiento ²²”. El gesto heroico inmortalizó el nombre de la Isla y el de aquellos bravos que siguieron fieles a su Capitán. De este modo Pizarro y sus Trece de la Fama, repartieron entre sí toda la gloria ²³.

Poco tiempo quedaron los cristianos en la Isla del Gallo, pues la falta de alimentos los forzó a emigrar a otra isla no distante: la Gorgona. Lo cierto es que sobrevivieron gracias a la nueva isla. Durante cinco meses se alimentaron de mariscos y de peces que mataban con palos cuando venían a desovar. Con sus ballestas cazaban monos y roedores para dar de comer a los enfermos, también cogían frutos y leña para encender fogatas que espantaban a las nubes de mosquitos. La opinión sobre que éstos eran tantos que bastarían para aniquilar a las tropas del Gran Turco, haría sonreír a Candia, el único que conocía a los turcos de verdad. Por lo demás, dormían en chozas, se cubrían con harapos y estaban tan flacos que parecían moribundos. Habían perdido la esperanza de encontrarse con cristianos y si sabían el día en que estaban era por un libro de horas que usaban para rezar. Rezaban mucho para sostener sus ánimos y al caer la noche con sus truenos y aguaceros, todos cantaban la Salve.

Una mañana, cuando abandonados a su suerte se disponían a pesar otro día como todos, surgió un punto oscuro en el horizonte. Los hombres se entusiasmaron con su vista, mas pronto su alegría se trocó en tristeza cuando alguien comentó que era espejismo. Otro, acaso más realista, aseguró que era un árbol arrastrado por la corriente.

Pero fuera lo que fuere aquello se fue acercando y resultó ser un navío de verdad. Esa Bartolomé Ruiz, el veterano piloto de Palos de Moguer, que volvía por sus compañeros. Una hora después todos se abrazaban y el marino les contaba que estaba pronto a proseguir la empresa. Posiblemente, antes de abandonar la isla, fue que se ocuparon de ofrecerle un nombre con el que pasara a las cartas de marear y acaso fuera Candia, el artillero griego, el que acertara a darle el de Gorgona. Y aquel peñón funesto, antesala del Infierno como afirma Cieza, comenzó a llamarse así. El artillero debía ser el único conocedor de Medusa, Euríale y Esteno, monstruos de una fábula que oyera cuando niño. Esos monstruos encarnaban el horror y la perversidad. Entonces, ¿qué mejor que llamar Gorgona o una isla tan horrorosa y perversa?

EL HIJO DEL TRUENO

Luego de avistar la Isla de Santa Clara y de cruzarse en el mar con flotillas de los tumbesinos, los cristianos avistaron Tumbes, la primera ciudad incaica que tenían oportunidad de ver. La impresión que les causó fue maravillosa y en atención a sus torres y murallas de piedra se la llamó Nueva Valencia. Pizarro destacó entonces a Alonso de Molina para que la visitara, pero por contar demasiadas cosas a su vuelta, nadie le creyó. En vista de ello, “pensó enviar a Pedro de Candia, que era de buen ingenio, para que viera lo que había dicho Molina... y para que marcara la tierra y mirase por dónde sería bueno entrar cuando, siendo Dios servido, volviesen²⁴”. Añade la crónica, con su habitual parquedad, que Candia “holgó de lo hacer y partióse luego²⁵”.

El griego desembarcó frente a la ciudad e inmediatamente fue llevado ante el señor de ella. Iba con una gran cota de malla que le llegaba a las rodillas y cubría su cabeza un yelmo, con su celada de hierro, todo lleno de plumajes. Rodela, espada y arcabuz completaban su defensa. Algún cronista añade que también llevaba una cruz²⁶.

Lo cierto es que llegado ante el curaca de los tumbesinos lo saludó en nombre de Pizarro, gesto al que contestó el curaca con otro saludo a su manera y una petición. Le pidió mañosamente que disparase su arcabuz o como él mismo decía, aquel bastón que vomitaba fuego. El curaca había oído la extraña propiedad del alargado madero y que-

ría cerciorarse por sus ojos para luego informar de todo al Inca. Candia accedió gustoso, encendió la mecha de su arma y apuntando a un tablón grueso que allí estaba, disparó. La explosión que se escuchó fue algo terrible para aquellos indios que ignoraban los poderes de la pólvora y espantados por el estruendo cayeron en el suelo sin osarse levantar. Cuando se animaron a hacerlo pudieron ver al gran tablón perforado mientras un olor especial se esparcía por el ambiente. Entonces fue que el pánico se trocó en admiración. Los tumbesinos estaban boquiabiertos. Pero el curaca, que propiciaba todo aquello para informar con precisión al Inca, mandó por un jaguar y un puma que tenía cautivos y soltándolos delante del arcabucero quiso enterarse hasta dónde el visitante se sabría bien librar. Más Candia no se dejó ganar por la sorpresa y teniendo ya encendida la mecha efectuó un segundo disparo. Ante el fognazo y el ruido las fieras retrocedieron y acobardaron al extremo de perder toda su agresividad. El curaca quedó sorprendidísimo, pero sus vasallos lo quedaron mucho más. Cuando el humo de la pólvora se disipó, Pedro de Candia se encontró rodeado por indios postrados en el suelo que lo miraban como si fuese un semidios. Entonces el curaca rompió este incómodo silencio y llegándose al arcabuz con un vaso de sora en la mano, derramó su contenido en la boca del arma al tiempo que le decía: "toma, bebe, pues con tan gran ruido se hace que eres semejante al trueno del cielo²⁷". A partir de aquello, Candia fue tenido por el blanco y robusto Hijo del Trueno que tenía el raro poder de amansar a las fieras. Además, su barba y su color recordaban al divino Huiracocha, la deidad que se perdió en el mar prometiendo regresar en otra era. Candia encarnaba al gran Illapa, el rayo rugidor, y a su vez era emisario del dios Huiracocha que esperaba en su navío mecido por la espuma de las aguas...

Esa misma tarde el griego visitó la ciudad. Paseó el barrio de los orfebres y plateros, entró a los templos o "mezquitas" y habló a las Vírgenes del Sol. Conoció también de cerca la galana fortaleza, sus murallas y torreones, su precisa ubicación. Parecía un alcázar agareno con patios que regaban cantarinas fuentes. Siguió mirando y descubrió allí cerca unas plazas como "zocos" a las que acudía una extraña multitud. Los tumbesinos trataban mucho con cerámica rojiza y la transportaban en unos carneros grandes que por su acompasado andar bien podían nominarse "los camellos de las Indias²⁸". Los hombres se cubrían con turbantes o rebozos, las mujeres con capuces y albornoces.

Hablaban una lengua como arábigo, eran bronceados, movedizos y, sobre todo, muy alegres. No era exagerado, pues, el nombre de Nueva Valencia para una ciudad que tenía tanto de morisca. Era un acierto haberla bautizado como Nueva Valencia de la Mar del Sur...

Dos días después, Candia regresó a bordo. Traía consigo como obsequio del señor de la ciudad, muchas balsas repletas de maíz, pescado y fruta así como dos auquénidos cebados. Pizarro lo recibió con las mayores muestras de alegría y el griego le correspondió contando todo lo que había visto en la ciudad, lo cual hizo con lujo de detalles "por ser hombre savio de semejantes negocios²⁹". Mas como si esto fuera poco, terminadas sus palabras, extendió a los asombrados ojos de sus compañeros una tela en que había dibujado y pintado la ciudad. Esa tela tenía un valor incalculable por ser la primera pintura del Perú, pero para los soldados españoles tenía otro sentido. Para ellos aquel paño hablaba de "ciudades de piedra muy grandes con torres a manera de castillos²⁹". En atención a este recuerdo, llamarían después Nueva Castilla a toda la tierra del Perú.

INFORMANDO A LA CORONA

Vuelto Candia a Panamá, ni tardo ni perezoso, hizo información de sus servicios. La probanza se efectuó el 25 de agosto de 1528, época en que ya estaba decidido el viaje de Pizarro a España, y en ella declararon diez o doce compañeros de penurias. Por ellos, precisamente, se conoce la existencia del paño pintado por el griego en que estaba dibujada la ciudad de Tumbes y acaso también la de otros paños con representaciones de ciudades florecidas junto al mar. Se desprende del escrito que la tal pintura era muy clara y que Pizarro, para informar mejor a la Corona, la pensaba llevar a Castilla. Pero no estaba aquí todo el mérito del artillero sino que por declaraciones de Alonso Briceño, Ribera el Viejo y el vasco Soraluze se descubre que también había escrito una Relación de la ciudad de Tumbes, la que Pizarro pensaba igualmente llevar ante Su Majestad. Pizarro y Candia, para ser exactos, porque también el griego pensaba informar personalmente a la Corona en compañía de su jefe y lograr mayor ayuda para la próxima jornada del Perú. Iría como testigo principal de aquella tierra y también para leer la Relación, porque su jefe era analfabeto y no podría hacerlo delante del Emperador. Por eso el griego expuso

en su probanza la necesidad de hacerla pronto, "por quanto yo soy nuevamente venido deste descubrimiento A la costa de Levante... y ... estoy de camino para españa a besar las manos de su magestad ³⁰".

Luego de hacer declarar a los ya dichos y también a los restantes de la Fama, el griego dobló su información y uniéndose a Francisco Pizarro, partió con él a España. Ignoramos los pormenores de este viaje, pero puede asegurarse que se efectuó sin novedad. Los viajeros desembarcaron en Sevilla y por primera vez en la historia de Europa, un rebaño de auquénidos cruzó cadencioso la ciudad. En Sevilla se enteraron que el Emperador estaba fuera de Castilla, pero sin desanimarse por ello marcharon a Toledo, residencia de la Reina, corte imperial y sede del Consejo de Indias. En las riberas del Tajo se detuvo aquel cortejo peregrino de indios y de llamas guiado por un capitán sin soldados y un artillero sin cañones. Después de unos días hicieron una visita protocolar a la Reina y a los Consejeros. Lo que en ella pasó no está muy claro pero la crónica de Cieza nos ha salvado algo de la embarazosa situación. Se dice, por ejemplo, que los cortesanos observaron minuciosamente a los camellos de las Indias y también a los tallanes que lucían vestidos con primor. Pero cuando llegó el momento de informarse del Perú, Pizarro cedió el paso al griego Candia, y éste se explayó hablando de la torreada Tumbes a orillas de la Mar del Sur... Candia insistió mucho en aquella ciudad de cal y canto, en su gente alegre y templos recubiertos de oro, pero conforme lo oían todos los cortesanos y Consejeros "no lo creían, diciendo que era industria para engañar... para que creyesen que había casas de piedra y tanto oro ³¹". El griego tornó a contar la historia y posiblemente a leer su Relación, mas pronto lo volvieron a interrumpir. Pero entonces intervino Francisco Pizarro en la discusión y hablando con la seguridad del que conocía aquella tierra por haberla descubierto, aseguró ser cierto lo que Candia había dicho. Con esto y con el paño pintado los Consejeros se convencieron y apreciaron ser viable una capitulación. Esta se firmó por parte de la Reina el 26 de julio de 1529. Por ella se concedió a Pedro de Candia calidad de hidalgo de solar conocido. Pero esto no era todo, pues, el 4 de julio, se le nombró Capitán de Artillería, con cargo a que le entregaran toda la que se llevara al Perú. Allí se le deberían de guardar las preeminencias de su cargo y recibiría una soldada anual de 60,000 maravedises, teniendo además poder para nombrar tenientes y licencia para fabricar cañones ³².

Dos días después, otro par de cédulas lo facultaban para llevar a Indias dos esclavos negros de Guinea juntamente con ciertos atavíos y mantenimientos libres de almojarifazgo. Ambas concesiones se le hicieron por su determinación de llevar a Tumbes su mujer³³. Y como en Tumbes pensaba también asentar su casa de morada, la Corona lo hizo Regidor de la ciudad española, que allí pensaban fundar³⁴. Luego de esto Pizarro marchó a Trujillo de Extremadura y Pedro de Candia a Villalpando. Debían juntarse en Sevilla a fines de aquel año para zarpar con la Armada que entonces llevarían al Perú.

De este modo corrió aquel año de gracia de 1529. Antes de terminar Pizarro llegó a Sevilla con cuatro hermanos y varios hidalgos de Trujillo, pero Pedro de Candia entró sin su mujer. La razón se desconoce. Pero un viejo romance que aún cantaban los soldados en las tascas del Arenal, ofrecía alguna luz:

“Mas yo voy para batallas,
y no cierto para holgar,
caballero que va en armas
mujer no debe llevar”.

EL CERRO DE SANTA APOLONIA

Nuevamente en el marco tropical de Panamá, Pedro de Candia se hizo cargo de la artillería destinada a embarcarse en la Armada del Perú. Constaba ésta de un par de falconetes, de esos que escupían balas de piedra y algunos arcabuces con su mecha y pedernal.

Pero Tumbes no requería de estas infernales máquinas para su devastación. La flamante Nueva Valencia del Mar del Sur estaba de antemano destruída. Mas aún, yacía deshabitada y reducida a la miseria. Una guerra tan cruel como violenta la había dejado así. Se afirmaba que de todo eran causantes los indios de la Puna, pero en el fondo se sabía que tierra adentro, detrás de la nevada cordillera, el Inca lo había dispuesto así. Mas la soldadesca no lo supo comprender y su despecho se cebó en el griego narrador de las ausentes maravillas. El Fragmento Historial del Paje Anónimo inserta una anécdota que pinta al artillero como un vil engañador. Cuenta que al ver Pizarro la ciudad de Túmbes —que Candia había descrito con vivísimos colores—

díjole: "En los nidos de antaño, no ay pájaros ogaño, señor Pedro de Candia ³⁵", a lo que contestó mañosamente el levantino: "Señor, fingí burlas para que tuviesen efecto estas veras ³⁶". La anécdota no se ha podido probar, pero si tiene algo de cierta, su realismo gira en torno a la pregunta mas no de la respuesta.

Desengañados y tristes los españoles siguieron a San Miguel de Tangará, siempre en el país de los tallanes. Allí efectuaron sus últimos aprestos. Menos mal que a estas alturas tuvieron nuevas ciertas del Inca emperador. El ánimo volvió a los cuerpos. Sin embargo, el entusiasmo no era grande. Sin pasiones ni ambiciones, en setiembre de 1532, tornaron a salir rumbo a la agresta cordillera.

Por fin, después de subir los cañones por interminables caminos de piedra, avistaron Cajamarca, ciudad de sierra y residencia provisoria del Inca. Bajados al valle, los hispanos la ocuparon sin obstáculo por estar desierta según orden impartida por el monarca indio. Sin perder tiempo en deducciones, Pizarro distribuyó a su tropa en los depósitos imperiales y puso centinelas en los atalayas. Candia, mientras tanto, emplazó su artillería sobre un cerrillo que estaba sobre la ciudad: el Cerro de Santa Apolonia. Una fortalecilla que allí había le sirvió de bastión. Por sus trapezoidales ventanas de piedra, los ojos del griego observaron el campamento del Inca. Luego vino la noche y a lo largo de ella los hispanos no durmieron de temor. Algunos llegaron a orinarse de miedo. Pero pintó la aurora y todos seguían con vida. El griego debió de volver a observar el campamento indio (del que los centinelas afirmaban partir mucha gente) porque una crónica afirma que el ejército que salía, por lo grande y vistoso, recordaba al del Turco.

Entonces el Inca comenzó a aproximarse. Los peones y jinetes seguían en la oscuridad de los galpones. Pizarro con unos pocos oteaba desde un cubo. Candia con otros, curvado sobre los cañones calcularía sus tiros. . . El desfile duró parte de la mañana y toda la tarde. Pero después de éste entró el Inca en la gran plaza y salió a su encuentro el dominico. Atahualpa, entonces, se burló del Emperador, del Pontífice y del Dios de los cristianos. Eran ya momentos en que se ocultaba el sol. Con la última luz quiso el Inca examinar los Evangelios y al no poder abrir el libro lo arrojó. Entonces el fraile sintió miedo y corriendo hacia los suyos les pidió vengar aquel ultraje. Pizarro no quiso otro pretexto y ordenando agitar una bandera el cañón

de Candia obedeció. Un ruido atronador corrió por todo el valle marcando el comienzo del crepúsculo sangriento. Los indios volvieron espantados la cabeza hacia ese cerro que había aprendido a rugir con la voz de los volcanes, pero el mágico ulular de una trompeta desencadenó tras ellos al tropel de los caballos que, sedientos de sangre y arrojando humo por las narices, avanzaban feroces sacando chispas de las piedras. Fue un momento terrible. A todo esto el cerro seguía vomitando fuego y humo mientras piedras grandes y redondas volaban por el aire para hundirse en la apiñada multitud. Los caballos se acercaban. Sus jinetes, ídolos metálicos, los llevaron hasta el Inca. Aquellos malditos animales iban a manchar con su saliva blanca al sagrado Hijo del Sol.

Una hora después Atahualpa estaba preso y el cerrillo de Santa Apolonia volvía a su habitual tranquilidad. El último disparo debió sonar terrible a todo los oídos. Con él acababan de desmoronarse las Cuatro Partes del Mundo ^{36a}.

EL ALCALDE DEL CUSCO

En los días que siguieron Candia retiró por sus servicios 9.909 pesos de oro y 407 marcos de plata. Su parte en el rescate del Inca no podía ser mayor ³⁷. Sus desvelos de artillero podían darse por bien pagados. Luego de esto, el 28 de junio de 1533, recibió una carta de obligación por 250 marcos que anteriormente había prestado a Martín de Paz, otro de la Fama ³⁸. Ajeno al deseo de figurar en papeleos, los escritos de Cajamarca no lo vuelven a mentar.

Por agosto del mismo año los cristianos abandonaron Cajamarca. Pedro de Candia lo hizo en el destacamento que mandaba el Gobernador. Pero conforme se fueron acercando a Jauja, Candia pasó a servir a Diego de Almagro, llegando en su compañía a las proximidades del valle. Herrera y Cieza cuentan que cuando la onírica Jauja se ofreció a sus ojos, Diego de Agüero, Juan de Quincoces y Pedro de Candia no supieron contener su emoción y aguijando a sus corceles se adentraron temerariamente en la verdura del valle. El ejército quiteño del Inca se percató de los intrusos y saliéndoles al encuentro los obligó a retroceder. Los tres jinetes se acogieron entonces a los suyos, se dió otra cruel batalla y aquella indiada cedió ³⁹.

El 14 de noviembre de 1534, los españoles entraron al Cusco. Las

tropas del Inca, integradas por la gente forastera de Quito, fueron las únicas que opusieron resistencia. Los quechuas, legítimos señores del país, se habían plegado a los españoles considerándolos divinos vengadores del caído Huáscar. Manco Inca, hermano de éste y caudillo de los quechuas, se había juntado a Pizarro con la mira de recuperar su reino y arrojar a los quiteños. Por eso es que los españoles entraron en el Cusco sin gastar bala de cañón.

El trazo y arquitectura de la capital sagrada maravilló a la barbuda tropa de españoles, tanto que meses después escribían éstos al Emperador dando cuenta de su esplendor y magnificencia. Pero en la parte que hablaron de la fortaleza de Sacsahuamán, parece que hubieran cedido la palabra al griego Candia, gran conocedor de fortalezas. Por eso, después de alabar sus defensas y ubicación, se dice: “españoles que an andado Reinos extraños, dizen no haber visto otro edyificio igual ⁴⁰”. ¿Quiénes eran estos españoles trotamundos que se daban el lujo de opinar así? En realidad, sólo eran dos: el herrador Juan de Salinas que vió Tenochtitlán, la acuática ciudad de los aztecas, y Pedro de Candia, que conocía muchos “reinos extraños” en Europa y Africa. Este, valgan verdades, era griego y no español —como insinuaba la carta— pero también es acierto que en la hueste perulera, con un algo de buena voluntad, todos podían considerarse compatriotas.

El 23 de marzo de 1534, el Capitán Pedro de Candia asistió a la fundación española del Cusco ⁴¹. No contento con asignarle su sitial entre los fundadores, Pizarro lo nombró primer Alcalde de la imperial ciudad. El Gobernador quería para Alcaldes y Regidores “personas hábiles y suficientes ⁴²”. Y como Pedro de Candia, por razón de la artillería, entendía de metales, se le encargó también que fabricase dos marcas para quintar el oro y la plata en el reparto que en breve se debía de efectuar ⁴³.

Verificada la concesión de solares, “señalóse al Alcalde Pedro de Candia, capitán de Su Magestad, dos solares en el corral donde agora está, en la parte do él quisiere ⁴⁴”. El solar quedaba junto al río y formaba parte del famoso barrio llamado Pucamarca, construído íntegramente con granito colorado. La calle no se ha podido ubicar, pero fue la misma que correspondió a Diego Maldonado, el Rico. Se sabe esto no por simple deducción, sino porque en el reparto de solares consta que el dicho Maldonado tenía “por lindero la calle de Candia ⁴⁵”.

Pero el griego era demasiado útil para dedicarlo solamente a la alcaldía. Por eso, dejando atrás el Cusco, viajó con el Gobernador a Jauja para fabricarle pólvora en la guerra que se pensaba hacer contra Quisquis. Tres meses estuvo dedicado a su tarea. A lo largo de este tiempo, el 27 de junio y 9 de julio, de aquel año 34, actúa de testigo en escrituras de soldados que partían para España. Por esta última fecha, otorgó un poder a Francisco Moñiz y a Alonso Briceño para que allá reciban del soldado Juan de Rojas, "que es ido a España ⁴⁶", 860 pesos de oro y una barra de oro que el artillero le dio para que entregara a su mujer en Villalpando. Parece que Rojas tenía debilidad por los metales finos y para aligerarlo de su peso el griego utilizaba a dos amigos.

Muy poco después tornó al Cusco dejando en Jauja pólvora y munición. El 12 de noviembre preside la probanza de Alonso Sánchez de Talavera ⁴⁷. Luego hay una gran laguna de silencio hasta julio del siguiente año, fecha en que contesta otro interrogatorio en la información de Simón Suárez, soldado portugués a quienes lo unían seis años de amistad ⁴⁸. Después torna a sumirse en la tranquila vida del vecino cabildante, descansando de la guerra y del ruido del cañón. . . ⁴⁹.

No era sólo una apetencia de reposo lo que lo llevó a la existencia solapada y marginal. Por otras fuentes sabemos que había conocido entonces a una india noble, una Ñusta hija de los reyes Incas del Perú, y también que la llevó a vivir consigo. Fruto de esta unión lo fue un bastardo que con los años luciría una estatura nada común a los muchachos de su edad. El Inca Garcilaso lo recordará medio siglo después al hablar de sus amigos mestizos: "fue un condiscípulo en el beaba, mostrando bien la corpulencia de su padre, que con ser de once o doce años, tenía dos tantos cuerpos que su edad requería ⁵⁰". El ausentismo de Candia, pues, tenía su explicación. La española de Villalpando se había quedado atrás. Ahora ocupaba su lugar la princesa india del Perú.

Esto explica cómo habiendo solicitado a la Corona permiso para ir a España "a ver a su mujer y a otras cosas ⁵¹" se quedó sin realizar el viaje. El permiso se otorgó en Madrid, el 7 de agosto de 1535, junto con una autorización para llevar a su casa de Villalpando tres indios esclavos para utilizarlos en su servicio y doctrinarlos en la reli-

gión ⁵². El permiso se le reafirmó el 13 de noviembre, pero al mismo tiempo se le condicionó una fianza comprometiéndolo a que “bolverá a esa tierra y llevará su muger y casa y no la lleuando que (de) bolverá todos los tributos ⁵³”. Al artillero debió de parecer muy grande el compromiso porque no lo aceptó. Y dando un adiós a España y la Europa, se quedó para siempre en el Perú.

En marzo de 1536 tuvo su primer encuentro con los Pizarro. Hernando, el mayor de todos ellos, había venido al Cusco y quería que los vecinos hicieran un obsequio al Emperador. Los vecinos (que ya habían hecho otro en 1534) se opusieron, pero el atrabiliario hermano del Marqués los conminó a dar oro bajo serias amenazas. Sesenta y más vecinos tuvieron que obedecer y uno de ellos fue Pedro de Candia, quien colaboró con 1,200 pesos ⁵⁴. No contento con esto, Hernando pasó a pedir oro a los indios y el astuto Manco Inca que estaba encadenado, habló entonces de gruesas esculturas de metal precioso escondidas en cuevas sagradas... Hernando se tentó de tales objetos y fingiéndole amistad al indio, lo soltó para que se los trajera. El monarca salió de cautiverio y marchó a cumplir con lo mandado. Pero estando aún cerca del Cusco, Hernando se arrepintió y envió a Candia por Manco Inca. El griego lo alcanzó en plena serranía instándolo a regresar, pero el gran caudillo se limitó a responderle que los españoles “le auian quemado e Robado sus casas e començado a matar sus yndios e que por esto se auia alçado ⁵⁵”. Candia tornó con la respuesta. Los quechuas estaban desengañados de los españoles. Ya no eran los vengadores de Huáscar. Ahora eran los barbudos integrantes de un ejército invasor.

La guerra de Manco Inca fue terrible. El cerco del Cusco sólo es comparable a la Noche Triste de Cortés. Pedro de Candia, apostado con los arcabuces, vió allegarse a decenas de miles de guerreros alrededor de la ciudad. Al frente de todos estaba Manco, el pariente de su concubina india, que ni aún a él quería perdonar. Hernando Pizarro, que ahora pagaba con creces los malos tratos que infiriera al Inca, lo quería contener. Lamentaba la ausencia de cañones pero confiaba en los caballos y arcabuces. Estos últimos los dió a Pedro de Candia para que los repartiera con Marchín de Florencia, el jefe de los ballesteros. Como de costumbre el griego se lució, pero no tanto como cuando apuntaba sus cañones. Ya no era el divino Hijo del Trueno sino un simple escopetero español. Por lo menos, así lo veían los indios, aunque todavía lo llamaban “uiracocha ⁵⁶”.

La guerra de Manco sólo amainó cuando tornó Almagro de Chile. Entonces el Inca levantó el cerco del Cusco y marchó a parapetarse en los Andes. Pero Almagro pretendía el Cusco para sí y planeaba arrebatárselo a los Pizarros. Esta fue la razón por la que apresó a Hernando y a Gonzalo, los hermanos del Marqués, y depositó sus bienes en poder de Pedro de Candia ⁵⁷.

El griego, a estas alturas, era muy bienquisto por los almagristas. Estos le habían exigido les fabricase pólvora y armase picas, deseo que el levantino acató ⁵⁸. Pero cuando la situación cambió para los de Chile y los Pizarros se soltaron, Candia se encontró presionado por el Adelantado y alejado del Marqués. No obstante, debió de mantenerse muy al margen de todo lo que antecedió a la rota de Salinas, porque dada la batalla Hernando le trató muy bien. También le respetó su mucha hacienda y los indios que tenía a treinta y cuarenta leguas de la ciudad, los cuales —dicho sea de paso— rentaban 13.000 pesos anuales ⁵⁹.

La verdad es que Candia estaba “riquísimo, porque tenía en dinero cien mil ducados ⁶⁰” y eso, al astuto Hernando, le representaba todo un plan. Ayudó a forjarlo la confianza de una india de servicio, la que dicen se entendía con el griego y conocía su ambición. Añadían que estando el levantino con su india en amorosa plática, se enteró de la existencia de una opulenta región. Arreció el artillero en sus preguntas y entonces la india, despojándose con dolor de su secreto, le confesó “que pasada la cordillera de los Andes daría en una tierra muy poblada, riquísima e proveída de muchos mantenimientos é ganados, é de las otras cosas que para sustentar la humana vida son necesarias ⁶¹”. El misterioso país era Ambaya y quedaba donde nacía el sol.

Crédulo y entusiasta corrió el griego a Hernando Pizarro para pedirle el mando de la expedición que hacia el exótico lugar pensaba hacer. Hernando no se hizo de rogar y, con miras a salir de muchos españoles que lo importunaban, contestó pronto que sí. Candia tampoco perdió tiempo y desembolsando 85,000 pesos se puso a hacer gente y a comprar armas. Los soldados acudieron en tropel y pronto sumaron tres centenas entre peones y jinetes. Investido Candia general, nombró por su maestro a Juan Quijada y repartió las capitánías

entre Francisco de Villagra, Antonio de Quiñones, Martín de Solier y don Francisco, hermano del anterior. Cuando tuvo la gente aderezada y un buen número de indios de servicio, Pedro de Candia montó a caballo, mandó tocar los tambores y con sus banderas desplegadas salió de la ciudad ⁶².

Luego de hacer alto en el valle de Pacual, los expedicionarios siguieron hasta las estribaciones de la cordillera de Vilcanota. Puestos frente a ella hicieron un recuento y luego iniciaron su ascensión. A partir de este momento los soldados comenzaron a escalar su propia desventura. Los indios auxiliares fueron desertando, los españoles perdieron su entusiasmo, los caballos se quebraban la patas y rodaban a los abismos con su carga, ningún hombre hablaba ya de Ambaya, todos maldecían su triste decisión. Aquella sierra era áspera y frágil en grado sumo y "el camino que seguía era tan malo que parecía verdaderamente cosa infernal ⁶³". Para colmo de desdichas hacía mucho frío, también hambre, nunca cesaba de llover.

Tanto fue lo que sufrieron que Candia y sus capitanes vieron llegado el momento de deliberar sobre si seguían adelante o volverían atrás. El dilema fue terrible, pero lo decidieron al fin: seguir fue la consigna. Los expedicionarios debieron pasar junto a la laguna de Sibinacocha sin percatarse de ella y acercarse al río Marcapata, en plena sierra de Carabaya. Por eso es que se dieron de bruces con las tajadas peñas de esta cordillera, las que vinieron a constituir un definitivo obstáculo para los caballos. Aquellas paredes de peña viva los equinos estaban imposibilitados de subir. Pero Candia no se dejó vencer por la dificultad y apreciando que por allí crecían lianas, ordenó lo que a ningún hombre se le hubiera ocurrido hacer: atar a los caballos por la cincha y con maromas subirlos hasta la orilla del abismo. Fue así cómo el griego hizo cabalgar los caballos por los aires cual Pegasos codiciosos que perseguían al sol. Varios días emplearon en izar a todas las cabalgaduras, pero subida la última, Candia debió mirar al cielo satisfecho: había vencido o la jamás hollada e inaccesible cordillera de los Antis.

La hazaña merecía un mejor final. Entrados al valle de Avisca, en plena ceja de selva, fueron recibidos por antropófagos flecheros que mostraron agresividad. Traían rodela de cuero de danta con las cuales podían resistir a las espadas, pero las ballestas abrieron brecha en ellos y hasta se logró un prisionero. Su confesión dió el golpe de

gracia a la última esperanza. Adelante sólo había yucas bajo tierra y monos en los árboles. Nada de oro se podía descubrir. Allá solo relucía el agua de las ciénagas y de los ríos traicioneros, también las espinas de un género de plantas que crecían para hacer el mal... Dice la crónica a estas alturas que todos recordaban con rencor a "la india maldita de Candia ⁶⁴", "pues por los dichos de una india había querido meterlos en aquel lugar, é pensaron é aún creyeron que Hernando Pizarro, industriosamente porque todos muriesen, le había dado aquella empresa ⁶⁵". También decían que Candia "era extranjero e no tenía su persona tanta reputación que bastase á que los soldados le temiesen, y era hombre de poco entendimiento é que sentía las cosas con ... remisión ⁶⁶". En otras palabras, maldecían a la jornada, al capitán y a la india tejedora de patrañas. ¡Ambaya era la tierra del diablo y el diablo a todos los iba a aniquilar...!

LA AFRENTA

Mientras Pedro de Candia buscaba el remedio para los suyos y trataba de salir a Carabaya, sus capitanes Miguel de Mesa y Francisco de Villagra tramaban un ardid secundados por los numerosos almagristas de la expedición. El plan consistía en enviar un mensajero a Hernando Pizarro pidiéndole la entrada de Carabaya y entretanto respondía fabricar picas y pólvora para tomar el Cusco y salvar la vida al Adelantado Almagro. Luego matarían a Hernando Pizarro, "que tenía bien merecida la muerte pues les envió a morir en aquellas montañas que habían pasado ⁶⁷", y posteriormente se repartirían entre todos el Perú.

Pero Hernando Pizarro era demasiado astuto al lado de los dos inquietos capitanes. Enterado de la conjuración de los de Chile no sólo comenzó por matar públicamente al pobre Adelantado sino que reuniendo en torno suyo a cuatrocientos pizarristas salió al encuentro de Candia y sus soldados para acabar con los amotinadores. Corría el mes de julio de 1538 cuando llegó a pocas leguas del campamento del griego. Allí acampó a su hueste y siguiendo sólo con veinte caballeros, cada uno con un halcón en la mano, simuló que iba de caza. Al poco tiempo fueron descubiertos por los centinelas de Candia, pero identificado Hernando y sus acompañantes lo hicieron llegar hasta donde estaba el jefe, no sin antes anunciarlo, como era de rigor. Pedro

de Candia salió entonces de su tienda y abrazando al mayorazgo de los Pizarros le hizo gala de gran amistad. El artillero había olvidado el incidente del Cusco y veía en Hernando al hermano del Marqués, al hombre que le iba a dar la futura entrada de Carabaya. Hernando correspondió a su saludo con otro abrazo afectuoso y una invitación a su real para tratar con más calma lo de Carabaya. Pidió también a Candia que acudiese con sus capitanes, puesto que necesitarían de su consejo, y que al resto de los expedicionarios los dejase descansar. Villagra y Mesa palidecieron con esto último pero supieron disimular. Luego partieron todos en movida cabalgata. Decidores, muy alegres no hicieron sino bromear. Parecían ir a bodas, no a tratar cosas de guerra. Caballeros en caballos fingían gran amistad.

Llegados al campamento pizarrista, Hernando descabalgó y, a una seña que hizo, acudieron muchos hombres que aferrándose a Candia y a sus capitanes dieron con ellos en el suelo. El griego protestó indignado y sorprendido, pero Hernando se limitó a callar. Villagra y Mesa se dejaron prender sin resistencia. Cargados de cadenas los pusieron en lugar seguro, luego entró un escribano y les tomó información. De ella se sacó en claro que Candia era inocente, pero que Mesa y Villagra no merecían perdón. Eran cabecillas de revuelta y la ley de la milicia los condenaba a muerte por ahorcamiento o degollación. Mesa, por ser loro o mulato, fue colgado del primer árbol, más Villagra, que era hidalgo, tenía el privilegio de morir decapitado. Pero surgieron entonces varios rogadores y Hernando, para no indisponerse con los muchos amigos de Villagra, lo perdonó. Luego soltó a Candia pero no le dejó volver donde los suyos, antes bien, dispuso que estos siguieran hasta el pueblo de Ayaviri, cerca del lago Titicaca, y que allí esperaran a su caudillo. Los hombres de Candia obedecieron y marcharon al lugar señalado. Allí esperaron algún tiempo al artillero griego, pero éste no se presentó. En cambio, cierto día vino muy ufano Peranzúres de Camporredondo, el natural de Sahagún, y a tambor batiente se proclamó Capitán General de la entrada de los Chunchos. Estaba muy alegre con su nombramiento firmado por Hernando Pizarro y no lo cesaba de enseñar. Sólo hablaba de "la tierra que está de la otra parte de la cordillera⁶⁸" y prometía oro, mucho oro. Los soldados creyeron que Candia había renunciado y en torno a Peranzúres se volvieron a enrollar. Para ellos el griego era un ingrato que los había olvidado, un capitán sin perseverancia en eso del descubrir. Pero

en ese frío setiembre de 1538, mientras Peranzúres y sus hombres partían al dorado reino de los Chunchos, Pedro de Candia —con las muñecas amoratadas desde el tiempo que llevó cadenas— rumiaba su desventura y maldecía al mayorazgo de los Pizarros por la afrenta que le había hecho. Hasta él habían llegado las voces que corrían sobre el nombramiento de Peranzúres y el por qué se le enviaba a descubrir. Según ellos, Hernando lo enviaba hacia los Chunchos “porque Candia, aunque hubiese gastado, como había, mucha suma de oro para la jornada, no era hombre bastante para la hacer ⁶⁹”. Eso era una infamia, era mentira, y Hernando se la tenía que pagar.

LA MUERTE DEL ARTILLERO

Obsedido por su odio a los Pizarros, comenzó a frecuentar las ligas almagristas de la ciudad del Cusco. Pero en julio de 1539, Hernando Pizarro marchó a España y dos años después los almagristas de Lima mataron al Marqués. Perfilado como uno más de los de Chile estuvo entre los primeros en besar la mano a Almagro el Mozo cuando ingresó al Cusco. Entonces Pedro de Candia “se ofreció de sacar muchos tiros gruesos de artillería, y... dió a entender tener voluntad de lo hacer y servir en aquella guerra a D. Diego ⁷⁰”.

Pero más tarde, cuando el Mozo le entregó el cobre para que fabricara los cañones, Candia entendió que no eran para disparar contra Gonzalo Pizarro sino contra el Rey y esto no lo entusiasmó en absoluto. El no quería ser traidor y al paso que iba ya lo estaba siendo. Acaso por eso fue que hizo los moldes para los cañones demasiado grandes. Almagro le mandó entonces hacerlos mas pequeños y por entenderse que Vaca de Castro estaba ya en Huaraz se dió mucha prisa a la obra. Así se sabe que “unos traían el cobre, otros hacían el carbón, otros aderezaban los hornos, de manera que en breve tiempo sacaron seis tiros grandes y bien hechos, no embargante que Pedro de Candia los sacó tres o cuatro veces faltos, al parecer de todos, de industria, por haberse arrepentido de haber dicho que los sabía hacer, le ponía por excusa que se le helaba el metal, e que no podía correr con los fuelles ⁷¹”.

Cuando los cañones estuvieron listos Almagro decidió salir del Cusco. Al respecto apunta Cieza, hablando de la fecha de salida, que el rebelde para entonces “la artillería tenía bien á punto, é los caño-

nes bien limpios, é pólvora la necesaria; é fueron traídos carretones para en que fuese asentada, siendo de ella capitán Pedro de Candia ⁷²".

El flamante jefe de los artilleros siguió con el ejército rebelde hasta el tambo de Vilcas, donde el 4 de setiembre de 1542, fue uno de los capitanes almagristas que escribieron la célebre carta a Vaca de Castro. En ella se habla de "el aderezo que tenemos de artillería, munición, amigos e armas. . . para ofender a mucho número de gente ⁷³", pero ninguna otra frase trasluce la directa intervención del griego. Lo que sí se muestra a estas alturas es que Candia tenía también una hija, la cual estaba casada con otro artillero griego apellidado Agamenón, el cual servía con Vaca de Castro. Eran los días en que abundaban los desertores y los indios con mensajes entraban y salían de los campamentos. Todos querían entenderse pero ninguno perder. "E ya que las cosas iban encaminadas á este fin, pareció una carta que Agamenón escribía a Pedro de Candia, su suegro, persuadiéndole por ella falsase el artillería, pues veía que andaba errado e contra el servicio de la Majestad Real. . . Traía esta carta un indio del mesmo Agamenón, é, al tiempo que se la dió el indio, le preguntó si algún español se la había visto; el indio le respondió que los corredores la habían leído. E como aquello vió entendió que había sido con cautela por le tomar en el lazo, é sin la leer fue á la consulta que entonces se hacía; é mostrada é leída públicamente. . . D. Diego é los demás se indignaron demasadamente. . . E con un furioso coraje juraron todos de morir o vencer. . . é así se cerró todo el camino de la paz ⁷⁴".

Y amaneció el 16 de setiembre de 1542, día fijado para la batalla de Chupas. Todas las crónicas coinciden en que "el capitán Pedro de Candia estaba con los artilleros aparejado para disparar los tiros cuando le mandasen ⁷⁵". Los sargentos se movían de un lado para otro dando voces y ordenanzas de sus capitanes, el Alférez abrazaba la bandera y la agitaba. Los soldados gritaban: "Viva el Rey é Almagro ⁷⁶". El rebelde mestizo miraba a todos desde su caballo. En eso rompió la arcabucería de los leales, unos y otros invocaron a Santiago y la cruel batalla comenzó.

La de Chupas fue la rota más sangrienta que dieron los conquistadores. Se mataron a lanzadas y con pelotas de arcabuz. También se envistieron con espadas. Pero entonces sobrevino la desgracia, pues habiendo visto el capitán Saucedo que los leales avanzaban muy a prisa mandó a Candia mudar la artillería y, a pesar de las protestas,

el griego obedeció. En su nuevo emplazamiento comenzaron a rugir bravamente los cañones, pero de los muchos tiros que soltaron sólo uno hizo harto daño pues el resto se perdió. Se perdieron los disparos porque el nuevo emplazamiento no era exacto y las balas sobrepasaron al enemigo cayendo muy atrás. Pero un arcabuzazo derribó de su caballo a Antonio de Robles, quien cobrando ánimo por esto arremetió con sus soldados hacia donde estaban los artilleros, hiriendo a algunos de ellos y desconcertando a los más. A partir de este momento Pedro de Candia no disparó un solo tiro. Unos dicen que lo hizo adrede, otros porque el enemigo no lo dejaba accionar. Lo cierto es que Almagro se percató del silencio de las piezas y aquijando con gran furia a su caballo embistió a Candia con su lanza mientras le gritaba en el colmo de la rabia: “¡Traidor! ¿por qué me has vendido? 77”. Fulminado por las lanzadas el artillero cayó sobre un cañón. Algún testimonio asegura que allí lo encontraron los leales y que al verlo moribundo, lo ultimaron a puñaladas. Así acabó Pedro de Candia, el griego aquel que preparaba pólvora, adobada tiros, pintaba paños y escribía relaciones. “¡Santa Bárbara lo acoja!”, como dirían los artilleros 78.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. Zárate, Agustín de... *Historia del Descubrimiento y Conquista del Perú*.—Lima, imprenta Miranda, 1944.— Lib. I, cap. II, p. 23.
- Gutiérrez de Santa Clara, Pedro ... *Historia de las Guerras Civiles del Perú*.—Madrid, imprenta de Idamar Moreno, 1905.— Lib. III, cap. LII, p. 454 del T. III.
- Garcilaso Inca de la Vega, *Los Comentarios Reales de los Incas*.—Lima, imprenta Gil, 1943.— Parte II, lib. I, cap. IX, p. 271 del T. III.
- López de Gómara, Francisco ... *Historia General de las Indias*.—Barcelona, imprenta de Agustín Núñez, 1954.— Parte I, cap. CIX, p. 190 del T. I.
2. Archivo General de Indias de Sevilla (A.G.I.) Patronato (Pat.) 93-N4-RI.
3. Agustín de Zárate es el primero en afirmar que Candia era “natural de la isla de Candia, en Grecia” (Lib. I, cap. II) noticia que aprovecha primeramente Gómara (Parte I, cap. CIX) y luego Garcilaso (Parte II, lib. I, cap. IX). Esto induce a pensar que el artillero en un principio fue bautizado dentro de la Iglesia Oriental, pero que con el correr de los años se acogió a la Iglesia de Roma. Caso similar al suyo debió ser el del marinero Jorge Griego, su compañero de milicia en la captura del Inca, el cual también era levantino de nación. Estos datos son interesantes, porque ya estamos en condiciones de afirmar que no todos los conquistadores fueron católicos de nacimiento, pues descontando a los dos helenos, conocemos a tres conversos de innegable origen sefardí. Si a éstos sumamos los moriscos, seguiremos viendo acrecentar el número de los católicos nuevos.
4. Lohmann Villena, Guillermo ... *Índice del Libro Becerro de Escrituras*, en Revista del Archivo Nacional del Perú, Lima, julio-diciembre de 1941, T. XVI, entrega II, p. 233.
5. A.G.I. Pat. 150—N3—R2.
6. A.G.I. Pat. 150—N3—R2.
7. A.G.I. Pat. 150—N3—R2.

8. A. G. I. Pat. 150—N3—R2.
9. A. G. I. Pat. 150—N3—R2.
10. A. G. I. Pat. 150—N3—R2.
11. A. G. I. Pat. 150—N3—R2.
12. A. G. I. Pat. 150—N3—R2.
13. A. G. I. Pat. 150—N3—R2.
14. A. G. I. Pat. 150—N3—R2.
15. A. G. I. Pat. 150—N3—R2.
16. A. G. I. Pat. 150—N3—R2.
17. Porrás Barrenechea, Raúl. . . *Cartas del Perú*.— Lima, Empresa Editora Peruana, 1959.— Carta núm. 6, p. 12.
18. *Ibidem*, carta núm. 4, p. 9.
19. *Ibidem*, carta núm. 3, p. 8.
20. *Ibidem*, carta núm. 6, p. 12.
21. A. G. I. Pat. 150—N3—R2.
22. A. G. I. Pat. 150—N3—R2.

Zárate, Agustín de. . . Op. cit. lib. I, cap. II, p. 23.

Gutiérrez de Santa Clara, Pedro. . . Op. cit. Lib. III, cap. LII, p. 454 del T. III.

Garcilaso Inca de la Vega, Op. cit. Parte II, lib. I, cap. IX, p. 271 del T. III.

López de Gómara, Francisco. . . Op. cit. Parte I, cap. CIX, p. 190 del T. I.

Herrera, Antonio de. . . *Historia General de los Castellanos en las Islas y Tierra firme del Mar Océano*.— Buenos Aires, Talleres Gráficos Continental, 1945.— Década III, lib. X, cap. III, p. 92 del T. V.

Cieza de León, Pedro. . . *Algunos capítulos de la Tercera Parte de la Crónica de Pedro Cieza de León*, en Mercurio Peruano, Lima, abril de 1951, núm. 289, p.

148. Corresponde al capítulo XVI de los publicados por Rafael Loredo y Mendivil.

23. Si atendemos a que también mencionan el heroico gesto del griego Anello Oliva, el agustino Calancha y el jesuita Velasco, casi no habría ya necesidad de decir que de los Trece de la Fama es Candia el más nombrado. Porrás Barrenechea en sus Crónicas perdidas, presuntas y olvidadas sobre la Conquista del Perú, llega a sostener que fue “el primero en pasar la raya” que hiciera Pizarro con la espada. Carlos A. Romero en su estudio sobre Los Héroes de la Isla del Gallo también trae frases elogiosas para el griego. Ambos parecen haberse dejado influir por la *Miscelánea Antártica* de Miguel Cabello de Valboa, que al mencionar a los Trece hace encabezar la lista al artillero (Parte III, cap. XXV). Otro cronista que también le brinda el primer puesto es Gutiérrez de Santa Clara, (lib. III, cap. LII) pero éste no fue consultado por Romero. En realidad parece que tal honor correspondió a Ribera el Viejo, Cristóbal de Peralta o al piloto Ruiz. Lo que si es verdad — y en esto concuerdan cronistas e historiadores— es que Candia nunca estuvo entre los últimos que dieron el valiente paso.

24. Cieza de León, Pedro. . . Op. cit., cap. XXI, en revista cit. p. 158.

25. *Ibidem*.

26. Garcilaso Inca de la Vega, Op. cit. Parte II, lib. I, cap. XI, p. 277 del T. III.

Cabello de Valboa, Miguel. . . *Miscelánea Antártica*.— Buenos Aires, Imprenta López, 1951.— Parte III, cap. XXV, p. 403 y cap. XXIX, p. 467.

Inspirado en el Inca Garcilaso y en fray Antonio de la Calancha, Calderón de la Barca escribió “La Aurora de Copacabana”, obra en la que trae a colación el desembarco de Pedro de Candia en Tumbes, en cuya playa deja clavada una cruz. Su diálogo con el cacique Yupanqui sobre materia de religión y el espanto de este último frente al disparo del arcabuz, son las notas pintorescas del pasaje. Mucho más histórica, por cierto, resulta la relación que establece el cronista indio Felipe Huamán Poma con la *Miscelánea* de Cabello de Valboa. Este último sostiene que los primeros en saltar en la costa del Perú fueron Pedro de Candia y Juan Roldán, conquistador vinculado por su persona y la de su padre al Descubrimiento de Amé-

rica. La noticia llegó debilitada al escritor indio, más no por ello dejó de consignarla, asegurando que los primeros que pisaron tierra peruana fueron “dos hombres el compañero de culum y candia”. Pero “el compañero de culum se murió y dexó los papeles a su compañero . . . y candia dió noticia en castilla q’ auia saltado en tierra”, fijando el desembarco más meridional en Santa. La enorme verdad que hay en todo esto nos ha llevado a descubrir que con Candia saltaron a partir de Túmbes varios españoles, entre otros el citado Juan Roldán, pero que lejos de morir entonces falleció mucho después a consecuencia de una infección en la mandíbula. Acaso se confunde su suerte con la de aquellos marineros que pidieron permiso para quedarse en el Perú y de los cuales sí consta su muerte, como lo constató Pizarro en su tercer viaje. Corroborando esta sospecha Huamán Poma se da el trabajo de dibujar grotescamente al valeroso griego en una imaginaria entrevista con el Inca Huayna Cápac. El dibujo es primitivo pero al mismo tiempo encantador. En él figura el artillero de rodillas ante el Inca teniendo por fondo una ciudad. El monarca está sentado y le pregunta mientras le muestra ciertos objetos de metal dorado: “¿comes este oro?” y Candia, encarnando la astucia y la codicia hispana, le contesta: “este oro comemos”. El diálogo es en quechua y la idea se traduce perfecta. Sin duda todo fue resultado de una tradición celosamente conservada por los indios viejos, pues en el grabado que antecede aparece el autor consultando a los antiguos y encima la leyenda: “ma villavai achamitama” (avisadme ancianos). El primer dibujo, en realidad, es el único retrato que hay del artillero. (Véase: Huamán Poma de Ayala, Felipe. . . Nueva Corónica y Buen Gobierno. París,— edición del Instituto de Etnología, 1936.— Folios 369 y 370).

27. Cieza de León, Pedro. . . Op. cit. cap. XXI, en revista cit. p. 158 y Crónica del Perú.— Buenos Aires, Compañía General Fabril Financiera, 1945.— Cap. LIII, p. 165.

Herrera, Antonio de. . . Op. cit. Década III, lib. X, cap. V, p. 97 del T. V y Década V, lib. VII, cap. XV, p. 47 del T. VII.

A. G. I. Pat. 150—N3—R2.

28. Herrera, Antonio de. . . Op. cit., Década III, lib. X, cap. V, p. 97 del T. V. Huamán Poma de Ayala, Felipe. . . Op. cit., folio 370.

29. A. G. I. Pat. 150—N3—R2.

29^a. A. G. I. Pat. 150—N3—R2.

30. A. G. I. Pat. 150—N3—R2.

Porrás Barrenechea, Raúl. . . *Las Relaciones primitivas de la Conquista del Perú*.— París, Les Presses Modernes, 1937.— p. 22. Ver también, del mismo autor, *El Nombre del Perú*,— Lima, imprenta Villanueva, 1951.— pp. 32, 33 y 35.

Al hablar de la partida a España Herrera dice: “i en Nombre de Dios se embarcó Francisco Piçarro, llevando consigo a Pedro de Candia, i algunos Indios de los Muchachos que traxo para aprender la Lengua, Ovejas, i otras cosas del Perú” (Década IV, lib. III, cap. I), Huamán Poma insiste en que después de hablar Candia con Huayna Cápac y recibir del Inca mucho oro “se fue este dicho candia a españa con su oro y plata y rrequiesas”.

31. Cieza de León, Pedro. . . Tercera Parte. . . cit. cap. XXVII, en revista cit. núm. 340, p. 460.

Herrera, Antonio de. . . Op. cit. Década IV, lib. VI, cap. III, p. 293 del T. V.

La versión que dió en España el griego Candia también ha sido historiadada por el bueno de Huamán Poma. Según éste, así “como llegó este dicho candia acon la rriqueusa a espana con todo lo q’ llebó y publicó de la tierra y rriqueusas y dixó que la gente se bestía y calsaua de todo oro y plata y que pisaua el suelo de oro y plata y que en la cauesa y en las manos trayya oro y plata esto dezia del bestido q’ se bisten para dansar y baylar taquies q’ hazen los yndios con bestidos de plata oro. . . y dezia que abia camellos chiquitos de los carneros de la tierra”.

32. A. G. I. Pat. 28—R34 y 90—NI—R3 y Lima 565.

Porrás Barrenechea Raúl. . . *Cedulario del Perú*.— Lima, imprenta Torres Aguirre, 1944.— T. I, p. 14.

Para la fabricación de pólvora en la próxima jornada del Perú, la Corona ordenó el 20 de julio a los encargados de guardar el salitre en Tembleque, tierra de Toledo, que le diesen a Pizarro cuarenta quintales de nitro. Véase también: Herrera, Antonio de... Op. cit. Década IV, lib. VI, cap. V.

33. Porras Barrenechea, Raúl... Op. cit. p. 16.

34. A.G.I. Pat. 28—R34 y 90—N1—R3. Otros Regidores nombrados para el Cabildo de Tumbes lo fueron García de Salcedo, Antonio Navarro, Diego Ortiz de Cariaga y Nuño Montesino. A estos Regidores se sumaron luego Ribera el Viejo, la Torre, Cuéllar, Jarén, Soraluze y Peralta, todos héroes del Gallo, más Francisco de Lucena, Juan de Moldes, Jerónimo de Cortona y Martín de Santaella. Por escribano del concejo se nombró a Martín Yañez, el hijo del piloto Ruiz. Este Cabildo nunca se llegó a instalar. Por ello en Zaragoza, el 8 de marzo de 1533, se volvió a extender a Candia un Regimiento para la ciudad donde residiere en el reino del Perú (A.G.I. Lima 565). Respecto a la artillería que Pizarro pensaba comprar en Castilla para llevar al Perú, consiguió de la Corona una licencia para comprarla fiada por hasta 300.000 maravedís con cargo de pagarla en Panamá, donde a su vez recibiría 200 ducados para los gastos de traslado por el istmo. Otra cédula dirigida al Gobernador y Oficiales Reales de Castilla del Oro, les mandaba entregar a Pizarro tres cañones de bronce y cierta munición que estaban en Nombre de Dios. A los mismos Oficiales se les ordenaba también entregar a Pizarro tres almiros, dos calderas, seis quintales de azufre, otros seis de salitre y diez de plomo, todo lo cual estaba abandonado en Nombre de Dios desde los tiempos de Pedrarias. De estas piezas y pertrechos se hizo cargo Candia a su vuelta a Panamá.

35. Porras Barrenechea, Raúl... *Crónicas perdidas, presuntas y olvidadas sobre la Conquista del Perú*.— Lima, imprenta Lúmen, 1951.— p. 47. Véase también las pp. 12, 13, 14, 15 y 46.

36. Ibidem.

36^a Resulta difícil establecer hoy el tipo de las piezas que usó Candia en Cajamarca. Trujillo y Ruiz de Arce las ignoran; Mena las llama "quatro tiros de artillería, breços pequeños"; Jerez y Hernando Pizarro, tiros; Cieza, indistintamente tiros y tirillos; Herrera, mosquetes; Oviedo, tiros de pólvora; Pedro Pizarro se refiere sólo a "un falconete pequeño"; y Zárate, Borregán, Gómara y Garcilaso salen del paso hablando de artillería. La cédula del 26 de julio de 1529 señala "tres tiros nuestros de bronce" y este dato sumado a los que ofrecen Mena y Pedro Pizarro, nos lleva a la conclusión de que fueron realmente falconetes. Los falconetes eran de bronce y se podían brizar o cunear, esto es, mover a derecha e izquierda como la cuna cuando se mece. Pedro Pizarro, que observó las piezas con atención explicable a su edad, las recuerda y hasta afirma que sólo disparó una. Esto es cierto, porque la otra se estropeó y la tercera, dado su mal estado, parece que nunca llegó al Perú o se quedó en San Miguel. El falconete de Cajamarca, pues, pertenecía a la familia de las culebrinas y era capaz de arrojar balas de piedra que pesaban hasta un kilo y medio. Se le consideraba "culebrina bastarda" por tener de largo no más de 30 o 32 diámetros de su boca. Las que superaban esta medida eran las "culebrinas legítimas". Por razón de su calibre y longitud, al falconete le correspondía el cuarto y último lugar entre los cañones largos que remedaban a las culebras. Primero estaba la culebrina entera, luego la culebrina media y en tercer lugar el sacro o cuarto de culebrina. El falconete era el octavo de la pieza mayor y su transporte debió hacerse a lomo de caballo. En el viaje a Cajamarca ninguna crónica habla de carretas, carros ni carretones. Estos vehículos estaban vedados de subir la empinada cordillera. Tampoco se recurrió a cargueros indios, pues esta técnica se inventó después. Mientras no se demuestre lo contrario, los dos falconetes llegaron a Cajamarca en los equinos. Lo mismo a la pólvora, que viajaba en odres de cuero de vaca para protegerla de la humedad. La cuerda, la jarcía y herramientas así como el carbón en polvo debió ya correr a cuenta de los españoles y de sus espaldas, "sin que la Dignidad, ni la Calidad a nadie privilegiáse, porque tal fue la costumbre desta Nación en todas sus empresas" (Herrera, Década VI, lib. IV, cap. VIII). A

Pedro de Candia, polvorista de la expedición, correspondería sólo el mando de la artillería y la conservación de la balanza romana con que se pesaba la pólvora.

37. *Libro Primero de Cabildos de Lima*. Parte III.— París, imprenta Dupont, 1900.— p. 122.

Parece que Candia no estaba muy contento con lo hasta entonces cobrado en botines anteriores porque Pizarro, con el pretexto de que ya tenía sueldo el artillero, le negaba mucho oro y plata. Se quejó el griego de ello a la Corona y ésta lo atendió, pues una cédula de la Reina (fechada en Belpuche, el 19 de marzo de 1533) ordenó a Pizarro que a Candia le alcanzase su parte como a cualquier capitán sin que por ello se entendiese la suspensión de su sueldo. En Cajamarca Pizarro ignoraba aún la cédula, pero le pagó con largueza al artillero (A. G. I. Lima 565).

38. Lohmann Villena, Guillermo... Op. cit. p. 217.

39. Cieza de León, Pedro... Op. cit. cap. LIV, en revista cit., num. 379, p. 584. Herrera, Antonio de... Op. cit. Década V, lib. IV, cap. X, p. 316 del T. VII.

A estas alturas, Gutiérrez de Santa Clara (quien ya había hecho saltar en Túmbes a Candia acompañado del piloto Ruíz), lo hace participar desde Cajamarca en otro imaginario viaje al Cusco, ciudad donde Huamán Poma quiere que se haya hecho la entrevista con Huayna Cápac. Gutiérrez de Santa Clara le da esta vez por compañeros de viaje a Hernando de Soto, Diego de Agüero y Miguel de Estete (Lib. III, caps. LII y LIV). Santa Cruz Pachacuti contará también el viaje de Candia al Cusco acompañado por Pedro del Barco.

40. Porras Barrenechea, Raúl... *Cartas... cit.*, Carta núm. 86, p. 127.

41. Porras Barrenechea, Raúl... *Dos documentos esenciales sobre Francisco Pizarro y la Conquista del Perú*, en Revista Histórica, Lima, 1948, T. XVII, p. 92.

42. *Ibidem*, p. 93. — A. G. I. Pat. 109—N1—R4.

43. Loredo y Mendivil, Rafael... *F. Los Repartos*.— Lima, imprenta Miranda, 1958.— pp. 96, 100 y 130.

44. A. G. I. Pat. 109—N1—R4.

Urteaga, Horacio H. ... y Carlos A. Romero, *Fundación española del Cusco y Ordenanzas para su Gobierno*.— Lima, Talleres Gráficos Sanmarti, 1926.— pp. 33, 39, 41 y 46.

Anónimo. *Fundación Española del Cusco*, en Revista del Archivo Histórico del Cuzco, Cusco, 1957, núm. 8, pp. 70 a 76.

45. A. G. I. Pat. 109—N1—R4.

46. Lohmann Villena, Guillermo... Op. cit. pp. 232, 233 y 235.

Lee, Bertram T... *Algunos documentos sobre los primeros conquistadores*, en Revista Histórica, Lima, 1928. T. VIII, entregas III y IV, p. 371.

47. A. G. I. Pat. 93—N4—R1 y 93—N7—R1.

Antes de volver al Cusco, el 3 de julio de 1534, el griego testificó en Jauja en la probanza de Ruy Hernández Briceño.

48. A. G. I. Pat. 93—N5—R3. El mes anterior Candia llevó a marcar a la Casa de fundición 88 pesos de oro y 540 marcos de plata, lo que lo perfila ya como uno de los más ricos vecinos del Cusco.

50. Garcilaso Inca de la Vega, Op. cit. Parte II, lib. I, cap. XI, p. 277 del T. III.

51. Porras Barrenechea, Raúl... *Cedulario del Perú*.— Lima, imprenta Torres Aguirre, 1948.— p. 101.

52. *Ibidem*, p. 102.

53. *Ibidem*, pp. 117 y 118.

54. A. G. I. Justicia 341.

55. A. G. I. Pat. 90—N1—R11.

56. A. G. I. Pat. 90—N1—R11. Florencia y Candia eran amigos desde el tercer viaje de Pizarro y esta amistad se demuestra en el reparto de la plata del Cusco, donde por estar ausente Machín, el griego recibió en su nombre 795 marcos de plata. Años más tarde, en Chupas, mientras Candia mandaría la artillería rebelde. Machín dirigiría la realista.

57. Cieza de León, Pedro... *Guerras de las Salinas*.— Madrid, librería de la viuda de Rico, s.a.— cap. XXII, p. 118.
- Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VI, lib. II, cap. XIV, p. 245 del T. VII.
58. Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VI, lib. II, cap. XII, p. 241 del T. VII.
59. Loredó y Mendivil, Rafael... *Alardes y Derramas*, en *Revista Histórica*, Lima, 1941, T. XIV, entrega III, p. 306.
- De los indios de Candía sabemos sólo que eran quechuas cultivadores de maíz y que uno de sus pueblos se llamaba Cotarma, en Abancay. La encomienda de Candía la dio Gasca posteriormente a Vasco de Guevara.
- Pizarro, Pedro... *Relación del Descubrimiento y Conquista de los Reinos del Perú*.— Buenos Aires, imprenta La Mundial, 1944,— p. 148.
- Por este último autor se entiende que no fue Candía el jefe de la artillería pizarrista en 1538 sino que el puesto correspondió a “un Mesa mulato... valiente hombre que Hernando Pizarro había traído por capitán de artillería de unos tirillos que trujo a las Salinas”. Se trata de Miguel de Mesa, loro de raza y canario de nacimiento, al que vamos a ver más adelante en la jornada de Ambaya.
60. Cieza de León, Pedro... Op. cit. cap. LXV, p. 333.
61. *Ibidem*.
- Pizarro, Pedro... Op. cit. p. 147.
- Garcilaso Inca de la Vega, Op. cit. Parte II, lib. II, cap. XL p. 200 del T. IV.
- López de Gómara, Francisco... Op. cit. Parte I, cap. CXLII, p. 238 del T. I.
- Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VI, lib. IV, cap. VII, p. 338 del T. VII.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo... *Historia General y Natural de las Indias*.—Asunción del Paraguay, imprenta de la editorial Guaránia, 1945.— Parte III, lib. IX, cap. XVIII, p. 29 del T. XIII.
62. Cieza de León, Pedro... Op. cit. cap. LXV, p. 334.
- Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VI, lib. IV, cap. VII, p. 338 del T. VII.
63. A. G. I. Pat. 29—R17.
- Cieza de León, Pedro... Op. cit. cap. LXVI, pp. 338 y 339.
- Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VI, lib. IV, cap. VIII, p. 340 del T. VII.
64. Cieza de León, Pedro... Op. cit. cap. LXVII, p. 342.
65. Cieza de León, Pedro... Op. cit. cap. LXVII, p. 343.
- Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VI, lib. IV, cap. VIII, p. 341 del T. VII.
66. Cieza de León, Pedro... Op. cit. cap. LXVI, p. 339.
- Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VI, lib. IV, cap. VIII, p. 339 del T. VII.
67. Cieza de León, Pedro... Op. cit. cap. LXIX, p. 349.
68. Cieza de León, Pedro... Op. cit. cap. LXIX, pp. 348, 349 y 350; cap. LXX, p. 352; y cap. LXXI, pp. 357 a 360.
- Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VI, lib. IV, cap. IX, pp. 343 y 344; del T. VII; lib. V, cap. II, pp. 9 a 13.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo... Op. cit. Parte III, lib. IX, cap. XIX, p. 38.
- López de Gómara, Francisco... Op. cit. Parte I, cap. CXLII, p. 238 del T. I.
- Anónimo. *Relación del sitió del Cusco*.— Lima, imprenta Gil, 1934.— pp. 116, 117, 118, 119, 120 y 121.
- Pizarro, Pedro... Op. cit. p. 148.
- Garcilaso Inca de la Vega, Op. cit. Parte II, lib. II, cap. XL, p. 201 del T. IV.
- Zárate, Agustín de... Op. cit. lib. III, cap. XII, pp. 101 y 102.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo... Op. cit. Parte III, lib. IX, cap. XIX, p. 38.
- A. G. I. Pat. 90—N1—R11.
69. Cieza de León, Pedro... Op. cit. cap. LXXI, p. 360; cap. LXXII, p. 361.
- Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VI, lib. V, cap. II, p. 10 del T. VIII.
- Pizarro, Pedro... Op. cit. p. 148.
- López de Gómara, Francisco... Op. cit. Parte I, cap. CXLII, p. 238 del T. I.

Fernández de Oviedo, Gonzalo... Op. cit. Parte III, lib. IX, cap. XIX, p. 40 de T. XIII.

Garcilaso Inca de la Vega, Op. cit. Parte II, lib. II, cap. XL, pp. 201 y 202 del T. IV. Según una declaración de Hernán Sánchez de Badajoz, Candia marchó inmediatamente a Lima a quejarse al Gobernador Francisco Pizarro, pero habiéndolo hallado en el camino tornó en su compañía al Cusco. Sin embargo, el Marqués —a pesar de la mucha amistad que le tenía— no hizo nada por borrar la afrenta de su hermano Hernando al artillero. Esto terminó de indisponer a Candia con los Pizarros y lo llevó a romper con el bando de los extremeños. La probanza de Rodrigo de Quiroga añade que Candia buscó entonces a sus hombres de la fracasada expedición de Peranzúrez y que desde Larecaja, donde los encontró, los llevó a Tupiza con ánimo de iniciar otra entrada, pero una orden de Francisco Pizarro lo forzó a detenerse y a cederlos a Diego de Rojas. Fué aquí que Candia volvió descorazonado al Cusco acariaciando pensamientos de venganza.

70. Cieza de León, Pedro... *Guerras de Chupas*.— Madrid, librería de la viuda de Rico, s. a.— Cap. LXII, pp. 212 y 213.

71. *Ibidem*.

Porras Barrenechea, Raúl... *Cartas*... cit. Carta 288, p. 438.

72. Cieza de León, Pedro... Op. cit. cap. LXX, pp. 241 y 242.

Garcilaso Inca de la Vega, Op. cit. Parte II, lib. III, cap. XIII, p. 265 del T. IV.

Barriga, P. Víctor M... *Documentos para la Historia de Arequipa*.— Arequipa, imprenta La Colmena, 1939.— T. I, p. 168.

En carta de los cabildantes de Arequipa al Rey, escrita en Huamanga el 24 de setiembre de 1542, se decía respecto a los cañones almagristas: “el artillería eran seis medias culebrinas de diez a doce pies de largo, que echavan de batería una naranja; tenían más otros seis tiros medianos todos de fruslera, tan bien aderezados y con tanta munición que más parecía artillería de Italia que no de Indias”.

Véase también: Porras Barrenechea, Raúl... Op. cit. cartas núm. 323 y 324, pp. 493, 498, 501 y 503.

73. Cieza de León, Pedro... Op. cit. cap. LXXI, p. 252.

A.G.I. Justicia 422.

Porras Barrenechea, Raúl... Op. cit. Carta núm. 305, p. 472 y carta núm. 309, p. 475.

74. Cieza de León, Pedro... Op. cit. cap. LXXV, pp. 263 y 264.

El que Candia tuviera un yerno griego como él, no es cosa de extrañar. Acogidos a la protección de santa Bárbara, la patrona de los artilleros, los levantinos acudieron al Perú atraídos por el olor de la pólvora gastada en las Guerras Civiles. La figura central fue, sin duda, Candia, a cuyas órdenes servían con Almagro quince o veinte artilleros de su nación. Vaca de Castro, escribiendo al Rey le decía: “no se quien los había traído a esta provincia”, pero el nombre de Candia era demasiado importante para pensar en otro conquistador. Muerto Candia surgiría el polvorista Jorge Griego, revolucionador de la artillería en el Perú y que ha merecido un valioso estudio de D. Rafael Loredo. Los demás levantinos pintaron también como arcabuceros, aunque al final se dejaron aventajar por los tudescos. Sobre este asunto existe un interesante trabajo de Héctor López Martínez titulado: *Una reseña durante la rebelión de Francisco Hernández Girón*, publicado en Mercurio Peruano (Lima, agosto de 1961, núm. 412).

75. Cieza de León, Pedro... Op. cit. cap. LXXVIII, pp. 275 y 276.

76. *Ibidem*, p. 277.

77. *Ibidem*, p. 279.

Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VII, lib. III, cap. XI, p. 326 del T. VIII.

Garcilaso Inca de la Vega, Op. cit. Parte II, lib. III, cap. XVI, p. 283 y 284.

Zárate, Agustín de... Op. cit. lib. IV, cap. XIX, p. 138.

Véase también el Proceso contra Diego Méndez, publicado por Horacio H. Urteaga en la Revista del Archivo Nacional del Perú. Lima, 1929, T. VII, entrega I, pp. 30, 31 y 43.

78. Santa Bárbara de Nicomedia, muerta en el siglo III, fue desde muy antiguo la patrona de los polvoristas y artilleros. Su festividad —el 4 de diciembre— era celebrada por los primeros con fuegos artificiales y por los segundos con salvas de cañón. Esta costumbre nació a fines de la Edad Media, porque durante toda ella santa Barbara fue la protectora de los fundidores de campanas y también de los campaneros que con sus repiques creían alejar a las tormentas. Todo partía de una piadosa tradición. Según ésta, santa Bárbara pasó gran parte de su vida encerrada en una fortaleza inexpugnable de donde solo salió para ser degollada por su propio padre al negarse a abjurar el cristianismo. Verificado su martirio se oyó una gran explosión y un rayo, castigo del cielo, carbonizó allí mismo a su progenitor. Vinculándola a la fortaleza, a la explosión y al efecto del rayo, los polvoristas y artilleros la tomaron por patrona. El jurar por santa Bárbara era costumbre habitual a los servidores del cañón. Al mismo tiempo, grababan su imagen en las cureñas y en los tubos. La devoción pasó a los navíos artillados y los marinos dieron en llamar santabárbara a la cámara donde se guardaba la pólvora. Santabárbara, pues, era sinónimo de polvorín y volar su propia santabárbara equivalía —en lengua de polvorista— a la frase bíblica de: “muera Sansón con todos los filisteos”.

EL TROMPETA :

PEDRO DE ALCONCHEL

Pedro de Alconchel, el héroe de Vilcacongá, nació cerca de Béjar, en una aldea llamada Garganta de Campos, sitio que a lo postre vino a ser “buen origen para un soplador de chirimías”¹. Cuando Pedro de Alconchel nació, hacía tres años que se había descubierto el Nuevo Mundo².

Su infancia transcurrió en tierras de Béjar, señorío de los Duques de ese título, cerca de cuyo castillo estaba la ermita de la Candelaria. El recuerdo que de esta Virgen conservó siempre el trompeta, hace colegir que a su imagen fue una de las primeras que rezó el soldado en su niñez³.

Por lo demás, se sabe que su hogar lo integraban varios hermanos —varones y hembras— el mayor de los cuales parece haberlo sido Bartolomé de Alconchel, hombre que murió bastante viejo. Todos se casaron y dejaron sucesión en la villa de Baños y en Garganta de Campos. Pedro de Alconchel debió de crecer al lado de ellos, y esto, en realidad, es lo único que logra descubrirse de la juventud de nuestro biografiado⁴.

Al cumplir los treinticinco años de edad pasó a Indias y después de integrar la hueste de Pizarro en Tierra Firme, zarpó con este Capitán al Descubrimiento del Perú. Para entonces Alconchel era uno de los dos trompetas del Gobernador, pues Juan de Segovia, hombre que fallecería en breve, era el otro soplador de los clarines⁵. El oficio no era principal pero tampoco de los menos importantes. Don

Sancho de Londoño en su "Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar", afirma que, tanto clarines como trompetas, "son instrumentos necesarios, porque demás de levantar los ánimos de la gente, con ellos se les dan las órdenes que no se oirían, ni entenderían a boca, ni de otra manera" ⁶. Según esto, pues, Alconchel era el intermediario entre sus jefes y la tropa.

De este modo sirvió en Coaque, Puerto Viejo, la isla de Puná y el litoral de Tumbes, lugar este último donde presencié el embarque de dieciseis soldados que por miedo regresaban a Nicaragua ⁷. Luego de asistir a la fundación de San Miguel y salir del nuevo pueblo con dirección a Cajamarca, se halló el 16 de noviembre de 1532 en la captura del Inca, acontecimiento en el que —según varios cronistas— jugaron un papel muy principal corneteros y clarines al sembrar el desconcierto entre los indios. Como premio a su soplar y combatir, le tocó 4,440 pesos de oro y 181 marcos de plata ⁸.

Hasta entonces había sido infante, mas no de su voluntad. Ahora estaba rico y podía aspirar a caballero. Comprada, pues, la cabalgadura a un amigo, por el solo hecho de la adquisición, Pedro de Alconchel ascendió a trompeta de caballería ⁹. Antes de salir de Cajamarca, el 26 de junio de 1533, recibió de Juan García una carta de obligación por doscientos sesenta pesos, valor de una india de Nicaragua ¹⁰; el 16 de del siguiente aceptó un poder de Martín de Santillana ¹¹; y el 21 actuó de testigo en un escrito similar ¹². Después de figurar en estos compromisos y escrituras, Pedro de Alconchel, a caballo y con el clarín en bandolera, siguió a Jauja en compañía del Gobernador Pizarro.

Allí vió a los soldados españoles que "tomaron e Robaron a los dichos yndios del dicho valle mucha cantidad de ovejas E carneros E mayz E papas E quinua E ropa E cumbi E otras cosas E gran cantidad de yndios E yndias para su servicio que llevaron consigo E que lo save como persona que entró con el dicho marques en el dicho valle y lo vido ser y pasar como tiene declarado" ¹³. Tanto hallaron y tanto se llevaron de allí los castellanos, que a partir de entonces, Jauja —como sinónimo de promisión— hizo su ingreso al refranero. Las Guerras Civiles de los conquistadores terminarían de corroborar su fama.

Pero el momento de mayor gloria para Pedro de Alconchel en la Conquista no fue, precisamente, en este valle de Jauja, sino cuando salió de él con Almagro el Viejo, a socorrer a Hernando de Soto cercado por Quisquis en Vilcaonga. Cuentan las historias que la situación

era desesperada para los sitiados y que envueltos en la oscuridad de la noche andina esperaban ser masacrados al amanecer. Los españoles, como en los viejos cronicones y cantares, pedirían al principio correr la misma suerte que Daniel en el foso de los leones, pero luego, al comprobar que el peligro de los indios aumentaba, pasarían a pensar en sus pecados y a invocar a Aquel que resucitó a Lázaro de entre los muertos. . .

Entonces fué que, como falso anuncio del Juicio Final, “a medianoche en Limatambo sonó la trompeta de Alconchel”¹⁴, “y con oyr esta trompeta se animó tanto la gente que estaba con el dicho capitán Soto que cassi quisieron dar en los yndios y ellos a un tiempo apagaron todos los fuegos y se fueron”¹⁵. Pedro Pizarro, al narrar el cerco de los cristianos en Vilcaconga dice: “pues estando Almagro en lo alto para atinar donde los españoles estaban y ellos supiesen de su llegada, mandó tocar una trompeta que era Alconchel, y tocada, los españoles que estaban con Soto, bien afligidos, se alegraron y vinieron a donde Almagro estaba, y esta trompeta se tocaba muchas veces esta noche a fin de que algunos españoles que atrás habían quedado cansados, atinasen donde estaba el real de los cristianos. Pues oída los yndios de guerra la trompeta, conocieron el socorro que había llegado y á esta causa otro día de mañana se fueron. . .”¹⁶.

Esa cuesta de Vilcaconga, en la orilla derecha del Apurímac —como bien apunta Cieza— está después de Limatambo¹⁷. Además, aún hoy, la profundidad y silencio del valle propician una sonoridad extraña que consigue despertar la admiración del viajero. No debe dudarse, pues, que sin verse aún aquel refuerzo de soldados que desde lo alto semejaría una hilera de hormigas, la trompeta de Alconchel se dejara ya sentir en las cumbres con esa nitidez con que sólo en los Andes suelen oirse los instrumentos de viento. El cuadro, por ser distinto, no puede compararse al del adalid Roldán cuando tocó el olifante, pero, después de todo, Almagro y sus hombres eran tan deseados como el Emperador de la barba florida y sus guerreros de la dulce Francia. De no sonar a tiempo la trompeta, calcando el cantar de Roncesvalles se hubiera podido decir:

*Mala la hubistes cristianos
En esa de Vilcaconga,*

pero "a medianoche en Limatambo sonó la trompeta de Alconchel" 18 y nadie, al mencionar este episodio, volvió a pensar en derrota.

Como puede deducirse de las crónicas, el refuerzo lo condujo Almagro pero la victoria se debió al cornetero. A partir de entonces, cubierto de gloria y orgulloso de su hazaña, comenzó a firmar: "Pedro de Alconchel, trompeta" 19. Y cuando años después los soldados viejos de Pizarro hablaban de lo duro que fue socorrer a Vilcaconga, con frecuencia mencionaban en la parte principal de su relato a Pedro de Alconchel, "como persona que fue trompeta del dicho marqués" 20. Mas también el trompetero se cuidaba de refrescar su hazaña y siempre que evocaba a Vilcaconga y sus aciagos días, remataba su versión con la siguiente prueba: "y este testigo lo sabe bien porque se halló en todo ello como trompeta de Su Magestad" 21. Entonces ya no era corneta anunciador de un marqués sin marquesado, sino del Rey de España, nada menos. La verdad es que, perdonando estas vanidades tan humanas, Pedro de Alconchel era el trompeta más famoso de las Indias del Mediodía.

Reunidos a Soto, los soldados esperaron al Marqués, y cuando todos juntos se sintieron fuertes se dió la orden de avanzar al Cusco. La ciudad fue sólo defendida por Quisquis y sus quiteños porque los quechuas, dispuestos a recibir a los vengadores de Huáscar, no solamente les abrieron las puertas sino que también les entregaron "todo el oro y plata e piedras de valor que en la dicha ciudad se hallaron y pudieron recoger así de las guacas y mezquitas e casa del Sol como de otras partes" 22.

Ya en el Cusco vio Alconchel partir a Diego de Agüero cuando marchó al descubrimiento del Collao y su laguna sagrada 23 y, así mismo, al Veedor Jerónimo de Aliaga recibir el oro y plata que se trajo de aquella remotísima región 24. Pero la tierra seguía inquieta y se hubo de olvidar al oro por un tiempo a cambio de seguridad. De este modo Alconchel, a caballo y con trompeta, volvió a salir a la pacificación de Condesuyos y luego a Jauja con Hernando de Soto, donde los de Quito tenían cercado al Tesorero Riquelme. Antes de entrar a esta población, Alconchel contempló el gran puente de bejucos incendiado por el enemigo y un corto número de huancas al mando del curaca Sulicachi que, unidos a los españoles, defendían con tesón aquella tierra. Soto irrumpió sobre Quisquis como un alud y lo obligó a fugar al norte, siendo entonces que Alconchel asistió a las

batidas que se dieron en Maraicalla y las montañas de Huánuco, campañas que sirvieron para echar definitivamente a los quiteños²⁵.

Vuelto a Jauja, ciudad de la que era fundador, el 5 de julio de 1534 firma una obligación a Jorge Griego por 1,123 pesos que éste alguna vez le prestó²⁶. Allí radica en calidad de vecino hasta finalizar noviembre, tiempo en que se efectuó aquella célebre sesión capitular para discutir si se cambiaba o no la población de sitio. Nuestro hombre, seguidor siempre de Pizarro, fue partidario del traslado, pues “dixo que su parecer es que se haga el pueblo en los llanos pues es asy la voluntad del señor governador e que es mejor que sea uno grande que no dos pequeños”²⁷. Por esta causa fue que bajó poco después al valle del Rímac, morada del Diablo Hablador, lugar elegido para la nueva capital. Ignoramos si el trompeta asistió a su fundación, lo que sí es un hecho es que en sus alrededores, en los indios yungas de Chilca y Mala, tenía ya asentada su encomienda²⁸.

Si hasta aquí todo había salido bien no todo iba a seguir igual, que —como dice el Quijote— “tiempos hay de acometer, y tiempos de retirar, y no ha de ser todo ¡Santiago, y cierra España!”²⁹. Efectivamente, un año después de la nueva fundación estalló el alzamiento general del bravo Manco Inca. Por su encargo Titu Yupanqui cercó a la capital y Lima, según cálculos de Pedro de Alconchel que estaba defendiéndola, vivió sitiada “mas tiempo de ocho días”³⁰. Entonces “save e vido que entre algunos españoles se platicó de desamparar y dexar la tierra porque se tenía por cierto que la gente questava en la dicha ciudad del Cusco era toda muerta”³¹. En un esfuerzo por dominar los caminos hasta Vilcas, el Marqués envió a la sierra a Juan Mogrovejo de Quiñones (el tío de santo Toribio) y como integrante del destacamento salió también Pedro de Alconchel. Pero la expedición fué desgraciada desde que partió de Lima hasta que murió su capitán. Sólo unos pocos españoles consiguieron escapar con vida y uno de ellos resultó el trompeta de caballería³².

Entonces fue que con Francisco Pizarro partió otra vez al Cusco, armado para campaña larga y con aire de pacificación. En su recorrido pasó la tropa por el valle de Jauja y Alconchel tuvo allí ocasión de abrazar a su amigo el curaca Sulicachi y de admirar la precisión de sus arcaicos quipus. En ellos, el celoso jefe indio, llevaba la cuenta de todo lo robado por los españoles. Resultaba increíble, pero en esos cordoncillos de lana coloreada, Sulicachi había tomado nota de

todo con sorprendente exactitud. Desde los naturales cargueros que sacaron del valle los cristianos la primera vez hasta los cuyes y huevos de paloma tomados para alimentar la hueste, constaban acusadoramente en los enigmáticos registros. Y Alconchel, gran conocedor de la habilidad matemática de los quipucamayos, concluyó que este original sistema nada tenía que envidiar al llevado con papel y tinta por los españoles, pues “todo lo que an dado de mucho tiempo atrás lo tienen. Así mismo en sus quipos E save este testigo que los dichos sus quipos son muy ciertos E verdaderos porque este testigo muchas E diversas vezes A cotejado algunas quantas que a tenido con yndios E les A dado E hallado que los quipos que thenian los dichos yndios heran muy ciertos E lo mismo a oydo dezir a otros muchos españoles que lo an experimentado en cosas E quantas que an thenido con los dichos yndios...”³³.

Después de visitar el Cusco en compañía del Marqués, Alconchel tornó a Lima siempre como su hombre de confianza. El 17 de noviembre de 1538 ya estaba de vuelta en la ciudad, porque en esta fecha fue amonestado por el Cabildo por tener descuidado su tambo de Chilca con daño para los viajeros y caminantes³⁴.

Más tarde se dice que estuvo enfermo en cama la mañana que los almagristas mataron al Marqués, pero ésta, en realidad, era disculpa muy usada entre los conquistadores para eludir responsabilidades. Lo cierto es que debió de llegarle tarde la noticia o se halló sin ánimo para actuar en forma decidida. En cambio, sabemos que asistió después secretamente a la llegada de Pedro de Heredia, que traía de Vaca de Castro el título de Teniente de Gobernador para Jerónimo de Aliaga. Posteriormente, por ser vecino viejo y principal, Vaca de Castro le dejó en Lima para guardar la población. Por esta causa, en realidad poco sabida, es que nadie lo menciona en la batalla de Chupas. Seguía en Lima cuando entró como Virrey el inflamable Núñez Vela, gobernante al que sirvió hasta poco antes de la rebelión gonzalista, alojándole en su casa a veintitrés soldados y sentándolos a una mesa, vale decir, dándoles de comer, según frase de la época³⁵. Pero por algún motivo que hasta hoy no ha llegado hasta nosotros, este fervor de fidelista se enfrió al extremo de pasarse abiertamente al bando de los Oidores. Y cuando en una balsa de totora Blasco Núñez fue llevado preso a la isla de San Lorenzo sin más compañía que la del remero indio, cuenta el Palentino, que entre los catorce o quince vecinos que desde

otras balsillas vigilaban al cautivo, uno era Pedro de Alconchel, el encomendero de los chilcas ³⁶. Acaso su antigua devoción por los Pizarro lo hacía militar como enemigo del Virrey, mientras el Gran Gonzalo bajaba de los Andes con banderas desplegadas y tambor batiente para dar acogida en su revuelta a todos los amigos de su casa.

Y el Gran Gonzalo entró a Lima, pero no reparó demasiado en Alconchel. Había sido un trompeta de renombre, era verdad, pero por tener ya medio siglo en sus espaldas estaba demás para la guerra. Los soldados a esa edad sólo servían para contar historias y oficiar de testigos en probanzas. Y el Gran Gonzalo siguió para Iñaquito mientras el trompeta lo vio partir desde la plaza... Igual desaire le haría después el licenciado de La Gasca al dejarlo otra vez en la ciudad mientras el grueso de la gente subía para Jaquijahuana. Tampoco quiso llevarlo por ser demasiado añoso para vestir la armadura, como si no hubiera alzado bandera últimamente por la causa Real con Antonio de Ribera, abominando de Pizarro y sus secuaces, hombres traidores al Rey nuestro señor, tiranos, robadores y asesinos... ³⁷.

Cuando entró a estos reinos por Virrey Antonio de Mendoza, ya Pedro de Alconchel se había resignado a la vejez. Achacoso y enfermizo, su fogosidad como corneta y hombre de armas pertenecía al pasado. Por esto no osa figurar en los alardes y defensas que se hicieron en Lima cuando la guerra de Girón. En 1556, al iniciarse el gobierno del Marqués de Cañete, seguía de vecino en la Ciudad de los Reyes refugiado en sus recuerdos y rodeado de curiosos. Por entonces se preciaba de haber sido amigo del Marqués Pizarro desde 1529 hasta el día que lo asesinaron ³⁸. A estas alturas, Alconchel estaba dado a devociones y prácticas de iglesia. Su tiempo también lo repartía en sacar de pila a varios hijos de españoles y también de algunos negros ³⁹. Otra de sus obsesiones era dotar de campanas a sus indios de Chilca y Mala para embelesarlos desde lejos con sus metálicos murmullos, atrayéndolos de este modo a la misa mayor los domingos y fiestas de guardar ⁴⁰. Con estos sus indios se había encariñado mucho y vuelto escrupuloso. Cuando en 1561 le fue consultada su opinión sobre perpetuar las encomiendas, "dixo que Su Magestad mire lo que se le escribió E haga de manera que no encargue su conciencia y que no sabe determinarse si la perpetuidad es buena o no" ⁴¹. Acaso también estaba enfermo, porque había de por medio un egoísmo superado y no bastaba ser viejo para actuar así. La verdad es que su vida se iba apagando poco a poco como el eco de una

trompeta de guerra. El eco de esta trompeta se oyó hasta mediados de 1562; después pasó a perderse en el vacío.

Efectivamente, Pedro de Alconchel murió en Lima pasado julio de 1562, de aquella enfermedad que lo forzara a otorgar su testamento el 6 de enero del mismo año. Su enterramiento se efectuó en la iglesia de la Merced, donde tenía capilla propia destinada a sepultura de sus descendientes. El mismo dispuso que el día del sepelio, estando su cuerpo presente y escoltado por los clérigos, se dijeran en el templo una misa cantada y seis rezadas, y que, durante todo el mes, se oficiase un treintenario de estas últimas. También mandó a cada iglesia o capilla de la Ciudad de los Reyes un peso de caridad; un legado de 200 para su hermano Bartolomé de Alconchel; otro de 300 para los hijos de sus hermanos y, por último, luego de recordar a estos familiares y vincularlos a su infancia y juventud, separó cien pesos de limosna para la vieja ermita de la Candelaria de Bejar. Y ordenado su testamento entregó su alma al Creador. Así acabó Pedro de Alconchel, el héroe de Vilcaonga, el animoso jinete que estremecía los montes con su corneta de guerra⁴².

De él sólo quedó la fama de hombre bueno y su recuerdo amable de soldado viejo. Lima también le quedaba agradecida, porque en 1539 Alconchel fue el primero en abrir una tienda para el expendio del pescado, vendiéndose éste a dos tomines el arrelde⁴³; y diez años más tarde, abrió igualmente la primera posada para los viajeros y soldados sin oficio, por lo que “la venta de Alconchel” gozaba de más crédito que “la venta de Camacho”, su competidora⁴⁴. El trompeta, además, dio su nombre a una calle por tener en ella su morada. “La calle de Alconchel” sólo se llamó de La Trinidad, cuando en los solares del conquistador difunto se levantó el monasterio de las religiosas bernardas⁴⁵.

Nuestro hombre había casado en Lima con doña Ana María de Aliaga, que llegó a esta ciudad en compañía de su madre doña Ana Ramírez de Aliaga, la misma que con su nieta Ana y fray Miguel de Orenes, quedaron de albaceas del soldado. Al tiempo de casarse, Pedro de Alconchel prometió a la novia 3,000 pesos de dote (que por no pagarlos murió ordenando su cancelación) y llevó además en calidad de bienes antifernales el solar en que levantaría su casa de morada, una chacra en el camino del Callao (la llamada hasta el siglo XVII “chacra de Alconchel”) y diez solares cerca del pueblo indio de La Magdalena⁴⁶.

Buen recuerdo tenía el trompeta de su esposa al momento de morir, pues le señaló una cantidad regular de pesos de oro “porque tenga mejor con que se poder sustentar, e por el mucho amor que le tengo y por los muchos y grandes seruiços que en mys enfermedades me a ffecho” 47.

Dos fueron las hijas que quedaron del mencionado enlace: Ana María de Alconchel, bautizada en el Sagrario el 11 de abril de 1547, la cual falleció todavía moza luego de ser albacea de su padre 48; y Catalina de Alconchel, que por muerte de su hermana sucedió en los indios de Chilca y Mala. Esta Catalina casó muy joven con el Capitán Pablo de Montemayor, hombre decrepito y anciano que había sido soldado principal. La primavera de la moza y el invierno del marido animaron al Inquisidor Ulloa a cortejar a la primera, cediendo doña Catalina ante el asedio del eclesiástico. Se rumoreó entonces que el agraviado esposo por no poder defender su honra “avía pedido al dicho Ynquisidor, de rodillas, que no le ynquietase en su casa y le dexase su muger” 49. Pero pudo más la lujuria que el entendimiento y la situación de pecado continuó. En esto falleció Montemayor y su viuda quedó a entera merced del ministro del Santo Oficio. Los escándalos a los que ambos dieron pábulo fueron incontables, pero la ciudad entera se contentó con urdir y comentar. La familia de doña Catalina la aconsejaba incesantemente, mas era poderoso Gutiérrez de Ulloa para ser derrotado por las palabras de una madre y una abuela. Y así siguió todo hasta que se cruzó en su camino el espadachín y camorrista Jusephe de Ribera y Dávalos, último vástago de Ribera el Viejo. Prendado éste de la belleza de doña Catalina y perdonándole las dos hijas tenidas de su amante, se casó con ella en Lima el 15 de julio de 1580. “Pero fueron tantos los amagos que hizo el Inquisidor para frustrar el matrimonio de su opulenta manceba, que se hubieron de dispensar las amonestaciones, por haberse probado que iba a impedirse maliciosamente el matrimonio a la menor dilación. La boda se celebró en la misma casa de Doña Catalina de Alconchel; y fueron los principales testigos los dos Montemayor, el presbítero Don Gonzalo y Alonso, próximos parientes del primero y ultrajado marido, que ahora vengaban su memoria favoreciendo la definitiva ruptura del concubinato sacrílego y escandaloso” 50.

Hubo otro hijo de Pedro de Alconchel llamado Juan, tenido en Francisca, “india de la tierra” 51. El muchacho se bautizó en el Sa-

grario el 12 de abril de 1543 y fueron sus padrinos Rogel de Loria y Mayor Godínez. El niño creció en Mala y llegó a mozo contaminado de los defectos propios de los mestizos de este tiempo. Educado solamente por la madre, asistía a ritos y ceremonias idolátricas, prescindía de la misa y su ideal en este mundo era la diversión desenfadada. Debió morir en Mala víctima de las mujeres y el brebaje de maíz, vicios a los que dedicó los últimos años de su misérrima existencia ⁵².

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Trujillo, Diego de... —Relación del Descubrimiento del Reyno del Perú.— (Sevilla 1948), p. 121. Nota 123.
2. Archivo General de Indias de Sevilla (A.G.I.). Lima 205; Patronato 90—N1—R25; Pat. 107—N1—R2; Pat. 109—N1—R4; Pat. 113—N1—R8; Pat. 128—N1—R2.
3. Angulo, R.P. Domingo... —Testamento de Pedro de Alconchel— en la —Revista del Archivo Nacional del Perú— (RANP), tomo IX—Entrega I—p. 118.
4. Loc. cit.
5. A.G.I. Pat. 97—N1—R1.
6. Vigón, Jorge... —Milicia y Regla Militar— (Madrid 1949). Cap. V, p. 90.
7. A.G.I. Pat. 128, N1—R2.
8. Lista del Oro y de la Plata (Cajamarca).
9. Trujillo, Diego de... Op. cit., p. 121. Nota 123.
10. Lohmann Villena, Guillermo... —Índice del Libro Becerro de Escrituras.— En R.A.N.P. Tomo XIV. Entrega II, p. 228.
11. Lohmann Villena, Guillermo... Op. cit., tomo XIV. Entrega II, p. 216.
12. Ibidem. p. 217.
13. A.G.I. Lima 205.
14. Trujillo, Diego de... Op. cit., p. 62.
15. A.G.I. Pat. 126, N1—R—20.
16. Pizarro, Pedro... —Relación del Descubrimiento y Conquista de los Reinos del Perú— (Buenos Aires 1944), p. 71.
17. Cieza de León, Pedro... —La Crónica del Perú— (Buenos Aires 1945). Cap. XCI—p. 240.
18. Trujillo, Diego de... Op. cit. p. 62.
19. A.G.I. Pat. 92—N3—R1; Pat. 93—N6—R3; Pat. 113—N1—R8.
20. A.G.I. Lima, 205.
21. A.G.I. Pat. 113—N1—R8.
22. A.G.I. Pat. 128—N1—R2.
23. A.G.I. Pat. 92—N3—R1; Pat. 119—N1—R1.
24. A.G.I. Pat. 128—N1—R2.
25. A.G.I. Lima, 205; Pat. 107—N1—R2.
26. A.G.I. Justicia 405. Lohmann Villena, Guillermo... Op. cit. tomo XIV. Entrega II—p. 234.
27. —Libros de Cabildos de Lima,— Libro I (1534-1539) p. 9.
28. A.G.I. Justicia 405.
29. Cervantes Saavedra, Miguel de... —El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.— Segunda Parte, cap. IV.
30. A.G.I. Pat. 128, N1—R2.

31. A.G.I. Pat. 107—NI—R2; Pat. 128—NI—R2.
32. A.G.I. Pat. 113—NI—R8.
33. A.G.I. Lima 205.
34. —Libros de Cabildos de Lima.— Libro I (1535-1539), p. 239.
35. A.G.I. Justicia 425; Pat. 113—NI—R8; Pat. 128—NI—R2.
36. Fernández, Diego... —Primera Parte de la Historia del Perú— (Madrid 1913). Lib. I-Cap. XXII, p. 115.
37. "Libros de Cabildos de Lima", Libro I (1534-1539) p. 9.
38. A.G.I. Pat. 90—NI—R25.
39. —Revista del Archivo Nacional del Perú.— Tomo VIII. Entrega I-p. 84, 89, 91 y 95; tomo XI. Entrega II-p. 225; tomo XII. Entrega I-p. 108.
40. Angulo, R.P. Domingo... Op. cit. En R.A.N.P. Tomo IX. Entrega I-p. 119.
41. A.G.I. Indiferente General 1530. En varias escrituras de ese año no firma ya como solía hacerlo en sus tiempos de trompeta y el escribano se limita a exponer: "señalolo de una señal que dixo que acostumbrava a hacer por firma" (A.G.I. Pat. 93—N 11—R2). También en julio del siguiente año declara en una probanza de los herederos de su antiguo jefe el Capitán Hernando de Soto, pero tampoco se muestra explícito ni generoso en sus recuerdos, omitiendo por completo al hablar de Vilcaconga su actuación como trompeta (A.G.I. Pat. 109—NI—R4).
42. Angulo, R.P. Domingo... Op. cit. En R.A.N.P. Tomo IX Entrega I-p. 117.
43. —Libros de Cabildos de Lima— Libro I (1535-1539), pp. 286 y 434.
44. —Libros de Cabildos de Lima— Libro IV (1548-1553), p. 171.
45. Angulo, R.P. Domingo... Op. cit. En R.A.N.P. Tomo IX. Entrega I, p. 113. Nota 7.
46. Angulo, R.P. Domingo... Op. cit. En R.A.N.P. Tomo IX. Entrega I-p. 117, véase también R.A.N.P., tomo V. Entrega I-p. 17.
47. Angulo, R.P. Domingo... Op. cit. En R.A.N.P. Tomo IX. Entrega I-p. 118.
48. —Revista del Archivo Nacional del Perú.— Tomo XIII. Entrega II-p. 242.
49. Medina, José Toribio... —Historia del Tribunal de la Inquisición de Lima— (Santiago de Chile 1956). Tomo I-pp. 246, 247, 248, 252, 253, 268 y 269.
50. Riva Agüero y Osma, José de la... —El Primer Alcalde de Lima Nicolás de Ribera el Viejo y su Posteridad— (Lima 1935), p. 82.
51. —Revista del Archivo Nacional del Perú— Tomo XII. Entrega I-p. 103.
52. Medina, José Toribio... Op. cit., tomo I-pp. 204 y 248.

EL INTERPRETE :

HERNANDO DE ALDANA:

Entre los muchos españoles que arribaron a estas costas con Francisco Pizarro, Hernando de Aldana es el único que se identifica con el primer intento de acercamiento al alma del indio a través del rico mundo de su lengua. Su aprendizaje del *Runa-Simi* lo debió efectuar en las tediosas noches de navegación por el Mar del Sur o en las tropicales que siguieron a la Bahía de San Mateo. Los tallanes Francisquillo, Fernandillo y Felipillo serían sus maestros. Las crónicas señalan que cuando los indios aprendían español, memorizaban; por el contrario, cuando un español aprendía una lengua india, la escribía. Este es el método que hoy podríamos llamar de Francisco de Orellana, el Descubridor del Río Grande de las Amazonas, hombre que

*“...tuvo de lenguas gran noticia,
y para las hablar mucha pericia”.*

Sin embargo, Orellana no fue el primero en recurrir a las anotaciones. Por eso imaginamos a Hernando de Aldana, con una pluma y cierto trozo de papel, inquiriendo de los muchachos cobrizos los secretos de la lengua del Inca. No sucedería esto una vez, acaso sucedió cincuenta, pero lo cierto es que aquellas prácticas difíciles convirtieron a Hernando de Aldana en nuestro primer quechuísta.

Era hombre nacido en el siglo XV¹ y, si nos guiamos por la edad que le asigna Gutiérrez de Santa Clara al momento de su muerte, su

venida al mundo ha de situarse por 1481². Los escritores concuerdan en que era hidalgo y que sabía firmar³. Pertenecía a los Aldanas cacereños, quienes usaron el nombre de Hernando por tradicional en su familia desde los tiempos de Fernán Pérez de Aladana, el vencedor de Guillermo, Duque de Normandía. Estos Aldanas eran de origen gallego, estaban emparentados con los Maldonado⁴ y lucieron por armas un campo de oro con dos lobos de púrpura⁵.

Hernando de Aldana, pues, fue el peón de infantería que tuvo la guapeza de aceptar el pedido de Francisco Pizarro en Cajamarca para ir a llamar al Inca a su campamento. Ni Jerez ni Mena registran su nombre, pero Oviedo y Cieza lo consignan con admiración⁶. El último de los nombrados, precisamente, cuenta cómo el Gobernador pidió un voluntario para mensajero y que sólo Aldana —“*un buen soldado*”⁷, en opinión de Pedro Pizarro— “*respondió que iría donde estaba Atabalipa y diría lo quél mandase*”⁸. Alegróse Pizarro con la respuesta del infante y enterándolo detalladamente de su misión, le dijo que no tardase. “*Aldana partió luego*”⁹ y obediente a lo ordenado “*anduvo hasta que llegó a la tienda de Atabalipa; hallóle sentado a la puerta della, acompañado de muchos señores y capitanes; explicó la embajada que traía; no le respondió (el Inca) nada, mas levantóse con mucha ira, y arremetiéndolo con el cristiano, quiso tomarle el espada; túvola (Aldana) tan fuertemente que no bastó, algunos de los principales que allí estaban se levantaron con voluntad de lo matar e tomarle el espada; Atabalipa como que veyá (sic) recibió afrenta en no se la quitar, les mandó que lo dejasen y le dijo con buen semblante que se volviese e dijese a Pizarro que luego se partiría por le hacer placer y se verían entrambos. Aldana, que no la tenía todas consigo, hizo su actamiento (sic) y a paso largo volvió donde estaba Pizarro, a quien contó lo que le había pasado e como Atabalipa traía gran cantidad de oro y plata en muchos vasos e vasijas, y que le parecía que venía de mal arte e con gran soberbia*”¹⁰. La Crónica Rimada, más lacónica y serena, cuenta que al ver la tardanza de Atahualpa, el Gobernador Pizarro

*“A darle priesa un cristiano envió,
El qual fue a decirle que entrase temprano.
El Inca pidió el espada al cristiano.
El qual con recelo no se la dió”*¹¹.

Vuelto de su misión no cesaron por ello sus angustias. Aldana “*entendía un poco de la lengua de los indios porque lo había procurado*”¹², y “*visto el Marqués don Francisco Pizarro que Atabalipa venía ya junto a la plaza, envió al padre Fray Vicente de Valverde primer obispo del Cuzco, y a Hernando de Aldana (sic) . . . y a D. Martinillo lengua, que fuesen a hablar a Atabalipa y a requerirle de parte de Dios y del Rey se sujetase a la ley de nuestro Señor Jesu Cristo y al servicio de S. M.*”¹³. La misión esta vez fue desastrosa y descompuesto el Inca por la ira, los tres enviados no tuvieron más remedio que correr. Entonces sonó el disparo fatídico y se agitó la tohalla en el aire: momentos después caía el Inca prisionero. Hernando de Aldana, no tanto por su actuación en la lucha cuanto por sus dotes de quechuísta, recibió en el reparto 4,440 pesos de oro y 181 marcos de plata¹⁴. No en vano se había jugado la vida dos veces como improvisado embajador.

Luego de estos servicios era lícito que Aldana ganara gran renombre. Se dice que fue uno de los fundadores del Cusco, pero en el reparto de solares y cargos capitulares no aparece. Se presume que volvió después a Jauja, donde el 30 de junio de 1534 otorgó una carta de poder para cobranzas a doña María Prieto, su madre, a Gonzalo de Pineda u a Alonso de Aldana, su hermano, ausentes, para que reciban 1,000 pesos de oro que Ginés de Carranza llevaba a la primera¹⁵. Ese mismo día fue testigo en un poder del citado Gonzalo de Pineda¹⁶ y el siguiente en otro de Rodrigo Orgóñez¹⁷. Luego de esto debió volver al Cusco, donde se le dió repartimiento y vecindad. Influiría mucho en el Marqués Pizarro —para darle estas mercedes— la recomendación que le había hecho la Reina en Toledo el 31 de mayo de 1529. En ella le decía de Aldana: “*nos ha seruido en estas partes y con deseos de continuar (tales servicios), se va a la dicha tierra (del Perú), por cuyo Respeto y por ser debdo de criados y servidores nuestros tengo voluntad de le mandar favorecer y hazer merzed*”¹⁸. Pizarro, pues, vió llegado el momento de recompensar al intérprete y no puso dilación en efectuarlo.

En su nueva vecindad pronto pudo destacar como soldado de a caballo. En compañía del capitán Juan Pizarro estuvo en la toma del peñol de Angocagua y su santuario, tierra cuyos indios habían muerto a Pedro Martín de Moguer, su encomendero. Según Aldana, la treta de que se valieron los españoles en esta ocasión fue “*que dixeron que yuan a adorar una guaca que tenyan en el dicho peñol (los naturales) e a ofrecelles corderos*”¹⁹. El frío y la nieve que acompañó a esta cam-

pañía hizo que los vencedores tornaran presurosos al Cusco. No pudieron reconfortarse demasiado, porque Manco Inca declaró la guerra a los hispanos y puso duro cerco a la ciudad.

En la defensa de la capital incaica Hernando de Aldana no fue de los soldados incoloros. Pedro Pizarro al historiar el cerco, aunque no entra en detalles, llega a decir: "*era buen hombre en la guerra: fue vecino del Cuzco, tenía-se por hidalgo*"²⁰. Sin embargo, desconocemos los hechos que merecieron la primera apreciación del cronista.

Levantado el cerco, se aproximó Almagro, quien venía del descubrimiento de Chile. Tratando de espiarlo envió Hernando Pizarro desde el Cusco a cuatro jinetes, uno de los cuales era Hernando de Aldana, pero el almagrista Francisco de Chávez se dio maña para ponerles una celada y los tomó prisioneros. Almagro los recibió con muchas cortesías, porque pretendía enterarse por ellos de lo que había pasado en el Cusco, mas ciertos embajadores de Manco Inca que estaban en el campamento se indignaron y se fueron a contar a su señor cómo Almagro prometía falsas paces, pues trataba a los del Cusco como amigos²¹.

Aunque pizarrista de corazón, Aldana fue de los Regidores del Cusco que, al 18 de abril de 1537, recibieron a Almagro por Gobernador de Nueva Toledo. Tuvieron que actuar así por temor a los de Chile. Pero habiendo partido el Adelantado para Chíncha, el soldado y su pariente Lorenzo de Aldana favorecieron la fuga de Gonzalo Pizarro y Alonso de Alvarado, que estaban presos de los almagristas²². Ignoramos si el quechuísta luchó en la batalla de Salinas; si lo hizo no debió ser por Almagro.

Después de la guerra renunció a su vecindad en el Cusco para ir a poblar la villa de la Plata, donde el Gobernador le concedió un repartimiento en los Quillacas²³. En la Plata lo sorprendió la noticia del asesinato del Marqués, por lo que se juntó al capitán Peranzúñez y salió en demanda de Vaca de Castro²⁴. Al pasar por el Cusco, a lo largo del mes de julio de 1541, permitió que Peralonso Carrasco y Diego de Narváez enterrasen en su casa cierto oro y plata de Nicolás de Heredia para librar dichos bienes de caer en manos de los almagristas²⁵. Parece que siguió hasta las lomas de Chupas, donde el 16 de setiembre de 1542, fue vencido Almagro el Mozo.

Pazada la victoria de Chupas, Vaca de Castro le dio nuevos indios, sin que por ellos perdiera los que ya tenía. De este modo continuó su vida de vecino de las Charcas. Pero una noticia procedente de Lima

hizo saber que el Virrey Núñez Vela requería gente y, deseoso de acudir al real servicio, partió con Luis de Ribera y otros encomenderos de la Plata. En Ilave se enteraron que el Virrey había sido preso por los Oidores. A pesar de todo continuaron a Arequipa, donde "con mucho dolor suio entendieron las muertes de Felipe Gutiérrez, Arias Maldonado, i Gaspar Rodríguez de Campo-Redondo" 26.

Desconcertado volvió entonces al Cusco, siendo aquí que tuvo lugar su lastimero fin. En efecto, por la gran enemistad del Demonio de los Andes con los Aldanas (especialmente con Lorenzo, con quien estuvo a punto de matarse a raíz de la bendición de las banderas gonzalistas), lo primero que hizo Carbajal al ingresar al Cusco fue apresar a Hernando y condenarlo a muerte, "sin saber nadie por el qué" 27. Cuenta Gutiérrez de Santa Clara que "Quando lleuaron a Hernando de Aldana a la picota estuvo en llegar allá más de vna hora, no auiedo más de un tiro de arcabuz, porque fue haziendo tantos extremos y cuytas, tantas paradas, y fue tanto su llorar y gemir, que fue cosa estraña de lo ver y considerar, por que no auia hombre que no tuuiese mucha compasión y lástima dél. Y así los vezinos que yuan con él començaron de llorar en velle a él llorar, que no auia hombre que no se condoliese dél y le deseasse dar la vida. . . mas en fin, por no le ver morir, de pura lástima se fueron algunos dellos a sus casas maldiziendo las crueldades de Francisco de Carbajal. Un compadre suyo que yua con él, por le consolar le dixo que no se acuytasse tanto, que pues era viejo de sesenta y cinco años, que no se rezelasse de tomar con mucha paciencia la muerte, pues era cosa natural a todos. Y al cabo y a la postre auia de morir, y que se esforçasse en Dios y se encomendasse de todo coraçón a Nuestra Señora para que le ayudasse a passar este trago tan amargoso, poniendo el ánima con el que la crió y la hizo de no nada. Hernando de Aldana respondió con grandes sollozos y gemidos diciendo: ¡Ah compadre! no os marauilleis de mis cuytas, ni de mis lágrimas, porque soy muy gran pecador y maldito hombre, que temo de passar por este tránsito porque me toma muy desapercibido y en rezió tiempo. Pues el dador de la vida la temió como hombre y en quanto hombre, siendo sin pecado, por qué no la temeré yo siendo tan gran pecador?; y por eso quissiera llorar mis pecados y grandes maldades; mas en fin, yo tengo grande esperança en Dios que me perdonará por (su) sancta pasión. Estas palabras y otras dixo sin mudar tan solo un passo, llamando a Dios y a Nuestra Señora de todo coraçón y a boca llena hasta que llegó a la

picota, y rezando el Credo fue ahorcado. . .”²⁸. Hernando de Aldana debió morir decapitado, según fuero de los hijosdalgos de Castilla, pero por hacer más humillante su final el Demonio de los Andes lo hizo ahorcar. El hecho sucedió en la ciudad del Cusco, el primer día de cuaresma del año 1546²⁹.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. Archivo General de Indias de Sevilla (A. G. I.) Lima 204A.
En el siglo XV ya existía en Cáceres —tierra de nuestro biografiado— la casona de los Aldanas en la “*cuesta de Aldana*”, descendiendo hacia la iglesia y barrio de Santa María. Esta casona la fundó Rodrigo Alvarez de Aldana, quien fue el primero en venir desde Alcántara en el siglo XIV (véase: Muñoz de San Pedro, Miguel. . . *Cuadernos de Arte: Cáceres*.— Madrid, 1954.— pp. XXV y XXVI).
2. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro. . . *Historia de las Guerras Civiles del Perú*.— Madrid, imprenta de Idamor Moreno, 1905.— Lib. III, cap. IV, p. 38, del T. III.
3. A. G. I. Lima 204A.
4. Busto Duthurburu, José Antonio del. . . *Maldonado el Rico, señor de los Andahuaylas*, en Revista Histórica, Lima, 1962-1963, T. XXVI, p. 113.
5. Atienza, Julio de. . . *Nobiliario Español*.— Madrid, Industrias Gráficas, España, 1948.— p. 198.
6. Fernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo. . . *Historia General y Natural de las Indias*.— Asunción del Paraguay, imprenta de la Editorial Guarania, 1945.— Parte III, lib. VIII, cap. XVI, p. 95 de T. XII.
Cieza de León, Pedro. . . *Tercera Parte de la Crónica del Perú*, en Mercurio Peruano, Lima, mayo de 1957, núm. 361, p. 253 (cap. XLIII bis).
7. Pizarro, Pedro. . . *Relación del Descubrimiento y Conquista de los Reinos del Perú*.— Buenos Aires. Talleres Gráficos La Mundial, 1944.— p. 41.
8. Cieza de León Pedro. . . Op. cit. loc. cit.
9. *Loc. cit.*
10. *Loc. cit.*
11. Porras Barrenechea, Raúl. . . nota 91 a la *Relación del Descubrimiento del Reyno del Perú*, de Diego de Trujillo.— Sevilla, imprenta de la Escuela de Estudios Hispanos Americanos, 1948.— p. 106.
12. Cieza de León, Pedro. . . Op. cit. loc. cit.
13. Pizarro, Pedro. . . Op. cit. p. 41.
14. *Libro Primero de Cabildos de Lima*. Parte, III.— Paris, imprenta Dupont, 1900.— p. 124.
15. Lohmann Villena, Guillermo. . . *Índice del Libro Becerro de Escrituras*, en Revista del Archivo Nacional del Perú, Lima, julio-diciembre de 1941, T. XIV, entrega II, p. 230.
16. *Ibidem*. p. 231.
17. *Ibidem*. p. 234.
18. Porras Barrenechea, Raúl. . . *Cedulario del Perú*.— Lima, imprenta Torres Aguirre, 1944.— T. I, p. 9.— *Ibidem*. T. II, p. 127.
Poco después de ser vecino del Cusco, Hernando de Aldana pidió licencia para viajar a España y volver al Perú, porque la Reina —en Madrid, a 23 de diciembre de 1535— le dio un año y medio de licencia para que lo haga sin que perdiera por ello sus indios. Aldana no pudo salir del Perú en los días que siguieron por las guerras que se desataron.

19. A.G.I. Lima 204A.
20. Pizarro, Pedro... Op. cit. pp. 117 y 125.
21. Cieza de León, Pedro... *Guerras de las Salinas*.— Madrid, imprenta de la librería de la viuda de Rico, s. a.— Cap. V, p. 23.
22. *Ibidem*, cap. XL, p. 215.
23. A.G.I. Patronato 105—N 1 R 18.
Loredo y Mendívil, Rafael... *Los Repartos*.— Lima, imprenta Miranda, 1958.— pp. 174 y 175.
24. Cieza de León, Pedro... *Guerra de Chupas*.— Madrid, Librería de la viuda de Rico, s. a.— Cap. XLIV, p. 158.
25. A.G.I. Justicia 422.
26. Herrera, Antonio de... *Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra firme del Mar Océano*.— Buenos Aires, talleres gráficos Continental, 1946.— Década VII, lib. VIII, cap. XVII, p. 204 del T. IX.
27. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit., Loc. cit.
28. *Ibidem*.
- A.G.I. Patronato 99—N 1—R 3; y 103—N 1—R 1.
29. Herrera, Antonio de... Op. cit., Década VII, lib. X, cap. XXI, p. 304 del T. IX.
Cieza de León, Pedro... *La Guerra de Quito*.— Nueva Biblioteca de Autores Españoles: Historiadores de Indias. T. II.— Madrid, imprenta Bailly Bailliere, 1909.— Cap. CLXXVIII, p. 203.

EL ESCRIBANO:

EL CONQUISTADOR JERONIMO DE ALIAGA

Nació en Segovia, en la collación de San Llorente, el año de 1508, como hijo de don Juan de Aliaga y de doña Francisca Ramírez, matrimonio de casta hidalga¹. A los dieciséis años pasó a Indias, radicándose en Castilla del Oro y participando en la entrada al golfo de San Miguel y Totonaga². Posteriormente, en el navío del mercader Pedro Gregorio, se unió a Francisco Pizarro en la costa de Coaque, capitán al que siguió en la conquista de Puerto Viejo e isla de la Puná, en el desembarco en Tumbes y fundación de San Miguel de Tangará. Finalmente, el 16 de noviembre de 1532, asistió a la captura del Inca en Cajamarca, valiéndole ello obtener en el reparto del botín 3.394 marcos de plata y 8.880 pesos de oro, lo que dice que militó en la caballería³.

Atendiendo a su preparación, el Gobernador Pizarro lo nombró escribano de la hueste⁴. Esto no fue óbice para que el jinete siguiera a Jauja y el Cusco, capital incaica donde desempeñó el cargo de Veedor del Rey en el reparto del segundo tesoro⁵. Después de hallarse en la fundación española del Cusco, Jauja y Lima, terminó avecindándose en esta última ciudad, donde el Gobernador Pizarro le concedió el solar que sus descendientes conservan hasta el día de hoy⁶. Le depositó también los indios de Recuay, para que los compartiera con el conquistador Sebastián de Torres,⁷ constando a estas alturas que Jerónimo de Aliaga estaba reputado por hombre de "honrra y habilidad y conciencia"⁸.

Cuando la guerra de Manco Inca, en 1536, se halló Aliaga en la defensa de la Ciudad de los Reyes con el cargo de Alférez Real o capitán de enseña, lo que lo convirtió en el abanderado de Pizarro durante todo el tiempo que duró la lucha⁹. Dos años después la Corona lo nombró Escribano Mayor del Perú,¹⁰ cargo que desempeñaba en 1541 cuando el asesinato de Pizarro. Entonces el segoviano se encastilló en su casa y con algunos amigos ofreció tenaz resistencia a los almagristas, pero abrumados los defensores de la casona se tuvieron que rendir ante el número mayor de adversarios¹¹.

Puesto secretamente al habla con el Gobernador Vaca de Castro, los pizarristas le confiaron el mando de la capital cuando la abandonaron los de Chile. Entonces fue investido con el cargo de Teniente de Gobernador y como tal dirigió la toma de un galeón almagrista que se hallaba anclado en el Callao, entregándolo después al piloto Juan Fernández¹². Puesta la Ciudad de los Reyes en calma, dejó en ella a Francisco de Barrionuevo y acudió a juntarse con Vaca de Castro que estaba ya en el Callejón de Huaylas¹³.

Con este Gobernador concurrió a la batalla de Chupas,¹⁴ mereciendo, entre otras recompensas, ser nombrado Secretario Mayor de la Audiencia de Lima. Usando este oficio, precisamente, se vió obligado a notificar al primer Virrey, Núñez Vela, la decisión de los oidores sobre que abandonara el Perú. Desterrado Núñez Vela y sublevado Gonzalo Pizarro, no quiso participar en la revuelta contra el Rey y marchó a ocultarse en Huaraz. De nada valieron las invitaciones de Gonzalo Pizarro ni las amenazas de su maestro de campo Francisco de Carbajal, pero a la postre tuvo que abandonar su refugio por peligrar la vida de los suyos. A regañadientes y contra su voluntad estuvo entonces con los gonzalistas, pero venida la armada de Lorenzo de Aldana al Callao, huyó del campamento rebelde y se acogió a los barcos del Rey; luego se juntó al Presidente Pedro Gasca y se halló con él en la batalla de Jaquijahuana¹⁵.

Derrotado el Gran Gonzalo y nombrado Procurador de Lima —junto con fray Tomás de San Martín—, viajó con el Presidente Gasca a Tierra Firme, ayudándolo a trasladar el oro para la Corona. Llevaba, entre otros, el encargo de obtener del Emperador una Universidad para Lima, donde se educaran los hijos de los conquistadores del Perú. En Panamá les sorprendió el alzamiento de los Contreras, ocasión en que Gasca pretendió aplastar a los revoltosos asegurando primero el puerto

del Nombre de Dios. Para empezar nombró a Jerónimo de Aliaga Gobernador de dicho puerto, marchando luego a combatir a los rebeldes. Sofocado el movimiento y vuelto Gasca al Nombre de Dios, se dispuso a embarcarse para España¹⁶. Agradecido el Presidente y, sobre todo, satisfecho con el comportamiento del capitán Aliaga, el 24 de mayo de 1550 le dio el mando de una de las nueve naves que poco después partieron para la Península. El "Galeón de los Albos", encomendado a Jerónimo de Aliaga, era la nao almiranta y por tanto investía con el almirantazgo a su conductor. De ahí que en breve se envió al "Galeón de los Albos", "donde va por Almirante el capitán Aliaga",¹⁷ una orden e instrucción para la armada durante su navegación.

Efectivamente, Jerónimo de Aliaga era el Almirante de esta armada que llevaba a Pedro Gasca con el oro del Rey. El mismo Presidente, satisfecho con la aptitud del segoviano, afirmaba que en él "se puede confiar el armada como de qualquier general que de España viniera"¹⁸. No se equivocó el astuto clérigo, porque en aquella navegación que hicieron a Castilla, a Jerónimo de Aliaga nada se le pudo reprochar.

Salidos del Nombre de Dios a fines de mayo de 1550, los barcos arribaron el 1 de junio a Cartagena de Indias luego de haber sufrido un temporal en el Golfo de Darién. En Cartagena las autoridades embarcaron un hermoso jaguar que llevaron para diversión de los príncipes Maximiliano y doña María. Salidos del puerto neogranadino, cruzaron el mar Caribe, anclando en San Cristóbal de la Habana el 19 de junio. Durante todo este tiempo, Jerónimo de Aliaga actuó como Almirante de la Mar del Norte. Su navío, por ser obligación del cargo, debería marchar atrás para recoger a los otros que se fueran retrasando. Al frente de todos iba la nao capitana, haciendo farol por la noche para que no se apartasen de ella sin permiso, so pena de muerte y pérdida de bienes para los pilotos y maestros infractores. La capitana llevaría siempre la bandera en el mástil y la almiranta en el trinquete. Ambas debían poner mucho cuidado en descubrir la presencia de corsarios y la primera que avistase alguno lo haría notar a las demás disparando un tiro o izando dos faroles. Para evitar los incendios, tanto la almiranta como la capitana, vigilarían que a partir de cierta hora —la del cubre fuego— se apagaran los fogones y candiles. Para comunicarse entre las naves existía un santo y seña; los saludos a la capitana se debían hacer por sotavento y siempre navegar todas a la conserva. Si se admitía alguna división era que con la capitana

siguieran cuatro naos y con la almiranta sólo tres. Jerónimo de Aliaga, como Almirante de esta armada, tenía que guardar todas estas disposiciones¹⁹.

El 9 de septiembre de 1550 los navíos penetraron en la barra de Sanlúcar de Barrameda, remontando luego el Guadalquivir y anclando en Sevilla el día 16, festividad de san Cipriano. Después de marchar al santuario de Guadalupe a dar gracias por el buen viaje a la Virgen de esta advocación, Jerónimo de Aliaga y fray Tomás de San Martín pasaron a buscar al emperador Carlos V a Augsburgo, en Alemania. Cuando estuvieron en su presencia le besaron la mano en nombre de los conquistadores peruleros, siendo entonces —luego de no pocas gestiones— que consiguieron para la Ciudad de los Reyes una real cédula facultándola a tener puente de piedra y para el Perú una nueva tasación de los tributos y una reglamentación para el trabajo de las minas. Posteriormente, en Valladolid, el 12 de mayo de 1551, el fraile y el almirante consiguieron de la Reina permiso para que Lima tuviera Universidad²⁰.

Imposibilitado de regresar al Perú por haberle recrudecido cierta enfermedad antigua, el Almirante Jerónimo de Aliaga murió en Villapalacios, posesión del conde de Paredes, el 21 de abril de 1569, siendo sepultado en la iglesia parroquial de San Sebastián²¹.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. Lohmann Villena, Guillermo: *Los americanos en las Ordenes Nobiliarias*.— Madrid, Imprenta Estados 1947.— tomo II, p. 68

Loredó y Mendivil, Rafael. . . *Los Repartos*.— Lima, Imprenta Miranda, 1958.— pág. 426.

Angulo, Domingo: *El testamento del capitán Jerónimo de Aliaga*, Revista del Archivo Nacional del Perú, Lima, 1941, tomo XIV, entrega II, p. 168.

Piferrer, Francisco: *Nobiliario de los Reinos y Señoríos de España*.— Madrid Imprenta Aguado, 1855.— tomo I, p. 53.

2. Archivo General de Indias (A.G.I.), Patronato 128—NI—R2.

3. *Libro Primero de Cabildos de Lima*.— París, Imprenta Dupont, 1900.— Parte II, p. 123.

4. La mayor parte de los documentos rubricados por Aliaga en este tiempo han sido publicados por Guillermo Lohmann Villena en el *Índice del Libro Becerro de Escrituras*, en la Revista del Archivo Nacional del Perú, a partir del tomo XIV, entrega II.

5. Loredó y Mendivil, Rafael, ob. cit., pp. 125-127.

6. A.G.I. Patronato 128—NI—R2.

7. *Ibidem*.

8. Levillier, Roberto: *Gobernantes del Perú*.— Madrid, sucesores de Rivadeneira, 1921.— tomo II, p. 47, y Porras Barrenechea, Raúl; *Cartas del Perú*. Edición de la Sociedad de Bibliófilos Peruanos, Lima, 1959, p. 196.

9. A.G.I., Patronato 128—N1—R2.

10. *Ibidem*.

11. *Ibidem*.

12. *Ibidem*.

13. *Ibidem*.

14. *Ibidem*.

15. *Ibidem*.

16. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro: *Historia de las Guerras Civiles del Perú*.— Madrid, tipografía Góngora, 1929.— lib. V, cap. LVIII, pág. 241 del tomo VI.

Calvete de la Estrella, Juan Cristóbal: *Rebelión de Pizarro en el Perú y Vida de don Pedro Gasca*.— Madrid, imprenta de M. Tello, 1889.— lib. V, cap. II, p. 365 del tomo II.

Zárate, Agustín de: *Historia del Descubrimiento y Conquista del Perú*.— Lima, imprenta Miranda 1944 lib. VII, cap. XI, p. 316.

17. Loredo y Mendivil, Rafael: *Jerónimo de Aliaga, Almirante del Perú*, en "El Comercio", Lima, día 7 de abril de 1949, número 57.637, edición de la tarde, p. 2.

18. Loredo y Mendivil Rafael: *Los Repartos*.— Lima, imprenta Miranda, 1958.— pág. 421.

19. *Ibidem*, p. 438.

20. *Ibidem*, p. 422 y ss.

21. A.G.I. Justicia 800. Todos estos datos han sido extractados de nuestra obra, aún inédita, titulada *El Conquistador Jerónimo de Aliaga*, la que obra en poder de los Sres. Jerónimo de Aliaga y Derteano y Agustín de Aliaga y de la Puente.

EL PREGONERO:

JUAN GARCIA

Su nombre completo fue Juan García Clemente, era “*natural de las Barcas de Avila*”¹ y por ende paisano de don Pedro de la Gasca. Su persona no es muy fácil de seguir, porque en la hueste perulera tuvo dos homónimos en la infantería: uno fue Juan García Pizarro, el escopetero, el otro Juan García de Santa Olaya, hombre que figura como peón.

Ubicado a pesar de los homónimos, algo es lo que se puede decir del abulense. En Cajamarca actuó de rodelero, por lo que preso el Inca obtuvo en el Reparto 2,775 pesos de oro y 103 marcos de plata². En la nómina de los premiados aparece ya con el altisonante y pobre título de “*pregonero*”, cargo con el que siguió a la tropa hasta Jauja y el Cusco, donde se le dió, ya con visos más civiles que militares, el oficio de *pregonero público* de la ciudad. Si en la hueste había leído y voceado los mandamientos del Gobernador Pizarro, ahora tenía que hacerlo con las ordenanzas del naciente Cabildo cusqueño, motivo por el que comenzó su bulliciosa labor por calles y plazuelas, cumpliéndola frecuentemente en la puerta de la iglesia y preferentemente a la salida de misa mayor. Entonces, prodigando a todo grito sus noticias, era escuchado por el vecindario y observado por los indios. Cumplido su trabajo sin duda luego de doblar el pliego ceremoniosamente, se retiraba en unión del escribano capitular, quien solía acompañarlo en tales casos para dar fe de la lectura y garantizar que hubo gente y dos testigos. El primer pregón que allí le conocemos es el del 26 de febrero

de 1534, en que por orden de Francisco Pizarro enteró a los soldados y vecinos que debían llevar a quitar su plata a la Casa de la Fundación³; y el último el del Domingo de Ramos de 1535, fecha en que acompañado del escribano Diego de Narváez voceó otra orden del Marqués sobre que nadie rescatase ni pidiese oro a los curacas⁴.

Sin embargo, poco después bajó a Lima y acaso pertrechado con el oro y plata que no quintó y sí le dieron los curacas, se embarcó en el Mar del Sur con miras a viajar a España. Decimos esto porque la siguiente vez que lo encontramos es en el puerto del Nombre de Dios, en vísperas de traspasar la Mar del Norte con Beltrán de Castro y otros soldados provenientes del Perú. Allí, el 2 de febrero de 1536, declaró en una información que sobre la Real Hacienda y el Gobernador Pizarro mandó hacer el Obispo Berlanga. Su dicho en tal ocasión es parco y sencillo, vale decir, el que corresponde a un hombre humilde; pero lo novedoso de todo no está en su estilo pueblerino ni en la calidad del documento, sino que al finalizar la declaración "dijo que no sabía escribir e hizo una señal qué'l sabía hazer"⁵. Resultaba increíble pero Juan García Clemente era un analfabeto. En otras palabras, el pregonero de la hueste pizarrista y de la imperial ciudad del Cusco, lejos de leer los edictos que le daban había engañado a casi todos voceando sus pregones de memoria.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. Libro Primero de Cabildos de Lima (Parte Tercera).— París, Imprenta de Paul Dupont, 1900.— p. 68.

2. *Ibidem*, pp. 124 y 125.

3. Loredó y Mendivil, Rafael... Los Repartos.— Lima, Imprenta Miranda, 1958.— p. 132.

No debe confundirse por este mismo tiempo con el conquistador Juan Clemente, quien seguía de vecino en el Cusco en marzo de 1536, mes en el que dio por sí y Beltrán del Conde (no Beltrán de Castro), su compañero, 350 pesos para el gran donativo que hicieron los moradores de esa ciudad al Emperador (Archivo General de Indias.— Justicia 341).

. Libro Primero de Cabildos de Lima (Parte Tercera) cit. p. 68.

5. *Loc. cit.*

EL CRONISTA :

FRANCISCO DE FUENTES,

Francisco de Fuentes fue uno de esos conquistadores nacidos en el siglo XV y que, por tanto, llegaron ya canosos a la conquista del Perú¹. Se ignora el lugar de su nacimiento y el nombre de sus padres, pero —en cambio, sabemos que era de sangre hidalga². Gracias a ella, al igual que el Estebanillo, pudo decir de su progenitor: “Tenía una desdicha que nos alcanzó a todos sus hijos, como herencia del pecado original, que fue ser hijodalgo que es lo mismo que ser poeta; pues son pocos los que se escapan de una pobreza eterna o de una hambre perdurable”³.

Efectivamente, nacido de casta hidalga pero pobre por añadidura, Francisco de Fuentes llegó a la mocedad sin conocer la fortuna. Entonces, harto de vivir míseramente ese Siglo que llamaban de Oro, tomó el camino de Sevilla y se dispuso a ser soldado. Las Indias del Mar Océano le darían de ganar. Morrión, espada y rodela era todo lo que necesitaba⁴.

Con Gil González llegó al Darién en 1520 y luego de participar en la construcción de los navíos en el Río de las Balsas, marchó con este capitán a Nicaragua en busca de un estrecho que uniera el Mar del Norte con el Mar del Sur. Pero el estrecho no apareció y después de muchas hambres y penurias, con el resto de la hueste regresó el soldado a Panamá. Alistado en una nueva expedición, volvió a la conquista de Nicaragua con el capitán Francisco Hernández, cobrando gran prestigio como peón de infantería, pues consta que “francisco

de fuentes en la dicha conquista fue el mejor peon que auia en ella e que seruia en ella muy bien”⁵.

Luego de asistir a las fundaciones de Granada y León se le dieron indios en esta última ciudad, los cuáles dejó temporalmente para ir con Hernando de Soto a Honduras, a cerrar el paso a ciertos españoles que pretendían hacer una entrada por allí. Estos soldados resultaron ser los de Gil González Dávila, su antiguo jefe del Darién⁶.

Vuelto a la ciudad de León permaneció allí hasta 1530, pues por esta fecha el conquistador Antón Cuadrado (que después fue su yerno), “vido en la çibdad de leon de Nicaragua a Francisco de fuentes El Viejo”⁷, al tiempo que por cierto desacato a la justicia fue condenado en diez pesos de multa para la Cámara de Su Majestad, suma que pagó Fuentes al Tesorero Tobilla⁸. Pero pronto se aburrió de ser vecino —prosigue Antón Cuadrado— y renunciando al repartimiento que tenía, “passó a estas partes del Pirú con el capitán hermando de soto”⁹.

Cuando Francisco de Fuentes marchó a la conquista del Perú, lo hizo ya como hombre de a caballo. Como tal asistió entonces a la guazábara de la isla de Puná y al combate de Tumbes, a la fundación de San Miguel¹⁰ y también —según la crónica de Oviedo— a la avanzada que sacó Soto del pueblo indio de Collique¹¹. Llegados finalmente a Cajamarca, Francisco de Fuentes participó con sus armas y caballo en la captura del Inca, cobrando allí por sus servicios 362 marcos de plata y 8.880 pesos de oro¹².

Rico gracias a un golpe de audacia, Fuentes se dió el lujo de prestar 200 pesos al piloto Juan Cabezas¹³. El 9 de agosto de 1533 otorgó un poder para cobranzas a Gonzalo de los Nidos, el maldiciente¹⁴, y por este mismo tiempo —a ruego del vizcaíno Anades y de Lázaro Rodríguez— estampó como testigo su firma en el papel. Esto último parecería indicar que su rúbrica era valorada¹⁵.

En Cajamarca, precisamente, corriendo el mes de julio de aquel año, Francisco de Fuentes exteriorizó por vez primera sus nobles sentimientos. Hasta allí su conducta había sido la propia del soldado, pero llegado el momento de votar la ejecución del Inca, afloró su “ánimo generoso y piadoso”¹⁶. Entónces fue uno de los pocos españoles que se opusieron a la pena capital, “los cuáles dijeron que no se permitía matar a un rey que tanta cortesía les había hecho y ningún agravio; que si alguna culpa le hallaban lo remitiesen al Emperador,

y lo enviasen a España, y no se hiciesen jueces contra un rey que no tenían jurisdicción sobre él: que mirasen por la honra de la nación española, que en todo el mundo se diría la tiranía y crueldad que se hacía en matar a un rey prisionero debajo de palabras que le habían dado de soltarlo por su rescate, del cual tenían ya recibida la mayor parte. Que no manchasen sus grandes hazañas con hecho tan inhumano (y) temiesen a Dios, que les negaría el favor que hasta entonces les había dado. . .”¹⁷. Pero sus voces se perdieron en el vacío y la vida del Inca se segó un día después de la fiesta de Santiago.

Lo que sigue forma parte de lo inesperado. Estaban ya los españoles para partir a Jauja, cuando llegaron de San Miguel Gonzalo Farfán y Blas de Atienza. Venían a pedir refuerzos “porque los yndios no se alçansen”¹⁸, lo cual traducía cierta intranquilidad en los tallanes. Pizarro envió entonces a Fuentes a San Miguel en un grupo de diez jinetes al mando de Belalcázar. Sin embargo, esto no significó mayor merma a su fortuna, porque según varios testimonios, todos “ganaban sus partes como los que yban la tierra adentro con el marqués”¹⁹.

En San Miguel permaneció acantonado hasta el 22 de mayo de 1534, pues en esta fecha fue testigo en dos cartas de pago al Mariscal Almagro²⁰. Luego acompañó a éste a Riobamba con miras a cortar el avance de Pedro de Alvarado. Pero a pesar de ir dispuestos a la lucha, en Riobamba llegaron a un acuerdo con el intruso Adelantado y entonces, todos juntos bajaron a Pachacámac. Por esta razón Francisco de Fuentes asistió a la fundación de Lima —el 18 de enero de 1535— recibiendo allí un solar, según afirmación del Padre Cobo²¹. Todavía está en la nueva capital el 12 de febrero, pues lo hallamos en la presentación de los testigos de la probanza de Jerónimo de Aliaga²². La verdad es que Fuentes se había quedado en Lima porque no tenía a dónde ir. Almagro había partido para el Cusco y Alvarado a Guatemala. Sin oficio ni beneficio, el soldado se arrimó entonces a la sombra del Gobernador.

A fines de ese mes debió partir al norte con Pizarro y asistir a la erección de Trujillo, el 5 de marzo. A pesar que ninguna lista de los fundadores lo toma en cuenta, Francisco de Fuentes —al revés de lo que ocurrió con Lima— siempre se llamó fundador y primer poblador de la ciudad²³. El enigma puede aclararse si atendemos a que sólo se consigna a los vecinos en la lista. Fuentes no asistió como

vecino a esta fundación de la ciudad, por no comprometerse a quedar cuatro años dentro de ella, como lo ordenaron esta vez a los nuevos encomenderos²⁴. Pensaba irse a España a gozar de su riqueza, según lo decía a sus amigos, y si estaba allí en Trujillo era por ser de la escolta del Marqués Gobernador²⁵.

Entonces Martín Estete, que era el Teniente de Gobernador, le otorgó unos indios pescadores en Huambacho y el soldado aceptó su posesión. Pero cuando ya estaba dueño de estos indios y todos entendían su vecindad, por cierta reclamación que hizo un curaca, Francisco de Fuentes los renunció sin litigarlos ni exigir explicaciones. Estete le prometió entonces otro repartimiento, pero el soldado no mostró ya el mismo interés. Nuevamente pensaba en irse a España y no quería compromisos que lo ataran al Perú²⁶.

Así las obras llegó a Trujillo Alonso de Alvarado y le habló de Chachapoyas, un lugar de promisión. Alvarado tenía fama de "hombre blando, i bien compuesto (y) no consentía, que a nadie se diese enojo"²⁷, ni aún a los propios indios, porque siempre hacía sus conquistas mirando "que a los naturales se escusase todo mal"²⁸. Ahora planeaba la colonización de Chachapoyas y decía "que en aquella provincia, quería fundar una Ciudad, tan famosa, como el Cusco, adonde todos viviesen con placer, y como Hermanos"²⁹. La frase parecía más de monje que de milite, pero a Francisco de Fuentes le gustó y contento se adentró en la selva detrás de su capitán³⁰.

Así llegaron a Cochabamba, donde asistieron a las exóticas danzas de los indígenas y se avituallaron bien. Después la corta hilera de soldados se internó en la floresta. Por mucho tiempo nadie supo nada de ellos y hasta se creyó que habían muerto tragados por la selva, mas luego llegaron las noticias y entendieron estar vivos y asentados en un pueblo que llamaban de San Juan de la Frontera.

Sin embargo, Fuentes tuvo que abandonar el nuevo pueblo por causa de una enfermedad. Debieron ser las fiebres tropicales las que lo forzaron a dejarlo. Casi derrotado volvió entonces a Trujillo donde logró convalecer³¹. Restablecido, quedó aún en la ciudad un tiempo. Pero a lo largo de este tiempo todo el reino se alteró. Almagro se había apoderado del Cusco y amenazaba con una guerra civil. Los Pizarros, por única respuesta, comenzaron a ordenar sus escuadrones. Todos desconfiaban de todos y flaqueaba la amistad. Parecía vivirse aquello de:

“No hay amigo para amigos;
las cañas se vuelven lanzas”.

Entonces, ante un llamado del Gobernador, Fuentes —que ya se daba por curado— acudió a Lima con sus armas y cabalgaduras. Con él fueron Rodrigo Lozano, Alonso Borregán, Melchor Verdugo y Francisco Luis de Alcántara ³².

Mas Lima no era sino un punto de reunión y juntados al Gobernador salieron nuevamente para Mala. Aquí fracasaron las conversaciones y Almagro se retiró. Lo siguieron hasta Chíncha, pero siempre consiguió escapar. Hallaron, en cambio, al Tesorero Riquelme que con el oro del Cusco estaba a punto de ser asaltado por los propios pizarristas. El Gobernador tomó entonces a su cargo la protección del tesoro y encomendó a Francisco de Fuentes y a Blas de Atienza la misión de custodiarlo. Alternándose las noches ambos conquistadores velaron con presencia de escribano. Diez soldados a sus órdenes los ayudaron en su diario velar por los caminos. Así llegaron a Lima y no se perdió un maravedí. El Tesorero volvió a hacerse cargo del metal precioso y en un arca de tres llaves quedó asegurado el quinto ³³.

Entonces Fuentes volvió donde el Gobernador, pero enterado que la guerra civil era —en gran parte— una venganza de Hernando Pizarro, pidió permiso para retirarse a su casa de Trujillo. Dicen que el Gobernador lo vió alejar con sentimiento, pero que considerando que Fuentes era un hombre honrado, le otorgó los indios de Chiquipoy, Undo y Cajamarquilla. La única condición que le impuso para optar esta merced, fue dejar Trujillo y mudarse para siempre a Chachapoyas ³⁴.

Dos años permaneció el soldado en San Juan de la Frontera de los Chachapoyas sirviendo con su amigo y jefe Alonso de Alvarado, el Teniente de Gobernador. Durante este tiempo nada marchó bien en el Perú por causa de la guerra. Pizarristas y almagristas soñaban con ríos de sangre. Los primeros ganaron las Salinas pero los segundos mataron al Marqués. Con la muerte de Pizarro el Perú quedó sin Gobernador. La noticia se propagó rápidamente y también llegó a San Juan de la Frontera. Pero a la sazón tenía allí la vara de Alcalde Francisco de Fuentes y éste, como lo había demostrado a lo largo de su vida, era un hombre de conciencia para el cual Almagro el Mozo era sólo un

asesino y un rebelde al que nunca recibirían por Gobernador. Entonces fue que Fuentes y Alonso de Alvarado, contando con la aprobación de los munícipes, escribieron una larga carta al caudillo rebelde negándole sumisión. La carta fue cortés pero tajante: jamás entregarían la ciudad a un Gobernador de hecho, sino a Vaca de Castro que lo era de derecho. El 8 de octubre de 1541 se firmó el documento en el Cabildo de San Juan y a partir de esa fecha comenzaron a limpiar sus armas los vecinos de Chachapoyas ³⁵.

Dispuesto a oponerse a los tiranos, Francisco de Fuentes dejó Chachapoyas y con Alonso de Alvarado salió en busca de Vaca de Castro. A decir verdad, estaba algo cansado pero aún tenía fuerzas para ir a una guerra justa. Por eso marchaba a defender la voz del Rey. Mas Vaca de Castro, una vez que lo encontró lo envió a Trujillo y le encargó quedarse —aparentemente como cabildante— a guardar la población. Eso era hacerle ver que estaba viejo y achacosos. Es cierto que no era un mancebo, pero tampoco un anciano. Acaso él mismo tenía la culpa por haber llegado enfermo y no disimularlo ³⁶.

A pesar de su disgusto, Francisco de Fuentes acató la orden. Por esta razón no asistió a la batalla de Chupas, pero proporcionó algunos caballos a Vaca de Castro para que los cabalgaran sus soldados ³⁷. La batalla la ganaron los del Rey y el 20 de octubre de 1542, junto con los miembros del Cabildo trujillano, firmó Fuentes una carta felicitando al Gobernador por su victoria ³⁸.

Radicado provisionalmente en Trujillo por razones de salud, renunció a parte de los indios que tenía en Chachapoyas. Se le otorgaron entonces otros en Chicama, Apocama, Huachaleba y las cabezadas del río Santa ³⁹. Estos pueblos le vinieron bien, porque a partir de entonces “se hizo enfermo o no pudo seguir más las guerras ⁴⁰”. Ahora tendría maíz y trigo en abundancia, ropa de lana para comerciar y mil pesos de oro de las minas de Huachaleba. Cada año percibiría todo esto en dos partes iguales: una mitad en la fiesta del Bautista, la otra en Pascua de Navidad ⁴¹.

Retirado de las lides y alborotos, el antiguo peón de Nicaragua se dio a la vida de piedad. Conociendo sus pensamientos místicos, el Cabildo lo nombró Mayordomo de la iglesia de Trujillo ⁴². Todo hacía presagiar que Francisco de Fuentes viviría en paz los años que le restaban y que con el decrépito Blas de Atienza (mayordomo de la cofradía del Santísimo Sacramento) emplearían juntos sus ratos de ocio

en evocar sus andanzas en Tierrafirme ⁴³. Pero esto no fue así, porque al finalizar ese año 44 Gonzalo Pizarro se sublevó contra el Virrey y pregonó la leva general. Francisco de Fuentes, ya se ha dicho, estaba enfermo y achacoso. No era, pues el hombre apto para luchar. Pero en tales situaciones las bolsas se habían hecho para suplir los brazos y tuvo que pagar los cupos a los gonzalistas. No solo pagó a los rebeldes sino también a los leales, porque alzado Melchor Verdugo en Trujillo (octubre de 1545) tomó preso a Francisco de Fuentes y sin respetar sus canas y males lo obligó a darle cuatro arrobas de bizcocho y otras tantas de tocino. No contento con esto le tomó dos carretas y las llevó al puerto de Huanchaco, donde se las inutilizó. Mar tarde, en 1550, se quejaría Fuentes de este abuso diciendo que “dos carretas que el dicho Verdugo le había vendido en ziento e quarenta pesos se las tomó e llevando el hato a la mar se las quebró” ⁴⁴. Esta protesta que hizo entonces contra Verdugo, arrastraba el sabor amargo de una ofensa antigua hecha entre compañeros de armas. Echando por tierra aquello de

“Que no admite galanteo,
la que tiene sangre hidalga”,

Francisca de Fuentes —su hija segunda y esposa de Antón Cuadrado— fue seducida por Verdugo en 1541. Viejo y herido en lo más hondo de su honra, a fuer de buen cristiano, tuvo al fin que perdonar.

Después de la revuelta de Verdugo, Francisco de Fuentes volvió a los Chachapoyas por reclamarlo allí su vecindad. Por esta razón, al poco tiempo de estar en San Juan de la Frontera se vió forzado a participar en una reseña de armas hecha ante Gómez de Alvarado, Teniente de Gobernador que allá era de Gonzalo. La reseña fue el 17 de noviembre de 1546 y a ella compareció Fuentes para decir que tenía caballo y cota, celada y lanza, amén de una buena espada que debió servirle cuando peón. Confesó también, ante una pregunta del escribano, que en su casa posaban el licenciado Cerda y Alonso Sánchez, los cuáles tenían también armas. Y, por último, ante otra advertencia del actuario, dijo que contaran con él y que “quando fuere llamado saldrá con todo recabdo” ^{44a}.

Sin embargo, no había tanto fervor en sus palabras, porque en breve regresó a Trujillo con el primer pretexto y se dispuso a vivir

con mas tranquilidad. Aquello de su enfermedad era cosa que creían todos y como los aires de Chachapoyas eran malsanos, las brisas marinas de la costa eran las llamadas a recuperar su salud. Mas llegado a Trujillo casi no pudo descansar, porque al mismo tiempo estalló otra rebelión y fue la que acaudilló Diego de Mora, capitán que había sido soldado en Nicaragua. Su principio fueron unas naves avistadas al pasar frente a Huanchaco, visión que despertó en todos los vecinos un deseo de servir al Rey. Pero como la empresa demandaba riesgo, para llevar a cabo su propósito, se valieron de un ardid. Comenzaron por alistar un carabelín que estaba surto en el puerto y una vez avituallado, por la noche y en secreto, se empezaron a embarcar. El objeto de todo esto era unirse a Lorenzo de Aldana, cuyos barcos parecían ser los divisados: en el funesto caso que resultaran navíos gonzalistas pondrían todos buena cara y proclamarían con cinismo su adhesión al Gran Gonzalo. Con esta estratagema en la cabeza se embarcaron los vecinos y el buen Francisco de Fuentes, aprovechando su amistad con Diego de Mora, no quiso quedarse en tierra. El carabelín se hizo a la vela y sin arriesgar poco ni mucho salió así a la mar. En el puerto no quedó sino un vecino llamado Andrés Hernández de Badajoz. Cuando alguien preguntó a Fuentes por qué se había desechado a este vecino, el achacoso soldado —que se sentía rejuvenecido por la emoción de la aventura— se limitó a contestar: “por ser como es muy viejo”⁴⁵.

Unos dicen que esa tarde, otros que al siguiente amanecer, lo cierto es que pronto avistaron los navíos y les hicieron señales. En la flotilla contestaron izando la bandera real y entonces los del carabelín, abrazándose de alegría, se acercaron a la armada donde fueron recibidos por Lorenzo de Aldana, Capitán General de toda ella por merced de Pedro Gasca⁴⁶.

Vueltos al puerto ese mismo día, Diego de Mora y los vecinos recibieron orden de partir a Cajamarca y hacerse fuertes en esa provincia. Los soldados bajaron entusiastas y se adentraron presurosos en la sierra. Francisco de Fuentes, desde la borda de un navío de la armada, los vió partir sin poder acompañarlos. Se sentía muy cansado para hacerlo y quería guardarse para la campaña final.

Después de ésto vino Pedro Gasca, el astuto Presidente, y el soldado se sintió atraído por el breviarío del clérigo. Gasca se mostró amable con Fuentes, mas llegado el momento de partir no dejó que

el soldado lo siguiera y —para distraerlo— le encargó hacer una Crónica o Relación de la Provincia de Chachapoyas. El hubiera preferido pelear contra los gonzalistas, pero haciendo la Relación también se sentía útil. Se dedicó entonces a revolver papeles y preguntar a las mujeres de los soldados. Al cabo de cierto tiempo tuvo ya algo que escribir y cuando hubo hecho esto, asesorado por Juan de Rojas, pudo decir al final: “esto nos parece en Dios y nuestra conciencia, a lo que nos ha parecido y alcanzamos ser verdad, poco más o menos de la manera que hemos puesto”⁴⁷. A juzgar por sus palabras, ya el escrúpulo lo había conquistado.

Gasca leyó la Relación —que tanto importante tenía de la tierra por repartir— pero no aumentó un sólo indio al autor del documento. Se pensó que a la hora de otorgar los nuevos repartimientos llegaría el premio, pero tampoco esto ocurrió.

El reparto de Huaynarima se empezó y terminó sin mencionarlo. Fué un desaire más para Francisco de Fuentes, el Viejo, y esos desaires mataban a los conquistadores. Entonces, despechado se alejó de Gasca y con tenacidad enfermiza trató de acercarse a Dios. Padecía ya de ideas obsesivas y lo atormentaba el pensamiento de haber robado todo lo adquirido en guerra. Angustiado y resentido consigo mismo, hizo de esta idea la base de su salvación. Por ello, cuando en Trujillo —el 24 de junio de 1550— se leyó al curaca don Pedro Ancayname y a su principal Francisco Mixa la tasa que del repartimiento de Chicama había hecho en Lima el Arzobispo, el “dicho don Pedro dixo que no quería la tasa por que él y su amo se entendían e que si poco le davan poco tomava e que a él le va bien con esto”⁷⁸. El curaca de Chicama o de Lipaca —como también se le decía— era uno de los que estaban satisfechos de su encomendero. Y esto porque Francisco de Fuentes era demasiado bueno con él, tanto que no le exigía el tributo.

Después de este episodio hay una laguna en la vida del jinete hasta el 12 de octubre de 1552. En esa fecha aparece firmando con otros vecinos de Trujillo una carta al Consejo de Indias, para que devuelvan a los mercedarios del Perú los repartimientos que les quitó la Audiencia⁴⁹. En realidad, ya se sentía al borde de su vida. La vejez o la enfermedad lo arrastraban a la tumba. Pero el momento fatal tardó aún dos años en venir. Entonces, “cuando francisco de fuentes El Viejo estuvo a punto de muerte”⁵⁰, los escrúpulos lo asaltaron en tal forma que ya no se pudo librar. Por ello “hizo un poder

que dexó a Marcos Jofre, guardián de San Francisco, y al licenciado Sotomayor para que le descargasen su conciencia. En lo que auía tomado en este rreyno A los naturales dél y de lo que hera a cargo de los yndios de Licapa, su rrepartimiento”⁵¹. A sus encomendados les devolió entonces maíz, ropa y ovejas, el resto de su hacienda la diluyó entre huérfanos, viudas, mendigos y hospitales. Otra versión añade que “por el despojo que ubo en caxamalca en la prisión de tabalipa (sic), Al tiempo de su muerte mandó que de lo que ubo en la dicha jornada se hiziese cierta restitución E ansí se hizo E después de muerto se vendió toda la mayor parte de su hacienda, Esclavos, ganados e todo el mueble de su cassa y dello se rrestituyeron A yglesias y monesterios e a otras obras pías E a yndios del valle de licapa en cantidad de veynte mill pesos de oro”⁵². Por razón de este escrúpulo tardío bien se puede asegurar que dejó a su familia en la insolvencia. Alonso Ruíz, otro de los de Cajamarca, hallaría mejor solución a su problema. ¿Qué le había sucedido al veterano peón de Nicaragua y brioso jinete del Perú?— ¿Remordimiento fundado?— ¿Escrúpulo tardío?— ¿Obsesión enfermiza?— Acaso de todo hubo algo, mas nada se puede asegurar. Lo único cierto es que gran parte de sus bienes les devolió a los indios. Francisco de Fuentes acallaba de este modo a su conciencia. Mas tarde otro conquistador —Mancio Sierra de Leguizamó— acallaría la suya devolviéndoles a los indios gran parte de su fama. Los escrúpulos lascasianos también hicieron mella en los duros soldados del Perú⁵³.

Francisco de Fuentes, el Viejo, fue casado por 1537 con doña Bárbo-la de Espinosa, hija del licenciado Gaspar de Espinosa —uno de los gestores del Descubrimiento del Perú— y de doña Isabel de Espinosa⁵⁴. En ella tuvo por hijos a Francisco de Fuentes y Guzmán, el Mozo, nacido por 1539, encomendero de Chicama, que en 1560 exponía al Rey la pobreza de su casa y le solicitaba mercedes⁵⁵; a Francisca de Fuentes, difunta ya en 1560, mujer que fue de Antón Cuadrado, conquistador de Nicaragua y el Perú que terminó sus días “ciego de la vista corporal”⁵⁶; y a Juana de Fuentes, que por su enlace con el conquistador Lorenzo de Cepeda fue cuñada de Santa Teresa de Jesús⁵⁷. La hija de estos últimos, llamada Teresa de Cepeda y Fuentes, fue la primera carmelita americana⁵⁸.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. A. G. I. Justicia 398. El 22 de marzo de 1552, estando en Lima por testigo en un juicio de Rodrigo Lozano, Francisco de Fuentes confesó tener más de cincuenta años de edad. Según esto, su nacimiento pudo ocurrir en 1501 o 1500, pero es demasiado conocida la mentalidad de los conquistadores para confiarnos de tal sospecha. La fórmula de aparecer mayor de cincuenta era la predilecta de todos aquellos que habían superado el medio siglo. De este modo cumplían con las preguntas generales y ofrecían un mínimo de edad que a la larga los favorecía. Francisco de Fuentes, gracias a esta regla, podía tener cincuenta años o noventa y nueve. La verdad es que dudamos de ambas cifras, más cuerdo es pensar en una intermedia. No hay que olvidar que esta era una etapa militar y que nada había tan feo a la milicia como superar los cincuenta años, límite de la "edad robusta, sana, gallarda, para ejecución y obediencia", según Marcos de Ysaba en su "Cuerpo enfermo de la milicia española". Casi por estos mismos tiempos se haría popular el verso de:

"mozo sirvió con la espada
a su rey, y ahora viejo
al mundo sirve de espejo"

lo cual habla bastante claro de la vejez del soldado en el siglo XVI y aún en el siguiente. Según un tratado militar de la Edad Media, soldado se podía ser desde los catorce años (por ser la edad en que san Martín de Tours entró en la milicia) hasta los cincuenta, pero más no, porque a partir de entonces le tiembla el pulso al balletero y el caballero jadea cuando levanta la espada.

2. La hidalguía de Francisco de Fuentes siempre fue respetada por todos los conquistadores del Perú. La supervivencia del apellido Fuentes en las nietas del soldado es argumento que refuerza su valor. Sin embargo, lo que más prueba esta hidalguía es el hecho de haber desempeñado Fuentes cargos de justicia en dos ciudades del Perú. Por el tiempo que historiamos, tanto los Alcaldes como los Regidores eran gente hidalga y Francisco de Fuentes fue Alcalde de Chachapoyas y, según parece, Regidor de Trujillo. Sin embargo tampoco hay que deshechar la mucha luz que arroja su enlace con hija del licenciado Espinoza. El licenciado había sobresalido grandemente en la conquista de Tierrafirme, donde fue Teniente de Gobernador en Castilla del Oro y Alcalde Mayor del Darién. Espinoza era hidalgo y sus hijas no podían casar con hombre que no lo fuera, so pena de perder la hidalguía pues ésta se adquiría y transmitía únicamente por línea de varón y, precisamente, por ser uno de los hidalgos más influyentes de las Indias Occidentales nunca iba a consentir a una de sus hijas que casara con un cristiano viejo o plebeyo, pues tal, boda sería en menoscabo y desprestigio de su casa, según los estrictos moldes de la sociedad quinientista.

3. Anónimo.—*La vida y hechos de Estebanillo González*.—Buenos Aires, editorial Espasa-Calpe, 1943.—p. 25.

4. Archivo General de Indias de Sevilla (A. G. I.), Patronato (Pat.) 103A—NI—R9.

En los "Diálogos del Arte Militar" de Bernardino de Escalante (Sevilla, imprenta de Andrea Prescione, 1583), todavía se habla de los peones y se dice que antes que nada deben saber jugar la espada y particularmente la rodela. (fol. 51). Cuando Francisco de Fuentes pasó a Indias, sólo se requería para inscribirse en una armada tener espada y rodela, pues el morrión se lo prestaban o alquilaban. La espada era corta, ancha y recia, pues de otro modo no servía para la guerra india; la rodela redonda, convexa y con tres cuartas de diámetro. Todo esto, unido a las cueras y coletos, permitían al peón arrodelarse, vale decir, ponerse a cubierto de las flechas. Muchas veces los peones completaban su atuendo con

un escaupil o peto de algodón, pues la armadura era pesada y además insuficiente. El escaupil sólo se adquiría en Indias, por ser desconocido en Europa.

5. A.G.I. Pat. 103A—NI—R9.

6. A.G.I. Pat. 103A—NI—R9.

7. A.G.I. Pat. 103A—NI—R9.

8. *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Nicaragua*.—Tomo IV, p. 260.

9. A.G.I. Pat. 103A—NI—R9.

Cieza de León en la Tercera Parte de su Crónica (cap. XXXII), afirma que Francisco de Fuentes vino con Sebastián de Belalcázar y que por tanto se juntó a Pizarro en Puerto Viejo. Herrera, siempre, seguidor de Cieza, dice lo mismo (Dec. IV, lib. VII, cap. X). Sin embargo, el hecho que Antón Cuadrado lo niegue y el que Fuentes estuviera ya sirviendo con el capitán Soto, hacen ver que tanto Cieza como Herrera están equivocados. La probanza de Francisco de Fuentes —por lo demás— no habla en absoluto del presunto desembarco en Puerto Viejo y si, en cambio, de todos los acontecimientos a partir de la isla de Puná. Es evidente, pues, que nuestro biografiado llegó al Perú con Hernando de Soto, su antiguo capitán de Nicaragua.

10. A.G.I. Pat. 103A—NI—R9.

11. Fernández de Oviedo, Gonzalo...—*Historia General y Natural de las Indias*.—Asunción, editorial Guaránia, 1945.—Lib. VIII, cap. XVI, p. 94 del tomo XII.

12. A.G.I. Pat. 103A—NI—R9.

Libro Primero de Cabildos de Lima.— París, imprenta Dupont 1900.— Parte Tercera, p. 123.

13. Lohmann Villena, Guillermo...— *Índice del Libro Becerro de Escrituras*, en Revista del Archivo Nacional del Perú, tomo XIV, entrega II, p. 212.

14. Lohmann Villena, Guillermo...— Op. cit. p. 220.

15. Lohmann Villena, Guillermo...— Op. cit. ps. 212, 222 y 229.

16. Garcilaso Inca de la Vega.— *Los Comentarios Reales de los Incas*.— Lima, imprenta Gil, 1943.— Parte Segunda, lib. I, cap. XXXVII, p. 367 del tomo III.

17. Garcilaso Inca de la Vega.— Op. cit. Parte Segunda, lib. I, cap. XXXVII, p. 368 del tomo III.

18. A.G.I. Pat. 103A—NI—R9.

19. A.G.I. Pat. 103A—NI—R9.

Gracias al poder que otorga al conquistador Gonzalo de los Nidos, éste se encargó en Jauja y Cusco de recibir el oro y plata que correspondió a Fuentes.

20. Lohmann Villena, Guillermo...— Op. cit. ps. 236 y 237.

Por un documento otorgado en Lima el 3 de abril de 1535 (estando Fuentes ausente en Trujillo) se comprueba que Diego de Almagro le adeudaba cierta cantidad de pesos. Por otro escrito se dice que tal suma ascendía a 7.778 pesos de oro además de un caballo morcillo no contemplado en dicha cantidad.

21. Cobo, S.J., Bernabé... *Fundación de Lima*.— Madrid, editorial Atlas, 1956.— cap. VIII, p. 305 en Obras del Padre Bernabé Cobo, Biblioteca de Autores Españoles, vol. II, tomo XCII.

22. *Revista del Archivo Nacional del Perú*, Tomo I, entrega III, p. 430.

23. A.G.I. Justicia 398.

24. A.G.I. Justicia 398.

25. A.G.I. Justicia 398.

Se conoce por este tiempo, una carta de obligación de Juan de Tiedra a Francisco de Godoy sobre las partes de oro y plata que correspondieron a Francisco de Fuentes en Jauja y Cusco. El documento es confuso pero se descubre que dichas partes estaban en poder de Gonzalo de los Nidos y que Tiedra las entregaría a Godoy.

26. A.G.I. Justicia 398.

27. Herrera, Antonio de...— *Historia General de los Hechos de los Caste-*

llanos en las Islas y Tierra firme del Mar Océano.— Buenos Aires, editorial Guaranía 1945.— Década V, lib. VII, cap. X, p. 33 del tomo VII.

28. Herrera, Antonio de...— Op. cit. Década V, lib. VII, cap. XI, p. 35 del tomo VII.

29. Herrera, Antonio de...— Op. cit. Década V, lib. VII, cap. XI, p. 37 del tomo VII.

30. Herrera, Antonio de...— Op. cit. Década V, lib. VII, cap. X, p. 33 del tomo VII.

31.— A.G.I. Pat. 103A—NI—R9.

32. Borregán, Alonso...— *Crónica de la Conquista del Perú.*— Sevilla, Escuela de Estudios Hispano Americanos, 1948. Prólogo de Rafael Loredó Mendivil.— p. 43.

33. Borregán, Alonso...— Op. cit.— p. 49.

34. A.G.I. Pat. 103A—NI—R9.

35. Porras Barrenechea, Raúl...— *Cartas del Perú.*— Lima, Editora Peruana, 1959.— carta 284, p. 427.

36. A.G.I. Pat. 103A—NI—R9.

37. A.G.I. Pat. 103A—NI—R9.

38. Porras Barrenechea, Raúl...— Op. cit. carta 321, ps. 487 y 488.

39. A.G.I. Pat. 107—NI—R5.

Loredó Mendivil, Rafael...— *Los Repartos.*— Lima, imprenta Miranda, 1958.— ps. 251, 256, 258 y 260.

40. A.G.I. Pat. 103A—NI—R9.

41. Loredó Mendivil, Rafael...— Op. cit. p. 251, 256, 258 y 260.

42. A.G.I. Justicia 352.

43. A.G.I. Justicia 352.

44. A.G.I. Justicia 439 y Pat. 103A—NI—R9.

44a. Loredó Mendivil, Rafael...— *Documentos Desdeñados*, en Revista Histórica, Lima, 1943, tomo XVI, entrega I y II, p. 63.

45. A.G.I. Justicia 398.

Zárate, Agustín de...— *Historia del Descubrimiento y Conquista del Perú.*— Lima, Editorial Miranda, 1944.— lib. VI, cap. XI, ps. 266 y 267.

Gutiérrez de Santa Clara, Pedro...— *Historia de las Guerras Civiles del Perú.*— Madrid, tipográfica Fortanet, 1910.— Lib. IV, cap. XXXI, ps. 288 y ss. del tomo IV.

46. Zárate, Agustín de...— Op. cit. ps. 266 y 267.

Gutiérrez de Santa Clara, Pedro...— Op. cit.— ps. 288, 289, 290, 291, 292, 293, 294, 295 y 296.

47. Loredó Mendivil, Rafael...— Op. cit. p. 264.

48. Barriga, O.M., fray Víctor M...— *Los Mercedarios en el Perú en el siglo XVI.*— Arequipa, Editorial Colmena, 1939.— Vol. II, p. 181.

50. A.G.I. Pat. 103A—NI—R9 y 107—NI—R5.

51. A.G.I. Pat. 103A—NI—R9 y 107—NI—R5.

52. A.G.I. Pat. 103A—NI—R9 y 107—NI—R5.

En 1573, el presunto cronista Fr. Marcos Jofré era guardián del convento de Quito y en una probanza del conquistador Lorenzo de Cepeda afirmó que todos los bienes de Francisco de Fuentes se restituyeron "porque lo dexó mandado en su testamento por quanto tenía escrupulo que hera obligado a restituir lo que auia auido en tiempo de guerra de las dichas partes del Cusco y Cajamalca y ansí por descargo de su conciencia encomendó a este testigo... que hiciese la dicha rrestitución de sus bienes y hacienda y este testigo lo hizo con parecer e consejo del señor arzobispo de los rreyes llamado don hieronimo de loayza y de otros teólogos y letrados con quien se aconsejó para ello y ansí se hizo la dicha rrestitución de los dichos diez e ocho mill pesos puesto caso que lo que el dicho francisco de fuentes huvo en las dichas partes no fueran mas de quinze mill pesos los quales se rrepartieron con el dicho consejo en los ospitales de todas las ciudades principales destos rreynos del pirú y lo tres mill pesos rrestantes se rrestituyeron a los yndios

la encomienda del dicho francisco de fuentes por algunos cargos que le pareció que él podía tener". Por lo expuesto se deduce que el monto total de lo devuelto no fue de veinte mil pesos de oro sino sólo de dieciocho mil.

53. A. G. I. Pat. 103A—NI—R9.

El españolísimo debate sobre si lo ganado en guerra constituía un robo puede decirse que nació con el Descubrimiento de América. A raíz de este episodio los teólogos elaboraron tan sutiles deudas que llegaron al extremo de hacer titubear a la Corona sobre proseguir o no la conquista del Nuevo Mundo. Pero acallada la angustia colectiva con el Derecho Internacional creado por Vitoria, el escrúpulo terminó refugándose en el fuero particular de los conquistadores de Indias. Muchos de ellos se conformaron con dejar mandas y legados a sus indios, pero una minoría —acaso los más escrupulosos— llegó al extremo de poner en duda la legitimidad de las conquistas en que habían participado y, por lo tanto, de los tributos que percibían. Es un proceso psicológico que está por estudiarse aún. Francisco de Fuentes y Alonso Ruiz (a decir de Garcilaso) fueron las víctimas principales de este escrúpulo, pero a uno mucha distancia los seguían Maldonado el Rico y Pedro de Alconchel así como Mancio Sierra de Leguizamo, aunque su caso es más particular. Lo mismo puede decirse de Nicolás de Ribera, el Viejo, cuando en 1556 fundó un hospital para los indios de Ica. También los testamentos de los conquistadores arrojan mucha luz sobre estas angustias seniles nacidas de la influencia lascasiana. El problema subsistió hasta mediados del siglo XVII, pues en "El Soldado Católico, que mueve dudas a su Confesor", impreso en Milán en 1649, el tema de si el fruto del botín es hurto se apunta detalladamente en las Dudas XLVIII y LXXIII. Lewis Haenke, en nuestros días, trata de estos temas en "La Lucha por la Justicia en la Conquista de América".

54. A. G. I. Justicia 364 y Pat. 149—NI—R1 y 107—NI—R5.

55. A. G. I. Pat. 103A—NI—R9 y Pat. 97—NI—R4.—

El 20 de mayo de 1560, a pedido de Francisco de Fuentes, y Guzmán, el Mozo, se abrió en Trujillo una información sobre la pobreza de su familia. Declararon en ella el presunto cronista Rodrigo Lozano, el ciego Antón Cuadrado, Francisco Luis de Alcántara, Diego Hernández de Coronado, Francisco Gómez, Diego de Arteaga, Francisco de Castilla y ¡quen lo creyera! Andrés Hernández de Badajoz, que a pesar de su decrepitud había logrado sobrevivir a Francisco de Fuentes, el Viejo.

56. A. G. I. Pat. 103A—NI—R9 y 105—NI—R10.

Antón Cuadrado —de quien nos ocuparemos en otro trabajo—, fue uno de los primeros descubridores del Perú, pues ya en la segunda Armada de Levante vino con el cargo de Veedor. Fue uno de los fundadores de Trujillo y allí casó con Francisca de Fuentes, la cual ya era muerta en 1560. Por fallecimiento de sus hijos varones a Cuadrado sucedió en los indios de Huambacho su hija mayor llamada María de Fuentes y Cuadrado. Otras hijas suyas lo fueron Ana de Fuentes Cuadrado, que al parecer murió soltera, e Inés de Fuentes Cuadrado, mujer del conquistador Francisco de Illescas, vecino de Guayaquil. María, la primogénita, casó con Luis Sánchez de la Cadena, Gentil hombre de a caballo en la guardia virreinal, perseguidor de Drake en el Mar del Sur y vencedor de los cimarrones de Panamá. Era hijo del Alonso Sánchez de la Cadena, natural de Almagro y veterano de Pavía, donde tomó a los franceses dos banderas que después se guardaron en una ermita de la Virgen de las Nieves, junto a la villa de Almagro.

57. A. G. I. Pat. 103A—NI—R9; 106—NI—R2; 107—NI—R5; y 149—NI—R1.

Pedro, Valentín de... — *América en las Letras Españolas del Siglo de Oro.* — Buenos Aires, editorial Sudamericana, 1954.— cap. XVIII, p. 261.

El conquistador Lorenzo de Cepeda —según informaciones de servicios— pasó al Perú "en estofa y traje de caballero hijosdalgo, su persona muy bien tratada de bestidos e joyas y arreo, armas y cavallos como persona tal". Unido a Núñez Vela sufrió con él la derrota de Iñaquito, pero rehecho en Popayán bajó hasta Jauja donde se juntó con Gasca, asistiendo luego a la victoria de Jaquijahuana.

Casó con Juana de Fuentes en 1556, pasando la pareja a residir a Quito, donde tenía sus indios don Lorenzo. Allí fue Tesorero Real y Visitador de Loja, Zamora y Yahuarsongo, llegando a Corregidor de los tres últimos lugares en 1564. Viudo en 1567 pasó a España con sus tres hijos y una hija, la ya vista Teresa de Cepeda y Fuentes.

58. Pedro, Valentín de...— Op. cit.— cap. XVIII, p. 268.

EL HERRERO:

JUAN DE SALINAS

Su cuna fue Jerez de la Frontera, era de oficio herrador y soldado de caballería. Sus primeros años en las Indias los gastó apartado de sus compañeros, pues según el propio Salinas confesaba: "me hallé en la conquista e población de México e de allí vine con el gobernador Hernando Cortés al golfo de Higueras, puerto de Cauillos e cabo de Honduras. Al tiempo que vino en busca de Cristóbal Colón" ¹. Compañero de armas y amigo de Salinas en esta época lo fue Juan de Herrada, el asesino de Pizarro.

Luego de servir con Hernán Cortés, Juan de Salinas se acercó en la provincia de Naco, tierra en la que moró hasta que vino a ella el Gobernador López de Salcedo, a quien siguió a Nicaragua en calidad de soldado. Allí se ocupó con ciertos capitanes en castigar indios alzados y abrir caminos en la selva, pero aburrido a la postre de no hacer nada interesante, dejó la hueste del Gobernador por frecuentar la amistad de Sebastián de Belalcázar, capitán baquiano que tenía gran reputación ²

Con este jefe pactó entonces hacer la jornada del Perú y acompañándose con Mogrovejo de Quiñones, Gregorio de Sotelo, Juan Ruíz, Hernando Beltrán y otros bravos de ese tiempo, arribó Salinas a la bahía de San Mateo, iniciándose la búsqueda de Francisco Pizarro. Con éste se encontraron en el litoral de Puerto Viejo, estando rodeado por hambrientos y enfermos de verruga que más tenían de mendigos que de soldados. El jinete Ruíz de Arce escribió entonces del

valeroso extremeño: "fué tanto su regocijo desde que nos vió, que lloraba de placer"³.

Después de esto Salinas se halló en la guazábara de Puná y también en el desembarco de Tumbes, "a donde así mesmo mataron ciertos españoles e se alzaron los yndios e los castigamos e hezimos de paz"⁴. Más tarde, el 15 de julio de 1532, asistió a la erección de San Miguel, el primer pueblo cristiano del Perú, "y estando en él se fizieron algunas pacificaciones e viajes e yo fui en todo ello con mis armas e cauallo"⁵. Y de este modo, siempre con los de caballería, siguió hasta la plaza de Cajamarca, lugar donde luego de apresar al Inca cobró 8.880 pesos de oro y 362 marcos de plata⁶.

Recién allí Atahualpa pudo conocerlo. Enterado por sus espías de que Salinas hacía cantar a los metales, que les arrancaba estrellas de música y que luego les daba la forma que querían, el astuto señor de los quitos pensó salvarle la vida para luego ponerlo a su servicio. Fué un encuentro entre la Edad de Cobre y la Edad de Hierro. Desde otro ángulo, el señor de una cultura de piedra se interesaba por la cultura de los metales. Aquel soldado del martillo que solía calzar a los caballos era pues, un hombre interesante.

Pero el Inca fue muerto y la quinta parte de su rescate era propiedad del Rey. Salinas, pues fue uno de los jinetes que con Hernando Pizarro llevó el quinto real a San Miguel. Mas luego de entregar el oro en esta villa tornó presuroso a Cajamarca por estar la hueste de partida para Jauja⁷. Después de participar en los combates del camino, Salinas quedó en Jauja como soldado de guarnición. Allí, el 27 de junio de 1534, parece ser el Salinas que firma por Francisco Dávalos un poder general a Juan de Herrera, figurando además como testigo⁸. El 29 de noviembre fue uno de los vecinos consultados por Pizarro para el traslado de la capital. Salinas hizo ver que si se quería hacer un solo pueblo que todos los españoles bajaran a Pachacamac, pero que si se pensaba dejar vecinos en Jauja, que éstos fueran determinado número y que entre ellos se repartiera la tierra⁹. Prevalció el primer criterio y de este modo el jerezano bajó a la orilla del mar, avicinándose en la recién fundada Lima¹⁰.

Allí el Gobernador le dió un solar para que construyese su casa de morada, la cual ya estaba en pié el 19 de octubre de 1535, fecha en que así lo hizo constar en su probanza de servicios¹¹. Este su solar lindaba con el de Jerónimo de Aliaga y tenía por frente a la

calle del Pescante que también se llamó de la Pileta de Santo Domingo¹². Acaso allí estuvo la primera herrería limeña, a un tiro de ballesta del río de donde se sacaba el agua para llenar las cubetas. Y los indios se pararían en la puerta a escuchar la canción de los hierros, descubriendo fórmulas mágicas en las coplas del herrero e instrumentos de un ritual desconocido en los yunques y los fuelles, fraguas y martillos. . .

Pero entre los cristianos el herrero tenía además fama de jinete eximio, sobre todo cuando se le recordaba cabalgando “una yegua Rucia que había sido muy buena e corría mucho”¹³, encima de la cual, “en ciertos alcances que en esta tierra se hizieron. . . se havía hallado el dicho juan de salinas en la delantera”¹⁴. Pero esto pertenecía al pasado. Ahora Salinas planeaba retornar a España y dejar para siempre el martillo. Tenía oro, tenía plata, había llegado el momento de olvidar la herrería y darse aires de gran señor. Claro está, no todo era para él, porque parte del metal precioso le sería quintado por los Oficiales de la Contratación en Sevilla, pero siempre le quedaría bastante como para presumir de rico perulero.

Pero por una carta de los Oficiales de Sevilla es, precisamente, que conocemos el epílogo de su viaje. El papel —fechado en setiembre de 1536— decía así: “De Nombre de Dios son venidas dos naos, la una de un juan de Salinas pasagero que venía del Perú, i con él un Contreras, i Tomé López. Quedáronse en la Tercera con todo el oro que traían”¹⁵. Y de este modo, desembarcando en Portugal para evadir los impuestos de Castilla, se esfumó para siempre el herrador Juan de Salinas, andaluz cazurro y advertido, el único de todos los de Cajamarca que vió casi a un tiempo al

“bravo guáscar Inga y Motezuma
del Pirú y Nueva España heroycos Reyes,
que el famoso Cortés y el gran Pizarro,
con ánimo vizarro
y assombro de sus greyes,
les quitaron el cetro de la mano
para dar más Imperio al Castellano”¹⁶.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. Archivo General de Indias de Sevilla (A.G.I.), Lima 204A.
2. A.G.I. Lima, 204A.
3. A.G.I. Lima, 204 A. Ruíz de Arce, Juan... Advertencias de Juan Ruíz de Arce a sus sucesores, en *Tres Testigos de la Conquista del Perú*, por Miguel Muñoz de San Pedro, Conde de Canilleros.— Buenos Aires, Compañía General Fabril Financiera, 1953.— p. 86.
4. A.G.I. Lima, 204 A.
5. A.G.I. Lima, 204 A.
6. Libro Primero de Cabildos de Lima.— París, imprenta Dupont, 1900.— Parte III, p. 123.
7. A.G.I. Lima, 204 A.
8. Lohmann Villena, Guillermo... Índice del Libro Becerro de Escrituras en *Revista del Archivo Nacional del Perú*, T. XIV, entrega II. p. 230.
9. Libro Primero de Cabildos de Lima.— París, imprenta Dupont, 1900.— Parte I, p. 4.
10. A.G.I. Lima, 204 A.
11. A.G.I. Lima, 204 A.
12. Bromley, Juan... y José Barbagelata.— *Evolución Urbana de la Ciudad de Lima*.— Lima, imprenta Lumen, 1945.— Lámina I.
13. A.G.I. Lima, 204 A.
14. A.G.I. Lima, 204 A.
15. Porras Barrenechea, Raúl... *Cartas del Perú*.— Lima, Empresa Editora Peruana, 1959.— Carta 158, p. 219.
16. Carvajal y Robles, Rodrigo de... *Fiestas de Lima por el nacimiento del Príncipe Baltasar Carlos*.— Sevilla, Escuela de Estudios Hispano Americanos, 1950.— p. 160.

EL CARPINTERO :

JUAN DE ESCALANTE

Era de origen villano y había nacido por 1491¹. Sin duda fue aquel "Escalante" que moraba en Panamá por marzo de 1530, a quien el Gobernador Pedro de los Ríos mandó aparejarse para ir a la jornada de Tururú, pero aunque muy fundada la sospecha es difícil de probar². Lo cierto es que en el Perú Juan de Escalante era el carpintero de la hueste y que de sus manos salió, probablemente, el garrote que segó la vida de Atahualpa³. En Cajamarca estuvo con los de a pie y cobró por sus servicios 181 marcos de plata y 3.330 pesos de oro⁴. Más tarde siguió a Jauja con Pizarro, pero se ignora si prosiguió al Cusco. Mas lejos de radicarse en alguno de estos dos lugares, marchó a Quito con Almagro a interceptar el paso de Pedro de Alvarado que venía de Guatemala⁵. Después de las conversaciones de Riobamba tornó el soldado a Jauja, por tener allá unos indios que le había dado el Gobernador Pizarro⁶.

Por esta razón no asistió a la fundación de Lima, pero apenas erigida la ciudad, Escalante bajó a ella con sus sierras y martillos pensando hacer allí su morada⁷. El 14 de diciembre de 1535 actúa en Lima de testigo en una formación de compañía entre los soldados Bartolomé Picón y Alonso de la Carrera⁸. Luego se halló en la defensa de la población contra las tropas de Titu Yupanqui en 1536. Finalmente, el 18 de noviembre de 1536, levantado ya el cerco declara en la probanza del Capitán Diego de Agüero, pero no firma por no saber hacerlo⁹. Mas poco debió sufrir con su ignorancia al verse rico como

el que más entre los carpinteros del Nuevo Mundo y también dueño de una cédula, fechada en Palencia el 6 de agosto de 1534, que le permitía volver al Mundo Viejo¹⁰.

Pero los conquistadores eran así y no es de extrañar que el rico carpintero volviera un día a Indias. Esto, porque un historiador del Nuevo Reino cuenta que en Santa Fe de Bogotá, un Juan de Escalante dio de cuchilladas a su mujer, porque siendo suya también lo era a ratos del Oidor Díaz de Armendáriz¹¹. ¿Sería el ofendido vicimario un carpintero?.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. A.G.I. Patronato 93—N6—R3.
2. A.G.I. Justicia 360.
3. *Libros de Cabildos de Lima*.— Lima, imp. Torres Aguirre, 1935.— Lib. I, p. 56.
4. *Libro Primero de Cabildos de Lima*.— París, imp. Dupont, 1900.— Parte Tercera, p. 124.
5. A.G.I. Pat. 93—N6—R3.
6. A.G.I. Justicia 405.
7. El 22 de octubre de 1535 ya se habla en el Ayuntamiento del solar que tiene "Juan desCalante Carpintero".
8. Lohmann Villena, Guillermo: Índice del Libro Becerro de Escrituras en Revista del Archivo Nacional del Perú, Lima, 1944, núm. XVII, entrega I, p. 66.
9. A.G.I. Pat. 93—N6—R3.
10. Porras Barrenechea, Raúl: *Cedulario del Perú*.— Lima, imp. Torres Aguirre, 1948.— pp. 30 y 31.
11. Arciniega, Germán... *El Caballero de El Dorado*.— Buenos Aires, Editorial Losada, 1950.— Cap. X, p. 179.

EL TONELERO :

PEDRO PALOMINO

El tonelero Palomino —que como su oficio lo indica era el encargado de hacer, restaurar y conducir las pipas de agua— fue soldado de a pie y en el rescate de Atahualpa obtuvo 181 marcos de plata y 4,440 pesos de oro ¹. Esto ya está indicando que además de barriles había hecho algo principal, porque de otro modo no se explica cómo un oscuro tonelero resultó percibiendo suma tan crecida. Desgraciadamente, se ignora el motivo de su aventajado premio.

A simple vista, sería fácil ver en el soldado de Cajamarca al futuro Capitán Diego Palomino, conquistador de esa tierra exótica del Chuquicamayo, donde los indios vivían desnudos con las ropas bajo el brazo, lamían la mano en señal de vasallaje y volvían la espalda para saludar. Diego Palomino —lo dice la crónica de Cieza— había salido con Pizarro desde Panamá para el último viaje del Perú ². Si a la hora del reparto hubo en Cajamarca un Palomino que se llama Melchor, el otro Palomino, sin lugar a dudas, debía de llamarse Diego. Pero no siempre la historia suele respetar la lógica y por eso creemos que no fue Diego Palomino el soldado que apresara al Inca ³. El de Cajamarca debió llamarse Pedro Palomino y para ello nos basamos en las Décadas de Herrera.

Refiere este cronista que estando Belalcázar, en vísperas de emprender la conquista de Quito, llegó a San Miguel Gabriel de Rojas con las nuevas de la Armada de Alvarado, alarmado Belalcázar, consideró prudente que Rojas marchara de inmediato a informar al Go-

vernador Pizarro y —para que lo guiaran hasta su presencia— “le dió a Pedro Palomino, y á otros que le acompañasen”⁴. Corroborando nuestras sospechas, fray Buenaventura de Salinas en su tardía nómina de “los que se hallaron en Caxamalca”, menciona entre los infantes al oscuro tonelero y al mismo tiempo lo llama “Pedro Palomino”⁵.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. Libro Primero de Cabildos de Lima.— París, imp. Dupont 1900.— Parte Tercera, p. 124.

2. Cieza de León, Pedro: *Tercera Parte de la Crónica del Perú*, cap. XXX.— Publicación de Rafael Loredo y Mendivil en Mercurio Peruano, núm. 340, p. 465.

Cieza dice que para el tercer viaje salieron con Pizarro 180 españoles y de ellos nombra 18 principales. Entre estos últimos ocupa el quinto lugar Diego Palomino. Sin embargo, Diego Palomino —según insinuación de Pedro Pizarro— debió quedar en San Miguel, lo que parece cierto si se atiende a que sólo el 4 de junio de 1533 figura en un escrito fechado en Cajamarca. La biografía de Diego Palomino será materia de otro estudio.

3. Tampoco pudo ser el peón de Cajamarca Francisco Palomino, el hermano de Diego, por cuanto sus indios de Motupe los adquirió por compra y no por mérito, según se lee en la confirmación que luego le hizo Vaca de Castro.— Hubo un Alonso Palomino que era Alcalde de Lima cuando asesinaron a Pizarro, pero por razón de su alto cargo se hace imposible pensar que haya sido el tonelero. Este Alonso Palomino fue conquistador de Nicaragua y hombre de casta hidalga.— Finalmente hallamos al capitán Juan Alonso Palomino, origen de los Palominos cusqueños, el cual después de una movida actuación durante la rebelión gonzalista, murió asesinado en la boda de Alonso de Loayza, esa noche de noviembre de 1553, en que dio principio Girón a su revuelta.

4. Herrera, Antonio de: *Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra firme del Mar Océano*.— Buenos Aires, editorial Guaranía, 1945.— Década, V. lib. IV cap. XI, pág. 318 del t. VI.

5. Salinas O.S.M., fray Buenaventura de: *Memorial de las Historias del Nuevo Mundo Pirv*.— Lima, imp. San Marcos, 1957.— Discurso I, cap. VII, p. 79.

EL SASTRE :

PEDRO DEL PARAMO

Nació en Carrión de los Condes, tierra de Palencia, en el hogar converso de Juan del Páramo y de María del Campo, gentes de artesanía¹. Con ellos aprendió el oficio de sastre y acaso a canturrear:

“Pues non cresce mi caudal
nin da más puja,
adorémoste, dedal,
gracias fagámoste, aguja”.

Pero aburrido a la postre de esperar inútilmente a la fortuna, empezó a lamentar los malos tiempos y a maldecir su poca ventura, repitiendo —sin saberlo— a su paisano el Judío de Carrión:

“Del mundo maldesimos
y non hay otro mal
en el syno nos mismos”.

Y convencido por esta última idea le pasó lo que a los pícaros, determinó cambiar de mundo mas no de vida. Por ello todo siguió igual. Y ocultando su sangre y eludiendo probanzas, Pedro del Páramo, el 28 de febrero de 1528, consiguió licencia para viajar a Indias, dando así el primer paso para cambiar de mundo².

Llegado al Orbe Nuevo se radicó en Panamá y abrió allí una sastrería. Esto lo vinculó a sus colegas, los sastres de la ciudad, los

cuales no eran —precisamente— un ejemplo de virtud. Aficionados al juego desde hacía mucho tiempo, los sastres de Panamá jugaban —a falta de dinero— dedales y agujas, piezas de tela y gorras de terciopelo. Tahures hasta la médula de los huesos, su punto de reunión era la sastrería de Juan Pérez (el que luego fue soldado de Pizarro en Cajamarca), establecimiento donde se amanecían jugando “al tryunfo” y “al juego del onze”. Los domingos por la tarde se dedicaban a los bolos, el resto de la semana a los dados y a la baraja. El sastre Páramo comenzó a frecuentar este garito y, como era de esperarse, el vicio entró en él tan profundamente que en breve se hizo conocido. Así las cosas, el 4 de marzo de 1531, Pedro del Páramo jugó alguna suma con el mencionado Pérez y un mancebo apodado Melchorico, pero mala suerte alumbró a los jugadores esa noche, porque aunque ganó Páramo la justicia se enteró del hecho y apresó a los concurrentes. Resultado de todo fue que Páramo acabó en la cárcel, donde en las declaraciones que firmó, tuvo el cinismo de confesar que no jugó dinero sino dos libras de pasas³.

Libre, después de pagar una crecida multa, Pedro del Páramo prosiguió viviendo en la ciudad. Dedicado siempre a sus prácticas de juego, tuvo la suerte de no ser nuevamente descubierto, pero saliendo de una sesión junto con el lucero del alba, antes de ir a su casa entró a la de Diego de Almagro, para enterarse de los aprestos que éste hacía en su expedición al Perú. Era el 1º de marzo de 1532. Allí, junto al tuerto capitán halló a Beltrán de Castro y a Rodrigo Pérez, con quienes el sastre platicó de la jornada del Perú y hasta esbozó la posibilidad de ir a ella. Esto hizo reír a Rodrigo Pérez, por considerar que Páramo era capaz de todo menos de ser soldado. Por toda respuesta el sastre le recordó que nadie era él para decidirlo, pues nunca había dado pruebas de valor. Esto enfureció a Pérez de tal modo que desenfundando un cuchillo que llevaba se abalanzó sobre el sastre al tiempo que lo llamaba ¡puto, judío quemado!⁴. Se interpuso Beltrán de Castro y Páramo pudo huir, haciéndolo a toda carrera hasta la casa del licenciado de la Gama, donde sentó denuncia de todo lo ocurrido y pidió seguridades frente a su agresor.

Picado en su amor propio o con miras a distanciarse de Rodrigo Pérez, lo cierto es que Pedro del Páramo cerró para siempre su taller de sastrería y se marchó como soldado al Perú. A Pizarro se le juntó en Tumbes, allí mismo compró un caballo y aguijándolo llegó

hasta Cajamarca. Aquí, después de participar en la prisión del Inca, obtuvo 271,4 marcos de plata y 6.115 pesos de oro, lo que indica que su actuación distó de ser principal ⁵. Del Páramo, pues, era:

“Hombre de poca familia,
de linaje de David,
ropero de obra sencilla,
mas no Roldán en la lid”.

El sastre no había nacido para soldado. En materia de bravura no era hombre de arriesgar. Había recibido oro y plata en cantidad que nunca había visto antes y quería regresar a España. Por ello, estando todavía en Cajamarca —el 10 de julio de 1533— vendió su único indio esclavo, un naboría de Nicaragua, a Pedro Martín de Moguer ⁶. Luego se dio maña para volver a Piura con Hernando Pizarro. Por lo menos, esto es lo que parece, porque en el Perú no se le vuelve a encontrar. Debió tornar a Carrión y vivir allí hasta viejo, alardeando de avezado perulero, de captor del Inca y ganador de su botín. Nos lo imaginamos rodeado de gente sencilla y comentando:

“Conquisté el interés, surqué los mares,
Amontoné tesoros a millares;
y halleme con la barba tan nevada
como la misma plata conquistada”.

Pero después de la fanfarronería, de vuelta a su casa por las frías calles de Carrión, se pondría triste recordando:

“¡No pude perder el nombre
de viejo puto, judío...!”.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. Bermúdez Plata, Cristóbal... Catálogo de Pasajeros a Indias durante los siglos XVI, XVII y XVIII.— Sevilla, Imprenta de la Editorial La Gavidia, 1940.— T. I, p. 249, asiento 3580.

2. *Ibidem*.

3. Archivo General de Indias (A.G.I.) Justicia 363.

4. *Ibidem*.

5. Libro Primero de Cabildos de Lima.— París, Imprenta Dupont, 1900.— Parte III, p. 123.

6. Lohmann Villena, Guillermo... Índice del Libro Becerro de Escrituras, en Revista del Archivo Nacional del Perú, T. XIV, entrega II, p. 227.— En esta última escritura el soldado firma como Pedro de Páramo, forma, precisamente, que dio origen al error de la Lista del Oro y de la Plata, donde por un lapsus del copista figura como Pedro Sa Páramo. Este nos llevó un tiempo a sospechar que el jinete de Pizarro se apellidó Pedrosa, pero al comprobar que el único soldado de este nombre no había estado en la prisión del Inca, concluimos que el équite no era otro que el sastre de Panamá. Posteriormente documentos como el otorgado a Pedro Martín de Moguer, confirmaron nuestra conclusión. Cieza (Tercera Parte, cap. II), Herrera (Década V, lib. III, cap. III) y fray Buenaventura de Salinas (Memorial, Discurso I, cap. VII) también nos dieron la razón. Ubicado definitivamente el sastre soldado, sólo restaba aclarar un detalle de su nombre. Los escritos de Panamá (al igual que la licencia para pasar a Indias) lo llaman indistintamente Pedro de Páramo o del Páramo. Nosotros nos acogemos a esta última forma por ser la más antigua y también la más usual.

EL BARBERO:

FRANCISCO LOPEZ

Francisco López fué el barbero de la expedición y a su pericia en adornar y rejuvenecer los rostros debió el que Atahualpa pensara en perdonarle la vida y tomarlo a su servicio ¹.

Con Pizarro se le encuentra desde el pueblo de Coaque, lugar donde —el 25 de abril de 1531— extiende una carta de obligación a Juan Cabezas, piloto de la mar, por la compra de una esclava india. El 26 de mayo y el 13 de junio figura como testigo en otras escrituras y con su aditamento de “barbero” ². Pero más tarde abandona su tranquilo oficio para irrumpir sobre un caballo en la plaza de Cajamarca y tomar al Inca prisionero. Entonces cobró por esgrimir la lanza, 6,660 pesos de oro y 371 marcos de plata ³.

En Cajamarca se le halla vinculado a la trata de caballos. No sólo es testigo en ventas de estos brutos ⁴, sino que él mismo —el 9 de agosto de 1533— vende uno en 1,500 pesos al peón Pedro Román ⁵. En Huamachuco venderá otro a Bartolomé de Terrazas, especificando el documento que el vendido era un caballo overo valorado en 625 pesos ⁶. Antes de salir de Cajamarca, el 6 de junio, recibió de Cristobal Quintero un poder para cobranzas ⁷ y tres días después, una obligación del soldado San Millán lo hace aparecer como testigo ⁸. En todas estas escrituras figura ya sin el título barberil. Acaso era demasiado rico para seguir con bacías y navajas, lancetas y sanguijuelas.

En Jauja pidió a Pizarro quedarse por vecino y dicen que el Go-

bernador llegó a darle indios de repartimiento⁹. Allí se le conoce un contrato fechado el 26 de octubre de 1534¹⁰. Pero convencido que en Jauja todos eran ricos y que a nadie podía deslumbrar con su fortuna, decidió volver a España. Y llevando 2.219.000 de mavedís y otros 2.250.000 de Juan Sánchez, se alejó para siempre del Perú Francisco López, el barbero de la hueste, ése que esquilaba los rostros y hacía mozos a los viejos¹¹.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. Trujillo, Diego de... Relación del Descubrimiento del Reyno del Perú.— Sevilla. Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1948.— Prólogo y nota de Raúl Porras Barrenechea. p. 55.
2. The Harkness Collection.— Washington, Library of Congress, 1932.— pp. 2, 5 y 6.
3. Libro Primero de Cabildos de Lima.— París, imprenta Dupont, 1900.— Parte III, p. 123.
4. Lohmann Villena, Guillermo... Índice del Libro Becerro de Escrituras, en Revista del Archivo Nacional del Perú, Lima 1941, T. XIV, entrega II. p. 224.
5. Ibidem, p. 219.
6. Ibidem, p. 227.
7. Ibidem, p. 224.
8. Ibidem, p. 227.
9. Archivo General de Indias de Sevilla, Justicia 405.
10. Trujillo, Diego de... Op. cit. p. 103, nota 84.
11. Trujillo, Diego de... Op. cit. pp. 55 y 102, nota 84.

Los homónimos del barbero de Pizarro han sido muchos. Oviedo menciona a un Francisco López que era Alcalde en Honduras por 1530 (II Parte, lib. XII, cap. II); otro Francisco López, natural de La Granja, vió partir a Almagro de Panamá la última vez que fue al Perú llevando refuerzos a Pizarro (Revista del Archivo Nacional del Perú. t. XI, entrega I, p. 25); y finalmente otro, que muy bien puede ser el anterior, estuvo con Almagro en la jornada de Chile y socorro del Cusco en 1536. Este dejó una hija natural llamada Elvira Ruíz (que casó con Diego de Mesa) y "murió muy viejo y pobre por no auer sido gratificado" (Archivo General de Indias. Pat. 133—NI—RI). El primero queda descartado por ser incompatible su alto cargo con la barbería, el segundo igualmente pues no pudo estar a tiempo en Cajamarca para la captura del Inca y el tercero con mayor razón, por ser imposible que un descubridor o primer conquistador del Perú muriera sin ser gratificado. De tenerse que sospechar de alguien nos inclinaríamos por otro Francisco López que vivía en León de Nicaragua en tiempos del Alcalde Mayor Francisco de Castañeda y que entonces se ganaba la vida vendiendo caballos (Colección de documentos Inéditos para la Historia de Nicaragua, t. IV, p. 69).

EL VOLTEADOR :

HERNAN SANCHEZ MORILLO.

Hernán Sánchez Morillo —el eximio volteador— fue natural de Villafranca, en el Maestrazgo de Santiago¹, lugar donde vino al mundo alrededor de 1508².

Mancebo aún pasó a las Indias y sentó plaza de soldado en Nicaragua³. Pero poco tiempo sirvió allí su nuevo oficio, porque el 3 de mayo de 1530 lo hallamos en la ciudad de Panamá ante el licenciado De la Gama, respondiendo a la acusación de haber perdido a los naipes quince pesos de oro, amén de practicar juegos prohibidos⁴. Dicen que para ello se juntaba con Rodrigo de Torres, hombre pecador y gran tahur del que afirmaban los vecinos “que su vida es la más mala que nació de las mugeres”⁵. Lo cierto es que por estas amistades y manejos el jugador Sánchez Morillo terminó en la cárcel, constando que antes de salir tuvo que pagar 600 maravedís de multa a la cámara del Rey.

Infamado por la prisión y sin dinero para seguir jugando, Sánchez Morillo recurrió a la soldadesca. No en vano la armadilla de Pizarro estaba al ancla en Panamá. Esta armada se llamaba del Levante pero en realidad marchaba al sur. En ella iban ciertas cabalgaduras pero ningún volteador. Y como Hernán Sánchez Morillo era volteador y de los buenos, el capitán aceptó sus servicios. De este modo Hernán Sánchez Morillo se convirtió en conquistador del Perú⁶.

Coaque, Puerto Viejo, la Puná y Tumbes fueron sitios en los que el villafranqués tuvo ocasión de mostrar su calidad de soldado.

Pero sólo después de pisar tierra piurana fué que ganó celebridad. Sánchez Morillo era un experto en el arte de domar y derribar a los caballos para herrarlos, marcarlos o curarles las heridas. Diego de Trujillo lo confirma cuando dice "que era gran bolteador"⁷. Esto último indica también que sabía dividir una porción de ganado arrollándolo al correr de su cabalgadura o dar vueltas a un equino hasta lograr derribarlo. Los indios, pues, veían en Sánchez Morillo al único español capaz de hacer caer a los caballos y como esto lo haría con el arte y gracia propios de los volteadores, en breve se convirtió para ellos en el mejor domador de monstruos y por ende en un hombre importantísimo. Por eso, el espía de Atahualpa en Poechos recomendó respetarle la vida. Hombre tan fuerte y mañoso sería muy útil al Inca.

Pero otra cosa deparaba la fortuna y no la prisión del volteador. Sánchez Morillo siguió con la hueste a Cajamarca y allí, encima de su diestrísimo caballo, asistió a la captura de Atahualpa, apresando así al que lo quería apresar. Más tarde vino la hora del reparto y entonces le correspondieron 8.880 pesos de oro y 362 marcos de plata⁸. Fue allí que prestó 600 pesos a Juan Pérez de Tudela haciendo que éste le firmara una carta de obligación⁹. Lo demás de sus bienes siguió incólume, pero pronto lo debió despilfarrar por ser hombre amigo de dados y barajas.

En efecto, después de seguir a Francisco Pizarro hasta el Cusco, se le encuentra en la Plaza Mayor de esta ciudad, un día de fiesta jugando a los bolos con Rodrigo Orgóñez. La partida estaba destinada a pasar a la posteridad pues fue la más espectacular y cuantiosa que hasta entonces habían visto los conquistadores. Se apostaron en ello 11.000 pesos de oro y 500 marcos de plata "a quien traía más birlos" y a "sacar dos bolos". Ganó Orgóñez, no obstante la pericia de Sánchez Morillo, y éste debió de quedar arruinado si comparamos lo perdido con lo ganado en Cajamarca. "En pocos minutos perdió Hernán Sánchez los frutos de varios años de riesgos y padecimientos"¹⁰.

Derrotado y empobrecido retornó a Jauja con el Gobernador, dispuesto a radicarse allí como vecino¹¹. El 30 de junio de 1534 fue testigo en un poder de Garcí López y el 17 de julio en otro de Antón de Oviedo¹². Pero aquello de la vecindad tranquila y apacible no le gustaba en absoluto. Alguna esperanza parece que abrigó con el hecho de trasladarse la capital a Lima y dispuesto a conocer el nuevo panorama decidió bajar a esta ciudad, donde Pizarro le depo-

sitó los indios de Luringancho y su curaca Vilcarán¹³. Algunos amigos lo propusieron para Regidor de la ciudad en 1536, vale decir, para la primera elección que hizo el Cabildo¹⁴. Pero el señalado hizo caso omiso de tales distinciones y se ausentó sin decir a dónde iba. Ante silencio tan repentino surgieron voces alarmistas y aquel mismo año, el 12 de diciembre —terminada la guerra de Manco Inca— el Gobernador dio los indios de Hernán Sánchez. “que dizen ques fallecido”¹⁵, a Francisco de Chávez que venía a radicarse a Lima. A estas alturas, lejos de haber muerto pero sí azotado por la inactividad y la pobreza, el jugador Sánchez Morillo servía a Belalcázar en la conquista de Quito y Popayán¹⁶.

El cronista Herrera lo menciona en la toma del palacio imperial de Riobamba, donde Belalcázar lo dejó para guardarlo junto con Vasco de Guevara, Ruy Díaz y Domingo de la Presa¹⁷. Más tarde siguió a la provincia de Pasto, donde también hubo guerra con los indios, terminando finalmente en Popayán. Aquí los indios no quisieron cultivar la tierra, pensando desatar el hambre y con ello auyentar a los cristianos, pero éstos se mantuvieron en los puntos conquistados y los aborígenes, padeciendo la falta de alimentos que ellos mismos provocaran, se entregaron a la antropofagia. Sobrevino la peste y cundió la desesperación. Cieza de León al narrar esta parte de la historia refiere la siguiente anécdota: “Hernán Sánchez Morillo, que fue vecino en la ciudad de Popayán, que en este tiempo se halló allí presente, me dijo que yendo un día por un camino había encontrado un indio con nueve manos, dos que Dios en él puso e formó é siete que llevaba asidas de una cuerda, é como así lo vido le preguntó él y otros que para qué llevaba tantas manos, y él respondió que para comer”¹⁸. Anécdotas como estas horrorizaban a los soldados bisoños.

En la misma conquista cuenta Cieza que otra vez salió Sánchez Morillo de Popayán con Juan de Ampudia y sesenta soldados con perros y caballos. Los indios de guerra acudieron por todas partes y en número muy grande, desde los cerros, —al tiempo que preparaban la batalla— “preguntaban á los cristianos si venían gordos, porque así á ellos como a sus caballos habían de comer”¹⁹. Por toda respuesta los españoles invocaron a Santiago y aguijando a sus corceles lograron derrotar a sus enemigos. Rehechos los naturales iniciaron un nuevo ataque contra los españoles “é preguntábanles si venían gordos porque nenguno les había de quedar con la vida”²⁰. Am-

podía mandó entonces a Sánchez Morillo sacar de aquel sitio a los caballos y atacar con ellos por un flanco sin ser visto. Obedeció el volteador y al caer por sorpresa sobre los desprevenidos naturales ganó con ello la victoria. Más tarde comentaría él mismo la campaña de Popayán: “por queste testigo a estado en parte de ella (e) ha visto como es [provincia] muy trabajosa y áspera por ser los naturales de mala digestión y muy guerreros”²¹. Popayán, pues, no era la tierra de sus complacencias y acaso por haberse percatado de ello, el volteador Sánchez Morillo marchó al Río de San Juan a servir con el Adelantado Andagoya²².

Pero mientras esto sucedió el Gobernador Pizarro entendía que el volteador no había muerto. Lorenzo de Aldana le había traído nuevas de él y ahora llegaban a Lima algunas reales cédulas que lo mencionaban. Una lo recomendaba vivamente y otra lo hacía Regidor de Lima. Ambas estaban fechadas en Valladolid el 3 de febrero de 1537 y venían acompañadas de una tercera — fechada el 2 marzo — que era una licencia para disfrutar de un par de años en España²³. Pero por seguir perdido en las selvas tropicales el villafraqués no sólo desconoció sus privilegios sino que también siguió ignorándolos. Además, con tales privilegios se sentía inútil. El era un soldado, también un volteador, y poca gracia le hacía el asistir a las sesiones de un Cabildo o el pasar dos años de inactividad en Villafraanca de los Barros y tierras de Almendralejo.

Mientras tanto Hernán Sánchez Morillo seguía en la conquista de Popayán y Río de San Juan. Allí permaneció hasta 1545, año en que teniendo noticia que el Virrey Núñez Vela había desembarcado en Túmbes contra la opinión de los Oidores, determinó juntarse. Para ello salió de la ciudad de Popayán “bien aderezado de armas”²⁴ como “antiguo conquistador que era de aquellas regiones”²⁵. Cabalgó de este modo hasta el puerto de Tumbes, pero cuando llegó era ya partido Blasco Núñez por temer la proximidad de Bachicao. Sánchez Morillo entonces salió en su seguimiento, consiguiendo alcanzarlo en el pueblo de Chanchana²⁶. Las crónicas insisten en que a partir de este momento el buen Sánchez Morillo nunca se le separó²⁷, mereciendo por su lealtad una capitanía, según afirma Cieza, cronista de quién el volteador era informante²⁸. En Quito vió posar a Núñez Vela en casa de Diego de Torres y recibir en ella las armas que Juan Ruíz le enviaba, especialmente dos tiros de artillería

y uno de hierro que quedó después en el camino por falta de indios cargadores. De allí siguieron a Otavalo, donde presencié la llegada del capitán Cabrera, huyendo luego todos juntos hasta Pasto y Popayán, último punto de la funesta retirada ²⁹.

Mas rehechos los leales volvieron hasta el campo de Iñaquito, batalla en la que fue decapitado Núñez Vela y malherido el capitán Sánchez Morillo. Pero después de ser curado en la prisión por los gonzalistas se dio maña de escapar a Cali, gobernación de su antiguo jefe Belalcázar, donde vio llegar a fray Juan de Vargas con los despachos de Gasca y juntarse allí a Ordoño de Valencia ³⁰. Es falso, pues, que Sánchez Morillo hubiera estado en Quito entre los asesinatos de Pedro de Puelles para luego alzar bandera por el Rey ³¹. A estas alturas estaba él con Belalcázar y en su compañía, después de muerto Puelles fue que pasó a Quito para juntarse en Jauja al Presidente Gasca. Este, por haber asistido a la derrota de Gonzalo Pizarro en Jaquijahuana, le encomendó más tarde unos pueblos de cañaris en la comarca quiteña ³².

Entonces fue que se retiró a San Francisco de Quito —ciudad de la que se decía fundador— donde frecuentó la amistad de Francisco Ruíz, Alonso de Cabrera y Diego de Escobar, conquistadores de esa tierra y de la de Popayán ³³. Pero después de vivir allí casi dos lustros el soldado marchó a España. No sabemos qué hacía allí, pero en mayo de 1558 está ya en Valladolid, donde el 5 de ese mes declara en la probanza del cacereño Diego de Ovando. Allí lo vemos codearse con Diego de Galdo, Miguel Rodríguez de Villafuerte, Juan Maldonado de Buendía, Gonzalo Silvestre y Nicolás de Almazán ³⁴. En setiembre del año siguiente seguía en Valladolid, lo que aprovechó Luis Núñez de Prado para hacerlo testimoniar en la probanza de su difunto padre, el licenciado Francisco de Prado, Gobernador de Cuba y Teniente General del Perú. El testimonio acusa familiaridad con los Núñez de Prado, lo que hace maliciar que en su casa se alojaba el conquistador. Todo esto causa la impresión de que entonces estuviera gestionando una merced ante el Supremo y Real Concejo de las Indias, merced que los Consejeros no querían conceder ³⁵.

Pero el soldado siguió dando vueltas por las calles de Valladolid, abrazándose en sus esquinas con Cristóbal de Barrientos, el capitán Juan Delgadillo y el Procurador Pedro Luis de Cabrera, peruleros que andaban en los mismos trabajos ³⁶. A la sazón —según parece—

quería darse fama de “hijodalgo y hombre honrrado”³⁷, pero aunque todos recordaban su bajo origen olvidaban, en cambio, su renombre de forzado volteador. No en vano tenía más de cincuenta años sobre sus espaldas, los suficientes para que a un soldado lo notaran viejo. Pero ¿qué quería en Valladolid Sánchez Morillo? Parece que al viejo se le había pasado el plazo de la licencia y tenía noticias que el Marqués de Cañete le había quitado sus indios. Estaba, pues, en todos los apuros para que se los devolvieran o, en todo caso, que pasaran a su hijo³⁸. Lo cierto es que un día se le dejó de ver y se dijo que el volteador había muerto. Su figura dejó de rondar a los tercios Consejeros y nadie más se volvió a ocupar de él. Recién entonces en el Perú dispusieron de sus indios. Era falso que los hubiera perdido, como llegaron a decir voces alarmistas. El Virrey sólo le había quitado 1.500 pesos para dar cierto salario mientras durara su ausencia. Pero esto no lo sabía el villafranqués y murió creyendo que se le había hecho una injusticia³⁹. Este final oscuro tuvo Hernán Sánchez Morillo, volteador de equinos y de cartas de barajas, el soldado que derrochaba el oro a manos llenas y que estaba dispuesto a jugarse un Perú si era posible⁴⁰.

1. Archivo General de Indias de Sevilla (A.G.I.) Justicia 363.
2. A.G.I. Patronato (Pat.) 93—N4—RI; 101—NI—R9; 103A—NI—R6; 109—NI—R3.
3. A.G.I. Pat. 93—N4—RI.
4. A.G.I. Justicia 363.
5. A.G.I. Justicia 363.
6. A.G.I. Justicia 363. Por este mismo tiempo vivían en Panamá dos homónimos del volteador. Uno era Hernán Sánchez de Cáceres, que parece haber sido mercader, y el otro Hernán Sánchez de Badajoz, que llegaría a Cajamarca con Almagro. Este último destacó grandemente cuando el alzamiento de Manco Inca, llegando posteriormente a ser Capitán General de Costa Rica. En el segundo viaje de Pizarro fué también otro soldado apellidado Morillo, a secas, el cual —según Pedro Pizarro— fue muerto por los indios de Puná. Sánchez Morillo sirvió al gobernador Pizarro tan sólo en el tercer viaje, conociéndose de él una carta de obligación otorgada en Coaque al trompeta Fernández, el 26 de abril de 1531, y un documento similar que en favor suyo otorgó allí mismo el escopetero Rodrigo de Herrera. Por el primero prometía pagar 25 pesos y por el segundo le tocaban nueve castellanos. (The Harkness Collection.— Washington, Library of Congress, 1932.— pp. 3 y 4).
7. Trujillo, Diego de... Relación del Descubrimiento del Reyno del Perú.— Sevilla, Escuela de Estudios Hispano Americanos, 1948.— Prólogo y notas de Raúl Porras Barrenechea. p. 55.
8. Libro Primero de Cabildos de Lima. París, imprenta Dupont, 1900. Parte III, p. 123.

9. Lohmann Villena, Guillermo... Índice del Libro Becerro de Escrituras, en Revista del Archivo Nacional del Perú, t. XIV, entrega II, p. 224.

La carta de obligación de Juan Pérez de Tudela se otorgó en Cajamarca, ante el escribano Jerónimo de Aliaga, el 14 de junio de 1533, actuando de testigos el marino Martín Bueno y el cronista Diego de Trujillo.

10. Trujillo, Diego de... Op. cit.— p. 103, nota 84.

11. A.G.I. Justicia 397.

12. Lohmann Villena, Guillermo... Op. cit. pp. 231 y 233.

13. A.G.I. Justicia 397.

14. Cobo, S.J., Bernabé... Fundación de Lima, cap. VI, en Biblioteca de Autores Españoles.— Madrid, Gráficas Orbe, 1956.— t. XCII, p. 297.

15. A.G.I. Justicia 426.

16. A.G.I. Pat. 109—NI—R3.

Años después, al contestar una pregunta en la probanza del licenciado Francisco de Prado sobre la guerra de Manco Inca, Sánchez Morillo confesó que en este tiempo "andaua ocupado en otras conquistas", constando por otros documentos que tales conquistas eran las de Quito y Popayán.

17. Herrera, Antonio de... Historia General de los hechos de los Castellanos en las Islas y Tierrafirme del Mar Océano.— Buenos Aires, imprenta Continental, 1945.— Década V, lib. IV, cap. XII, p. 323 del t. VI.

18. Cieza de León, Pedro... Guerra de las Salinas.— Madrid Librería de la viuda de Rico, s. f.— cap. LXXV. n. 373. Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VI, lib. VI, cap. I. p. 39 del t. VIII.

19. Cieza de León, Pedro... Guerra de Chupas.— Madrid, Librería de la viuda de Rico, s. f.— cap. XIII, p. 45.

20. Ibidem, cap. XIII, p. 48.

21. A.G.I. Pat. 96—NI—R5.

22. A.G.I. Pat. 96—NI—R5.

23. Porras Barrenechea, Raúl... Cedulaario del Perú.— Lima, imprenta Torres Aguirre, 1948.— t. II, pp. 308, 310 y 314.

24. Cieza de León, Pedro... Guerra de Quito, cap. XC, en Nueva Biblioteca de Autores Españoles. Historiadores, de Indias.— Madrid, imprenta de Bayllly Bailliere e hijos, 1909 — p. 95.

25. Ibidem, p. 95.

26. A.G.I. Pat. 103A—NI—R6.

27. Cieza de León, Pedro... Op. cit. cap. CXXII, p. 134.

Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VII, lib. IX, cap. XXIV. p. 259 del t. IX.

28. Cieza de León, Pedro... Op. cit. cap. CLXXIX, p. 205.

29. A.G.I. Pat. 96—NI—R5.

30. A.G.I. Pat. 103A—NI—R6.

31. Los cronistas hablan de un fulano Morillo entre los soldados que llevó Rodrigo de Salazar para asesinar a Pedro de Puelles. Pero este soldado se llamó Andrés Morillo, como lo comprueba cierta encomienda que abusivamente le concedió Rodrigo de Salazar en los indios de Caranque. Andrés Morillo fue premiado con 400 pesos de renta en el reparto de Huaynarima. Muchos años después, en 1581, los herederos de Hernán Sánchez Morillo pretendieron obtener mercedes de la Corona alegando ser el volteador uno de los que asesinaron a Puelles, hecho que aprovechó el fiscal para afirmar que el villafranqués había sido antes gonzalista.

32. A.G.I. Pat. 124—NI—R6.

Por este tiempo Sánchez Morillo testificó en el Cusco (14-junio-1548) en la probanza de Alonso de Valencia. Más tarde (octubre de 1549) lo haría en Lima en la de Ordoño de Valencia y lo mismo en la del capitán Juan Ruíz (15-noviembre de 1549). Por todos estos escritos consta que Sánchez Morillo sabía firmar.

33. A. G. I. Pat. 124—NI—R6.
34. A. G. I. Pat. 101—NI—R9.
35. A. G. I. Pat. 109—NI—R3.
36. A. G. I. Pat. 109—NI—R3.
37. A. G. I. Pat. 124—NI—R6.
38. A. G. I. Pat. 124—NI—R6 y 189—R 16.

39. Ante la prolongada ausencia de Sánchez Morillo el Marqués de Cañete separó de sus tributos 1,500 pesos de renta por dos vidas al conquistador Alonso Flórez Dávila. El Conde de Nieva y los Comisarios de la perpetuidad —fallecido ya el volteador— tomaron definitivamente 300 pesos que restaban para pagar cierto salario a Alonso Casco.

40. Finalmente los indios del volteador pasaron a su hijo legítimo Juan Sánchez Morillo, vecino de Cuenca en la Audiencia de Quito, el cual fué casado con Rafaela de Montalbán, hija del capitán Alonso de Montalbán, conquistador de Quito y Nicaragua que también sirvió en la Compañía de Gentiles Hombres Lanzas de los Virreyes del Perú.

EL ALGUACIL:

MARTIN PIZARRO

En Trujillo de Extremadura, donde la iglesia mayor está advocada a San Martín, el santo de la milicia, vino al mundo el bueno de Martín Pizarro, conquistador del Perú, capturador de Atahualpa y primer Alguacil de Lima. Nacido por 1507, de su infancia no hay nada que decir, excepto que parece haber sido triste e incolora¹. Era de los nobles Pizarros de Extremadura, pero pobre como el que más. Acaso por esto último creció alejado de los Pizarros ricos. Pero allí mismo, en Trujillo, bulló en él su vieja sangre militar y entusiasmado con las nuevas que venían de las Indias, decidió abrazar la carrera de las armas. Entonces sí que buscó a los Pizarros peruleros y, sin tratarlos de parientes, les pidió que lo llevasen al Perú. Francisco Pizarro lo acogió con beneplácito y le permitió ir con él. Por eso el buen Martín, sin aludir a sus vínculos de sangre, afirmaba años después, que “conoció al dicho marqués en la ciudad de Truxillo despaña antes que partiese para estos rreinos E vino este testigo en su compañía A ellos... E siempre, hasta que el dicho marqués falleció, trató e conuersó con él”². La declaración exhibe familiaridad pero esconde el parentesco. Serán los otros conquistadores, sus compañeros de armas, los que nos digan que “vino a este rreyno con el marqués don francisco piçarro como su debdo que hera”³.

Martín Pizarro, pues, partió de España con el Gobernador el año 1530 y después de una corta estadía en Tierrafirme, que sirvió para que se aparejasen los soldados, partió como uno de ellos a la conquista del Perú. Tenía entonces veintitrés años de edad y estaba reputado

“como mançebo y hombre de buenas fuerças y rreçio para el trabajo”⁴. Esto le valió servir con la infantería, pues no siendo hombre capaz de alimentar caballo, su destino fue ser peón. De este modo participó en toda aquella empresa “haciendo Entradas en la tierra adentro, camynando por çiénegas y montes espesos, haciendo camynos con machetes y espadas, y bolbían a la costa perdidos y muertos de hombre por no hallar que comer . . .”⁵. Un solo estímulo parecía alimentar el alma del mancebo y era el aprecio del Gobernador. Una probanza asegura que allí donde fuera don Francisco, iba “el dicho martin piçarro con él . . .”⁶.

Así llegó el muchacho hasta la isla de Puná y litoral de Tumbes, sitios donde hubo serias guazábaras con los indios. El 15 de julio de 1532 asistió a la fundación de San Miguel, en Tangarará, tierra de tallanes, pero cumplido algún tiempo de reposo, en setiembre de aquel mismo año, partió Martín con la hueste a Cajamarca. Allí fue de los peones que con el Gobernador a la cabeza abrieron calle entre la indiada para apresar al Inca. Al ocuparse de estos esforzados que irrumpieron por la plaza, las probanzas harán resaltar que “fue uno el dicho martin piçarro por ser mançebo y para mucho trauajo”⁷. Valorando sus esfuerzos, las actas del rescate le otorgaron 2.330 pesos de oro y 135.6 marcos de plata⁸. Todo hace pensar que en esos días era el Alguacil del Alcalde Mayor Juan de Porras.

Lo que sigue aparece algo confuso. Se sabe que llegó a Jauja pero se ignora si prosiguió al Cusco o quedó de guarnición con Alonso de Riquelme. Esto último parece lo probable⁹. Lo cierto es que en Jauja, donde era fundador, entre junio y julio de 1534, figura de testigo en escrituras de Pedro de Barrantes y Pedro de Salinas¹⁰. Menos mal que a los testigos no se les pedía firmar, porque, como su deudo el Gobernador, Martín Pizarro era un analfabeto¹¹. En Jauja solicitó solar e indios para sentar plaza de vecino, pero parece que no se le atendió¹². El Gobernador tenía otros propósitos respecto a la capital. Callado y mal contento, Martín quedó en Jauja el resto de aquel año. El Gobernador, mientras tanto, cabalgaba junto al mar.

Pero cuando el Gobernador se detuvo y fundó Lima, el soldado dejó Jauja y pasó a la nueva capital. Allí su pariente le había depurado un solar a un tiro de ballesta de la Plaza mayor. En la esquina de las calles que después se llamaron de las Mantas y de Plumereros, podía construir su casa de morada¹³. Como si esto fuera poco, Fran-

cisco Pizarro le concedió el repartimiento de Huamantanga y Atabillos, indios estos últimos de su presunto marquesado. Todos estos naturales eran tejedores y pastores pero también hechiceros. Su deudo el Gobernador le había pagado bien y Martín estaba satisfecho: de cuarenta y dos repartimientos que tenía Lima, el suyo ocupaba el décimo quinto lugar ¹⁴.

Contento y agradecido comenzó a asistir a las sesiones del Cabildo que ya lo había investido como su Alguacil Mayor. Este cargo era indispensable al buen gobierno de la ciudad y su misión consistía en guardar el orden y velar por las buenas costumbres. Para ello debía perseguir a los soldados delincuentes y dar batidas a los negros cimarrones, prender a los duelistas callejeros y organizar rondas por la noche, amén de custodiar la cárcel pública. Haciendo en Lima, lo que la Santa Hermandad en los campos de Castilla, Martín Pizarro fue el principio de toda policía que haya habido en el Perú. Por eso, seguido por Francisco Pinto, su teniente, y empuñando la vara de la justicia, nos los imaginamos ingresando sorpresivamente a los garitos para decirles enérgicamente a los tahures: “¡Daos presos, por el Rey!” ¹⁵.

Así corrió todo ese año 35, sin nada digno de contar, pero al siguiente, la guerra de Manco Inca estuvo a punto de acabar con la ciudad. El Gobernador dirigió la resistencia y Martín, que todavía era “mançebo y para mucho trauajo” ¹⁶, lo ayudó con su persona, armas y caballos, pues por ser encomendero no era ya hombre de a pie. Por eso el Gobernador, temeroso de la suerte corrida por sus hermanos en el Cusco, lo envió a la sierra con varias expediciones de socorro. Salió primero con Francisco de Godoy en apoyo del capitán Gaete y de su guarnición de Jauja, pero “hallaron muertos a los españoles e bolbieron huyendo porque no los matasen” ¹⁷. Después tornó a salir con Mogrovejo de Quiñones, mas llegados a la cuesta de Parcos, los indios les soltaron galgas diezmando a los jinetes y también al capitán. Martín Pizarro fue de los pocos que lograron escapar y habiendo perdido su caballo, volvió a Lima desfallecido y descalzo. Repuesto de los sinsabores y superado el cerco de la capital, se halló en el castigo de los curacazgos de Chacalla y Carampoma, asistiendo también —con el capitán Diego de Agüero— a la pacificación de Lunahuaná y toma de la fortaleza del Haurco. En todas estas campañas Martín cobró fama de “valiente hombre y de verguença y honrra” ¹⁸.

Pero acabada la guerra el soldado se avino a la tranquila vida de hogar, interrumpiéndola tan sólo para acompañar al Gobernador a Mala y Chíncha cuando sus disensiones con Almagro¹⁹. Pero esta vida de hogar era incompleta por faltarle aún la esposa. Martín Pizarro era hombre inclinado a soltería y como tal a entenderse con criadas. En mayo de 1539 llevó a bautizar a una hija que llamó Isabel, habida en una india llamada Marina, y en octubre del mismo año a otra llamada Francisca, tenida en una tal Isabel, su servidora. Otra bastarda nombrada Inés, hija de india panameña, fue la última. Bautizada en el Sagrario el 1º de mayo de 1540, tuvo por padrinos a un par de soldados incoloros y a una Inés Tello de extracción bastante humilde²⁰. Estos personajes sumados a los anteriores compadres de bateo, están indicando que Martín Pizarro casi no había ascendido socialmente. A pesar de su parentesco con el Gobernador y su oficio de Alguacil, seguía codeándose con sus antiguos compañeros de pobreza, como el tonelero Juan Tostado, el calcetero Alonso de Cantillana o el maestro Alonso Díaz, hombres todos de muy baja condición. Esto, que humanamente puede ser simpatiquísimo, traduce su alma tosca de soldado analfabeto ajeno a todo trato con hombres más cultivados que él. Pero humanamente, ya se ha visto, Martín Pizarro era un pozo de bondad y sencillez. Ello hizo que se le acercaran algunos instruidos como Jerónimo de Aliaga, el más culto de los conquistadores, y Diego de Agüero, que unía a su ingenio el hecho de estar casado con una hija del Gobernador de Jamaica...²¹. El trujillano debió verse en una disyuntiva: olvidar a los amigos viejos para dedicarse a los de mejor posición o seguir con los primeros renunciando a los segundos. Pero su corazón de soldado quinientista —acorde en todo a los dictados de su época— le alcanzó la respuesta: su casa estaba abierta para todos, menos para moros y judíos o penitenciados por la Santa Inquisición... El clérigo Diego Sánchez, que posaba en su morada, podía ser testigo de esto que decía²².

Las nuevas amistades debieron influir, porque en 1540 Martín Pizarro fue elegido Alcalde de la Ciudad de los Reyes, juntamente con el conquistador Juan Fernández²³. El nuevo cargo le trajo algunas exigencias y el que un año atrás en un escrito "no firmó porque... dixo no sauía"²⁴, ahora estampaba garabatos al final de las actas del Cabildo en los que con algo de buena voluntad se

podía leer: “martyn piçarro”²⁵. El Alcalde, pues, no era ya un analfabeto. Por lo menos sabía firmar.

Al cumplirse un año de la elección, se procedió a otra nueva y los dos burgomaestres cedieron el paso a Juan de Barrios y Alonso Palomino. Entonces fue que los almagristas mataron al Marqués don Francisco, el deudo de Martín Pizarro. Ese 26 de junio de 1541, día del asesinato, Martín estaba en cama convaleciendo de una enfermedad. Es verdad que en esa fecha muchos se hicieron los dolientes, pero en este caso estaba acreditado el mal²⁶. Débil y maltratado no pudo hacer nada al saber que había muerto su pariente y protector. Diego de Agüero estaba preso, Jerónimo de Aliaga luchaba aún en su casa solar... Pero Martín tambaleante como estaba, salió esa tarde de su casa y atravesando la Plaza, llena toda de almagristas, entró al Palacio del Gobernador a hacerse cargo del cadáver. El gesto fue valiente, pero Juan de Barbarán y su mujer se le habían adelantado. Al hallar al Marqués amortajado con el hábito blanco del Señor Santiago y en su pecho un bracamarte, Martín reclamó por solo privilegio calzarle una espuela de acicate. Luego, con la ayuda de unos negros y unos indios descolgaron a la calle el cuerpo del Marqués y lo llevaron a la Catedral, al Patio de los Naranjos. “Y así fue como, bajo el manto de una noche invernal, a la luz de hachones de resina que daban sombras fantasmagóricas a aquel fúnebre espectáculo, un grupo de hombres de buena voluntad, depositaron para que durmiera su último sueño, el cuerpo del Descubridor y Conquistador del Perú”²⁷.

El hecho de acudir a enterrar a su pariente, parece que ganó a Martín Pizarro el odio de los almagristas. Esto no fue óbice para que el 1º de julio actuase de testigo en el nombramiento de Barbarán para tutor y curador de los hijos del Marqués²⁸. Pero su dolido cuerpo sufrió una recaída y tuvo que volver al lecho. Allí acudieron a verlo sus amigos, quienes lo llegaron a aconsejar que prosiguiera en su casa porque si salía a la calle planeaban matarlo los de Chile. Juzgando peligroso el levantarse, Martín siguió guardando cama y recibiendo a sus amigos. Entre éstos acudieron cierto día un par de frailes dominicos que le enteraron del arribo de Vaca de Castro al norte del Perú y de su próxima jura por los leales en el convento de Santo Domingo. El soldado ya no se hizo esperar y confabulándose con Aliaga en esta jura, marchó luego a Huaraz a esperar a Vaca de Castro. Reunido al nuevo Gobernador lo siguió en su numeroso sé-

quito. Con sus armas y caballo avanzaba sin hablar. Llegó a decirse que su única mira era vengar a Francisco Pizarro, porque "el dicho Marqués lo estimaba y honraba mucho"²⁹, acaso —y esto lo decían en voz baja— porque el Marqués don Francisco no era otro que su padre...³⁰.

Pero la burda leyenda se olvidó a raíz de la batalla de Chupas. Ese 16 de setiembre de 1542, Martín Pizarro luchó hasta la hora de vísperas. Luego debió volver sonriente al real. Estaban muertos todos los matadores del Marqués. Había vengado a su pariente³¹.

Algún tiempo después lo hallamos entre los vecinos de la capital que salieron a recibir a Blasco Núñez Vela por Virrey y a rendirle acatamiento³². El Gobernante venía con mentalidad castrense y creía que era fácil someter a los peruleros. Pero el Perú no estaba para paces después de tanta guerra y menos con las voces que corrían sobre la abolición de las encomiendas. Entonces fue que los conquistadores buscaron a Gonzalo, el último de los hermanos del Marqués que quedaba en este reino, y lo instaron a coronarse rey. Gonzalo no se dejó seducir por la corona y prefirió ser caudillo de una Gran Rebelión. Tenía muchos amigos entre los conquistadores, también muchos parientes como los Aldanas e Hinojosas, y aún Pizarros, como ese Pedro —tan buen hombre de a caballo— o aquel otro que fue pobre y hoy ya era don Martín... Para asegurarse la fidelidad de este último, Gonzalo le dió en público el trato de pariente y negoció su boda con Catalina Cermeño, hermana de Pedro Cermeño, capitán de arcabuceros gonzalistas y hombre bastante ruín. El matrimonio parece haberse realizado en 1545, estando estaba Gonzalo por partir a Quito. Posiblemente hasta apadrinó la boda. Lo cierto es que llegado el momento de marchar al norte, Martín Pizarro no lo quiso seguir³³.

A su vuelta de Iñaquito Gonzalo lo invitó a salir contra Centeno, pero nuevamente Martín se negó. Esta vez no tuvo nada que reprocharle, pues por haber salido nuevamente Alcalde, su obligación era quedarse en la ciudad³⁴. Su vinculación con el pariente alzado no implica la traición al Rey. Por eso Martín Pizarro resultaba nada útil a los rebeldes y si visitaba el campamento era para interceder por un preso o condenado a muerte. Afin a esto habría algo que contar. Dicen que un día salvó la vida a Jerónimo de Aliaga, porque habiendo ido éste al real a verse con Gonzalo, topó en el camino con Martín Pizarro. Martín lo tomó presto del brazo y llevándolo detrás de

un árbol le comunicó que Carbajal lo estaba buscando para matarlo por haber ocultado en su casa a Garcilaso. Advertido Aliaga del peligro montó luego a caballo y aguijando con sus espuelas al equino, salvó de la muerte abandonando a galope el campamento³⁵.

Así pasaron los días hasta que la estrella de Gonzalo comenzó a palidecer. Llegado Lorenzo de Aldana con la armada hasta el Callao, los alzados no tuvieron más remedio que levantar su campamento y trasladarlo a Pachacamac, porque las deserciones eran cada vez mayores y no había posibilidad de contenerlas. Martín Pizarro —que ese año también tenía la Alcaldía— quedó guardando la capital, pero aprovechando su alto cargo sacó el pendón del Cabildo y con Antonio de Ribera alzó bandera por el Rey. De este modo acallaba a su conciencia y cumplía con su deber, porque aunque Gonzalo era de su sangre, antes que ser Pizarro se sentía un vasallo fiel. Pero había además otra intención en su animoso gesto. Este propósito era el salvar la vida y hacienda a los hijos del Marqués, los cuales hijos estaban con doña Inés de Muñoz —la viuda de Francisco Martín de Alcántara, el hermano del Descubridor— a la sazón esposa del citado Antonio de Ribera. Hasta dicen que lo hizo con la anuencia de Gonzalo para salvar el nombre de Pizarro en el Perú. La estricta verdad aún no se sabe. Lo único que consta es que Martín actuó con su mejor intención. Pero estas entretelas no llegaron a los historiadores, por eso las crónicas apuntan solamente que “habiendo caminado Gonzalo Pizarro con su campo en la forma que tenemos contado, don Antonio de Ribera y el Alcalde Martín Pizarro y Antonio de León y otros algunos vecinos que por viejos y enfermos se habían quedado en la ciudad con licencia que hubieron de Gonzalo para ello, dando sus armas y caballos, sacaron el pendón de la ciudad de los Reyes, y juntando consigo la gente que pudieron, públicamente alzaron la ciudad por Su Magestad y pregonaron públicamente las provisiones del Presidente (Gasca) que de la mar les enviaron; y luego lo hicieron saber a Lorenzo de Aldana”³⁶.

Entrado Pedro Gasca a la ciudad de Lima dejó a Martín en ella so color de estar enfermo. Era verdad que “aunque se llamaba Pizarro no siguió la tiranía de Gonzalo”³⁷, pero también era cierto que pertenecía a los buenos Pizarros de Extremadura y eso le inspiraba desconfianza. Por esto Martín no luchó en Jaquijahuana,

lo que tampoco fue de lamentar, porque le hubiera resultado demasiado ingrato luchar contra su propia sangre ³⁸.

Terminada esa guerra Gasca lo comisionó, juntamente con su amigo Jerónimo de Aliaga, para escoltar hasta el Callao el oro del Rey y embarcarlo allí en las naos de Antón de Rodas y Juan de Lucas ³⁹. Embarcado también el Presidente, Martín volvió a su casa dispuesto a descansar de sus fatigas. Pero dos años después, en 1552, tornó a salir Alcalde. Al verificarse una igualdad en el número de votos con el capitán Pedro de Zárate, el Virrey don Antonio de Mendoza no titubeó y señaló a Martín Pizarro para el cargo ⁴⁰.

A fines de 1553 surgió la guerra de Francisco de Girón. Don Martín Pizarro se debió de preparar para la lucha, pero aunque no era viejo sí que estaba enfermo y eso le vedó participar activamente. Esta fue la causa por la que se limitó a vigilar la ciudad de día y a rondarla de noche, saliendo algunas mañanas al campamento de Ate para criticar su proceder a los Oidores. Eso de que la guerra se hubiera puesto en manos de los letrados no lo convenía y era de los que pensaba que un soldado valía por cien bachilleres ⁴¹.

Luego vino por Virrey de estos reinos el Marqués de Cañete y durante su gobierno, en 1558, don Martín nuevamente fue elegido Alcalde, aunque en forma transitoria por estar ausente el titular Vasco de Guevara ⁴². Pero luego de febrero de ese año no se vuelve a saber más de él. Posiblemente la enfermedad, esa enfermedad que lo postraba y perseguía desde los días que mataron a Francisco Pizarro, lo atacaba reciamente. Entonces fue que debió de agonizar el buen soldado, para morir poco después en su casona limeña, rodeado por su mujer, sus hijos, sus indios nicaraguas y los negros de servicio. Iniciando una piadosa costumbre entre sus descendientes, se debió de enterrar en la Capilla de la Veracruz, sede de aquella Archicofradía famosa llamada de los Conquistadores. Sólo así puede explicarse que en el besamanos al Virrey Conde de Nieva, no asistiera don Martín ni sus menores hijos ⁴³.

Con él había muerto un Pizarro más, uno de esos Pizarros ganadores de este reino y que pudieron, sin reparo, decirle al Rey: "No nos levantó (Vuesa Majestad) del polvo de la tierra; porque desde que los Godos entraron en España somos Caballeros hijos dalgos de solar conocido... y si éramos pobres por ello salimos por el mundo y ganamos este Imperio y se lo dimos a Su Mejestad, pudiéndonos

quedar con él, como lo habían hecho otros muchos que han ganado nuevas tierras...”⁴⁴. Todo esto era verdad. El mayor mérito de Martín Pizarro, el hidalgo pobre de Trujillo, era el de haber abandonado los dictados de su sangre por seguir la voluntad del Rey. Pizarro, sí, mas no traidor. Esa había sido su divisa y por ella lo respetaron los conquistadores.

Seis fueron los vástagos que dejó el soldado en su legítima mujer Catalina Cermeño, conocida en el vecindario como “la Cermeña”. Hembra de genio fuerte y sin dotes para educar, la historia de sus hijos corrió a la par que su desgracia⁴⁵. El primogénito fue Juan, que sucedió a su padre en la encomienda de Huamantanga y Atabillos. Mancebo aún, sedujo a una doncella nombrada Mariana de Cepeda (parienta de la mujer de Hernán González de la Torre) y luego de convertirla en su amante tuvo en ella tres bastardos⁴⁶. Estando en vísperas de regularizar su situación perdió la vida por razón de un accidente, pasando entonces sus indios a poder del segundón, con cargo de entregar todos los años 300 pesos a los citados bastardos. Este segundón fue Rodrigo (aunque alguno lo menciona Diego) y obtuvo la tercera vida en la encomienda por gracia del Virrey Toledo⁴⁷. El tercero fue el padre Martín Pizarro y Cermeño, que a los diecisiete años de edad ingresó a la Compañía de Jesús el 26 de junio de 1568, siendo en ella el primer novicio peruano^{47a}. Ana Pizarro y Cermeño, la primogénita de don Martín es la menos conocida. Vivía en Lima por 1572 y parece haber sido casada⁴⁸. Francisca Pizarro y Cermeño, otra hija del conquistador, casó con Pedro Pizarro, el Mozo, su primo, hijo del cronista Pedro Pizarro, que fue soldado y paje del Marqués. La única hija de este enlace no tuvo con quien casar por la mala fama que rodeó entonces a la familia⁴⁹. Esta mala fama se debió a María Pizarro y Cermeño, la cuarta y última hija del Alguacil Mayor, a quien se llamó “La Endemoniada”, la cual constituyó el escándalo y vergüenza de su generación. Menor de edad, pobremente educada y con alucinaciones y transtornos mentales, se le creyó víctima de un íncubo o demonio masculino que la hizo concebir un *cambión*. El *cambión* venía a ser un niño-diablo y su sólo nombre inspiraba horror al populacho por creerse que un ser así sería el Anticristo. El caso lo tomó a su cargo la Inquisición limeña, la que a lo largo del proceso cumplió una triste actuación. Sometida a vigilancias e interrogatorios que debilitaron aún más su flaco cuerpo e insana cabeza,

la infeliz enfermó gravemente —según el médico del Santo Oficio— de una postema en el hígado. Lo cierto es que entró en agonía y que el 11 de diciembre de 1573 falleció. Su cadáver en un ataúd clavado, se enterró secretamente en el convento de La Merced. La luctuosa y medieval historia había terminado⁵⁰.

Este fin tuvo la prole de Martín Pizarro, el primer Alguacil de Lima y deudo de esos Pizarros que ganaron el Perú. Humilde al extremo de silenciar su parentesco con un Marqués Gobernador, jamás pensó que acabaría emparentado con el propio Rey de los Infiernos.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. Archivo General de Indias de Sevilla (A.G.I.). Patronato (Pat.) 90—NI—R2 y Justicia 95.

Porras Barrenechea, Raúl... El Testamento de Pizarro.— París, imprenta Les Presses Modernes, 1936.— p. 77, nota 37.

Este último autor fija para Martín Pizarro como año de su nacimiento el de 1508, pero otros testimonios documentales de ese tiempo señalan indefectiblemente al anterior. La afirmación de Porras debe tener su origen en la probanza de Ribera el Mozo, hecha en Lima en diciembre de 1548, donde Martín Pizarro confiesa cuarenta años de edad. Será en otras probanzas, como en la de Hernán González de la Torre, donde conteste con mayor exactitud sobre la fecha de su nacimiento.

2. A.G.I. Pat. 90—NI—R2.

El nombre de Martín, que también lo tuvo el progenitor del cronista Pedro Pizarro, parece haber sido frecuente entre los Pizarros pobres de Extremadura. Era de cierta tradición en la familia y evocaba al apellido Martínez Pizarro, que unido al de Añazco lo llevó D. Sancho, uno de los primeros caballeros del frondoso árbol genealógico de los Pizarro (ver: Cúneo Vidal, Rómulo... El Capitán Don Gonzalo Pizarro padre de Francisco, Hernando, Juan y Gonzalo Pizarro Conquistadores del Perú.— Madrid, imprenta de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1926.— pp. 4 y 5).

3. A.G.I. Pat. 132—N2—R1.

4. A.G.I. Pat. 132—N2—R1. De que zarpó con Pizarro de Panamá lo prueba el hecho de figurar en Coaque como testigo en una escritura el 10 de setiembre, y el haberse hallado allí cuando arribó la nave de Pedro Gregorio con quesos y tocino. Posteriormente asistirá también al desembarco de Diego Gavilán en Puerto Viejo.

5. A.G.I. Pat. 132—N2—R1.

6. A.G.I. Pat. 132—N2—R1.

7. A.G.I. Pat. 132—N2—R1.

8. Libro Primero de Cabildos de Lima.— París, imprenta Dupont, 1900.— Parte III, p. 125.

Martín Pizarro, hidalgüelo pobre, excusará su falta de caballo en la probanza de Melchor Verdugo atestiguando de éste último "que entró a pie como otros caualleros lo hizieron e que asy anduuo fasta que fue preso Atabalipa en Caxamalca".

9. A.G.I. Pat. 92—N3—R1; 93—N10—R2 y 128—NI—R2.

Porras Barrenechea en su Testamento de Pizarro (p. 77, nota 37) sostiene que Martín Pizarro asistió a las guazábaras de Vilcas y Vilcaconga con Hernando de Soto y más tarde a la toma del Cusco. Pero, en realidad, es la probanza del conquistador Diego Gavilán la única que lo afirma. Todos los demás documen-

tos al guardar un significativo silencio, parecen explicar que no fue así. La lista de los fundadores del Cusco tampoco recoge su nombre. Todo ello nos lleva a pensar que Martín Pizarro quedó en Jauja a las órdenes del Tesorero Riquelme.

10. Lohmann Villena, Guillermo... Índice del Libro Becerro de Escrituras, en Revista del Archivo Nacional del Perú (R.A.N.), Lima, julio-diciembre de 1941, T. XIV, entrega II, pp. 231 y 232.

11. A.G.I. Pat. 92—N3—R1.

12. A.G.I. Justicia 405.

En la probanza del capitán Diego de Agüero, hecha en Lima en 1539, Martín Pizarro "no firmó porque... dixo no saúa".

13. Cobo, S.J., Bernabé... Fundación de Lima, cap. VII, en Biblioteca de Autores Españoles.— Madrid, Gráficas, Orbe, 1956.— T. XCII, volumen II, p. 303.

Riva-Agüero y Osma, José de la... El Primer Alcalde de Lima Nicolás de Ribera, el Viejo, y su posteridad.— Lima, imprenta Gil, 1935.— p. 30.

Bromley, Juan... y José Barbagelata. Evolución Urbana de la Ciudad de Lima, imprenta Lumen, 1945.— Lámina I.

El solar que correspondió a Martín Pizarro como a fundador de la ciudad estaba ubicado en la esquina de las calles de Valenzuela (luego Mantas) y de Plumereros. Eran sus vecinos de morada Nicolás de Ribera, el Viejo, y Felipe Boscán, lindando el solar en la parte interior con el de Nicolás de Ribera, el Mozo.

14. A.G.I. Pat. 132—N2—R1.

Loredo y Mendivil, Rafael... Los Repartos.— Lima, imprenta Miranda, 1958.— p. 221.

Huamantanga (del runa-simi Huamantanca, empujar halcones) es todavía un pueblo indígena enclavado en la serranía de Canta, no muy lejos de Lima. En la actualidad tiene una iglesia donde se venera a un Crucificado de gran fama en toda aquella región. Los Atabillos eran indios que vivían en los pueblos de Pasac y Pallac, igualmente en la sierra de Canta, de donde posiblemente salieron los mítimas que poblaron en Huánuco. Hasta hoy es un enigma el por qué los pidió Francisco Pizarro en marquesado.

15. A.G.I. Pat. 132—N2—R1. Libros de Cabildos de Lima. Libro Primero.— Lima, imprenta Torres Aguirre y San Marti, 1935.— p. 52.

Cobo, S.J., Bernabé... Op. cit. cap. V, p. 295.

En la sesión del 29 de setiembre de 1535 se consigna: "en este día su señoría (el Gobernador Francisco Pizarro) e los dichos señores (Alcaldes y Regidores del Cabildo) Resçebieron juramento de martin piçarro alguazil mayor desta cibdad para que husara bien e fielmente el dicho oficio e lo Resçebieron a él".

16. A.G.I. Pat. 132—N2—R1.

17. A.G.I. Pat. 132—N2—R1.

18. A.G.I. Pat. 132—N2—R1.

19. "Provança hecha ante los señores Presidentes y Oydores de la rreal audiencia y chancillería que por mandado de Su Magestad rreside en la cibdad de los rreyes de los rreynos del peru, a pedimento de nyculas de Ribera el viejo vezino de la dicha cibdad, de lo queen ellos y en el rreyno de tierra firme ha seruido, conforme a la hordenança. Va escrito en sesenta y una ojas. Pasó ante mi pedro de avendaño", en R.A.N. Lima, julio-diciembre de 1937, T. X. entrega II, p. 163.

20. R.A.N. Lima, julio-diciembre de 1929. T. VII, entrega II, pp. 200 y 206 y R.A.N., Lima, enero-junio de 1930, T. VIII, entrega I, p. 92.

21. Lohmann Villena, Guillermo... Op. cit., en R.A.N., Lima, julio-diciembre de 1942, T. XV, entrega II, p. 220 y R.A.N., Lima, julio-diciembre de 1943, T. XVI, entrega II, p. 192; R.A.N. Lima, julio-diciembre de 1929, T. VII entrega II, p. 202.

Urteaga, Horacio H... Don Diego de Agüero y Sandoval, Conquistador y Poñador del Perú, en R.A.N., Lima, julio-diciembre de 1928, T. VI, entrega II, pp. 165-169.

Swayne y Mendoza, Guillermo... Mis Antepasados.— Lima, Tipografía Perua-
na 1951.— p. 589.

Diego de Agüero en el testamento que otorgó poco antes de morir en 1544,
dejó a Martín Pizarro de albacea junto con Jerónimo de Aliaga, Francisco de Am-
puero y Jerónimo de Silva, encargándole además la tutoría de la menor doña María
de Agüero, su bastarda.

22. Urteaga, Horacio, H. . . . Alonso Martín de Don Benito, en R. A. N., Lima,
enero-junio de 1928, T. VI, entrega I, p. 9.

23. Libro Primero de Cabildos de Lima. Segunda Parte.— París, imprenta
Dupont, 1900.— p. 318.

24. A. G. I. Pat. 92—N3—R1 y 93—N10—R1.

Martín Pizarro en la probanza de Diego Gavilán hecha en Lima el 24 de
mayo de 1540, siendo Alcalde de la ciudad, firmó su dicho sin que constara ha-
berlo hecho otro por él. No obstante, doce años después, en la probanza del con-
quistador Hernán González, al concluir su declaración no firmó, pero “señalolo
de su señal”. Esto último parece indicar que seguía siendo analfabeto y que a
pesar de haber aprendido a firmar, prefería —como suelen preferir los iletrados—
salir del paso con una rúbrica que les evitaba la posibilidad de equivocarse.

25. A. G. I. Pat. 93—N10—R1.

26. A. G. I. Pat. 95. Consta que al momento del asesinato del Marqués,
Martín Pizarro estaba enfermo en su casa y recibía la visita de su paisano Lo-
renzo Hernández de Trujillo, hombre allegado al Gobernador.

27. Fernández Dávila, Guillermo. . . El asesinato de Francisco Pizarro.— Lima,
imprenta Lux, 1945.— pp. 42, 43, 49, 73 y 84.

28. Porras Barrenechea, Raúl. . . Op. cit. pp. 50 y 51.

29. Ibidem, p. 78.

30. Ibidem, p. 77. Esta falsa versión del parentesco de Martín Pizarro con
el Marqués, cae desbaratada por su base al situarse la partida a Indias del se-
gundo en 1502, vale decir, cinco años antes del nacimiento de Martín. La posi-
bilidad de que el Marqués lo reconociera hijo adoptivo tampoco ha sido demostrada.

31. A. G. I. Pat. 132—N2—R1.

32. A. G. I. Pat. 128—N1—R2.

Cieza de León, Pedro. . . Guerra de Quito, caps. LXXII y LXXIV, en His-
toriadores de Indias, Nueva Biblioteca de Autores Españoles.— Madrid, imprenta
de Bailly Bailliere e Hijos, 1909.— T. II, pp. 64 y 80.

Este último cronista deja entender que Martín Pizarro y la mayoría de los
vecinos de Lima discreparon con el Virrey respecto al traslado de la capital al
norte y que por ello se banderizaron con los Oidores y con Jerónimo de Aliaga,
el Secretario de la Audiencia. También, añadirá la misma crónica, que Martín Pi-
zarro escribía cartas a Gonzalo informándolo de noticias útiles y tratándolo de pa-
riente. No obstante, en ningún momento se dejará ver en nuestro biografiado al
conquistador rebelde.

33. Eran los Cermeño gente de baja estofa y si algún vínculo los unía a los
Pizarro era la gratitud de éstos por la amistad que las mujeres de la familia tu-
vieron con el Marqués. Efectivamente, una de ellas estuvo en el amortajamiento
del Gobernador don Francisco, porque afirma Lorenzo Hernández de Trujillo que
ayudó juntamente “con una mujer que se llama carmeña” (sic) a echar el cadáver en
la cama. Sospechamos que esta mujer fue Catalina, la mujer del buen Martín, pero por
entonces también deambulaba en el Perú Mari Cermeño, hermana de la anterior y
mujer del comerciante Tomás Farie o Faler, inglés de nación. Hubo otra “fulana
Cormeña”, igualmente de la familia, que según Gutiérrez de Santa Clara fue pri-
mero mujer de Mateo Ramírez, El Galán, y luego amante de Pedro de Puelles,
quien para conseguirla asesinó al marido. Si a todo esto añadimos que el pa-
riente mayor de los Cermeños del Perú lo era Pedro Cermeño, hombre fascineroso
que llegó a Capitán de Arcabuceros de Gonzalo, poco tenemos que añadir sobre
el bajo origen de esta gente. A fines del siglo XVI, sin embargo, los Cermeños

lograron alguna posición social en Arequipa, pues otra María Cermeño casada con Antonio de Llanos, figura entonces obsequiando joyas y dinero por valor de 1,580 pesos para la guerra contra el Turco.

34. Hernández, El Palentino, Diego... Historia del Perú.— Madrid, imprenta Pérez de Velasco, 1914.— Lib. II cap. XXXIII, p. 177 del T. II.

Libro Primero de Cabildos cit. p. 319.

A pesar de su fidelidad a la Corona Martín Pizarro no pudo escapar a ser uno de los firmantes de la célebre carta a Gasca que en Lima, el 14 de octubre de 1546, escribieron los encomenderos instando al Presidente a reconocer a Gonzalo y abandonar el Perú. Esto posiblemente y la adulación a su apellido, hizo que saliera electo Alcalde de la ciudad el siguiente año.

35. A. G. I. Pat. 128—N1—R2.

36. Zárate, Agustín de... Historia del Descubrimiento y Conquista del Perú.— Lima, imprenta Miranda, 1944.— Lib. VI, cap. XVII, p. 286.

Hernández, El Palentino, Diego... Op. cit. lib. II, cap. LXVI, p. 309 del T. II.

Garcilaso Inca de la Vega, Los Comentarios Reales de los Incas.— Lima, imprenta Gil, 1945.— Parte II, lib. V, cap. XV, p. 282 del T. V.

Gutiérrez de Santa Clara Pedro... Historia de las Guerras Civiles del Perú.— Madrid, imprenta Fortanet, 1910.— Lib. IV, cap. L, p. 448 del T. IV.

Este último cronista (Lib. III, cap. XLVIII) refiere que Martín Pizarro con el Arzobispo Loayza, fray Tomás de San Martín, Ribera el Viejo, Antonio de Ribera, Francisco de Ampuero y otros estaban confabulados de antemano contra la tiranía de Gonzalo y que desafiando las amenazas del rebelde instaban a una abierta rebelión en favor del Monarca.

37. A. G. I. Pat. 132—N2—R1.

38. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. Lib. V. cap. XLVII, p. 151 del T. VI.

A tanto llegó la fidelidad de nuestro biografiado que este último autor deduce de ella que era inexistente su parentesco con Gonzalo Pizarro. Por eso expone que el Presidente no dejó en el Perú a ninguno de esta sangre y sólo quedaron en esta tierra, "como hombres de bien, Martín y Xpoval Piçarro, con Juan Piçarro, el Viejo, çapatero, que no eran de su tierra (de Gonzalo) ni menos sus parientes".

39. Calvete de la Estrella, Juan Cristóbal... Rebelión de Pizarro en el Perú y Vida de don Pedro Gasca.— Madrid, 1889.— Lib. IV, cap. XIV, p. 327 del T. II.

40. Libro Primero de Cabildos, cit. p. 319. En esta ocasión Martín Pizarro obtuvo igual número de votos que Pedro de Zárate, pero por premiarse su fidelidad al Rey y ser antiguo en la tierra se le prefirió en darle la alcaldía. Esta merced se la hizo el Virrey don Antonio de Mendoza el 1º de enero de 1552, "en la guerta del arçobispo al cabo de la çibdad", estando presentes los vecinos y Antón de León, el otro Alcalde ordinario. Cuenta el acta del Cabildo que agradecido Martín Pizarro al gobernante le besó la mano y juró fidelidad al Rey, recibiendo luego la vara de justicia.

41. A. G. I. Pat. 132—N2—R1 y Pat. 110—N1—R8.

Porrás Barrenechea, Raúl... Op. cit. p. 78, nota 37.

Hubo en el Perú otro Martín Pizarro, soldado de la Audiencia cuando la Guerra de Girón. Este había nacido por 1538 y en 1563 vivía en la ciudad de México. No tenía ningún parentesco con los Pizarros de Extremadura y pertenecía a una familia de mercaderes.

42. Libro Primero de Cabildos, cit. p. 320. Por especial merced del Virrey Marqués de Cañete, volvió en esta ocasión a desempeñar la alcaldía hasta el 16 de febrero, fecha en que se presentó a desempeñarla Vasco de Guevara.

43. No sólo en esta ocasión se nota la ausencia de Martín Pizarro sino también en los funerales del Emperador y del Marqués de Cañete, en las juntas de los encomenderos para lo tocante a la perpetuidad y en la Residencia a los

Oidores tomada por el licenciado Briviesca. La omisión notoria de su nombre en tales acontecimientos es lo que nos lleva a pensar en su deceso.

44. Revista del Archivo Histórico del Cusco, Cusco, 1958, número IX, pp. 54 y 55.

45. Por varios testimonios se desprende que Catalina Cermeño era de genio áspero y nada comprensiva con sus hijos. Por ese entonces vivía en Lima dedicada a la cría de ganado en una chacra que le dejó su esposo junto al río y cerca de la torrecilla del conquistador Aliaga, al sur-oeste de la ciudad.

46. A. G. I. Pat. 98—N2—R2 y 132—N2—R1.

Martín Pizarro era padrino de matrimonio del conquistador Hernán González de la Torre, el Mozo, y de su esposa doña Juana de Cepeda y Villarroel, la parienta de santa Teresa, quienes eran además sus vecinos por tener su casa de morada en la calle de Plumereros. No está claro que la Mariana de Cepeda que mencionan los documentos fuera hija de los mencionados. Los hijos de ésta se llamaron Martín, Jerónimo y Catalina, constando que a la muerte de su progenitor "quedaron ellos pobres E la hija grande E por casar". De ellos, precisamente, quedó larga descendencia en Lima.

47. A. G. I. Pat. 132—N2—R1.

La insolvencia de los Pizarros hijos del conquistador don Martín era cosa comprobada y se achacaba a que todo lo había gastado en servicio del Rey cuando las Guerras Civiles, "por lo qual falleció pobre, que aunque se le dió el repartimiento de huamantanga... le quedaron tantos hijos e mucha pobreza para no podellos sustentar", según apreciación del conquistador Domingo Dextre. Por ello el Virrey Toledo recurrió a la desmembración del tributo de la encomienda cuando la otorgó al segundón.

47^a. Mendiburu, Manuel de... Diccionario Histórico Biográfico del Perú.—Lima, imprenta Gil, 1934.—T. IX, p. 189.

48. Medina, José Toribio... Historia del Tribunal de la Inquisición de Lima.—Santiago de Chile, imprenta Nascimento, 1956.—T. I. cap. V, pp. 78 y 87.

49. A. G. I. Pat. 122—N2—R7.

Martínez, Santiago... Los Fundadores de Arequipa.—Arequipa, imprenta Luz, 1936.—pp. 61, 62, 65 y 74.

Pedro Pizarro, el Mozo —poseedor de un molino en Tacna y de una casa en Arica— fue hijo del cronista Pedro Pizarro, el Viejo, y de doña María de Cornejo y Simancas, su legítima mujer; nieto paterno de Martín Pizarro, natural de Tujillo de Extremadura, y de Luisa Méndez o Meneses; y materno de Francisco de Simancas y de Francisco Sierra, naturales de Salamanca.

50. Medina, José Toribio... Op. cit. T. I, cap. V. pp. 63 y 89.

Los duses o incubos, a decir del *Grande Dizionario Infernale*, eran demonios que tomaban forma de hombres para seducir a las mujeres. Se castigaba a las hembras que pecaban con ellos, porque el demonio era considerado como un perro encadenado que sólo mordía a los que se acercaban a él. Fruto de estas uniones de incubos (diablos masculinos) y súcubos (diablos femeninos) con los humanos eran los cambiones o diablillos, uno de los cuales estaba destinado a ser el Anticristo. Esta última idea se vio reforzada entre el populacho con la aparición de Martín Lutero, a quien se creía el funesto cambión. La demonología de entonces, tan mezclada con la patología, sólo se redujo a más estrechos límites en 1568 con la presencia de Juan Wier que escribió su *De preaestigiis daemonum et incantationibus ac veneficiis*, obra en la que trató de demostrar que la mayoría de los mal llamados endemoniados eran enfermos mentales. Sin embargo nadie le creyó. No es de extrañar, pues, que si en la culta Europa del XVI se creía aún en diablos engendradores, en la pintoresca y apartada Lima también se les temiera. Por eso se perseguía a los posesos, únicos culpables de haberse dejado morder por el maligno perro encadenado.

EL ALCAIDE :

RUY HERNANDEZ BRICEÑO

Ruy Hernández Briceño —quien erróneamente en el Reparto de Cajamarca aparece como Luis Hernández Bueno¹— era hidalgo y natural de Badajoz², ciudad donde vió la luz el año de 1503³.

Como soldado vivió primero en Nicaragua⁴, pero luego pasó a Castilla del Oro, hallándose en Panamá en tiempos del Gobernador Pedro de los Ríos entre los hombres señalados para marchar forzosamente a la jornada de Tururú⁵. Mas en caso de salir volvió muy pronto, y con Juan de la Torre, Pedro Díaz y Francisco de Isásaga zarpó entonces de Panamá en una nave de Pedro Gregorio que llevaba quesos y tocinos a Pizarro⁶.

De este modo desembarcó en Coaque, anduvo por el verde litoral de Puerto Viejo y asistió a la guazábara de Puná. Posteriormente se halló en el desembarco de Tumbes y fundación de San Miguel, asistiendo finalmente a la célebre captura de Atahualpa, en Cajamarca, el 16 de noviembre de 1532⁷. Debió portarse bien con su caballo en la prisión del Inca, porque el Gobernador premió largamente sus servicios con 9,435 pesos de oro y 384.5 marcos de plata⁸.

Pasado el sangriento día en que se desbarató a los quiteños, Pizarro lo nombró su Alcaide y le encomendó la custodia del regio prisioneros. Todos los documentos concuerdan en que el Inca fue muy bien tratado en la prisión, pero pocos son los que dicen que ello se debió a Ruy Hernández Briceño. El nuevo Alcaide cuidó que nada le faltase al preso y hasta afirman que permitió a los soldados que ingresasen

a la celda y enseñasen a Atahualpa el juego del ajedrez. Mas con la muerte del Inca terminó el cargo de Alcaide, tornando a ser entonces el hombre de caballería⁹.

Antes de abandonar Cajamarca, el 8 de julio de 1533, recibió de su paisano Alonso de Medina un poder para cobranzas¹⁰. Pero aceptado el documento siguió a Jauja con el Gobernador Pizarro, participando en las luchas que en tierras de los huancas tuvieron con Quisquis, ocasión en la que Ruy Hernández tomó el fardaje a los quiteños y liberó a ciertos quechuas y huancas prisioneros. Siempre con Francisco Pizarro, continuó hasta la ciudad del Cusco, ingresando a la capital sagrada de los Incas la víspera de San Eugenio de 1533¹¹. Toda esta campaña la hizo como jinete en tiempos que —según el propio Ruy Hernández confesaba— valía un caballo cuatro o cinco mil pesos de oro, una herradura veinticinco castellanos y cada clavo de herrar, un ducado¹². Después de tomado el Cusco, Quisquis desató una ola de venganza sobre los indios que por haber sido fieles a Huáscar se habían aliado con los españoles. Hernando de Soto salió entonces con varios hombres de a caballo a la tierra que se denominó del Condensuyo a socorrer a los castigados por Quisquis, y Ruy Hernández Briceño, que fue con él, llevó la expresa orden del Gobernador Pizarro de enviarle sucesivas cartas informándole de los pormenores de esa campaña. Cuenta Rodrigo de Chávez, el mirobrigense, que el comisionado cumplió fielmente con su obligación, lo que indica que dichas cartas se escribieron y llegaron a su destino. Lo triste del caso es que tal correspondencia se ha perdido, perdiéndose también con ella la posibilidad de reconstruir esa airosa campaña que Soto y sus jinetes hicieron contra los quiteños de Quisquis. En otras palabras, Ruy Hernández perdió la ocasión de ingresar a la legión de los cronistas¹³.

El 7 de julio de 1534 estaba de regreso en Jauja, pues en esa fecha el Gobernador Pizarro —atendiendo a sus méritos ganados con la espada y con la pluma— le extendió un permiso para que pudiese viajar a España¹⁴. No contento con esto, el Gobernador escribió el 13 de ese mes una carta al Emperador, recomendando al viajero, que como soldado había servido en el Perú “*sin falta ninguna*”¹⁵, para que la Corona lo recompense en la mejor forma posible, “*que las mercedes que Vuestra Magestad le hiziere las merese*”¹⁶.

Con el permiso del Gobernador y la carta de recomendación en

la mano, no tardó Ruy Hernández en partirse del Perú¹⁷. Dejando sus asuntos encargados a Hernando de la Rocha y a Gregorio de Sotelo y llevando consigo el oro y plata que ganara como botín de guerra, el pacense zarpó hacia Castilla del Oro¹⁸. El 24 de setiembre estaba ya en Panamá, pues ese día declara en la probanza de su amigo el conquistador Luis Maza¹⁹. El año siguiente arribó a Sevilla, atracando en el Puerto de las Muelas y marchando presuroso a Badajoz.

Sabemos que en su tierra natal contrajo ventajoso matrimonio, posiblemente con una dama del linaje de los Céspedes o de la Casa de Feria, en la que tuvo dos hijos varones que se llamaron D. Alonso Briceño de Figueroa y D. Juan de Céspedes Briceño. Ambos heredaron las virtudes militares de su padre, porque con el tiempo destacaron lucidamente en el socorro de la isla de Malta, así como en las campañas de Italia y de Lisboa²⁰.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. *Libro Primero de Cabildos de Lima*.— París Imprenta Dupont, 1900.— Parte III, p. 123.— Entre los captores de Atahualpa ninguno llevó el nombre de Luis Hernández o Fernández. El primero de este nombre que entró a Cajamarca fue un soldado procedente de San Miguel de Tangará, venido posiblemente con Diego de Almagro. A este sí, se le encuentra en varias escrituras pero jamás con el segundo apellido de Bueno. Hubo un Bueno entre los captores de Atahualpa, pero no se llamó Luis ni apellidó Hernández: fue el maestre de navío Pedro Martín Bueno, que entonces servía como soldado de Pizarro.

2. Archivo General de Indias de Sevilla (A. G. I.) Patronato 93—N4—RI.

3. A. G. I. Patronato 150—N6—R2.

4. A. G. I. Justicia 360.

5. A. G. I. Patronato 150—N6—R2.

6. *Ibidem*.— Ruy Hernández asistió a la captura del Inca con los hombres de a caballo y más tarde se va a referir a ella probando “que este testigo lo vio porque se alló en todo ello presente”.

7. *Libro Primero de Cabildos*... cit. Parte III, p. 123.

9. A. G. I. Patronato 150—N6—R2.

10. Lohmann Villena, Guillermo... *Indice del Libro Becerro de Escrituras*, en: Revista del Archivo Nacional del Perú, Lima, 1941, T. XIV, entrega II, p. 229.

11. A. G. I. Patronato 150—N6—R2.

12. *Ibidem*.

13. A. G. I. Patronato 93—N4—RI.

14. A. G. I. Patronato 150—N6—R2.

15. A. G. I. Patronato 93—N4—RI.— Véase también: Porras Barrenechea, Raúl... *Cartas del Perú*.— Lima, Empresa Editora Peruana, 1959.— Edición de la Sociedad de Bibliófilos Peruanos. Carta LXXXII, p. 121.

16. *Ibidem*.

17. A. G. I. Patronato 93—N4—RI.

18. Lohmann Villena, Guillermo... Op. cit. p. 235.— Antes de partir otorgó Ruy Hernández Briceño un poder general y para pleitos a los citados Sotelo y

Rocha en Jauja, el 13 de julio de 1534. A su vez Hernando de la Rocha, el 31 del mes anterior, dio a Ruy Hernández poder para adquirir hacienda en nombre de Alonso de Medina, natural de Badajoz. Este último también dio el 7 de julio de ese año un poder para pleitos a Ruy Hernández Briceño. Como se puede apreciar, la confianza mostrada entre sí por todos estos hombres está indicando la amistad que se tenían. Por último, desde Quito, el 26 de agosto de 1534, partiendo ya nuestro biografiado a Tierrafirme, Pedro Solano de Quiñones le dará poder para que vea sus pleitos, pudiendo compartir esta facultad con Bernaldo Ramírez y Juan Mogrovejo de Quiñones (Ibidem, pp. 234, 235 y 239).

19. A. G. I. Patronato 150—N6—R2.

20. A. G. I. Patronato 93—N4—RI.

EL MAESTRE DE NAO :

PERO MARTIN BUENO

Fue en la villa de Moguer, patria de buenos marinos, donde vino al mundo Pero Martín Bueno por 1496, vale decir, cuatro años después de haberse descubierto América ¹. Lo cierto es que, crecido en la cuenca marinera del Tinto y el Odiel, pronto sentó plaza de grumete en los navíos que hacían la carrera de las Indias. No debió irle mal en el oficio, porque consta que en 1526 era maestro de una carabela y que estaba dedicado a transportar pasajeros y mercadería del puerto de Santo Domingo, en la Española, a la villa de Acla, en Castilla del Oro. Volviendo de este último lugar, precisamente, es que lo encontramos en el puerto del Nombre de Dios. Estaba a mitad del recorrido y sin esperanza de poder zarpar al mediodía, como había sido su propósito. En otras palabras, andaba en pos de un marinero que tras haber cobrado su sueldo adelantado, había desertado de la nao con miras de quedarse en Tierrafirme. Por eso había también bajado al puerto para asentar su denuncia por deserción del grumete Jorge Griego, el causante del estropicio ².

La demanda la hizo ante el Alcalde ordinario del Nombre de Dios Antonio de Heredia, quien no anduvo con pies de plomo porque esa misma mañana —la del 14 de diciembre de 1526— dio con el grumete en la cárcel y le abrió proceso. Abierto el interrogatorio, el maestro pidió la devolución de su dinero y prisión de varios meses para el culpable; el Alcalde ordenó al escribano que anotara lo pedido y luego pasó a interpelar al grumete. Preguntándole a éste el

porqué de su deserción, Griego se encogió de hombros y se limitó a decir “quel dicho maestro le ha tratado mal e le a dado de palos e le haze mal tratamiento e por eso no es obligado a yr con él de vuelta el dicho viaje...” Pero Martín replicó que mentía y que todo lo dicho estaba encaminado a quererse alzar con el sueldo, mas Griego le contestó que no volvería a bordo ni le devolvería los dineros... Pero Martín puso el grito en el cielo y conminó al grumete a que le buscara un relevo, pero Griego se negó de plano, cerrando toda posibilidad de arreglo al decir que su contrato estaba cancelado³.

Furioso y nada dispuesto a perder, Pero Martín —que tenía sus despuntes de letrado— exigió al Alcalde que el desertor quedara preso, petición a la que accedió Antonio de Heredia, prometiendo no soltarlo hasta que devolviera el dinero. Pero Jorge Griego tampoco era lerdo y comprometiendo a los marineros de la nao, les pidió que declaracen en su favor. Aceptaron los hombres de mar y esa misma tarde, a eso de la hora de vísperas, se presentaron ante el Alcalde. Los declarantes fueron cinco, durando su declarar hasta muy entrada la noche. A lo largo de este tiempo, y mientras el escribano rasgaba el papel con una pluma de ganso, el quinteto de mareantes declaró en el orden que sigue, hilvanando la siguiente historia.

Alonso Pérez Montesino dijo que “siempre de comer e vever tratava bien al dicho jorge griego el dicho maestre e que algunos días le afrentaba de palabra... e que un día se fue para el dicho jorge griego que le quería dar con un palo aviéndole dado una puñada”. En segundo lugar declaró Antón Martín, quien tratando de salir del paso, se limitó a confesar que si Griego tornaba a la nave volvería a repetirse lo ocurrido. Testificó entonces Bartolomé Rapalín, quien empezó diciendo que “vido que desde Acla A esta cibdad el dicho maestre tratava bien al dicho jorge griego e cebto que un día venyendo por la mar Riñeron amvos e el dicho maestre saltó e tomó un cabo de hacha o palo e le quiso dar con él e que montesyinos se metyó en medio e no le dió con el palo e que después tornó a falta con él e le dió de moxicones e puñadas en que le hizo un poco de sangre en los dientes e le llamó de bellaco e otras descortesyas e que este testigo vido esto dende Acla aqui porque de ally vyno a esta cibdad en la caravela del dicho pero martin e que de comer le dava vuen pan e carne e azeyte...”⁴. Alonso Domínguez, otro de los declarantes, fue más lejos y olvidándose que sus frases iban a pasar a la posteridad confesó que

el maestre insultaba diariamente a Griego diciéndole “que hera un putto vellaco”⁵, añadiendo el confesante que vio “que oy día por la mañana el dicho Jorge griego tomó una capa e una espada e estando la barca a bordo dixo que quería venir a tierra a se quejar a la justicia del dicho pero martín bueno (y pidió al testigo) que le ayudase a hechar en tierra una poca de Ropa de montesynos... e después entró dentro en la barca el dicho pero martyn e tomó la espada al dicho jorge e le dió con ella un espaldarazo e entonzes metió la espada dentro de la caravela e quel dicho jorge griego entró en la caravela e dixo que le diese su espada e el dicho maestre dixo que no sela avia de dar syno que la avia de traer al Alcalde e que andava luchando uno con otro sobre la espada e que entonces dixo a dos negros que trae en la nao que le echasen mano al dicho jorge griego que lo quería meter debaxo de la escotilla que no avia de venir a tierra e queste testigo vido como los negros del dicho pero martin Echaron mano del dicho jorge... e que vido como el dicho pero martin bueno le dió algunas puñadas e que despues vido al dicho jorge griego que le despartieron cabe el ojo que salya sangre pero que no sabe como se le hizo sy fue puñadas o sy fue con la espada e que la espada siempre estuvo en la bayna... ”⁶. El último de los declarantes lo fue Antón Núñez, quien oyó decir al maestre poco antes de la riña: “¡Maldito sea este putto bellaco!”⁷, a lo que Griego le respondió “questava en su casa quel bien le podía dezir lo que quisiese pero qué no lo hera... ”⁸. Salvada así la honra del compañero, el Antón Núñez firmó.

Esa misma noche, antes del cubrefuego, alguien golpeó la puerta del Alcalde Heredia. Abrió un criado y el que golpeó le entregó una cesta. Cuando Heredia quitó un pequeño paño que la cubría apareció un tarro de miel y unas botellas conteniendo vino del Condado, también un billete prometía a Heredia que recibiría en breve una carga de cazabe, figurando en el papel un nombre: “pero martyn bueno”⁹. Demás está decir que cuando al siguiente amanecer se prosiguió la causa de los mareantes, Jorge Griego llevó la peor parte y acabó resultando desertor. La espada del grumete puesta en la mesa del Alcalde lo convirtió también en agresor y presunto victimario... Si quería salir en libertad, tenía que devolver el sueldo que cobró por vía de adelanto.

La injusticia corrió de boca en boca llegando a los oídos del licenciado Juan de Salmerón, Alcalde Mayor y Juez Residenciario de Castilla del Oro. Este se indignó con lo ocurrido y ordenó la prisión

del maestre. Pero Martín fue bajado de su carabela y llevado a la cárcel. Allí le dieron la misma celda que tenía Jorge Griego. Parece que el encuentro fue violento, hubo golpes e improperios, pero pasaron los días y la pasión se enfrió. Entonces la soledad los forzó a hacerse amigos. Por eso, cuando después de una temporada los visitó la autoridad para preguntarles si deseaban continuar el pleito, ya las paces estaban hechas y los contrincantes en la mejor armonía, por lo que maestre y grumete subieron a la carabela y zarparon a Santo Domingo ¹⁰.

Seis años después, dos soldados de Francisco Pizarro estaban codo a codo en la captura del Inca: uno era Pero Martín Bueno, venido desde Nicaragua con Belalcázar ¹¹, y el otro Jorge Griego, grumete de profesión. Ambos eran hombres de mar, pero se habían portado tan bien en tierra como soldado de infantería que cobraron pingües sumas del botín. Pero Martín cobró de este modo 3,330 pesos de oro y 135.6 marcos de plata; Jorge Griego 4,440 pesos y 181 marcos ¹². Demás está decir que el maestre y el grumete seguían siendo amigos.

Si hasta entonces habían militado juntos, pronto surgió la separación. En efecto, cuando el Gobernador Pizarro solicitó voluntarios paro que fueran a tomar posesión del Cusco, nadie se movió. Pero luego de un instante de silencio avanzaron tres soldados: uno era el maestre Pero Martín Bueno, otro el marinero Pero Martín Moguer y el tercero Juan de Zárate. Los tres voluntarios recibieron entonces detalladas órdenes sobre lo que deberían hacer en la capital incaica, especialmente en lo que concernía a recoger el oro, tras lo cual partieron todos en literas portadas por indios cargueros y precedidas por un noble orejón. La partida tuvo lugar, según parece, el 15 de febrero de 1533, sábado de mañana. Por jefe de los voluntarios iba Martín Bueno ¹³.

El comportamiento de los tres españoles en el Cusco fue sensible. Luego de atravesar las primeras calles de la población, los indios salieron a recibirlos identificándolos con los dioses salidos del mar para liberar a Huáscar, pero aquellos tres ignorantes no supieron comprender lo que pasaba y se reían a mandíbula batiente cuando las multitudes, en cuclillas, les presentaban su saludo arrancándose cejas y pestañas y soplandolas al viento. Luego se detuvieron en el Coricancha y deslumbrados por el oro de sus paredes empezaron por deschapar las planchas de metal dorado; finalmente, por la noche, se

alojaron en el Acllahuasi o Casa de las Vírgenes del Sol y se dedicaron a violar a las vestales¹⁴.

Sin embargo, resulta interesante lo que declaró posteriormente Pero Martín de Moguer, sobre esta su estadía en el Cusco, estadía que terminó con la toma de posesión de la ciudad. El relato —que ve la luz por vez primera— tiene un valor de crónica quinientista, constituyendo otra deslumbradora versión que nos habla del oro perulero. La historia del oro del Cusco, la empieza Martín Bueno así: “despues de preso Atabaliba el governador Don francisco piçarro con poder que dió A este testigo le embió Al Cusco Dende caxamalca Donde Estaba preso Atabaliba que heran dozientas e cincuenta leguas Con dos hombres de pie e una lengua para que de Allá le truxesen oro y plata, lo que hallasen, y este testigo fue y pasó por toda la tierra seguro fasta que entró En el Cusco y entrando en él halló con un capitán de Atabaliba que se dezia Quysques que estaba en el Cusco por el dicho Atabaliba con la lengua que este testigo llebaba y Avriendole hablado le lengua el dicho Quysquys los rezibió muy bien y les dió de oro En cantidad De Seyzientas Arrobas De oro y les dió mucha cantidad De plata y por ser mucha la que les dió y las distanza (sic) del camyno tan lexos Este testigo Determinó de la dexar Allí y la metió en un bohio y le dixo Al dicho Quysquico (sic) que se la guardase Alli fasta quel governador viniese Alli al Cusco que su venida sería En él llegando A Caxamalca y el Quysquico se ofresció de lo hazer ansy y este testigo se bolbió con el oro que le avia dado A caxamalca y lo entregó al dicho governador Don françisco piçarro en presencia de los conquistadores e todos Ellos holgaron mucho con la venida deste testigo por traer El oro que traya y la relación que traya de la tierra tan rrica como hera y el dicho governador sello Agradeció mucho a este testigo por aver fecho tan buena jornada en servizio de Su Magestad e le hizo traer alli una (balanza) rromana y, en presencia de los conquistadores todos, pesar el oro y fallaron que pesó las seizientas arrovas que declarado tiene e más e luego El governador Repartió el oro y plata que ally tenya con aquello queste testigo truxo e se partió para el Cusco y entrando en él no hallaron al Quysquico que hera ydo y este testigo llebó Al dicho governador Al hoyo do Avia dexado la plata quel yleanchana (?) le Avia Dado como declarado tiene y Esto fue En Apeandose E la hallaron toda como este testigo la Avia dexado y el governador se dió por entregado Della. . .”¹⁵.

Lo cierto es que Pero Martín Bueno se quedó en el Cusco hasta que el Gobernador Pizarro decidió regresar a Jauja. Entonces fue que observó que los quechuas “es gente biba y de buen yngenio”¹⁶, pues “trató e conversó con caziques e yndios de la tierra y a lo que conocía dellos heran yndios muy sujetos e Amigos de Xpianos”¹⁷. Más adelante añadirá que “tenyan buena yntrucción”¹⁸, por lo cual consideraba “que Aprenderían bien la Doctrina Xpiana porque es gente biba y de buen yngenio”¹⁹.

Pero vuelto a Jauja prescindió de estas apreciaciones y, aprovechando que el Gobernador le estaba agradecido, le pidió permiso para regresar a España. Pizarro, que sabía bien pagar a los que habían servido, se lo concedió y de este modo Pero Martín Bueno, el maestre mogueño, retornó a su Andalucía marinera. En 1536 ya estaba en la marisma de Huelva, donde fue recibido por vecino de su nativa villa de Moguer. Allí vivió hasta 1543, fecha en que viajó a Sevilla instado por los almagristas. Parece que nuestro hombre no se había llevado muy bien con Hernando Pizarro y ellos veían el momento de aprovechar su opinión. Por eso lo encontramos allí junto con Pedro Cataño, Antonio de Vergara, Hernando Beltrán y Alvaro Alonso Peto —todos capturadores del Inca— dispuesto a testificar contra Hernando Pizarro. Y cuando pudo lo hizo, porque puesto delante del escribano no anduvo tibio en confesar que “vido este testigo en toda esta dicha jornada (de la conquista del Perú) como fernando piçarro yva por capitan general de la gente del exercito del dicho Governador don frañçisco piçarro su hermano e que la gente hazía todo lo quel dicho fernando piçarro les mandava y a las vezes tambien lo hazía el dicho Governador su hermano... porque es hombre rezio e que todo lo que quería mandar (lo mandava) e la gente avia más myedo Al dicho fernando piçarro que no al Governador porque los tratava con mucha soberbia...”²⁰. Luego de recalcar que Hernando Pizarro “hera hombre sobervio e que todo lo que mandava nadie se lo osava hablar”²¹, el maestre “hizo una señal que Acostumbraba hazer en los dichos que dize y escrituras que otorga”²², pero no firmó, lo que nos lleva a pensar que Pero Martín Bueno, el marino que tomó posesión del Cusco en nombre del Rey de España, era un andaluz analfabeto.

1. Archivo General de Indias de Sevilla (A. G. I.) Patronato 90—NI—R11.
La tierra de Moguer —que abarcaba el famoso puerto de Palos de Moguer, hoy Palos de la Frontera— fue cuna de Martín Alonso Pinzón, Francisco Martín Pinzón y Vicente Yáñez Pinzón, todos navegantes insignes en la gesta de Colón y, el último, descubridor del Brasil y la Argentina (véase: Fernández Duro, Cesáreo... Los Hermanos Pinzón en el Descubrimiento de América —Buenos Aires, Proto-Tipografía Publicitaria Argentina Luis L. Gotelli, 1944.— XII pp. 116 pp; Editorial Emecé; Colección Buen Aire; prólogo de Luis Peñafiel.

2. A. G. I. Justicia 360.

3. *Ibidem*.

4. *Ibidem*.

5. *Ibidem*.

6. *Ibidem*.

7. *Ibidem*.

8. *Ibidem*.

9. *Ibidem*.

10. *Ibidem*.

11. Trujillo, Diego de... *Relación del Descubrimiento del Reyno del Perú*.— Sevilla, imprenta de la Escuela de Estudios Hispano Americanos, 1948.— pp. 48 y 83.

12. Libro Primero de Cabildos de Lima.— París, imprenta Dupont, 1900.— Parte III, pp. 124 y 125.

13. Pizarro, Pedro... *Relación del Descubrimiento y Conquista de los Reinos del Perú*.— Buenos Aires, imprenta de la Editorial Futuro, 1944.— pp. 54 y 55.

Cieza de León, Pedro... *Nuevos capítulos de la Tercera Parte de la Crónica del Perú* de Pedro Cieza de León publicados por Rafael Loredo y Mendivil en Mercurio Peruano, Lima, mayo de 1957, número 331, caps. XLVII, XLVIII, pp. 262 a 268; *Ibidem*, Lima, noviembre de 1958, número 379, cap. XLIX, pp. 565 a 568.

Herrera, Antonio de... *Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierras del Mar Océano*.— Buenos Aires, Talleres Gráficos Continental, 1945.— Década V, libro III, cap. I, p. 232; y cap. II, pp. 237 y 238, del T. VI.

Fernández de Oviedo, Gonzalo... *Historia General y Natural de las Indias*.— Asunción del Paraguay, imprenta de la Editorial Guaranía, 1945.— Parte III, libro VIII cap. XIII, p. 68 del T. XII.

López de Jerez, Francisco... *Verdadera Relación de la Conquista del Perú y Provincia del Cusco llamada la Nueva Castilla*, en Biblioteca Autores Españoles, serie Historiadores Primitivos de Indias, T. II.— Madrid, imprenta de la Editorial Atlas, 1947. p. 343.

Porras Barrenechea, Raúl... *Las Relaciones Primitivas de la Conquista del Perú*.— París, imprenta Les Presses Modernes, 1937.— Este autor se equivocó al decir que Pero Martín Bueno se juntó a la expedición de Francisco Pizarro en Coaque; la verdad es que se incorporó a la hueste perulera en Mataglán, comarca de Puerto Viejo.

Porras Barrenechea, Raúl... *Cartas del Perú*.— Lima, edición de la Sociedad de Bibliófilos Peruanos, 1959.— 549 pp.; prólogo del autor; pp. 77 a 84.

14. Mena, Cristóbal de... *La Conquista del Perú llamada la Nueva Castilla*, en Porras Barrenechea, Raúl... *Relaciones Primitivas*... cit. pp. 91 a 94.

15. A. G. I. Patronato 90—NI—R11.

El regreso de los tres cristianos a Cajamarca ha sido en fecha anterior al 10 de mayo de 1533 y no el 23 del mismo, como asegura Francisco López de Jerez. En efecto, el 10 de mayo lo encontramos ya en Cajamarca otorgando con Pedro de la Lima una carta de compañía, poniendo cada uno de los otorgantes 600 pesos de oro. Para entonces estaban allí Pero Martín de Moguer y Juan de Zárate,

porque la fundición del oro empezada el así lo evidenciaría. Pero Martín Bueno —que por evitar confusiones con su paisano Pero Martín de Moguer se llamó en el Perú solamente Martín Bueno —se aficionó a partir de entonces a figurar en escrituras pues lo encontramos testificando en cartas de obligación de Juan Pérez de Tudela (14-junio-1533), Simón Suárez (4-agosto-1533) y Gonzalo de los Nidos (20-setiembre-1533), documentos otorgados en Cajamarca los dos primeros y en Recuay el último. En Recuay precisamente, por otra escritura otorgada el 12 de setiembre sabemos que vendió un caballo en 1,400 pesos a Hernando de Montalvo, lo que está indicando que el marino no había nacido para jinete (Lohmann Villena, Guillermo... Índice del Libro Becerro de Escrituras, en Revista del Archivo Nacional del Perú, Lima, Julio-diciembre de 1941, T. XIV, entrega II, pp. 213, 219, 220, 224 y 230).

16. A. G. I. Patronato 90—NI—R11.

17. Ibidem.

18. Ibidem.

19. Ibidem.

20. Ibidem.

21. Ibidem.

22. Ibidem.— Sin duda había progresado algo aprendiendo a hacer la “señal”, porque en la carta de compañía que en Cajamarca otorgó con Pedro de la Lima el 10 de mayo de 1533, consta que aún no sabía hacerla, por lo que “a ruego del dicho Martín Bueno” firmó en su nombre Francisco Rodríguez.

EL MARINERO :

PERO MARTIN DE MOGUER

Fue natural de la Villa de Moguer, en el Condado de Niebla, lugar donde tuvo oportunidad de familiarizarse con la vida marinera, terminando por hacerla su profesión. Ignoramos sus primeros pasos de mareante, constando solamente que empezó como grumete y que, por raro caso entre los de su oficio, terminó soldado de infantería. Esto, porque servía de marinero cuando conoció a Francisco Pizarro y pasó con él al Perú¹. Otros documentos abren la posibilidad que recién lo hubiera conocido en Mataglán, por servir en la nave que trajera a Belalcázar². Lo cierto es que se juntó a Pizarro y que a su lado estuvo primero en las guazábaras de Puná y Tumbes, en la fundación de San Miguel, después en la marcha de la sierra y, por último, en la captura de Atahualpa³.

Aquí fue que empezó a cobrar prestigio nuestro hombre, porque habiendo solicitado Pizarro voluntarios para que fueran al Cusco a tomar posesión de la ciudad y acelerar el envío del oro, Pedro Martín de Moguer —Pero de Moguer o Pero Martín Domínguez, como también lo llamaban— dio el paso al frente y se comprometió en la arriesgada empresa. Otros que se ofrecieron a lo mismo fueron el maestre Pero Martín Bueno y Juan de Zárate, que por saber leer y escribir fue investido con el cargo de escribano. Cuando los tres españoles estuvieron listos, Pizarro les adjuntó un negro de Guinea y Atahualpa un noble orejón. Este último era el encargado de conducirlos sanos y salvos al Cusco⁴.

El viaje lo hicieron en literas, entre risotadas y burlas por verse tratados como señores por los indios, ingresando a la capital sagrada del incario en medio de la abierta adoración de los naturales quienes los identificaron con los dioses anunciados en viejas profecías. Esto despertó mayores risas entre los viajeros, aprovechando la admiración para entrevistar a Quisquis, deschapar las planchas de oro del Coricancha y violar impunemente a varias Vírgenes del Sol. Tomada la posesión de la ciudad e inventariado el oro. Cuando se hubo ocultado el oro que no podían llevar, partieron de regreso a Cajamarca ⁵.

Entonces fue que Pero Martín de Moguer pudo percibir por sus servicios 181 marcos de plata y 4,440 pesos de oro ⁶. Cobrada su parte del botín, como todo soldado analfabeto, se entregó a figurar en escrituras. Es así como lo hallamos testificando en doce escrituras fechadas en Cajamarca, sin contar otras dos en que se comprometió a pagar a Gonzalo García de Sotelo 746 pesos y un ducado de oro que éste le había prestado y a comprar un indio esclavo de Nicaragua a Pedro del Páramo. En la carta de obligación a Gonzalo García, por no saber firmar, lo hizo a su ruego Gonzalo Garavito ⁷.

Como si sus testificaciones de Cajamarca fueran pocas, volvió a actuar de la misma forma en Andamarca y Recuay. Llegado a Jauja, el 20 de octubre de ese año 33, otorgó otra carta de obligación a Pedro de Mendoza por 393 pesos que éste le prestó. El maestro Juan Fernández, en esta oportunidad, firmó por él la escritura ⁸.

Ya en el Cusco —en diciembre de 1533— recibió del Gobernador don Francisco la delicada misión de ir con el Alférez Diego de Agüero a indagar por la gran laguna del Collao y su isla Titicaca. Agüero iba, como hidalgo que era, representando al Gobernador, pero se necesitaba al marinero Pero de Moguer para que apreciara en la laguna todo lo tocante a oleajes, tempestades y mareas. Ambos comisionados partieron del Cusco encabalgados y se adentraron por el camino del Collasuyo. De este modo, como Don Quijote y Sancho en busca del gran Lago Encantado, avanzaron el hidalgo y el villano. Pasaron por Urcos, Checacupe, Tinta y Ayaviri, avistando el gran lago sagrado de los Incas y tomando posesión de él. Diego de Agüero fue quien se posesionó de aquellas aguas —restos palpables del Diluvio Universal, según ideas de ese tiempo— en nombre del Católico Rey de las Españas; Pero Martín de Moguer no pasó de ser testigo. Sin embargo, el testificar en esta ocasión, es lo que lo ha hecho importante. El marinero debió

observar el quieto panorama del lago y probar sus aguas salobres, cogiendo de este modo que no se trataba de un brazo del océano. También debió reparar en los peces lacustres y en la arena de la orilla, en los vientos y corrientes, en los totorales que ofrecían a los indios posibilidades de navegación. Admiraría las islas flotantes de los uros y las grandes balsas fabricadas por los collas; en fin, miraría todo con ojos de mareante para luego regresar al Cusco e informar minuciosamente al Gobernador⁹. Este, satisfecho con la versión del marinero, lo hizo vecino del Cusco, depositándole los indios de Canas¹⁰. Más tarde, en el reparto de solares, obtuvo Pero Martín uno detrás de Hatun Cancha¹¹.

Murió Pero Martín, el moguereno, a comienzos de 1536, victimado por sus propios indios. Cuentan que se había vuelto muy exigente en pedir oro a los curacas y que esto motivó su final. Al saberse en el Cusco su fallecimiento, Juan y Gonzalo Pizarro organizaron expediciones de castigo. Diego Camacho, un hermano del difunto, los vio partir. Pero las huestes castigadoras, lejos de aportar una solución al problema, sólo hicieron apresurar la guerra. En otras palabras, la muerte del marinero descubridor del lago Titicaca, fue el comienzo de la gran rebelión de Manco Inca¹².

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. Archivo General de Indias de Sevilla (A.G.I.) Patronato 107—NI—R2 y 128—NI—R2.— Muchos confunden al moguereno con el conquistador Pero Martín de Sicilia, hombre que se juntó a Pizarro en Coaque y asistió a la toma del Cusco, fundación de Jauja y cerco de Lima, cabiéndole una regular figuración en la rebelión de Gonzalo Pizarro. Se trata, pues, de dos personajes distintos, sobreviviendo Pero Martín de Sicilia a Pero Martín de Moguer por más de diez años. El primero era de la aldea extremeña de Don Benito y nuestro hombre, lo hemos dicho, de la villa andaluza de Moguer.

2. No está demás recalcar que a Pero Martín de Moguer se le encuentra con frecuencia en compañía de Sebastián de Belalcázar, Martín Bueno, Gonzalo del Castillo, Alonso de Medina, Miguel Cornejo, Diego Palomino y Juan Pérez de Tudela, todos venidos desde Nicaragua, lo que hablaría con más fuerza de su vinculación a Pizarro a partir de Mataglán.

3. *Libro Primero de Cabildos de Lima* — París, imprenta Dupont, 1900 — Parte III, p. 124.

4. Pizarro, Pedro ... *Relación del Descubrimiento y Conquista de los Reinos del Perú*.— Buenos Aires, imprenta de la Editorial Futuro, 1944.— pp. 54 y 55.

5. Cieza de León, Pedro... *Nuevos Capítulos de la Tercera Parte de la Crónica del Perú de Pedro Cieza de León*, publicados por Rafael Loredo y Mendívil

en Mercurio Peruano, Lima, mayo de 1957, número 361, caps. XLVII y XLVIII, pp. 262 a 268; ibidem, Lima, noviembre de 1958, número 379, cap. XLIX, pp. 565 a 568.

Herrera, Antonio de... *Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra firme del Mar Océano*.— Buenos Aires, Talleres Gráficos Continental, 1945.— Década V, libro III, cap. I, p. 232; y cap. II, pp. 237 y 238 del T. VI.

Fernández de Oviedo, Gonzalo ... *Historia General y Natural de las Indias*.— Asunción del Paraguay, imprenta de la Editorial Guaranía, 1945.— Parte III, libro VIII, cap. XIII, p. 68 del T. XII.

López de Jerez, Francisco ... *Verdadera Relación de la Conquista del Perú y Provincia del Cusco llamada la Nueva Castilla*, en Biblioteca Autores Españoles, serie Historiadores Primitivos de Indias, T. II.— Madrid imprenta de la Editorial Atlas, 1947.— p. 343.

Mena, Cristóbal de ... *La Conquista del Perú llamada la Nueva Castilla*, en Porras Barrenechea, Raúl ... *Relaciones Primitivas de la Conquista del Perú*.— París, imprenta Les Presses Modernes, 1937.— pp. 91 a 94.

6. *Libro Primero de Cabildos*... cit. Parte III, p. 124.

7. Lohmann Villena, Guillermo ... *Índice del Libro Becerro de Escrituras*, en Revista del Archivo Nacional del Perú, Lima, julio-diciembre de 1941, T. XIV, entrega II, pp. 211, 212, 213, 214, 215, 216, 219, 220, 221, 224, 225, 227, y 229.

8. *Ibidem*.

9. Pizarro, Pedro ... *Op. cit.* p. 92.

10. Porras Barrenechea, Raúl ... *Relaciones Primitivas*... cit. p. 92.

11. Urteaga, Horacio H... y Carlos A. Romero. *Fundación Española del Cusco y Ordenanzas para su Gobierno*.— Lima. Imprenta Sanmarti, 1926.— p. 45.

12. A.G.I. Patronato 107—NI—R2.

EL PAJE:

DIEGO MALDONADO

Hubo muchos Diegos Maldonados en la Conquista y Pacificación del Perú, pero —sin lugar a dudas— Maldonado el Rico fue el principal de todos ellos¹. Los otros no pasaron de ser soldados secundarios; nuestro Diego Maldonado, ese sí fue importante de verdad. A través de su larga existencia se aprecian muchos aspectos de la vida de un conquistador. Pobre y desenfrenado en su juventud, oportunista y desleal en la madurez, enfermo y arrepentido en la edad senil, en todo momento adoró al becerro de oro. Dicen que su vejez fue el castigo de su ambiciosa vida. Eso no se puede asegurar. Lo que sí es cierto es que con la pobreza enterró su honra y que sus tesoros le sirvieron de poco. Lo llamaron “El Rico”, es verdad, y por ello sus contemporáneos lo creyeron feliz. Restaría repetir con el autor de las Epístolas Familiares: “¿Qué aprovecha tener muchos dineros, si los más dellos gasta con físicos y boticarios?”². Se podría añadir, por paradoja: ¿De qué le sirvió tanta riqueza si murió rodeado de mendigos?.

EL CRIADO DE PIZARRO

Según los heraldistas y tratados de genealogía antigua, los Maldonado vienen de los Aldanas y reconocen por tronco de su Casa a Hernán Pérez de Aldana, señor de Aldana y otras villas, el primero que se llamó de Maldonado en tiempos de Alfonso VIII, el castellano. Desde entonces, los Maldonado trajeron por blasón un campo de gu-

les con cinco lises de plata puestas en sotuer, armas que, a decir verdad, hablaban de un parentesco ancestral con los Aldana³.

Pues bien, Diego Maldonado —al que las crónicas peruleras dan por sobrenombre “el Rico”— fue en toda regla un aldanés, y no, precisamente, por descender de aquellos Aldana de azulada sangre goda, sino por haber venido al mundo en la fría villa de Dueñas, en plena tierra de Campos, región palentina que daba el nombre de aldaneses a los nacidos en su seno⁴. Maldonado, el Rico, pues, nació en la villa de Dueñas alrededor del año 1500⁵, en el hogar hidalgo de Francisco Maldonado y de su mujer doña Catalina Nieto, señora cuya sangre procedía de las montañas de León⁶.

A pesar de su hidalguía y sangre goda, cuando Maldonado el Rico nació no pasaba de ser uno de los tantos Maldonados pobres. Por ello su infancia no corrió en su lugar natal sino a orillas del Tormes, mostrando a lo largo de su vida un cariño especial para Salamanca y confesado en más de una ocasión haber nacido allí⁷. Sentimentalismo añejo o vanidad reprimida, porque en Salamanca estaban también los mejores parientes de su padre, aquellos que por cuna y por hacienda podían llamarse “bien-donados”, en oposición a esos deudos aldaneses que venían a ser los “mal-donados” de verdad⁸. Pero pasando un tiempo, por no cambiar su estrella en la ciudad del Tormes o harto de servir a parientes nada pródigos, decidió pasar a Indias con miras de hacer allí vida de soldado. Pobre, fuerte y con veintinueve años encima, la milicia indiana era una solución impositergable.

Nuestro hombre pasó a Sevilla y allí conoció a Francisco Pizarro, ofreciéndose para un cargo escuderial. Pizarro lo tomó a su servicio en calidad de paje y por eso, pasados muchos años, seguirán refiriéndose a él como “a un Maldonado criado del Marqués”⁹. Lo cierto es que en Panamá, la soleada capital de Tierra Firme, decidió fijar su primera residencia en el Nuevo Mundo. Allí frecuentó corrillos de soldados y se codeó con Ruy Hernández Briceño, hombre muy entusiasmado con la tercera Armada de Levante. Con algún dinerillo adquirió entonces un mal caballo y formando al lado de su amigo Ruy Hernández, se embarcaron juntos camino del Perú¹⁰. Cieza de León apunta que con Pizarro partieron más de ciento ochenta soldados españoles y al mencionar a los notables, el segundo viene a serlo un Diego Maldonado¹¹. En realidad, se trataba de un homónimo, hombre viejo y vecino de

Natá, que alguna vez había sido lugarteniente de Pedrarias. De ahí el puesto importante que le asignan en la crónica¹². Maldonado, el de Natá, murió poco después en San Miguel de Piura; Maldonado el Rico, en cambio, siguió cabalgando en su enjuto corcel por los arenales de la costa. Más tarde viviría orgulloso de los trabajos sufridos en el desierto y alardearía de ello en las probanzas: “porque este testigo vido ser y pasar así lo contenido En la pregunta E este testigo vino en la compañía del dicho señor gobernador”¹³.

¡SANTIAGO Y A ELLOS!

Efectivamente, después de pasar por Pabur y Motupe, Jayanca, Cinto y Seña —curacazgos de abolengo tallán y chimú— los cristianos dejaron atrás el arrenal y empezaron a subir la cordillera. Entonces se trocó el calor en frío y los cielos azules por otros encapotados. Los españoles compararon el árido paisaje con la tierra de Campos, por darse en ellas los peores fríos de Castilla, pero Maldonado se cuidaba poco del clima y pasaba el tiempo haciendo bromas con su nuevo amigo, el abulense Melchor Verdugo. Se sabe esto último por algún testimonio aislado, donde se asegura de los dos que “en todo el dicho descubrimiento e conquista fueron compañeros e andubieron juntos”¹⁴.

Pero pasados los fríos avistaron Cajamarca y posesionándose de la ciudad de piedra, Francisco Pizarro envió a Hernando Pizarro con una embajada ante Atahualpa. Con este capitán partió Diego Maldonado en su rocín. Debió entonces de admirarse con el campamento incaico, los guerreros quiteños uniformados con libreas de colores y el boato que rodeaba a ese rey que se titulaba dichoso vencedor. Pero lo que verdaderamente lo dejaría boqueabierto sería la majestad de Atahualpa, Hijo del Sol y Señor de las Cuatro Partes del Mundo¹⁵.

Al día siguiente, que se contó 16 de noviembre de 1532, Maldonado estuvo con Soto y Pedro Cataño en el interior de un galpón. Afuera, en la plaza de Cajamarca, Fray Vicente hablaba con el monarca indio. Pero el fraile debió de fracasar en su propósito, porque en breve sonó el disparo de arcabuz y alguien agitó una bandera en el aire. Soto, que como el resto de sus hombres estaba encabalgado, picó espuelas al bruto y lo obligó a salir del galpón. Lo siguieron Cataño, Lope Vélez y Diego Maldonado. Todos gritaban: ¡Santiago! causando un ruido ensordecedor. Con las lanzas en las manos, el pul-

gar hacia el regatón, embistieron a la indiada una, dos, diez, veces. . . finalmente Pizarro apresó al rey quiteño y trocó su reinar en vasallaje ¹⁶.

Al repartirse el botín, el Gobernador premió a Diego Maldonado y a su caballo de poca alzada, con 362,2 marcos de plata y 7,770 pesos de oro ¹⁷. Alguna fuente añade que por derecho de guerra, el paje tomó para sí a una de las hermanas del Inca ¹⁸.

Antes de abandonar Cajamarca, el 7 de junio de 1533, fue testigo de la venta de una cabalgadura entre el vizcaíno Pedro de Anades y Alonso Pérez de Vivero ¹⁹. Esa tarde ofició de lo mismo en una obligación de Diego de Molina, pero después de cumplir con estos compromisos volvió a tomar sus armas y caballo, prosiguiendo con el grueso de la tropa a Jauja, siempre en compañía del buen viejo del Gobernador ²⁰.

En Jauja estuvo con Pizarro hasta que éste dejó el valle para socorrer al capitán Soto, cercado por los quiteños en Vilcaconga. Es verdad que Almagro se les adelantó, más la presencia del Gobernador consiguió dar unidad y fuerza a los dispersos grupos de españoles. Luego de pasar por el pueblo de Jaquijahuana, los cristianos avistaron el Cusco, pero en vez de legiones quechuas indignadas apareció Quisquis con sus ejércitos de Quito, con intención de defender la capital sagrada. Hubo entonces una guazábara en la que los quiteños combatieron sin mucha convicción. Todos querían regresar a Quito y sólo a Quisquis obsesionaba la idea de defender la capital ajena. Por eso la batalla, si es que batalla puede llamarse, no costó la vida a ningún español. El único herido fue Rodrigo de Chávez, caballero de Ciudad Rodrigo ²¹. La suya, en realidad, fue la gran herida de ese encuentro, pero Diego Maldonado dió en decir tiempo después que él también sacó de allí una pierna atravesada y así lo hizo constar en su probanza. La pregunta nunca pudo ser absuelta por eludirla cortesmente los testigos. Maldonado se estaba volviendo fanfarrón y eso no podían permitirlo sus compañeros de armas. La fanfarronería era una competencia desleal. Las cicatrices se mostraban, pero no se encargaba a los amigos su recuerdo ²².

Tomado el Cusco con el beneplácito de los quechuas, vino luego el reparto de otro cuantioso botín. Ignoramos lo que allí correspondió a Diego Maldonado, pero se deja constar que su parte fue mayor que en Cajamarca. El 28 de diciembre de 1533 figura como asistente al

juramento del Veedor Jerónimo de Aliaga²³, pero días más tarde, en un grupo de cuarenta jinetes, salió con Hernando de Soto y Ruy Hernández Briceño en persecución de Quisquis. Las batidas que en esta campaña se dieron fueron muchas y en algunas, Maldonado militó como caudillo de jinetes. Sin duda, ya se había hecho de una mejor calbagadura²⁴.

EL CERCO DEL CUSCO

Después de asistir a las victorias de Maraicalla y a las acciones libradas en las montañas de Huánuco, Soto y sus jinetes regresaron a Jauja. Es por esto que hallamos allí a Maldonado el 3 de julio de 1534, testificando en una probanza de servicios²⁵, y también el 20 del mismo mes, firmando con los Regidores del Cabildo la célebre carta que escribieron los municipales al Emperador. En ella aseguraban sobre el Cusco: "Esta Cibdad es la mexor y mayor quen la Tierra se ha visto, E aun en Indias: e decimos a Vuestra Magestad ques tan hermosa e de tan buenos edyficios quen España sería muy de ver..."²⁶.

Con tal concepto de la capital incaica, Diego Maldonado no hizo ascos a la idea de avecindarse en ella. Además, ya se le había tomado en cuenta en la fundación española de la ciudad. Efectivamente, en dicho acto "señalósele a Diego Maldonado donde está un solar por lindero la calle de Candia y de Rocha"²⁷. El sitio no era secundario porque Pedro de Candia era el Alcalde de la nueva población y sus solares venían a ser los principales, vale decir, los aledaños al Acllahuasi y al solemne Hatun Cancha, en ese barrio que por ser de piedra roja los Incas habían nominado Pucamarca²⁸. Así empezó su larga vida de vecino en la mayor ciudad del Reino, la vieja e imperial ciudad del Cusco, cabeza y principio de esta tierra del Perú.

A partir de entonces, Maldonado comenzó a distraerse en pacíficas actividades. Ya no engrosaba expediciones. Ahora se divertía observando los aprestos de Almagro para su jornada de Chile y, siempre vinculado a la trata de calbagaduras, asesoraba en ella al Comendador Juan de Santiago, próximo a partir en tal expedición²⁹. Pero estas pacíficas actividades eran poco lucrativas y ya Diego Maldonado conocía la ambición. Por eso, corriendo el año de 1535, se dedicó a la búsqueda de tesoros. Sobre todo, según se insinúa en la crónica de Pedro Pizarro, le interesaban mil cargas de buen oro que los

indios habían ocultado en una cueva de Vilcaconga y que, algún tiempo antes, a la hora de buscarlas, el guía se esfumó temiendo la maldición de los dioses³⁰. Esto había dejado mal sabor en la boca del soldado y para resarcirse del daño sufrido, trató de obtener oro a través del cautivo Manco Inca. Más tarde explicaría éste “que Gonçalo Piçarro, hermano de Apo mayor, me tomó mi muger y me la tiene, y Diego Maldonado me amenazava y me pedía oro, diciendo que también él era Apo. . .”³¹. A Maldonado se le perdonaba ser fanfarrón pero no cobarde y abusivo. Con sólo treinta y cinco años mal vividos y ya se daba el lujo de cocear a un monarca prisionero. Tampoco demostraba ser muy hombre al hacerlo, porque el bravo príncipe —según los documentos— vivía atado a la pared “con una cadena al pescueço”³².

Las cosas cambiaron debido, precisamente, a la codicia de los españoles. El Inca fingió conocer un gran tesoro sepultado en una cueva (acaso el mismo que buscaba Maldonado) y los castellanos lo dejaron escapar. Después lo vieron asomarse a los cerros del Cusco y poner estrecho cerco a la ciudad con sus legiones de guerreros quechuas. Tanto Manco como sus vasallos se habían desilusionado de los semi-dioses vengadores de Huáscar y ahora querían su aniquilamiento. Pedro Pizarro refiere que eran tantos estos quechuas avanzando sobre el Cusco “que parecía que temblaba la tierra”³³. Ante la ensordecedora grita, el sonar de los pututos y el tocar de los tambores, los españoles se sintieron poseídos por el pánico. Pero, al igual que en Cajamarca, este pánico fue el que los salvó. Por eso, después, temeroso todavía, confesaba Maldonado que el sitio había sido estrechísimo, pues “save e vido. . .quel dicho cacique mango ynga se alço E puso cerco sobresta ciudad con la gente de guerra. . .E dieron tan cruda guerra a los españoles que En ella estauan, que en Yndias no se a visto otra como ella. . .E la dicha guerra que ansy los yndios dauan fué larga e duró mucho”³⁴. Sobre todo, como recordaba muy bien Lucas Martínez, los españoles veían con terror la retirada de los indios porque sabían que esa misma noche, al “lleno de la luna”³⁵, volvían al ataque poseídos de una furia inusitada. Entonces fue que los españoles, Maldonado entre ellos, luchando por calles y plazuelas lograron abrirse camino y capturar la fortaleza de Sacsahuamán, hecho que alivió un tanto a los cristianos y desmoralizó a los aborígenes. Luego vino Almagro con su gente desde Chile y Manco creyó prudente retirarse a estudiar la nueva situación. El hambre, además, estaba ha-

ciendo estragos en sus filas. El Cusco quedó entonces ruinoso e incendiado, pero también en paz. Los soldados hicieron sus recuentos y Maldonado se percató, con gran dolor de su parte, que la vida había subido demasiado por causa de aquella guerra. Como vecino y encomendero tenía obligación de sustentar caballo, pero se dolía de que calzar con cuatro herrajes un equino le costara ahora veinticinco pesos de oro... Como todo ambicioso, Diego Maldonado había conocido la avaricia ³⁶.

LA ENCOMIENDA

Después de esto, Diego Maldonado participó en varias batidas contra el Inca, pero en ninguna se logró tomarlo prisionero. Manco conocía muy bien la cordillera y en ella los caballos se cansaban fácilmente. Dispuso entonces a un capitán indio que bajara por la serranía de Andahuaylas y atacara a los viajeros, incendiando de paso los poblados. El indio cumplió con precisión la orden dada y, en vista de eso, los españoles del Cusco enviaron contra él a Diego Maldonado. Este partió con muchos soldados y caballos a la sierra de los chancas y por algún tiempo se dedicó a correr la comarca de Andahuaylas... pero volvió sin el capitán del Inca. A pesar de ello no estuvo demás el haber incursionado aquella zona, porque gratamente impresionado por el paisaje y por su gente, Maldonado pidió a Pizarro que allí le diera su encomienda ³⁷.

Vuelto al Cusco, ciudad de la que había sido Alcalde el año 35, se halló con la sorpresa que la Corona lo había hecho Regidor perpetuo. La cédula estaba fechada en Madrid a 11 de marzo de 1536 y lo confirmaba munícipe "del pueblo donde Resydieren el governador y oficiales de la prouincia del Perú" ³⁸. En realidad era un Regimiento para Lima, pero por estar allí cubiertas las vacantes, y radicar el agraciado en el Cusco, se transfirió la merced a esta ciudad. No era que hubiese dado fruto el cuantioso donativo que tiempo antes había hecho al Emperador ³⁹, más bien era su amistad con los Pizarros la que le había alcanzado el Regimiento. Esta amistad con los extremeños, precisamente, lo tornó a encumbrar de Alcalde del Cusco en 1537. Además, fue su mayor recomendación para obtener la soñada encomienda de Andahuaylas ⁴⁰.

Mas aquellos tiempos era muy movidos y mientras los Almagros comerciaban con la paz, los Pizarros asustaban con la guerra. Y como

todo podía depender de la audacia de un momento, Diego de Almagro terminó por apresarse a Hernando Pizarro. Este, para evitar rapiñas en su casa, “algunas Juias conocidas de oro y plata y las ropas del ynga mandó (entonces) dar á diego maldonado, alcalde, que las tuviese en depósito para dar su rresidencia en su tiempo”⁴¹. Este hecho fue muy comentado en la ciudad del Cusco, pues probaba la gran amistad de Maldonado con el altivo Hernando. Sin embargo, lo censurable estuvo en que veintiocho años después, Maldonado se negaba a devolver estos bienes que se le habían confiado⁴².

Así las cosas, el 18 de abril de 1537, Diego Maldonado fue uno de los Regidores del Cusco que recibieron a Diego de Almagro por Gobernador de la Nueva Toledo, documento que luego usó el Adelantado para demostrar que dicha ciudad jamás quedó en Nueva Castilla. Dicen que Maldonado actuó forzado por el miedo, es factible que haya sido así⁴³. La verdad es que más tarde, cuando libre Hernando Pizarro volvió al Cusco a dar la batalla decisiva, desconfiando Almagro del Regidor Maldonado, lo mandó prender por razón de sus simpatías con el bando de los extremeños⁴⁴. Por esta causa no asistió a la rota de Salinas, pero después de ella salió a la calle victorioso y presumiendo de martirio por haber sufrido persecución de los de Chile.

El hecho, por no pasar inadvertido, mereció pronto recompensa, y el Gobernador Pizarro —en Lima, el 15 de abril de 1539— le dio el repartimiento de Andahuaylas y todos los pueblos de su jurisdicción, de los cuales era curaca el jefe chanca Huasco⁴⁵. Dicho repartimiento era riquísimo. Producía madera, carbón, cuerda y cestos de cabuya, fina lana de auquénidos, algún sebo que los naturales habían aprendido a beneficiar y varios hornos destinados a la fabricación de tejas. Pero en lo que más mostraba su riqueza aquella tierra era en los alimentos que ofrecía, destacando, entre otros, trigo de Castilla y maíz, papas, chuño, ají, mucha variedad de frutas, pescado de río, gallinas, perdices y ovinos. El pueblo debía dar, además de lo ya dicho, un cordero y una oveja para cada día de las tres pascuas del año. También una docena de indios e indias para el servicio de la casa del encomendero, sin contar otros nativos destinados a guardarle los ganados. Como si esto fuera poco, tributaba mucho molle y alguna cantidad de coca. El de Andahuaylas era, pues, uno de los repartimientos más ricos del Perú, añadiendo a esta fama la de tener los mejores pas-

tos de la sierra ⁴⁶. Cumpliendo con el requisito mayor que le imponía la Corona, Diego Maldonado encomendó la evangelización de estos sus indios a los frailes franciscanos ⁴⁷.

LAS GUERRAS PERULERAS

Si los Pizarros ganaron en las Salinas, los de Chile asesinaron al Marqués y un Almagro nuevamente trató de alzarse con la tierra. La noticia del asesinato llegó al Cusco y la ciudad se plegó a los rebeldes, aprovechando —afirma Cieza— que Diego Maldonado con Juan Vélez y Gómez de Tordoya estaban lejos ⁴⁸. Efectivamente, Maldonado estaba de viaje para España comisionado por el Cabildo cusqueño para pedir mercedes al Emperador. Pero en Panamá se enteró de la muerte del Marqués Pizarro y, siempre fiel al bando de los extremeños, no titubeó en regresar al Perú y juntarse a Vaca de Castro en Popayán. Parecían animarlo pensamientos de venganza para con los enemigos de su antiguo jefe. En todo caso no andaba muy lejos de tenerlos. Por mar salió entonces de Panamá y desembarcó en Buenaventura, pero, por haber pasado muchos días, sólo pudo alcanzar al licenciado Vaca de Castro en San Francisco de Quito ⁴⁹.

Con el nuevo Gobernador avanzó hasta Huaraz y allí, por ser Maldonado “tan principal y conocido de todos” ⁵⁰, éste lo envió con Lorenzo de Aldana a parlamentar con Perálvarez Holguín, logrando entonces que dicho general se pasara a los realistas y entregara sus banderas.

Así prosiguió Maldonado hasta Huamanga mientras los indios andahuaylas escondían los bastimentos ante la proximidad de los almagristas, obedeciendo órdenes de su encomendero. Además, el curaca Huasco tenía una provisión de Vaca de Castro sobre que si algún español de los de Chile se desmandase, lo pudiese matar sin que nadie le tomase cuentas ⁵¹. Pronto se iban a ver los frutos de todo esto, porque ya Almagro el Mozo en la carta que escribió a Vaca de Castro desde Vilcas, aseguraba “estar los indios de la tierra de guerra é no perdonar la vida a nengún cristiano E dicen ellos e lo certifican, que por mandato de Vuestra Merced lo hacen, é así lo envía a decir de parte de Vuestra Merced (Diego) Maldonado a un criado suyo que se llama Juan de Pinos, que está en sus pueblos que lo haga efectuar, é (Melchor) Palomino é otros vecinos de Guamanga los ensisten también en ello; é así ha sido causa de matar a diez cristianos . . .” ⁵².

Por fin, el 16 de setiembre de 1542, se dió en los llanos de Chupas la batalla al Mozo Almagro. Afirman los cronistas que entre los hombres que más se distinguieron al lado de Vaca de Castro estuvo Diego Maldonado, "que después adquirió el sobrenombre de Rico"⁵³. Agradecido el Gobernador, por provisión fechada en Lima el 26 de julio de 1543, le añadió a sus indios andahuaylas ciertos pueblos de la comarca cusqueña⁵⁴.

Lo que sigue está ya vinculado a la Rebelión del Gran Gonzalo. Cuando los encomenderos lograron atraer a Gonzalo Pizarro al Cusco, convenciéndolo que nadie sino él podía ser la salvación del reino, entre los primeros que se comprometieron con él estuvo Diego Maldonado "llamado comunmente el Rico"⁵⁵. Maldonado había estado en Lima esperando que entrase Núñez Vela, pero sabedor de lo estricto que venía en lo tocante a las Ordenanzas, decidió volver al Cusco por la vía de Andahuaylas⁵⁶. En su encomienda, dice Cieza, recibió una carta de Gonzalo en que le anunciaba haber sido nombrado Capitán General contra el alzado Manco Inca. Pero en el fondo del escrito bullía otra intención y ésta era forzar a Maldonado a que lo recibiera en el Cabildo del Cusco por Justicia Mayor y Procurador General del Perú⁵⁷.

Instado por las circunstancias Maldonado prosiguió hasta el Cusco, pero una vez allí trató de disculparse frente a la elección, alegando ignorancia jurídica y precisando el asesoramiento de un letrado. De este modo consiguió evadirse, aunque momentáneamente, porque esa misma noche el capitán Cermeño lo sacó de la cama y poniéndolo entre sus arcabuceros lo condujo a la casa de Gonzalo. Allí lo obligaron a firmar un voto, pero Maldonado tuvo maña para poner en el papel "una firma falsa y diferente de la que hacía"⁵⁸. Puesto inmediatamente en libertad, mandó llamar en secreto al escribano Gómez de Chávez y ante él, con todos los visos que pedía la legalidad, hizo una protestación de lo ocurrido, explicando que su voto era nulo por ser fruto de violencia, que su firma era falsa a pesar de haberla dibujado él mismo y que, igualmente, era falsa toda su adhesión al Gran Gonzalo pues su corazón estaba hecho para seguir sólo al Rey. Recién entonces Maldonado debió sentirse seguro por el pecho y por la espalda. Es verdad que estaba con Dios y con el diablo, pero a su entender, de algún modo tenía que salvar la vida y la hacienda⁵⁹.

Lo cierto es que como Gómez de Chávez tenía interés en callar,

no hubo nadie que delatara su verdadera filiación política. Por ello Gonzalo no dudó en hacerlo su Alférez Mayor, cargo que Maldonado rechazó modestamente ⁶⁰. No pudo, sin embargo, hacer lo mismo con el Ayuntamiento, en el cual salió elegido Alcalde y, por añadidura, Capitán ⁶¹. De este modo, cuando Gonzalo partió a Lima a enfrentarse al Virrey y anular las Ordenanzas, en el Cusco “dejó como lugarteniente suyo a Diego Maldonado” ⁶², pensando “que era valeroso y vezino de la ciudad” ⁶³. Fue un error del nuevo Procurador General, porque ya el Rico mostraba jugar a dos barajas y ambas las conocía muy bien.

CON DIOS Y CON EL DIABLO

Como era de esperar, Maldonado estaba ya en conversaciones con Gaspar Rodríguez de Camporredondo, Diego Centeno, el clérigo Baltasar de Loaisa, Juan Julio de Hojeda y Diego de Peralta Cabeza de Vaca. Quería de ellos, especialmente del último, conseguir del Virrey ciertos perdones que le aseguraran la vida y hacienda. Todo, por cierto, a cambio de alzar pendón por el Monarca y quemar los puentes del Apurímac para evitar la retirada de Gonzalo al Cusco ⁶⁴. En síntesis, esto era lo que por aquellos días pensaba Diego Maldonado, “que por su mucha riqueza que tenía le llamaban el rico, y era allí theniente de Governador y Capitán General por Gonçalo Piçarro” ⁶⁵.

Con este preámbulo es ya fácil deducir que su traición fue inminente. Confabulado con el Regidor Alonso de Mesa empezó a ganar soldados pobres para la causa del Rey, pero llegado el momento decisivo se encontró Mesa solo en el centro de la plaza y rodeado de muy pocos fidelistas. El hecho resultó un fracaso para el Mesa, pero Diego Maldonado (que acariciaba la idea de ser el único caudillo) salió entonces a la plaza diciendo a grandes voces: “¡Viva el Rey é yo alzo esta bandera por el Rey” ⁶⁶. Contra todos sus pronósticos acudieron otros pocos espeñoles y el gesto no llegó a originar una revuelta. A estas alturas apareció el Alcalde Francisco de Villacastín quien dió con todos en la cárcel y se preparó a darles tormento. En el potro confesó Mesa comprometiendo a muchos y Villacastín, por evitar escándalos, se limitó a desterrar a los cabecillas a Lima para que allí comparecieran ante el Gran Gonzalo y fueran castigados por él. Tal como se dispuso, Mal-

donado y Mesa, “dende a ciertos días llegaron ante Gonçalo Piçarro... los quales viendose en su presencia, y entre otras cosas que allí passaron, los dos le pidieron perdón, disculpándose de lo que contra ellos se auia dicho, y que vsase de clemencia y benignidad con ellos. La qual consiguieron a causa de si él hiziera justicia dellos, siendo tan principales hombres en la tierra, que luego los amigos de los dos dixeran que era muy cruel y vengativo y que no era hombre para ser Governador...”⁶⁷.

De allí en adelante, Maldonado el Rico se contó entre los más fieles gonzalistas y al lado del Gran Gonzalo marchó detrás de sus banderas hasta la ciudad de Quito en persecución de Núñez Vela. En Quito, precisamente, tuvo un percance por demás desagradable, pero que a la postre sirvió para afianzar su prestigio de rebelde. Fue el caso que estando Gonzalo Pizarro en su casa, recibió la visita de Diego Maldonado, quien luego de adularlo unos momentos pretendió llevarlo al camino de la reflexión proponiéndole entrar en negociaciones con el Rey. Gonzalo le mandó callar y salir de su morada, pero esa misma noche con idénticas razones a las expuestas por el Rico apareció el Capitán Cermeño y sus arcabuceros tomaron preso o Maldonado y lo llevaron a la casa del caudillo rebelde. Allí, Francisco de Carbajal dicen que dijo: “no es menester alargar más tiempo en dar la vida a este que ya vive de gracia y tiene merecida la muerte desde el tiempo que salió del Cusco”⁶⁸, y diciendo estas palabras lo quiso echar por unas ventanas abajo. Se interpusieron algunos y el Maestro de Campo no pudo concluir su deseo. Pero quedando siempre cautivo Maldonado hízolo llevar a su posada y una vez en ella, encarándose con él a solas, le preguntó socarronamente: “buen caballero y señor capitán, el más rico de todos los del Perú, ved esta carta (a) mi señor y decidme que os movió a escribir lo que se contiene, porquel gobernador mi señor no tenía necesidad de consejo”⁶⁹. Nada explícito debió de mostrarse el preguntado cuando se confió su sinceridad al tormento. Puesto en él tampoco se sacó mucho en claro, pero habiéndose reconocido en el papel la letra de Rodrigo Niño, Gonzalo mandó traer a su presencia a Maldonado y una vez delante suyo, lo abrazó y pidió perdón. Después de esto, continuaron inseparables la persecución del Virrey hasta Otabalo⁷⁰.

Iñaquito fue un combate bárbaro y cruel donde perdió la vida el incauto Núñez Vela. Preso y cortada su barba para servir de adorno a un sombrero, un negro decapitó al Virrey de un solo tajo, levantando luego la cabeza para enseñarla por trofeo de victoria. La batalla se dió el 18 de enero de 1546 y en ella no tuvo una actuación oscura Maldonado el Rico, a pesar de lo mucho que quiere disculparlo Cieza ⁷¹. Por ello, cuando tornaron de esta guerra y pasaron por Trujillo, Maldonado era para el Gran Gonzalo uno de sus "doze capitanes de los más principales y famosos que él tenía" ⁷². Muchas noches cenaban juntos y después de una larga sobremesa se retiraban a descansar. Todo había cambiado tanto que ahora el Maestre de Campo Carbajal debía favores al Rico Maldonado. En efecto, cuando cubierto por su albornoz y cabalgando su mula bermeja llegó enfermo al pueblo de Andahuaylas, los indios de Maldonado le salieron a recibir y también lo curaron, entendiendo que era amigo de su encomendero ⁷³. Maldonado, pues, había amarrado las manos al Demonio de los Andes, y aunque todavía no contaba con su favor, pensando en su buena estrella aspiraba a convertirse en el hombre de confianza de Gonzalo. Ya era uno de sus doce capitanes y con ellos se sentía poco menos que uno de los doce Pares de Francia en torno a su paladín Roldán. Gonzalo, por lo demás, prefería ocupar un sitial de Carlomagno y sentirse de una vez por todas Emperador del Perú. Se llamaba Gonzalo y deseaba que lo sobrenombraran El Grande, pero para ir preparando el terreno comenzó por permitir el tratamiento casi real de Muy Magnífico. ¡Feliz él que contaba con tan fieles capitanes para forjar un Imperio! ¡Feliz él, que en breve sería Emperador del Perú!

Pero he aquí que Maldonado el Rico fue a dar al bando de los realistas sin pensarlo ni quererlo. Sucedió que el Capitán Martín de Robles fracasó una noche en su intento de asesinar a Gonzalo Pizarro y deseoso de escapar sin riesgo alguno, "se fue derecho a la tienda de Diego Maldonado, al qual hallandole descuydado y durmiendo, le despertó y le dixo con grande ahinco, como que estaua espantado. ¡O Señor Maldonado!, ¿cómo duerme vuesa merced sin cuydado de su persona y vida?, leuántese ¡cuerpo de mí! antes que venga por él, porque esta noche fue acordado, en la consulta que tuuimos que de-

viesse morir a garrote; y como se tardava en leuantar, no creyendo lo que le dezían, le tornó a decir. O cuerpo de Dios, señor Maldonado!, leuántese ya antes que Francisco de Carauajal llegue para lo prender, porque ya verná; y el Maldonado, como oyesse nombrar a Carauajal, temió con gran temor, porque luego sospechó que le querían matar porque se auia rescebido aquella noche cartas de Lorenço de Aldana y tuuo creydo que ya se sabría. Assí como estaua desnudo y en camisa y sin vestirse ni calçarse, si no fue tomar vna tvrca larga, se levantó prestamente de la cama y se fue por un cañaueral adelante, y quando amanesció fue a dar a la mar y passó a los nauios aquella madrugada en vna balsa de cañas y madera seca que hizo prestamente un yndio, y aynas se ahogara el pobre viejo por auerse cansado el yndio en nadar y en tirar de la balsa, y de los capitanes (del Rey que lo ayudaron desde los navíos) fue muy bien rescebido” 74.

Mientras esto pasaba, Martín de Robles se apersonó a Gonzalo para informarlo de la fuga y pedir la captura de Maldonado. Gonzalo no titubeó en dársela, porque sospechaba que el huído se había refugiado en el convento de los dominicos de Lima, y entonces Robles —luego de juntar algunos amigos y tomar los caballos de Maldonado— salió sin tropiezo rumbo al norte en busca de don Pedro de la Gasca 75.

Maldonado el Rico supo aprovechar este soplo de ventura y sin pérdida de tiempo dejó las naves y pasó a Jauja, donde a su vez se juntó al Presidente 76. Este, que lo creía muerto, se alegró con su llegada y recordó que cuando marchó Aldana con Pedro de Hinojosa a Tierrafirme, Pero López de Cazalla (el que luego fue secretario de Gasca) llevó para él una carta o promesa de Maldonado en la que le hacía constar su fervor por la Corona. El jugar a dos barajas le había dado resultado al encomendero más rico del Perú 77.

Lo cierto es que una vez en Jauja, Maldonado siguió con Gasca hasta Andahuaylas, donde sus indios sirvieron al ejército real con víveres y ropas 78. Sin embargo, agradecieron mucho los naturales cuando Gasca decidió partir de allí, porque habían sido tales los excesos de la tropa que dejaron poco menos que perdida aquella tierra. Maldonado siguió con el Presidente hasta el 9 de abril de 1548, fiesta de santa Casilda, fecha en la que como capitán de la retaguardia de caballos asistió a la batalla de Jaquijahuana. Luego de ella presenció el ajusticiamiento del Gran Gonzalo, aquel que solía llamarse el Muy

Magnífico, y el de su Maestre de Campo Francisco de Carbajal ese que, cuando fugó el Rico de su campamento seguido de Martín de Robles, se puso a canturrear:

*“Estos mis cabellos, madre,
dos a dos se los lleva el ayre”* ⁷⁹.

MENDIGANDO SIMPATIAS

Entre pífanos y atambores acompañó entonces al Presidente hasta la ciudad del Cusco. Una vez allí, “El Oydor Andrés de Cianca y el Oydor Ramírez de Quiñones fueron aposentados en las casas de Diego Maldonado el Rico” ⁸⁰. Bastante tiempo vivieron en ellas los Oidores y durante la cómoda estadía no faltó ocasión en la que el Rico les contara aquella historia del licenciado Cepeda, cuando trató de sobornar a su médico para que lo envenenara por ser fiel a la Corona ⁸¹. También les refería sus apuros cuando a bordo de la balsilla, con la espada entre los dientes para no dejarla en poder de los rebeldes, le faltaba el aliento para continuar braceando y acercarse a los barcos de su Majestad... ⁸². Pero luego de narrar todo esto con lujo de detalles, hacía el dolido por la ingratitud de Gasca en Huaynarima, pues allí el Presidente había premiado a muchos traidores reconciliados con la real Corona y, en cambio, no dió ninguna merced a otros fieles como él... Los Oidores escuchaban una y otra vez sus relaciones, pero la verdad es que, dados sus antecedentes, nada le podían ofrecer. Entonces el Rico insistía en que si había andado con Gonzalo había sido por salvar la vida, más los huéspedes se revolvían incómodos sobre sus asientos y no sabían cómo salir del compromiso ⁸³. Por fin una mañana pudieron pagar con algo su hospedaje. Por cortejar a una dama cayó desde un terrado Benito Suárez de Carbajal, que tenía el cargo de Corregidor del Cusco y, a consecuencia del golpe, perdió la vida y el cargo. En realidad vino a ser una caída providencial, pues no habiendo nadie dispuesto a levantar la vara que dejó en el suelo, los Oidores la entregaron a Diego Maldonado, el Rico ⁸⁴.

Lo cierto es que como Corregidor Maldonado no hizo nada digno de tomarse en cuenta, pero gracias a su nuevo puesto se dió maña para asegurar sus bienes y salvar definitivamente la encomienda de Andahuaylas. Hecho esto dejó la vara, por haber sido nombrado oficialmente

para ella Juan de Saavedra, quien pronto tendría oportunidad de aborrecerla por las desavenencias surgidas con Francisco Hernández Girón y su famosa entrada de los chunchos. Pero el vendaval pasó y Girón marchó a Lima a cumplir su palabra de presentarse a la Audiencia. El Inca Garcilaso añade que "Diego Maldonado, el Rico, por hacerle amistad, porque era vecino suyo calle en medio, y las casas de frente la una a la otra, se fue con él hasta Antahuaila, que está cuarenta leguas del Cusco, que eran indios y repartimientos de Diego Maldonado, y también lo hizo porque a él convenía ir a visitar sus vasallos" ⁸⁵.

Pasado un tiempo, creyendo los ánimos calmados, Maldonado tornó al Cusco. Pero lo hizo a tiempo inoportuno como que recién llegaba la noticia que Sebastián de Castilla era alzado en Charcas y también la orden que todos debían aprestarse a combatirlo. Entonces fue que los vecinos "entraron en Cabildo, y eligieron a Diego Maldonado, que llamaron el Rico, por general, por ser el regidor más antiguo que había" ⁸⁶. Pero Maldonado era hombre de gran suerte y antes de hacer alardes y derramas llegó la nueva del desbarato de los revoltosos. De este modo se canceló la salida que los vecinos pensaban hacer con Maldonado hacia el Collao.

Si del motín de Miranda, Barrionuevo y Melgarejo se vio libre por estar en Andahuaylas y con lo de Don Sebastián tampoco tuvo que hacer mucho por haber abortado el movimiento ⁸⁷, no ocurrió lo mismo cuando por segunda vez pretendió alzarse Francisco Hernández Girón, su vecino de morada. El principio fue la boda de Alonso de Loaisa y por ello acudieron a su casa los encomenderos de la ciudad y otros caballeros principales. Hubo alegría general, se sirvieron muchas viandas y se brindó con buenos vinos de Castilla. Pero mientras Maldonado el Rico pasaba alborozado la velada, afuera, sentado en una silla del salón, estaba Francisco Hernández "más suspenso e imaginativo que la misma melancolía" ⁸⁸.

Efectivamente, salió Girón al poco rato de la casa, volviendo a ella en son de guerra y con ánimo de prender al Corregidor. Este se refugió entonces en la última pieza, junto con las mujeres, y por cerrar tras sí la puerta no pudo entrar a tiempo Diego Maldonado. Allí lo halló pugnando por abrirla Gaspar de Saldaña, natural de Guadalupe y vecino de La Plata, pero por más que el Rico golpeaba la puerta "nunca le quisieron abrir" ⁸⁹. Con Saldaña huyó entonces al corral y por los tejados del Factor Juan de Salas salieron a la calle para

correr a ocultarse en una ranhería de indios. Allí pasaron todo el día siguiente, pero llegada la noche partieron sin ser vistos al pueblo de Huata, que eran indios de Maldonado. Durmiendo de día y fugando en la oscuridad llegaron por fin a Andahuaylas. Pero por no sentirse muy seguro entre esos sus indios a los que siempre había esquilado, el Rico prosiguió a Lucanas, tierra más tortuosa y segura ⁹⁰.

EL ARCABUZAZO

En este pueblo supo que el capitán Lope Martín estaba con tropas leales no muy lejos y, para juntársele, salió de su retiro seguido por alguna gente. Mas esta vez le fue adversa la fortuna y apresado por una patrulla gironista fue conducido a Huamanga. Allí se enteró Maldonado que el Maestre de Campo de Girón “lo pensaba colgar en una calle de la dicha cibdad de guamanga por donde pasase todo el ejército del dicho tirano” ⁹¹ y no gustándole la idea pidió socorro a varios vecinos de la localidad, sus antiguos compañeros de conquista. Entonces fue que intervinieron unos pocos encabezados por Melchor Palomino y, una noche de tormenta, lo hicieron escapar. Muchos días anduvo fugitivo por los montes y quebradas, pero después de padecer hambres y fatigas avistó el campamento del Mariscal Alonso de Alvarado ⁹².

El Mariscal lo recibió afectuosamente y le comunicó sus planes de batalla, pero Diego Maldonado —a decir del Inca Garcilaso— no se mostró muy convencido con la estrategia de Alvarado. La propia víspera del desastre de Chuquina se entrevistó nuevamente con el Mariscal y le planteó los inconvenientes del terreno, pero Alvarado estaba demasiado seguro de sí mismo y ningún caso hizo a la advertencia ⁹³. De este modo “entró Lucifer en el Mariscal” ⁹⁴ y amaneció el 21 de mayo de 1554. Entonces fue que rompieron los escuadrones y pareció estallar la arcabucería. La de Chuquina fue una acción dura y sangrienta pero sin laureles para la causa del Rey. Más aún, la derrota de Alvarado fue absoluta y espantosa. Vislumbrándose ya cerca el triste epílogo, un disparo echó por tierra al caballo de Diego Maldonado. Los soldados rebeldes trataron de caer sobre el Rico, pero entonces Juan Arias Maldonado —su bastardo mestizo— le alcanzó su cabalgadura para que pudiera escapar, como lo hizo ⁹⁵. Y cuando con Lorenzo de Aldana y el Mariscal galopaba por la escabrosidad de

la sierra para irse a reunir con los Oidores, dicen que Girón al verlos comenzó a cantar:

*“No van a pie los romeros
que en buenos caballos van...”*

De verdad que los equinos debían ser inmejorables, porque en ellos no pararon hasta Lima. En la capital Maldonado se juntó con los Oidores. Un raro entusiasmo parecía animarlo a esas alturas. Estaba viejo, era verdad, pero sentía renacer en él los ardores militares de su juventud. Entusiasmado con su fogosidad de mozo, tornó a salir para la sierra con las tropas de la Audiencia. Así pasó por Jauja y arribó finalmente a Pucará, donde el 8 de octubre se decidió dar la batalla. El viejo seguía empecinado en abatir a los rebeldes y cabalgando un caballo overo se le vio desde temprano moverse entre los leales. Todo parecía evidenciar victoria para el Rey. En esto se abrieron los fuegos y mientras las trompetas incitaban al ataque y la caballería comenzaba a moverse con un ruido semejante al redoblar de un tambor, un disparo salido del campo adversario derribó al Rico Maldonado de su silla⁹⁶. Las probanzas nada dicen del lugar en que fue herido. Sólo explican que esta herida no pudieron curar los cirujanos y que, por tanto, la conservó abierta hasta el momento de morir. Las heridas de los viejos sólo cierran en la tumba⁹⁷.

LAS ISLAS DE TUPAC INCA

Después de esto, Diego Maldonado volvió a la ciudad del Cusco en una silla de manos. Ahora sí tenía una herida de verdad y nadie podía dudar de su existencia. Retirado a su casona de piedra buscó en ella consuelo y curación. Allí lo recibió doña Francisca de Guzmán, su esposa, dama castellana de la Casa de los Escobedos, como hija que era de Hernán Gómez de Escobedo, caballero principal de Talavera de la Reina⁹⁸. Estos Escobedos toledanos eran nobles y de origen montañés. Decían venir del linaje de Escobar y por ello, a más del roble verde en campo de oro, traían cinco escobas azules en su escudo⁹⁹. Todos recordaban que cuando doña María se casó, Maldonado el Rico le obsequió una famosa esmeralda llamada “La Doncella”¹⁰⁰.

Por lo demás, la casona del Rico era grande y señorial. Quedaba en la parte meridional de la Plaza del Cusco, detrás de las tiendas de los principales mercaderes ¹⁰¹. Por razón de su dueño, precisamente, esa parte de la cuadra se comenzó a llamar "calle de Maldonado" ¹⁰². El Inca Garcilaso, al evocar aquel sector del Cusco, dice: "A las espaldas de las tiendas principales están las casas que fueron de Diego Maldonado, llamado el Rico, porque lo fue más que otro alguno de los del Perú: fue de los primeros conquistadores. En tiempo de los Incas se llamaba aquel sitio Hatun Cancha: quiere decir barrio grande. Fueron casas de uno de los reyes llamado Inca Yupanqui. Al mediodía de las de Diego Maldonado, calle en medio, están las que fueron de Francisco Hernández Girón. . . Llámase aquel barrio Puca Marca, quiere decir, barrio colorado" ¹⁰³.

Aunque opulento y con mujer hermosa, Maldonado nunca vió alegrarse su morada con el advenimiento de un vástago legítimo. En la fría sala de piedra decorada con tapices que historiaban la vida de Jacob, sólo reinaba el silencio. Sus sueños de fundar un mayorazgo habían sufrido con ello un rudo golpe. Su matrimonio había sido estéril. Paradójico, pues, y hasta cruel resultaba para Diego Maldonado recorrer con su vista las paredes y ver en sus tapices la figura satisfecha de Jacob, venerable y patriarcal, rodeado siempre por sus doce vástagos. . . ¹⁰⁴.

Pero el Rico era hombre que disimulaba y por eso sus contemporáneos lo creyeron feliz. Tenía fama de chispeante y los soldados se reían mucho porque, conociendo todos su sinuosidad política, le oían decir "que cuando en su casa cantauan los gallos, decían: Servir al Rey" ¹⁰⁵. Otras veces apuntaba maliciosamente a las casas de Francisco Hernández y susurraba que por no haberle hecho caso a sus gallos había perdido la cabeza el caudillo cacereño. No era que se lamentara, porque después de la batalla de Pucará tuvo la ocasión de comprar la mansión del rebelde a bajo precio, evitando que la justicia derribara sus muros y sembrarse el terreno con sal. Y el charlista terminaba todo con alguna anécdota picante sobre aquel capitán cacereño que no hizo caso a los gallos del capitán aldanés.

Mas de regreso a su morada, cuando se apartaba de los soldados que quedaban festejándolo, el Rico sentía el dolor de su llaga y el fracaso de su vida. La falta de un legítimo sucesor se le había trocado en obsesión. Muchos bienes, pero ningún hijo para heredarlos. Uno

sí, el bastardo Juan Arias Maldonado, tenido en una princesa de sangre real llamada doña Lucía, esa que le dio Pizarro en Cajamarca. Pero el mestizo, además de irresponsable, era de un carácter belicoso. Su amor a la revuelta lo había hecho combatir por el Rey en Jaquijahuana, Chuquinga y Pucará, batalla esta última donde fugó de Girón a los Oidores. Sabía leer y escribir, pero más que hombre culto era un mancebo aturdido. No bastaba, pues, con legitimarlo, porque convertido en dueño y señor de sus riquezas dilapidaría toda la fortuna paterna y lejos de las gentes nombrarlo Maldonado el Rico, acabarían por llamarlo Maldonado el Pobre ¹⁰⁶.

Ni siquiera con este problema que tanto lo amargaba, Diego Maldonado olvidó de extorsionar a sus indios. Convencido que aún podía sanar para dirigir una expedición a ciertas islas del Mar del Sur que descubriera Túpac Inca, todo dinero le resultaba poco para invertirlo en la marina empresa... Ahuachumbi y Ninachumbi eran estas ínsulas doradas que él pensaba conquistar. Por ello ordenó a sus mayordomos de la encomienda que cobrasen prestamente los tributos y no consintiesen la menor dilación. Los de Andahuaylas, a decir verdad, eran indios a los que las Guerras Civiles habían dejado deshechos, pero el Rico tenía el corazón de piedra y sólo se acordaba de ellos al momento de cobrar. Por eso instaba a sus mayordomos a no perdonar tardanza alguna y a que consiguiesen los tributos usando medios de violencia. Los chancas, entonces, aprendieron a odiar a su avaro encomendero, también a su bastardo hijo que era el mayordomo mayor ¹⁰⁷.

Las quejas no eran sólo de Andahuaylas. También a sus indios de los cocales aledaños a los Antis, obligó que duplicaran el producto de las chacras y aceleraran el acarreo de la coca. Por otro lado, don Pedro Atahualpa, curaca de Urco-Urco y Chuquimatero, en el valle de Quispicanchis, se querelló ante el Corregidor del Cusco (representando a todos los naturales de su parcialidad) que Maldonado el Rico "usando de violencia se apoderó de ciertas tierras propias de los dichos indios de Urco-Urco, e hizo en ellas unos bohíos en los que puso unos yanaconas" ¹⁰⁸.

Luego de esto, Maldonado, haciendo gala de indolente, se dedicó a vender coca "verde y seca a cala de cuchillo y no tocada de gusano, del peso y tamaño de la ordenanza" ¹⁰⁹. Esta coca se expendía por cestos y el precio de cada uno era dos pesos de plata y siete tomines,

arancel siempre vigente en las minas de Potosí. Sus indios de Pumarca, cerca del Cusco, eran los encargados del transporte. Sin embargo, aunque sus arcas se llenaban día a día, igualmente decrecía su salud por causa de la maldita llaga en que había degenerado su herida de Pucará. Trató de curarla utilizando primero los servicios de los más eminentes físicos y cirujanos, pero la llaga no cerró. Se confió entonces a los herbolarios indios, pero el resultado fue el mismo. No obstante, quería sanar a todo precio para poder comandar la expedición a las doradas islas. Lope García de Castro, el gobernante que había sucedido al Virrey Conde de Nieva, estaba muy animado con su proyecto y si bien es cierto que el Rico no era el único que postulaba a la dirección de la empresa, era el candidato de más fuerza, según lo creía entender. Desgraciadamente, estando así las cosas, su hijo, el bastardo Juan Arias Maldonado, lo echó todo a perder con su mal comportamiento ¹¹⁰.

EL HIJO MESTIZO

El mozo estaba desterrado por su padre en Moyamarca, pero desde allí el mestizo se dio tal maña, que pronto se convirtió en cabecilla de una rebelión armada. Este motín se planeó por 1566 y la mira de los confabulados era nada menos que asesinar al Gobernador García de Castro y alzarse con el Perú. Todos los mestizos secundaban a Arias Maldonado, pero alguno debió ser poco discreto cuando descubrió la conjuración. Fracasado el movimiento el bastardo no quiso sufrir las consecuencias de la derrota y a uña de caballo entró al Cusco la víspera de Pascua de Navidad, solicitando la protección paterna. El Rico, luego que lo vió en su casa, "no lo quiso admitir ni hablarle porque havia venido desde Limatambo... sin su licencia" ¹¹¹. Pero el perseguido le explicó que había osado salir de su destierro sólo por salvar la vida, que lo escondiese y lo librase de morir. Mas el padre, lejos de ver al hijo perseguido sólo vió las islas que se esfumaban, y haciéndose el sordo a las súplicas del desesperado, dejó que la justicia lo prendiese. Entonces el mestizo fue cargado de cadenas y a lomo de mula conducido a Lima ¹¹².

La gente nunca se pudo explicar cómo el hijo del más opulento encomendero del Perú, desdeñando los 30,000 pesos de renta que le esperaban a la muerte de su padre, se hubiera convertido en un trai-

dor a su Rey. La realidad parece haber sido otra. Harto de valer sólo como hijo de su padre, el mestizo buscó alcanzar renombre por su propia mano. Pero fracasó en su intento y con él fracasó la primera rebelión mestiza del Perú. En la oscuridad de la cárcel limeña, purgó sus sueños de libertad. El hijo del más rico vecino del Perú, tuvo que conformarse con el duro pan que le alcanzaba la limosna ¹¹³.

Padre, al fin y al cabo, Maldonado el Rico descubrió que tenía corazón. Mandó entonces a sus mozos que ensillasen los caballos, cargó mulas con ropa y otros implementos de viaje y, corriendo el riesgo de que su llaga empeorase, salió del Cusco con rumbo a la Ciudad de los Reyes. A esta capital entró inquiriendo por su hijo. Cuando supo dónde estaba marchó a ver al Gobernador. Lope García de Castro lo recibió fríamente, como al padre de su presunto asesino. Las doradas islas del Mar Océano se terminaron de esfumar. El Rico habló con él, con los Oidores y otros personajes influyentes, pero nadie lo ayudó. Sólo después de muchas rogativas y humillaciones, logró una orden de libertad. Juan Arias volvió a ver la luz del sol, pero a costa de la salud de su padre. La llaga de el Rico se había vuelto a abrir y los médicos prescribían un largo descanso ¹¹⁴.

Entonces fue que el encomendero y su hijo se retiraron a una huerta que tenían en los alrededores de Lima. La huerta tenía su historial. Estaba en el camino de Armatampu o Surco y en ella Maldonado el Rico plantó los primeros pinos traídos de España. La crónica del Padre Cobo asegura que también estuvo allí el primer jumento que vino a esta tierra, lujo que se permitió el Rico haciéndolo traer desde Jamaica ¹¹⁵.

Pero ya Diego Maldonado estaba muy quebrantado de salud y se sentía pesimista de la ulceración que lo aquejaba. Gastó sumas enormes en médicos y medicinas, probó todos los bálsamos y ungüentos, pero su llaga no mejoró. Distrayéndose en la administración de sus muchas propiedades, también ocupó sus ratos de ocio en la oración. Sin duda quería familiarizarse con la muerte, pero tampoco se hacía a la idea de morir. Poco a poco, sin embargo, debió pensar que su vida se acababa. Su llaga, cada día adquiría una coloración peor. Por fin, el 2 de enero de 1568, hizo llamar al escribano Alonso Hernández. Encerrado con él, le comunicó que quería dictar su testamento ¹¹⁶.

Esa misma tarde firmó su última voluntad. Dejó por albacea a su esposa, al Arzobispo de Lima fray Jerónimo de Loaisa y a Gaspar de Sotelo, vecino del Cusco. El documento es interesante porque en él confiesa Maldonado no dejar hijos legítimos, pero sí al bastardo Juan Arias, al que reconoce por vástago “por ques justo que los hombres correspondan a la obligación natural que tienen”¹¹⁷. Y en cabeza de éste, precisamente, fundó entonces un cuantioso mayorazgo destinado a perpetuar su linaje y su riqueza. El mestizo estaba perdonado. Para asegurarle la prosecución de su fortuna, el Rico instituyó en el mismo escrito multitud de complicadas cláusulas previniendo situaciones peligrosas que en torno a los bienes se podían presentar. Juan Arias no era docto, pero su ignorancia y prodigalidad fueron frenadas por la previsora mentalidad del fundador del opulento vínculo¹¹⁸.

Hecho esto, Diego Maldonado especificó que quería morir en el Cusco. Con tal mira comenzó a preparar el largo viaje, pero éste —por razones de salud— no pudo efectuarlo hasta dos años después. Entre otras cosas quería ir para esperar allá al Virrey Toledo, hospedarlo en su casa y pedirle para su mayorazgo un hábito militar de Calatrava o Alcántara. Por eso, comenzando el año de 1570 y luego de muchos preparativos y precauciones, Maldonado tomó el camino del sur. Haría un alto en su ingenio de Nasca, luego cruzaría la región de los lucanas y haría otro en Andahuaylas. El próximo gran descanso sería Limatambo, por último, su casona de la ciudad imperial. Así viajaba Maldonado el Rico, reposando en sus propiedades del camino¹¹⁹.

Antes de llegar a su ingenio, al cruzar el candente arenal de la costa, el viajero creyó desfallecer. Enfermo ya, entró a la villa de Valverde, alojándose en el convento de los frailes franciscanos. Un mal no identificado se había posesionado de él, un mal posiblemente vinculado con su llaga. Ya le habían advertido que era peligroso cruzar el desierto en la canícula, pero él no quiso oír. Viendo llegar su último momento, Maldonado mandó llamar al Corregidor Marcos de Torres y al escribano Antonio Vallejo, explicándoles que deseaba hacer un nuevo testamento. Cuando todos estuvieron juntos, el moribundo comenzó a dictarlo. Era el 14 de marzo de 1570¹²⁰.

En primer lugar, como era usual en tales casos, encomendó su

alma a Dios y a Santa María su bendita Madre, luego se refirió a su enfermedad. Dijo estar sano de juicio aunque en peligro de muerte y pidió, cuando esta última llegase, ser temporalmente enterrado en la iglesia de San Francisco de esa villa de Valverde de Ica, debajo del altar mayor. Solicitó, así mismo, que ese día acompañasen su cuerpo todos los clérigos y religiosos de la villa precedidos por cruz alta. Que en la iglesia se oficiase una misa de requiem con vigilia y responso, y que ese mismo mes los franciscanos iniciaran un novenario de misas cantadas como suelen decirse a lo difuntos, sin olvidar las ofrendas de pan, vino y cera. Mientras su cuerpo permaneciera allí, los franciscanos recibirían cincuenta pesos cada año, pesando sobre ellos a modo de obligación, el decirle, mientras tanto, dos misas semanales. Antes de concluir con esto de las misas, el testador pidió que el día de su muerte, todos los sacerdotes del valle de Ica rezaran otra por la tranquilidad de su ánima ¹²¹.

Luego vino el reparto de limosnas. A los frailes que lo albergaban dejó una cama de damasco carmesí y una fuente de plata para que hicieran con ella una cruz. También cincuenta varas de sayal para hacer hábitos a los religiosos y dos candelabros de plata para ornato del altar mayor. Al hospital del Cusco legó cien pesos de plata y al de Andahuaylas una negra para que finara allí sus días sirviendo a los enfermos. Luego mencionó y enumeró sus muchos bienes vinculados y constituyó un legado especial de trescientos novillos para Pedro Altamirano, el huérfano del conquistador Antonio Altamirano, por haberse criado en su casa y tenerle mucho aprecio. A su esposa dejó la estancia de Huacachacal, encargándole que después de muerta pasara la propiedad a los indios de ese ayllu para que se sintieran así aliviados en sus tributos. Finalmente firmó el escrito con mano temblorosa y solicitó del escribano que volviera, pues quería otorgar "ciertas memorias" ¹²².

LA MORTAJA FRANCISCANA

Estas memorias empezaron a dictarse el 16 de marzo, vale decir, dos días después del testamento. Como ya lo había anticipado, eran unos consejos y pedidos a su hijo, al que recomendó, entre otras cosas, que respetara siempre a doña Francisca de Guzmán, "de manera que la buena amistad que me tubo En la vida la muestre Recibiéndote por hijo

y mira que te mando y encargo so pena de obediencia la sirvas todos los días que hibiéres como a verdadera madre y señora ques, porque en esto se me sigue gran contento”¹²⁸. Por lo demás, anuncia a su vástago que le ha llegado la hora de entrar en posesión de todos los bienes muebles, inmuebles y semovientes; le pide que los cuide y los aumente; terminando por encargarle que se haga cargo de su rica ropa, “porque no salga en Plaça”¹²⁴, es decir, no se venda en pública almoneada como suele hacerse con las ropas de los muertos. ¡Vanidad de hidalgo moribundo!

Sin embargo, hay también un gesto simpático de Maldonado el Rico. En su afán de recobrar el cariño de sus indios, a cuya conversión dedica cien misas rezadas, Maldonado pide entonces a su hijo que rece “por mis padres y decendientes y por los naturales a quienes tenemos tanta obligación”¹²⁵. Por congraciarse con estos últimos, precisamente, y también por caridad cristiana, le sugiere, no ser muy severo en la próxima cobranza del tributo, preocuparse por el hospital de Andahuaylas y repartir mil ovejas a cada una de las tres doctrinas de indios chancas que formaban lo principal de su encomienda. Para terminar pidió a su hijo que llevara sus huesos a enterrar al Cusco en la capilla del mayorazgo, pero, le advertía, que si viajando su cadáver por Andahuaylas los indios mostrasen mucho sentimiento, que diera por nula esta postrera petición y lo sepultasen definitivamente en la iglesia del pueblo, “de manera que dello se siga a los naturales y a su conversión y doctrina gran provecho...”¹²⁶. Luego de esto el enfermo entró en larguísima agonía.

Maldonado el Rico falleció en la villa de Valverde el 22 de marzo de 1570, antevíspera de san Gabriel Arcángel. Amortajado con la jerga franciscana, el Rico expiró en una celda. Murió como no lo presagiaba su fortuna, rodeado por los frailes del sayal y de la cuerda, esos frailes que por ser frailes mendigos habían hecho voto de amar a la pobreza¹²⁷.

Un año después, el mestizo Juan Arias Maldonado concertó con el Cabildo eclesiástico del Cusco la adquisición de una capilla para enterramiento suyo y de su padre. Juan Arias se comprometió entonces a edificar una sacristía, levantar una reja de madera que separara la capilla del cuerpo de la Catedral y colocar sobre el arco de la entrada el escudo o blasón de Maldonado. Los canónigos aceptaron el contrato y por setecientos cincuenta pesos de limosna, el mestizo

entró en posesión de “la capilla y altar del crucifijo la cual se A de nombrar y nombra de la advocación del Señor Santiago Apostol patron y defensor de las españas”¹²⁸. Luego hizo el traslado de los restos de su padre. El cadáver fue extraído de su sepultura y, haciéndose un envoltorio con los huesos, se puso en una caja de madera. Juan Arias Maldonado presenció la operación. Luego la caja se colocó sobre una mula y en otras con gualdrapas negras montaron los criados del difunto. A una seña de Juan Arias, salieron del convento franciscano e iniciaron el ascenso de la sierra. El viaje fue muy duro, pero sin tropiezos. Cuando el cortejo llegó al pueblo de Andahuaylas, el muerto entró a campana tañida. Pero los indios no acudieron a la iglesia ni evidenciaron dolor. Rodeado de incomprensión, el cadáver prosiguió entonces al Cusco. En el Cusco se le sepultó en la Capilla de Santiago, la segunda de la nave izquierda. Allí reposa hasta hoy. La Capilla es lóbrega y carece de epitafio, pero para quienes conocen su historia, existe esta inscripción: “Aquí yace el pecador de Maldonado el Rico, rogad a Dios por él”¹²⁹.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. Entre los homónimos que en el Perú tuvo nuestro biografiado estarían —además de Diego Maldonado, el Viejo, vecino de Natá y Diego Maldonado Hernández, conquistador de Chile, a quienes veremos más adelante— cuatro soldados y un servidor real. El primero de la lista se llamó *Diego Maldonado de Alamos*, nacido en Salamanca con anterioridad a 1598 y que llegó a Regidor del Cusco. El Inca Garcilaso lo nombra Pedro Maldonado y relata el pintoresco encuentro que sostuvo con Diego Centeno en las calles de la ciudad imperial (Comentarios... Parte II, lib. V, cap. IX). Después de ser un tiempo gonzalista terminó pasándose a la armada de Lorenzo de Aldana en el Callao. Más tarde lo hallamos de Capitán y muy vinculado al primer grito rebelde de Girón. Fue también fundador del Hospital de Naturales del Cusco y vecino principal de esa ciudad en cuya comarca tuvo indios de encomienda. Su biografía puede confundirse en más de un momento con la de Diego Maldonado, el Rico, dado el paralelismo de sus actuaciones, pero los Libros del Cabildo cusqueño ofrecen la pauta de la diferenciación cuando llaman al salmantino Regidor y, en cambio, al aldanés, conquistador y Regidor. *Diego Maldonado y Tañeda* sería el otro homónimo del Rico. Nacido por 1525, fue soldado de Gómez de Alvarado en Chachapoyas. Con este jefe asistió a Jaquijahuana, encontrándosele después en el Cusco cuando el alzamiento de Miranda, Barrionuevo y Melgarejo. Sin duda es el mismo que figura en la revuelta de Sebastián de Castilla. Los documentos prueban que sabía firmar. El tercer *Diego Maldonado* fue soldado de Núñez Vela en Quito y preso de los gonzalistas en la cuesta de Ayabaca. Fugando de la prisión se juntó a los vecinos de Chachapoyas y concurreó con ellos a Jaquijahuana. Se le encuentra luego guardando el Cusco al tiempo que los leales salieron contra Girón a Pucará. Su vida es fácil de confundir con el que lo precede. El último soldado que se llamó *Diego Maldonado* estuvo con Mel-

chor Verdugo cuando alzó bandera en Trujillo, recibiendo entonces de su jefe un paño morado para hacer calzas, un talabarte de terciopelo negro y una camisa de Ruán. Finalmente, un *Diego Maldonado* que había sido Asemilero de la Princesa Gobernadora pasó al Perú por 1559 y en Valladolid, el 8 de junio de ese año, consiguió mil ducados de ayuda para su viaje. Parece que no llegó a embarcarse o murió al poco tiempo de pisar tierra perulera, porque no existen más noticias de él.

2. Guevara, Antonio de... *Epistolas Familiares*.— Buenos Aires,, 1946.— Epístola XXII, p. 65.

3. Atienza, Julio de... *Nobiliario Español*.— Madrid, Industrias Gráficas España, 1948.— pp. 197, 198 y 892.

Zizold Plazolles, Isabel... El linaje de Angulo y sus armas en el Perú, en Revista del Instituto Peruano de Investigaciones Genealógicas, Lima, 1955, número VIII, p. 184.

4. Archivo Histórico de la Universidad del Cusco (A.H.U.C.) Protocolos del escribano Antonio Sánchez, leg. IV, fol. 538.

5. Archivo General de Indias de Sevilla (A.G.I.) Justicia 401 y Patronato 93-N4-RI; 110-NI-R7; 114-NI-R2; 128-NI-R2.— Cuando el Rico desertó del real gonzalista y arribó a la armada que traía Lorenzo de Aldana, tanto Gutiérrez de Santa Clara como el Inca Garcilaso le asignan una edad mayor a la que en realidad tenía. El primero lo llama entonces “pobre viejo” y el segundo le adjudica “más de sesenta y ocho años”. Ambos debieron conocerlo (en el caso que Pedro Gutiérrez haya estado en el Perú), pero el Inca, además, parece que lo trató de cerca por ser padre de uno de sus condiscípulos de escuela. Sin embargo, muy gastado debía estar el encomendero cuando ninguno de los dos cronistas lo hacen menor de cincuenta años, edad que tenía el Rico Maldonado cuando fugó a la armada.

6. A.H.U.C. Protocolos citados, leg. IV, ff. 538 a 549.

7. A.G.I. Patronato 122-N2-R4.

8. En la probanza que para su ingreso a la Orden de Santiago hizo D. Juan García de Ovalle y Arias Maldonado se hace constar “que los Maldonados que hay en Salamanca son todos unos, notorios hijos-dalgo al fuero de España, limpios y cristianos viejos, y que en esta Casa nunca ha habido penitencia del Santo Oficio, ni bastardía, ni oficio vil ni mecánico que pueda impedir la pretensión”. La descendencia de Maldonado el Rico no sólo consideró a su progenitor natural de Salamanca, sino miembro de esta Casa, añadiendo que el soldado antes de pasar a América había sido miembro de la cofradía de Nuestra Señora de Rocamador, “en la que se hacen muy rigurosas pruebas de nobleza y limpieza para entrar en ella”, dato, este último, evidentemente falso. Por el tiempo que historiamos eran estos deudos salmantinos don Rodrigo Alvarez Maldonado, mayorazgo de Casa Calderón y marido de doña Catalina Maldonado, de quienes hace extensa mención el viejo árbol genealógico de los Maldonados que se conserva en el convento de San Esteban de Salamanca. Este don Rodrigo (con quien se cumplía la quinta generación de Maldonados en la ciudad del Tormes), fue padre de Diego Maldonado, caballero principal de Salamanca, quien casó con doña Constanza de Porres y Pacheco, hijadalgo de Ciudad Rodrigo donde los Pachecos fueron señores y Marqueses de Cerralbo. Hubo también en Salamanca una segunda rama de los Maldonados que, no obstante ser segunda, fue tan poderosa y antigua como la anterior. Era ya tan opulenta en 1295 que los vecinos de Miranda de Castañar consiguieron una provisión real para impedir que estos Maldonados continuaran comprando lo que restaba de tierras en la villa. Esta rama fue tronco de los señores de Sobradillo y Marqueses de Cardeñosa. Los Maldonados pobres, vale decir, los aldaneses, casi no son conocidos al nacer el siglo XVI. Aparte de Francisco Maldonado, padre de nuestro biografiado, otro lo fue Pedro Maldonado, que primero vivió en Las Garrovillas y después en la villa de Dueñas. Aquí casó con Tereca Hernández y tuvo en ella a Diego Maldonado Hernández, que fue Alférez mayor de Almagro en su desastrosa expedición a Chile. Posteriormente sirvió con Diego de Rojas en el Río de la Plata y Tucumán, volviendo a Chile con Pedro de Valdivia, capitán que le

dió la alcaldía de la fortaleza de Arauco. Murió en la batalla de Marigüeñu el 26 de febrero de 1554.

9. Pizarro, Pedro... *Relación del Descubrimiento y Conquista de los Reinos del Perú*.— Buenos Aires, 1944.— p. 86.

10. A.G.I. Patronato 93—N4—RI; 97—NI—RI; y 128—NI—R2.

11. Cieza de León, Pedro... *Nuevos Capítulos de la Tercera Parte de la Crónica del Perú*, cap. XXX, p. 465, en *Mercurio Peruano*, Lima, julio de 1955, núm. 340.

Herrera, Antonio de... *Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierrafirme del Mar Océano*, Década IV, lib. VII, cap. IX.

12. Trujillo, Diego de... *Relación del Descubrimiento del Reyno del Perú*.— Sevilla, 1948.— pp. 50 y 86, nota 46.

Diego Maldonado, el Viejo, vecino de Natá de los Caballeros, había sido un soldado valiente y bastante amigo del cronista Gonzalo Fernández de Oviedo. Nacido por 1477 parece haber pasado a Indias con Pedrarias. En 1520 lo hallamos con el capitán Gabriel de Rojas sirviendo en Santa María de la Antigua del Darién, frecuentando allí la amistad de Francisco Pizarro, Diego de Almagro y el Tesorero Puente. Pedrarias, que lo conocía desde 1492, le dió en Natá los repartimientos de Cherú y Acomparán; posteriormente lo hizo su Teniente de Gobernador, pero al cesar en este cargo en 1527, Maldonado fue acusado de negligente en el cobro de las penas de cámara y de esclavizar indios no cautivos en la guerra. En 1528 fue Regidor de Natá y al siguiente salió electo Alcalde. Sus altercados con el zapatero Hernando del Castillo y su mujer, fueron particularmente grotescos y sólo le alcanzaron desprestigio. Viejo y pobre por añadidura, corrió entonces a refugiarse junto a Pizarro y Almagro, quienes no habían sufrido ningún daño con la caída de Pedrarias. Pizarro lo acogió y le brindó protección. Por ello es que Diego Maldonado no titubea en afirmar "que el dicho piçarro es onbre muy honrrado e syempre a dado buena quenta de lo que se le a encomendado e sabe asy mesmo quel dicho almagro es honrrada persona". Sintiendo más seguro, renunció entonces sus indios y se embarcó hacia el Perú en la tercera expedición. Diego de Trujillo lo menciona allí como "Diego Maldonado vecino que fue de Natá" y lo vincula a la orden de recoger agua en Manta, donde le sucedió el extraño percance de los cerdos. Maldonado quedó luego en San Miguel de Piura, donde murió por 1534 después de actuar como testigo en varias escrituras.

13. A.G.I. Justicia 401.

14. A.G.I. Justicia 401. y Patronato 93—NI—R2.

15. A.G.I. Patronato 128—NI—R2.

16. *Ibidem*.

17. *Libro Primero de Cabildos de Lima 1535-1539*.— París, imprenta Dupont, 1900.— p. 386, nota 9.

18. *Ibidem*.— En la probanza para su ingreso a la Orden de Santiago del caballero Juan García de Ovalle y Arias Maldonado, se dice que esta princesa fue "hermana del último Inga del Perú" y que después se cristianó con el nombre de Lucía Clara Coya. El dato es exacto, porque Juan Arias Maldonado, bastardo mestizo del Rico, tuvo por madre a una india noble llamada Doña Lucía, la que era hija de Huayna Cápac y, por tanto, hermana de Atahualpa. A Maldonado el Rico le dió Pizarro esta princesa, hermana y a la vez esposa del Inca, para evitar que se suicidara el día de los funerales de Atahualpa.

19. Lohmann Villena, Guillermo... *Índice del Libro Becerro de Escrituras*, en *Revista del Archivo Nacional del Perú*, Lima, 1941, tomo XIV, entrega II, pp. 223 y 224.

20. *Ibidem*. p. 226.

21. A.G.I. Patronato 97—NI—RI.— Véase también: Trujillo, Diego de... *Op. cit.* p. 63.

22. A.G.I. Patronato 93—NI—RI y 128—NI—R2.

23. Loredo, Rafael... *Los Repartos*.— Lima, 1958.— pp. 126 y 127.
A.G.I. Justicia 401 y Patronato 128—NI—R2.

24. A.G.I. Patronato 93-N4-RI y 93-N11-R2.
25. A.G.I. Patronato 93-N4-RI y 93-N11-R2.
26. Porras Barrenechea, Raúl... *Cartas del Perú*.— Lima, 1959.— Carta LXXXVI, pp. 124, 126 y 127.
27. Urteaga, Horacio H... y Carlos Romero.— *Fundación Española del Cusco y Ordenanzas para su Gobierno*.— Lima, 1926.— p. 41.
28. Garcilaso Inca de la Vega.— *Comentarios Reales de los Incas*.— Parte I, lib. VII, cap. IX.
29. Lohmann Villena, Guillermo... Op. cit. tomo XV, entrega II, p. 215.
30. Pizarro, Pedro... Op. cit. pp. 86 y 87.
31. Porras Barrenechea Raúl... Op. cit. Carta CCXVII, p. 337.— A estos vituperios se añade en la crónica de Oviedo que Maldonado le tomó al Inra todas sus vestiduras y que junto con Alonso de Mesa, Francisco de Solares, Alonso de Toro y algún otro, le repetían con frecuencia: “Perro, daca oro: si no quemarte he”. A pesar de ser Oviedo gran difamador de los pizarristas, en este pasaje de su Historia no recurrió a la exageración. Por nuevos documentos se desprende que siempre guardó Manco un gran resentimiento a Maldonado, especialmente después de su alzamiento en 1536, cuando pedía a Almagro que se lo entregara a lo matase si quería negociar. Más tarde, al fracasarle este deseo, se contentó con asolar la comarca de Andahuaylas para ocasionar el mayor daño posible a su encomendero.
32. Porras Barrenechea, Raúl... Op. cit. Carta CCXVII, p. 337.
33. Pizarro, Pedro... Op. cit. p. 105.
34. A.G.I. Justicia 401.
35. A.G.I. Patronato 93-N11-R2.
36. A.G.I. Justicia 401; Patronato 114-NI-R2 y 128-NI-R2.
37. A.G.I. Patronato 93-N11-R2; 97-NI-RI y 99-NI-R2. Como lo hemos hecho ver, estas correrías de las tropas de Manco sobre Andahuaylas aumentaron a raíz de dar Pizarro esa tierra en encomienda a Maldonado. Hasta 1541 arreciaron los asaltos y por una orden del Marqués Gobernador fechada en Lima el 7 de mayo de dicho año y dirigida a Garcé Manuel de Carbajal, su lugarteniente en Arequipa, nos enteramos de la última incursión. Por dicha orden se descubre que Manco “vino al Cusco al repartimiento de Andahuaylas que tiene en depósito Diego Maldonado vezino de la cibdad del Cusco e con copia de gente de guerra que consigo traxo dió sobre varios españoles que en el dicho repartimiento estaban e les hizo guerra e mató varios dellos” (Véase: Barriga, P. Víctor M... *Documentos para la Historia de Arequipa*.— Arequipa 1940.— p. 110). La probanza del conquistador Pedro de las Casas nos entera, en cambio, de las batidas que organizó Maldonado para repeler estos ataques (A.G.I. Patronato 99-NI-R2).
38. Porras Barrenechea Raúl... *Cedulario del Perú*.— Lima, 1948.— Tomo II, p. 138.
39. A.G.I. Justicia 341.
40. Borregán, Alonso... *Crónica de la Conquista del Perú*.— Sevilla, 1948.— Edición y prólogo de Rafael Loredo. pp. 41 y 104.
41. *Ibidem*.
42. *Ibidem*.
43. Cieza de León, Pedro... *Guerras de las Salinas*.— Madrid, s.f.— cap. XL. p. 215.
- Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VI, lib. III, cap. V.
44. Cieza de León, Pedro... Op. cit. cap. LX, p. 310.
- Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VI, lib. IV, cap. IV.
- Garcilaso Inca de la Vega.— Op. cit. Parte II, lib. II, cap. XXXV
45. A.G.I. Patronato 93-N11-R2.
- Loredo, Rafael... *Alardes y Derramas*, en Revista Histórica, Lima, 1941, tomo XIV, entrega III, p. 306.
- Se ha llegado a decir que Maldonado el Rico fue fundador de San Juan de la Frontera de Huamanga y que por ello le dió Pizarro la encomienda de Andahuay-

las. La afirmación es poco sólida, pues hasta hoy ningún interrogatorio de probanza lo menciona en tal fundación. El único que lo asegura, aunque sin dar pruebas, es el soldado Martín de Escancena. Lo oscuro del testigo y lo tardío de su afirmación, sin embargo, son factores que ayudan muy poco.

46. Sobre las costumbres de estos chancas vasallos de Diego Maldonado ofrece pormenores Cieza de León en el capítulo XC de su *Crónica del Perú*.

47. A. G. I. Patronato 101-NI-R19.— A estas alturas narra Gonzalo Fernández de Oviedo en su *Historia General y Natural de las Indias*, que: “el gobernador (Francisco Pizarro), luego que llegó al Cusco, dió la vara de teniente al licenciado de la Gama, é supo que Maldonado estaba en su cacique, ques el de Andagoylas, é aviale pedido el cacique quatro o cinco chrisptianos para traer al Ynga, que sabia dónde estaba, y él se los avia dado, y el cacique los mató é fuese al Inga”. Este curaca al que se refiere Oviedo debió ser uno de los tantos secundarios de Andahuaylas, porque Huasco (o Basco, como castellaniza el nombre Cieza) permaneció por algún tiempo amigo de su encomendero, como lo vamos a ver más adelante.

48. Cieza de León, Pedro... *Guerra de Chupas*.— Madrid, s. f.— cap. XXXVII, p. 133.

49. A. G. I. Patronato 93-N11-R2; 97-NI-RI y 114-NI-R2.

Cieza de León, Pedro... Op. cit. cap. XLVI, p. 162 y LIV, p. 187.

Herrera Antonio de... Op. cit. Década VI, lib. X, cap. XI.

50. Cieza de León, Pedro... Op. cit. Cap. LIX, p. 204.

Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VII, lib. I, cap. III.

51. Cieza de León, Pedro... Op. cit. Cap. LXXI, pp. 246 y 248.

52. Cieza de León, Pedro... Op. cit. Cap. LXXI, pp. 246 y 248.

Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VII, lib. III, cap. VII.

53. A. G. I. Patronato 97-NI-RI; 114-NI-R2 y 128-NI-R2.

Garcilaso Inca de la Vega.— Op. cit. Parte II, lib. III, cap. XVIII.

Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VII, lib. III, cap. X.

54. A. G. I. Patronato 93-N11-R2.

Loredo, Rafael... Op. cit. p. 306.

55. Zárate, Agustín de... *Historia del Descubrimiento y Conquista del Perú*.— Lima, 1944.— Lib. VI, cap. XVI, p. 283.

Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... *Historia de las Guerras Civiles del Perú*.— Madrid, 1904.— Lib. I, cap. XV, p. 151 del T. I.

Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VII, lib. VI, cap. X.

56. Cieza de León, Pedro... *Guerra de Quito*.— Madrid, 1909.— Cap. XI. p. 13 y XVII, p. 17.

Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VII, lib. VII, cap. XIX.

57. Cieza de León, Pedro... Op. cit. Cap. XXIV, pp. 24 y 25.

Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VII, Lib. VII, cap. XXI.

58. Cieza de León, Pedro... Op. cit. Cap. XV, p. 26 y XVI, p. 27.

Herrera Antonio de... Op. cit. Década VII, lib. VII, cap. XXII.

A. G. I. Patronato 93-N11-R2.

59. A. G. I. Patronato 93-N11-R2.

Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. I, cap. XV, p. 151 del T. I.
López de Gómara, Francisco... *Historia General de las Indias*.— Barcelona, 1954.— Parte I, cap. CLVII, p. 263 del T. I.

60. A. G. I. Pat 93-N11-R2.

Cieza de León, Pedro... Op. cit. Cap. XXXI, p. 30.

61. A. G. I. Justicia 427 y Patronato 93-N11-R2.

62. López de Gómara, Francisco... Op. cit. Parte I, cap. CLXIV, p. 276 del T. I.

63. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. I, cap. XXV, p. 223 del T. I.

64. A. G. I. Patronato 93-N11-R2; 114-NI-R2 y 134-NI-RI.

- Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. I, cap. XXV, p. 224 del T. I.
 Fernández, el Palentino, Diego... *Historia del Perú*.— Madrid 1913.— Parte I, lib. I, cap. XV, p. 80.
- Cieza de León, Pedro... Op. cit. Cap. XXXVII, p. 35.
65. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. I, cap. XXV, p. 224 del T. I.
66. Cieza de León, Pedro... Op. cit. Cap. L, pp. 46 y 47 y LV, p. 52.
67. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XIV, pp. 124 a 129 del T. II.
- Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VII, lib. VIII, caps. XIX y XX.
- Según Cieza en su *Guerra de Quito* (cap. LXXXII, pp. 87 y 88). Carbajal quería matar a Maldonado para apropiarse de su hacienda. Por ello puso guardias a la entrada de Lima, para que lo apresaran antes que viese a Gonzalo Pizarro. Pero por haberse escapado al Demonio de los Andes, éste se apresuró a ir a casa de Gonzalo con sus negros y cordeles para ahorcarlo. Sin embargo, no lo pudo hacer, pues fueron tantos los que intercedieron por el Rico, que el caudillo de la rebelión le concedió la vida por vía de aguinaldo (Cieza de León... Op. cit. cap. LXXXVII, p. 91). El Palentino afirma simplemente que llegó a entrar a Lima y, "aunque con dificultad", Gonzalo le otorgó su perdón (Parte I, cap. XXVI, p. 137).
68. Cieza de León, Pedro... Op. cit. cap. CLIII, p. 170.
- Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VII, lib. X, caps. V y VI.
69. Cieza de León, Pedro... Op. cit. cap. CLIII, p. 171.
70. *Ibidem*.
- Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XVI, p. 141 del T. II.
- Mendiburu, Manuel de... *Diccionario Histórico Biográfico del Perú*.— Lima, 1933.— Tomo VII, pp. 146 y 147.
71. A.G.I. Patronato 93—N11—R2.
- Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. XVI, p. 141 y cap. L. p. 460 del T. II.
- Cieza de León, Pedro... Op. cit. cap. CLXXIX, p. 205.
- López de Gómara, Francisco... Op. cit. Parte I, cap. CLXIX, p. 284.
72. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. II, cap. L, p. 460 del T. II.
- López de Gómara, Francisco... Op. cit. Parte I, cap. CLXIX, p. 284 del T. I.
- Fernández, el Palentino, Diego... Op. cit. Parte I, lib. I, cap. XXXIV, p. 180.
73. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. IV, cap. XXVII, p. 254 del T. IV.
74. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. IV, cap. XLV, p. 407 del T. IV.
- Garcilaso Inca de la Vega.— Op. cit. Parte II, lib. V, cap. XIII.
- Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VIII, lib. III, cap. XI.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo... *Historia General y Natural de las Indias*.— Asunción, 1945.— T. XIII, lib. XI, cap. VIII; y lib. XI, cap. XI.
- Zárate, Agustín de... Op. cit. lib. VI, cap. XVI, p. 283.
75. *Ibidem*.
- A.G.I. Patronato 93—N11—R2.
76. A.G.I. Patronato 93—N11—R2 y 128—NI—R2.
77. Cieza de León, Pedro... Op. cit. cap. CCXXIX, p. 284.
- Fernández, el Palentino, Diego... Op. cit. Parte I, lib. II, cap. XXXII, p. 176.
- A.G.I. Patronato 90—NI—R38.
78. A.G.I. Patronato 93—N11—R2.
79. A.G.I. Patronato 93—N11—R2 y 128—NI—R2.
80. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Op. cit. lib. V, cap. XLVIII, p. 154 del T. VI.
81. Calvete de la Estrella, Juan Cristóbal... *Rebelión de Pizarro en el Perú y Vida de don Pedro Gasca*.— Madrid, 1889.— Lib. IV, cap. II, p. 35 del T. II.
82. *Ibidem*. lib. IV, cap. I, pp. 223 a 225 del T. II.

83. A.G.I. Patronato 93—N11—R2.
84. Garcilaso Inca de la Vega.— Op. cit. Parte II, lib. VI, cap. VI.
Véase también la Revista del Archivo Histórico del Cusco, Cusco, 1959, T. X, pp. 247, 248, 258, 259 y 261.
Por diciembre de 1549 el Rico fue elegido por el Cabildo cusqueño (junto con Juan de Saavedra) para ir de Procurador a España a solicitar nuevas mercedes para la ciudad imperial. El cargo lo aceptó en un primer momento, acaso por no hallar otro mejor, pero a raíz de la muerte de Suárez de Carbajal renunció la procuraduría y optó por el corregimiento.
85. Garcilaso Inca de la Vega.— Op. cit. Parte II, lib. VI, cap. XV.
A.G.I. Patronato 93—N11—R2.
86. Garcilaso Inca de la Vega.— Op. cit. Parte II, lib. VI, cap. XXVII.
A.G.I. Patronato 93—N11—R2.
87. A.G.I. Patronato 93—N11—R2.
88. Garcilaso Inca de la Vega.— Op. cit. Parte II, lib. VII, cap. II.
A.G.I. Patronato 93—N11—R2.
89. A.G.I. Patronato 110—NI—R7.
90. *Ibidem*.
91. A.G.I. Patronato 93—N11—R2.
92. *Ibidem*.
93. Garcilaso Inca de la Vega.— Op. cit. Parte II, lib. VII, caps. XV y XVI.
94. Riva Agüero y Osma, José de la... *Por la Verdad, la Tradición y la Patria (Opúsculos)*.— Lima, 1937.— T. I, p. 41.
Herrera Antonio de ... Op. cit. Década VIII, Lib. IX, cap. XXII.
Vargas Ugarte, S.J., Rubén... *Historia del Perú. Virreinato 1551-1600*.— Lima, 1949.— Cap. II, p. 54.
95. A.G.I. Patronato 93—N11—R2.
Herrera, Antonio de... Op. cit. Década VIII, lib. X, cap. III.
96. A.G.I. Patronato 93—N11—R2; 102—; 102—NI—R4 y 110—NI—R7.
97. A.G.I. Pat. 93—N11—R2 y 110—NI—R7.
98. A.H.U.C. protocolos cit. leg. IV, f. 1450v.
99. Atienza, Julio de... Op. cit. p. 648.
100. A.G.I. Patronato 93—N11—R2.— A.H.U.C. protocolos cit. leg. IV, ff. 1080v. a 1083. Doña Francisca era prima hermana del capitán Diego Pacheco, veterano de las guerras civiles del Perú, quien fue Corregidor de Chachapoyas, Moyobamba y Huamanga.
101. Garcilaso Inca de la Vega.— Op. cit. Parte I, lib. VII, cap. IX.
102. Carreño, Angel... *Origen de los nombres de las calles del Cuzco colonial*.— Cusco, 1951.— p. 65.
103. Garcilaso Inca de la Vega.— Op. cit. Parte I, lib. VII, cap. IX.
104. A.G.I. Patronato 122—N2—R4.
A.H.U.C. protocolo cit. leg. IV, ff. 1080 a 1083.
105. A.G.I. Patronato 122—N2—R4.
106. A.G.I. Justicia 1086.
A.H.U.C. protocolos cit. leg. IV, ff. 550 a 558.
- Juan Arias Maldonado el hijo del Rico y de la palla doña Lucía, nació en el Cusco por 1535 y aprendió a leer y escribir en la escuela de primeras letras del canónigo Cuéllar, donde también asistía el Inca Garcilaso. Luchó por el Rey en Jaquijahuana y creyendo que su vocación era la guerra, pretendió sobresalir entre todos los mestizos de su tiempo en esta actividad. Cuando el alzamiento de Girón estaba en Yucay con el conquistador Diego de Trujillo, pero fugó a Huamanga y en Vilcas fue preso por los rebeldes. Escapado de Huamanga, donde fue llevado preso, se juntó al Mariscal Alonso de Alvarado y asistió a la rota de Chuquianga. Apresado nuevamente por haber dado el caballo a su progenitor, buscó refugio en la tienda de Baltasar de Escobedo (el hermano de doña Francisca, su madrastra), el cual estaba herido y había militado en la batalla por Girón. Descubierto el mes-

tizo fue condenado a la horca, pero entonces Escobedo se hizo conducir en una manta ante el caudillo rebelde a rogar por la vida del condenado. Girón envió con pres-teza un guante al verdugo y éste, teniendo a Juan Arias con la soga echada al cue-llo, suspendió la ejecución. El soldado Juan de San Miguel contaría luego que el mestizo "pasó gran riesgo en la vida por su Rey y Señor ofreciéndose al martirio como hacían los santos por Nuestro Señor Jesucristo". Arias Maldonado, entre agradecido y temeroso siguió a los rebeldes hasta Jaquijahuana, lugar donde se pa-só a los Oidores, asistiendo a la batalla de Pucará como arcabucero del capitán Mal-donado de Buendía. Luego tornó al Cusco y engreído con sus hazañas cometió ta-les desmanes que consiguió que su padre lo desterrara a Moyomarca, amenazándolo con no reconocerlo por hijo si trasponía los límites de Limatambo. Lo dejaremos aquí, por ahora, para no adelantarnos a los acontecimientos.

107. A.G.I. Patronato 93—N11—R2 y 115—N1—R9; Justicia 1086.

108. *Ibidem*.

Indice del Archivo Nacional, en Revista del Archivo Nacional del Perú, Lima, 1927, T. V, entrega I, pp. 172 y 173.

109. A.H.U.C. leg. 775, f. 549.— Maldonado el Rico figura desde 1549 como uno de los vecinos del Cusco más favorecidos con el cultivo de la coca. Tenía compañía con Juan de Saavedra y el 27 de abril, precisamente, en un acta del Cabildo, ambos dieron "de compañía, cuatro cestos", para pagar a los cazadores de ciertos pumas que infestaban los cocales en el camino de los Antis (Revista del Archivo Histórico del Cusco.— Cusco, 1959, núm. X, p. 204).

110. Los preparativos para esta expedición marítima fueron grandes por parte de Diego Maldonado y en un primer momento todos lo vieron como el candidato de más opción para dirigirla. Es verdad que el Rico ocultaba muy bien el dolor que le ocasionaba su llaga, pues de otro modo hubiera sido descubierto públicamente y la Corona jamás le alcanzaría tal responsabilidad. Más tarde parece que Lope García de Castro se enteró de la dolencia y dió a entender que la expedición zarparía con su sobrino Mendaña. Pero, aún así, Maldonado creía que una expedición era muy poco y que él y no otro sería el que guiara la segunda. Gómez de Solís y Pedro de Ahedo, eran personajes que también tenían igual aspiración.

111. A.G.I. Justicia 1086.

Vargas Ugarte, S.J., Rubén... Op. cit. cap. XIII, p. 276.

112. *Ibidem*.

113. *Ibidem*.

114. A.H.U.C. protocolos del escribano Antonio Sánchez, leg. IV, ff. 538 a 549v.

115. *Ibidem*.

A.G.I. Patronato 93—N11—R2 y 122—N2—R4; y Justicia 1086.

Cobo S.J., Bernabé... Fundación de Lima, lib. II, cap. XVI e Historia del Nuevo Mundo. Lib. X, caps. IV y XXVI.

116. A.H.U.C. protocolos cit. leg. IV, ff. 538 a 549v.

117. *Ibidem*.— También reconoció el Rico por este documento a otra hija, al parecer mestiza, llamada Beatriz Maldonado, a la sazón casada y residente en el Cusco.

118. *Ibidem*.

Eran entonces bienes de Maldonado el Rico, entre otros, unas casas en Lima "questán en la calle de los morenos junto al monasterio de la merced"; la huerta de recreo en el camino al pueblo de Santiago de Surco y varios negros esclavos que la servían, los cuales negros "andavan muy Rotos y flacos e por tratarlos mal el aRendador se le yban y se le avían perdido algunos dellos", según observación del Oidor Altamirano; el "Ingenio de la Nazca", que hubo y compró de la morisca doña Beatriz, esposa que fue del Veedor García de Salcedo; la estancia de Limatambo, en la jurisdicción del Cusco; las tierras de Huancha y Tiobamba con sus molinos que movía el río en la misma jurisdicción; las estancias de Quispiquilla, Poquín, Humancharpa y Conchacalla, también en el Cusco, como todo lo que sigue; la

estancia de Huacachacal, que por su último testamento dejó a doña Francisca, su esposa; tres chacras que fueron de Juan de Villalobos; las casas de Francisco Hernández Girón; y las casas de su morada. Además, llegó a tener más de cien negros esclavos, dedicados mayormente al corte de la caña en el ingenio de Nazca. También tuvo negocio de esclavos guineos en Potosí, minas a las que enviaba mensualmente maíz y chuño. Pero donde verdaderamente sus bienes fueron imposibles de contar fue en el campo de los semovientes. Cuidados por multitudes de yanacunas mantuvo cantidades ingentes de ganado vacuno, lanar y cabrío. Las llamas y alpacas también eran incontables. Los únicos que estaban numerados eran sus caballos y yeguas de Andahuaylas (¿origen de la serrana variedad equina de los morochucos?), cuyos potrillos tenían fama de ser los mejores del Perú. Todo esto, sin mezclarlo con el tributo de sus indios ni el tráfico de la coca, constituía la gran fortuna de Maldonado el Rico, a decir de Garcilaso, el más opulento de todos los encomenderos del virreinato y, sin lugar a dudas, también de América.

119. A.G.I. Patronato 93—N11—R2.

A.H.U.C. protocolos cit. leg. IV, ff. 538 a 549v.

120. A.H.U.C. protocolos cit. leg. IV, ff. 550 a 558.

121. *Ibidem*.

122. *Ibidem*.

123. *Ibidem*.

124. *Ibidem*.

125. *Ibidem*.

126. *Ibidem*.

127. *Ibidem*. ff. 574 a 578.

128. *Ibidem*.

129. *Ibidem*. — Doña Francisca de Guzmán — a quien el Rico pidió que fuera su perpetua compañera en su tumba de Andahuaylas — casó al año de fallecer éste con don Jerónimo de Figueroa, hijo de don Juan de Figueroa, sobrino del Virrey Toledo y miembro de la Casa de Oropesa. La boda se efectuó en el Cusco a mediados de 1571, porque el 21 de julio la novia hizo constar ante el Dr. Gabriel de Loarte que aportaba al matrimonio muchas y ricas ropas, valiosas joyas entre las que destacaba un puma de oro, muebles de madera muy fina y unos artísticos tapices que historiaban la vida de Jacob, así como aquella bellísima esmeralda llamada "La Doncella". Por el contrario, el fin del mestizo Arias Maldonado fue triste de verdad. Libre gracias a las influencias de su padre, a la muerte de éste quedó sin el menor respaldo y el Virrey Toledo lo desterró a España. Con antecedentes de revoltoso e hijo de princesa incaica, corrió la suerte de los demás mestizos con sangre imperial, pues "todos los que fueron así desterrados — cuenta el Inca Garcilaso — perecieron en el destierro, que ninguno de ellos volvió a su casa". En setiembre de 1578 lo encontramos en Madrid solicitando permiso para volver a su tierra peruana, por cuanto "es nacido e criado en aquellas provincias (y) los ayres de España le son muy contrarios". Lejos de su ambiente, enfermo y aporreado por la vida visitó en Madrid a los amigos de su padre, pero no logró con ello mayor solución. De este modo sabemos que estuvo en la morada del Oidor Diego González Altamirano y en la del Fiscal Monzón, en la del capitán Antonio de Oznayo, en la de Garcí-Méndez de Moscoso y en la de Sancho de Vera, conquistadores de segunda fila. Para terminar nada más elocuente que el relato de su discípulo el Inca Garcilaso, quien nos dice de él: "Estuvo desterrado en España más de diez años, y yo le ví y hospedé dos veces en mi posada en uno de los pueblos de este obispado de Córdoba donde yo vivía entonces; y me contó mucho de lo que hemos dicho, aunque no se dice todo. Al cabo de largo tiempo de su destierro, le dió licencia el supremo Consejo real de las Indias por tres años, para que volviese al Perú a recoger su hacienda, y volviese a España a acabar con ella su vida. A su partida, pasando con su mujer por donde yo estaba (que se había casado en Madrid) me pidió que le ayudase con algo de ajuar y ornamento de casa, que iba a su tierra muy pobre y falto de todo. Yo me despojé de toda la ropa blanca que tenía, y de unos tafeta-

nes que había hecho a la soldadesca que eran como banderas de infantería de muchos colores, y un año antes le había enviado a la corte un caballo muy bueno que me pidió, que todo ello llegaría a valer quinientos ducados. Y acerca de ello me dijo: hermano, fíalos de mí en que llegando a nuestra tierra os enviaré dos mil pesos por el caballo y por este regalo que me habeis hecho. Yo creo que él lo hiciera así; pero mi buena fortuna lo estorbó, que llegando a Paita, que es termino del Perú, de puro contento y regocijo de verse en su tierra expiró dentro de tres días". El mestizo —como todos los de su tiempo— pudo tener grandes defectos pero su gran amor al Perú no solamente lo convirtió en el primer mestizo rebelde, sino que también le deparó un final muy hermoso.

EL CRIADO INDIO:

MARTINILLO DE POECHOS

Los conquistadores del Nuevo Mundo siempre tuvieron cerca de sí intérpretes cobrizos. Cortés tuvo a doña Marina¹, Ponce de León a los yucatecos Julián y Melchor², Jiménez de Quesada al chibcha Pericón³. No pudo eludir Francisco Pizarro esta necesidad y para superarla reunió en torno suyo a cinco indiezuelos que cristianados como Francisco, Fernando, Felipe, Martín y Juan, supieron ganarse los burlescos y cariñosos sobrenombres de Francisquillo⁴ Fernandillo⁵, Felipillo⁶, Martinillo y Juanillo⁷. De todos ellos, sin lugar a dudas, el más conocido es Felipillo de Tumbes —por el triste papel que le correspondió en el juicio sumario de Atahualpa— pero eso no quita que el más popular entre los soldados castellanos lo fuera Martinillo de Poechos, llamado pomposamente en los escritos "*don Martín*"⁸. Astuto, decidido, movedido, pensando unas veces como indio y otras como español, terminó teniendo una mentalidad distinta a éstos y aquéllos. Empezó siendo intérprete para seguir a encomendero, al final se convirtió en rebelde abrazando la Gran Rebelión. Este fue Martinillo de Poechos, no un hombre ejemplar, en absoluto, pero sí el primer mestizo de pensamiento ubicable en la Historia del Perú. Ya advertimos que su vida nada tiene de modelo; sólo nos resta decir que, de haber permanecido más tiempo en España, habría llegado a tutearse con Lázaro de Tormes y el Buscón de Segovia.

Nació nuestro personaje en Poechos, curacazgo tallán del obeso Maizavilca, quien —ignoramos si por el lado agnaticio o uterino—

venía a ser tío del intérprete. No en vano éste lo recordará como “*maycabilca . . . muy señor y Caçique y muy tío que hera*”⁹. Allí, en unas tierras que parecen haberse llamado “*chincha*”¹⁰, el mozuelo creció. Su vida, pues, se desarrolló casi en la confluencia de los ríos Chira y Chipillico, en una región soleada y abundosa donde la monótona existencia transcurría herida y humillada desde que el Inca del Cusco avasalló el país. . . Todo era igual hacía varios años; sólo los mercaderes tallanes y sus caravanas de auquénidos parecían romper el horizonte de arena para dirigirse a Tumbes, la gran ciudad junto al mar.

Pero un día de los tantos la vida del pueblo se alborotó y Maizavilca, el curaca, se mostró muy preocupado. Mercaderes procedentes de Tumbes contaban que habían desembarcado unos guerreros blancos con cabellos en el rostro, los cuales tenían ropas de metal y montaban unos carneros grandes; tales guerreros estaban listos a penetrar el país y pensaban, para ello, utilizar el camino de la Solana. La noticia, pues, era como para sacudir a todo el pueblo, especialmente al rechoncho Maizavilca. El curaca hizo algunos planes, pero poco solucionó con ellos. Prefirió esperar a los intrusos, recibirlos, conocerlos y . . . enviárselos al Inca.

Confirmando los rumores, un día en que el río traía muy poca agua, los barbudos extranjeros ingresaron a Poechos. Maizavilca estuvo a la entrada del pueblo para saludarlos y ofrecerles alojamiento. Los barbudos no quisieron aposentarse en el poblado y prefirieron albergarse en una fortalecilla que existía junto a él. Días después, el caudillo de los intrusos exigió a Maizavilca hacerse vasallo de un monarca remoto. El indio hizo lo que le pedían: ya lo era del Inca, no importaba ser vasallo de otro Rey; su ejemplo fue seguido por otros curacas que acudieron con obsequios al gran jefe blanco. Maizavilca se vió pobre y sin nada que ofrecer. Entonces fue que, pugnando por no dejarse opacar por sus colegas, regaló al caudillo barbudo . . . ¡su sobrino! ¹¹.

Francisco Pizarro recibió al muchacho —que tendría unos catorce años ¹²— y lo hizo bautizar con el nombre de Martín. Los soldados, siempre amigos de las burlas, dieron en llamarlo “*don Martín*”¹³, pero a la larga se dejaron ganar por la simpatía del rapaz y terminaron nombrándolo “*Martinillo de Poechos*”. El indiezuelo, que hasta aquí no había intervenido en la formación de su nombre, tuvo a partir

de entonces un capricho original. Comprobando que los principales de la expedición se apellidaban Pizarro y que el propio caudillo tenía tal apellido, quiso imitarlos en esto —especialmente al Gobernador— y pidió a don Francisco que le permitiera llamarse “*don Martín Pizarro*”¹⁴. El capricho debió hacer reír a Hernando, Gonzalo y Juan —los hermanos del Conquistador— también a ciertos primos suyos que servían en la hueste. Pero don Francisco, “*el buen viejo del gobernador*”, accedió al pedido y Martinillo de Poechos pudo decir en adelante que su verdadero nombre era Pizarro, como los buenos de Extremadura.

Satisfecho con su nuevo apelativo asistió a la fundación de San Miguel, siguiendo con el Gobernador a Cajamarca. Para entonces era ya un dominador de la lengua castellana, pues en los cinco meses vividos en poder de los cristianos, casi no había utilizado el *sec*, idioma de los tallanes con aires de algarabía. Como también conocía el *Runa-simi* o lengua del Inca, tenía fama de intérprete y por tal lo llevaba el Gobernador. Sin embargo, su progreso en el habla española le granjeó la ojeriza de Felipillo, tumbesino que se sintió disminuído y postergado. La envidia no tuvo en el momento mucho fruto, pero cuando los cristianos entraron en Cajamarca ya tenía visos de rivalidad. El cronista Cristóbal de Molina nos hará apreciar más tarde los alcances de ella¹⁵. Lo cierto es que pronto hubo motivo para intensificar la competencia.

En efecto, cuando el Gobernador envió a Hernando de Soto al campamento del Inca, le dio por lengua a Felipillo¹⁶, pero al despachar a su hermano Hernando Pizarro en socorro de Soto, el intérprete que le entregó fue Martinillo¹⁷. Cristóbal de Mena sólo apunta que al entrar Hernando Pizarro al campamento de Pultamarca “*traya a las ancas del caballo un indio que era la lengua*”¹⁸, pero el presunto Estete confirma que Hernando ingresó al real “*con hasta treinta de a caballo personas principales y con Martín, lengua*”¹⁹.

Llegado Hernando Pizarro cambió la situación: Felipillo quedó a un lado y Martinillo pasó a desempeñar el papel de traductor. El la entrevista, mientras su rival de Poechos volcaba, con singular placer, las órdenes de Hernando al sonoro *Runa-simi*. Decimos que lo hacía con gusto, porque Martinillo era un secreto enemigo de Atahualpa, el arrasador del territorio tallán. Según Diego de Trujillo, le dijo resentido Felipe de Tumbes no hizo sino acumular odio durante toda

entonces Hernando Pizarro al no aparecer el Inca: “*dile que salga*”²⁰. Martinillo voceó la orden, mas como Atahualpa dio a entender que lo esperasen, Hernando —el impetuoso y agresivo Hernando— mandó iracundo al poechano: “*decidle al perro que salga*”²¹. Martinillo, muy contento, tornó a vocear en quechua lo ordenado. No se le hizo caso alguno, pero luego —soberbio y majestuoso, ajeno al insultar de los mortales— apareció el Señor de las Cuatro Partes del Mundo.

El resto de la entrevista es bastante conocido. Sólo queda preguntarnos qué pensaría el tallán cuando dijo el Inca: “*Maizabilica, un capitán que tengo en el río Zuricará, me envió a decir cómo tratades mal a los caciques, y echabadeslos en cadenas; y me envió una collera de hierro, y dice que él mató tres cristianos y un caballo... Hernando Pizarro respondió: Maizabilca es un bellaco, y a él y a todos los indios de aquel río mataría un solo cristiano; ¿cómo podía él matar cristianos ni caballo, siendo ellos unas gallinas?*”²². En tan difícil trance Martinillo debió fingir tranquilidad; la reputación de su rechoncho tío no había quedado bien parada. El curaca había jugado a dos barajas y estaba pagando las consecuencias. De allí en adelante ni el Inca ni Hernando lo verían con buenos ojos. Por eso decimos que fue un momento difícil para el indio lenguaraz.

En realidad, donde verdaderamente se consagró Martinillo intérprete fue al siguiente día, en la prisión del Inca. Los cronistas que llegaron tarde no reparan en asegurar que fray Vicente se allegó a la litera imperial con Felipillo, aunque Pedro Pizarro —gran amigo del travieso Martinillo— nos ofrece la verdad. Es cierto, recién hoy lo sabemos, que Pedro Pizarro no estuvo en la prisión del Inca por haber quedado en San Miguel, pero también es real que muy poco después viajó a Cajamarca, donde enterado del papel que le había correspondido a su amigo tallán, volcó luego en su *Relación* la verdadera historia añadiendo detalles que omiten los demás cronistas. Por eso cuenta que el Gobernador “*envió al padre Fray Vicente de Valverde primer Obispo del Cusco, y a Hernando de Aldana, un buen soldado, y a D. Martinillo lengua, que fuesen a hablar a Atabalipa y a requerirle de parte de Dios y del Rey se sujetase a la ley de nuestro Señor Jesu Cristo y al servicio de S.M.*”²³. A pesar de los esfuerzos del intérprete parece que el Inca no entendió el requerimiento, por lo que el fraile, el soldado y el lengua partieron a correr en un inesperado ¡sálvese quien pueda! clamando protección y demandando pelea. Era

el sábado 16 de noviembre de 1532, casi la hora de vísperas, el sol estaba por caer.

No terminó aquí la actuación de Martinillo, pues según Pedro Pizarro, estando preso el Inca *“dijo que le llamasen la lengua que quería hablar al Marqués. Venido pues que fue D. Martinillo, le dijo que dijese al Marqués D. Francisco Pizarro que no le matase, y que él daría mucho oro y plata”*²⁴. Aunque se recogió el tesoro, murió el Inca, correspondiéndole al lengua en el reparto del botín un montón de oro y otro de plata que pasaron a integrar las partes del Gobernador Pizarro²⁵. Sin pecar de bien pensados, creemos que la muerte del Inca se efectuó entonces por no estar presente Martinillo. A esas alturas el tallán galopaba en la grupa del corcel de Soto por tierras de Huamachuco. De esto se aprovechó Felipillo, quien embrollando las respuestas del Inca trataba de adular a Almagro. Felipillo estaba temeroso de Atahualpa y resentido con Pizarro; éste le había hecho devolverle una esposa al primero amenazándolo con entregárselo si no lo hacía; Felipillo dio la princesa a Pizarro y éste se amancebó con ella. Entonces fue, comprendámoslo ahora, que Felipe de Tumbes se pasó al Adelantado Almagro. Martinillo no era un fervoroso de Atahualpa ni mucho menos, pero sus traducciones habrían sido veraces y el Inca se hubiera librado de morir, por lo menos, en ese momento.

Ante la deserción de Felipillo, resulta muy explicable que Martinillo se convirtiera en el lengua de confianza del Marqués Gobernador. Con él salió entonces de Cajamarca y entró al Cusco, donde en compañía del mancebo Pedro Pizarro, paje de don Francisco, le correspondió ganar nuevos montos de oro y plata que se juntaron, una vez más, con las partes del Gobernador. Con esta paga no contó por el momento, pues el Marqués se la retuvo al igual que en Cajamarca, pero quedó satisfecho confiando que algún día entraría en su posesión²⁶. Por tal tiempo, siempre al lado de Pedro Pizarro, anduvo en misiones secundarias ordenadas por el Marqués. Entonces fue que ambos conocieron más de cerca el culto a los difuntos, pues un día—por haberlo suplicado un capitán del nuevo Inca—Pizarro los envió ante un muerto a pedirle una mujer. La impresión que recibieron no fue poca y el cronista relató así el episodio: *“el Marqués me mandó a mí que fuese con D. Martinillo, la lengua, a hablar a este muerto y a pedille de su parte le diese la india a este capitán. Pues creyen-*

do yo que iba a hablar a un indio vivo, me llevaron a un bulto de estos muertos donde estaba asentado dentro de unas andas, que así los tenían, y el indio deputado que hablaba por él de un lado, y la india al otro sentado (sic) junto al muerto. Pues llegados que fuimos delante del muerto la lengua le dijo el mensaje, y estando así un poco suspensos y callados el indio miró a la india (entiendo yo que para saber su voluntad); pues después de haber estado así como digo, me respondieron ambos a dos indio e india diciendo que su Señor el muerto decía que fuese, así que llevase la india el capitán ya dicho, pues lo quería el Apo, que así llamaban al Marqués”²⁷.

Después de tan extraña aventura, Martinillo pasó con el Gobernador a Jauja, donde obtuvo nuevo oro y plata que también quedó engrosando las partes del Marqués²⁸. De allí bajó al valle de Pachacamac y asistió a la fundación de la Ciudad de los Reyes. El padre Cobo lo menciona entre los fundadores y añade que entonces se le concedió un solar para que construyera su casa de morada. En el documento figura como “don Martín”²⁹ y precede a Illán Suárez de Carbajal, al licenciado Francisco Martel, al bilbaíno Juan de la Reinaga, al mirobrigense Isidro de Robles y otros españoles importantes. Se descubre, pues, que Martinillo no era un lengua de los tantos: el indiezuelo había escalado mucho en la amistad del Gobernador.

Precisamente por el aprecio logrado, viajó con Francisco Pizarro al Cusco cuando Almagro, con Juan y Gonzalo Pizarro, tenían alborotada la ciudad. La crónica del almagrista Molina no menciona a Martinillo por su nombre, pero deja ver que era “una lengua”³⁰ que el Marqués tenía. Por eso afirma que acalladas las pasiones entre los litigantes (por lo menos aparentemente), “estando las cosas en el estado que habeis oido, conviene a saber los señores del Cusco en parcialidades y los Gobernadores apaciguados y conformes en lo exterior, sucedió que, vuelto el Inca a su casa, donde a dos o tres días fuele dicho que el Marqués estaba enojado con él, y esto procedió de que el Marqués Pizarro tenía una lengua e intérprete, el cual amenazaba de palabra al Inca, porque sentía que no era amigo del Marqués y lo era del Adelantado Almagro; y tenía otra lengua que se llamaba don Felipe, que era gran familiar y amigo del Inca, y entre estas dos lenguas había envidias y con sus pasiones alteraban los naturales, porque cada uno de ellos daba entender a los naturales que su señor era el Gobernador y el que había de permanecer”³¹. Martinillo se tornó perverso a estas

alturas y amenazando de palabra a Manco Inca, le anunció que sería maltratado en breve, “y como el Inca estuviese muy temeroso, tanto que, como ya he dicho, no osaba dormir solo en su casa sin guarda de algún español que le acompañase; un día, en anocheciendo, se ausentó de su casa y se fue secretamente a la posada del Adelantado Almagro”³². Al verlo abandonar su palacio muchos soldados españoles se tentaron de saquearlo y, sin temer las consecuencias, entraron a la real mansión y la vaciaron. Almagro protestó en nombre de Manco, mas el Marqués Pizarro no hizo demasiado caso a la protesta; el resultado fue que el Inca quedó “bien alterado”³³ y Martinillo sin castigo.

Lo evidente a estas alturas es que Martinillo había variado en su pensar. Como tallán seguía siendo enemigo de los Incas del Cusco, pero, a decir verdad, cada día era menos tallán. Ahora tenía ciertos humos de soldado español, vencedor por añadidura, y con ribetes de hidalgo. También necesitaba oro, vale decir, sus partes de los botines de Cajamarca, Cusco y Jauja, pero cada vez que se las pedía al Gobernador éste se encogía de hombros y le decía “que estaba pobre e que lo tenía gastado todo”³⁴. Es verdad que don Francisco le daba muchas cosas, pero el fruto de sus trabajos, eso no. Sobrevino entonces la guerra de Manco Inca, y Titu Yupanqui cercó la Ciudad de los Reyes. Martinillo olvidó los 10,000 pesos que le adeudaba su amo y salió a servir al monarca español con las armas. Debíó hacerlo bien en la guerra, asimismo resultar muy útil en el interrogatorio de los prisioneros quechuas, porque el Marqués —pasada la lucha— lo casó con mujer española: una doña Luisa de Medina, vecina de la capital³⁵.

En eso vino Alonso de Alvarado de los Chachapoyas y el Marqués le encomendó la última expedición al Cusco. Martinillo tuvo que dejar a su esposa —no sería la última vez— y emprender la subida de la sierra. El conquistador Antonio Venero que lo vio servir en esta jornada contará que conforme avanzaba Alvarado, Martinillo “yba en adelante con obra de tresientos yndios descubriendo la tierra y atrayendo los yndios a la obediencia y servicio de su magestad. . . y el dicho Mariscal (Alonso de Alvarado) hazia mucha quenta dél y los naturales le Respetaban mucho”³⁶.

Cuando Martinillo regresó a Lima luego de haber eludido a los almagristas en el puente de Abancay, se sintió un hombre importante. Tenía más fama que ningún indio del Perú. Sus servicios a la Coro-

na eran superiores a los de muchos soldados españoles, el Gobernador lo había felicitado públicamente, todos lo querían: había obtenido más de lo que un indio intérprete podía desear. Pero aquello no podía quedar allí y como el Gobernador no tenía ya qué darle, ahora pediría a la Corona. Ese Rey —al que antes llamaba el Gran Apo de Castilla— sería el encargado de recompensarlo. Comenzó por pedirle una carta de recomendación a Francisco Pizarro, escrito que el Marqués otorgó por medio de su secretario Picado. Allí decía que don Martín había servido en la guerra y que estaba casado con mujer española. Con esta carta en sus manos el tallán pasó a hacer una probanza, para demostrar por medio de testigos lo que decía el Gobernador. Los soldados declarantes no debieron ser escrupulosos, porque —acaso sobornados por el lengua— afirmaron muchas falsedades. Terminada la probanza, la remitió Martinillo al Supremo Consejo de las Indias ³⁷.

Meses después, a comienzos de 1538, el Marqués Pizarro recibió dos cédulas de la Reina fechadas en Valladolid el 19 de octubre de 1537. Decía la primera:

“Adelantado don francisco piçarro nuestro gouernador y capitán general de la prouinçia de la nueua castilla llamada peru: por parte de don martin piçarro, vecino de la cibdad de los Reyes que es en esa prouinçia me ha sido echa relación que él es natural desa tierra e que podrá auer ocho años que se tornó christiano y fue con vos a ella e siempre se halló en la conquista desa tierra y sirvió en ella de lengua e atraxo los caçiques a que ovieren paz a vuestro seruiçio e trabajado e servido en las dichas conquistas con sus armas y caualllo y que con deseo de biuir y permanecer en esa dicha tierra en seruiçio de dios nuestro señor e nuestro se ha casado en ella con muger destos nuestros Reynos como parecía por una ynformación y vuestra carta de que en nuestro Consejo de las yndias se hizo presentación por su parte me ha sido suplicado que en rremuneración de los dichos sus seruiçios le hiziesemos merced de le honrrar su persona mandándole armar cauallero, pues él lo hera en su nación, y dándole armas con que él y sus descendientes fuesen honrrados, lo qual visto por los del dicho nuestro Consejo de las

yndias fue acordado que devia mandar dar esta mi cedula para vos e yo tovelo por bien por que vos mando que os ynformeis e sepays qué calidades tiene el dicho don martin piçarro y si nos ha bien servido y si tiene calidades y persona para honrrarle y constandoos dello y que sus serviçios merecen que le armen cauallero lo hagays que por la presente, si necesario es, vos doy poder para ello. Yo la Reina” 38.

La otra cédula no era menos desconcertante, pues decía que si don Martín Pizarro había servido bien en la guerra, se le dieran indios de repartimiento ³⁹.

Cuando el Marqués se enteró que Martinillo le había sacado la carta de recomendación para alcanzar título de caballero hijodalgo, escudo de armas y repartimiento de indios, debió quedarse boquiabierto. Luego reparó en las patrañas del tallán sobre que hacía ocho años era bautizado, así como que había servido en el primer y segundo viaje del descubrimiento del Perú. Sin duda que entonces don Francisco debió esbozar una sonrisa: al indio sólo le había faltado decir que, por apellidarse Pizarro, era de los buenos de Extremadura. . . Pero el Marqués tenía sus debilidades y —aunque contestó a la Corona sobre que no había méritos suficientes para la hidalguía y el blasón— calló lo concerniente al repartimiento. La última cédula decía que si Martinillo había servido bien en la guerra, que se le dieran indios; don Francisco había otorgado una carta en la que afirmaba tales servicios; luego, la conclusión estaba clara. Y sin reprochar al truhán por la jugada, el Marqués lo invistió con el repartimiento de Huaura, en las salinas de este nombre, al norte de la ciudad de Lima ⁴⁰.

Ahora sí que se cambiaban los papeles para el intérprete, porque a partir de este momento iba a recibir tributo tasado por la autoridad. Antes hubiera podido pedirlo a su antojo, pero desde que se interesó en el asunto el Obispo de Panamá fray Tomás de Berlanga todo era distinto. No dejarían de pesarle al muy pícaro los informes que sobre ello dio al prelado. No en vano éste había dicho del lenguaraz: “*y de secreto yo hablé al lengua o intérprete que es un indio que tyene el governador por ver si los indios querían que les señalasen tributo y dixo que no abya cosa que más deseasen por tener quenta y saber qué avían de dar. . .*” ⁴¹. Ahora, pues, aunque lo del tributo no estaba del todo legislado, gracias a las confidencias de Martinillo, los

abusos se habían hecho difíciles. Por eso el tallán lamentaría sus palabras.

Convertido en vecino encomendero, el tallán empezó por vestir ropa de Castilla y comprar cabalgadura; también a usar espada, arma inherente a los encomenderos del Perú. Ginesa Guillén, mujer de Lope de Alarcón, que lo conoció por este tiempo todavía como "*yndio natural del Reyno del Perú*"⁴², vio después a "*Martin piçarro en auito despañol y con armas y cauillos*"⁴³. Siempre andaba con soldados españoles, pues "*hera muy amigo y aficionado a ellos y vio que se trataba y vestía de su auito y hera muy bien visto*"⁴⁴. Pedro de Salinas, a su vez, lo conoció que "*se trataba en auito despañol y (que) sirbió de lengua con sus armas y cauillos*"⁴⁵. Por último, también lo trató por esos días el soldado Diego de Meneses, quien apreció que el intérprete siempre andaba con el Marqués "*con sus armas y cauillos y tenía su casa poblada y (estaba) casado con muger española y tenía repartiemento y se trataba y trató como español*"⁴⁶. Martinillo, pues, estaba españolizado.

Ocupémonos ahora de la casa y la mujer. Sobre la morada sabemos que era cercana a la Plaza de Armas de Lima y que lindaba con los solares de Juan Fernández y Alvaro Galán⁴⁷. Pretencioso y ensoberbecido con su título de encomendero, debió esmerarse en edificarla de piedra, lamentando no tener escudo de armas que exhibir en el dintel. Lo cierto es que en ella moraba don Martín con su mujer, un criado español nombrado Juan Gutiérrez, una negra esclava llamada Catalina y varias indias de servicio. Doña Luisa de Medina, la dueña de casa, debió ser hembra de humilde condición pero no de baja estofa. Los documentos se esmeran en darle el tratamiento de "*doña*"⁴⁸ y si por su conducta se juzga, desde luego que lo mereció. Al casarse con ella, Martinillo la dotó "*por honrrar su virginidad e linaje en myll pesos*"⁴⁹, los que se comprometió solemnemente a entregar, según carta de dote que extendió ante el escribano. No se los pagó jamás, pero se dio el lujo de casarse como hidalgo⁵⁰. Doña Luisa, a la postre mujer de muchos méritos, amó siempre a su marido y le guardó fidelidad a pesar de ciertos deslices post-nupciales que éste tuvo vinculados al sexto Mandamiento⁵¹. El tallán también la quiso y a la hora de testar le agradeció su conducta, mostrándose elocuente sobre su vida conyugal al referirse respetuoso a "*my muger*"⁵²,

a la que mandó cancelar la dote morosa “*por el amor que nos hemos tenydo*”⁵³. Con ella el intérprete vivía feliz, ella tampoco se quejaba.

Pero la paz del hogar se vio turbada por los almagristas que el 26 de junio de 1541 asesinaron al Marqués. Martinillo no figura en los días que siguieron y sólo el 19 de setiembre aparece para ser padrino de bautizo de una hija de Francisco Sales⁵⁴. El silencio se prolonga hasta el 19 de abril del año siguiente, fecha en que la ciudad está otra vez por el Rey. Este día fue el propio Martinillo quien llevó a bautizar a su primogénita a la que, en memoria del Marqués difunto, llamó doña Francisca Pizarro. Le echó el agua en el Sagrario de la Catedral limeña el Obispo Garcí-Díaz, mitrado electo de Quito, antiguo capellán del Gobernador y testigo de su muerte. Fueron padrinos de la cristianada nada menos que el Teniente de Gobernador de la ciudad Francisco de Barrionuevo, el Regidor Diego de Agüero y Marí-Cermeño, mujer remotamente emparentada a los Pizarro, a la sazón esposa del inglés Tomás Faler. Como se puede apreciar, los compadres fueron de primera⁵⁵.

Luego de esto entró a Lima el nuevo Gobernador don Cristóbal Vaca de Castro y Martinillo se le allegó prestamente ofreciéndose a servirle de intérprete. Con este gobernante subió a la sierra y cerca de Huamanga, el 16 de setiembre de 1542, participó en la batalla de Chupas. Iñigo López Carrillo, soldado antiguo del Perú, recordaría veinticuatro años después que vio al tallán tomar parte en el encuentro vestido como español, embrazando armas y cabalgando equino. En otras palabras, que el indio se portó como encomendero cabal y que, por ello, mereció que a sus indios de Huaura añadiera Vaca de Castro otros en el valle de Huarmey⁵⁶.

No sabemos quién llevó la nueva de la victoria a Trujillo de Extremadura, la patria de los Pizarro, pero sí que al anónimo informante siguió en breve don Martín⁵⁷. Viajó en calidad de secreto mensajero: llevaba un recado de Gonzalo Pizarro a su hermano Hernando preso en el castillo de la Mota. Ir, entregar su mensaje y pasar unos días de reposo en Trujillo fue lo que antecedió a la vuelta. Efectivamente, poco después partió para el Perú con el clérigo Diego Martín y un mancebo apellidado Ontiveros. Diego de Trujillo declararía más tarde en el Cusco, que “*sabe e vido que al tiempo quel dicho (clérigo Diego) martín salió despaña, que puede aver el tiempo contenido en la pregunta, Salieron con él los dichos Don Martyn lengua e tori-*

bio de hontiveros”⁵⁸, portando “muchas herramientas y fuelles”⁵⁹. Consta que el clérigo venía por mayordomo de Hernando Pizarro, con el encargo especial de hacer producir más a las minas de éste en el Perú. El embarque del trío en las Muelas de Sevilla fue en extremo pintoresco. El clérigo estaba prohibido de pasar a la Indias por expresa disposición de la Corona, pero en el puerto se despojó de sus vestiduras eclesiásticas y subió al navío en traje de soldado. El mancebo Ontiveros fingía ser su criado español, Martinillo de Poechos el esclavo que tornaba con su amo a Indias. Los tres pícaros fueron a dar al mismo barco que los Oidores de la primera Audiencia de Lima. En otra nave viajaba el terrible Núñez Vela, designado Virrey del Perú. El embarque, para estar más a tono con la picaresca, se hizo frente a las casas de Monipodio⁶⁰.

De vuelta a su tierra perulera, Martinillo halló que su mujer lo esperaba con otra hija. El 26 de abril de 1544 la llevó a bautizar al Sagrario de la Catedral. Como los Pizarros estaban de capa caída esta vez los padrinos de la niña fueron un fulano Palomino con su mujer, así como una Isabel Pérez. Hembra y segundona, no merecía más cumplidos. Se llamó Isabel Pizarro⁶¹.

El tercer fruto de su matrimonio nació en tiempos mejores, en plena Gran Rebelión del Muy Magiéfico Señor Gonzalo Pizarro. Se llamó Agustín y a guisa de mayorazgo mereció ser bautizado nuevamente por el Obispo de Quito. Alegróse mucho Martinillo con el vástago varón habido en “su legítima muger”⁶² y comprometió para el padrinazgo a Lorenzo de Aldana, Teniente de Gobernador de la Ciudad de los Reyes, y al Contador Juan de Cáceres, rebeldes prominentes. La madrina fue Leonor López, mujer del vecindario. La ceremonia se llevó a cabo el 4 de diciembre de 1545, en plena efervescencia gonzalista, lo que dio al bateado cierta distinción. No pudo hacer Martinillo de su hijo un mayorazgo, porque después de tantas alegrías el niño se murió⁶³.

La Rebelión avanzaba y Gonzalo requería sus servicios. Ahora que el Virrey estaba derrotado se pretendía aplastar a Diego Centeno, quien se oponía en el sur. La orden de salir para la sierra era ya cuestión de un día u otro. Pensando dejar sus cosas en regla el tallán sacó a relucir su testamento. Lo había hecho con anterioridad, el 17 de febrero de 1545, ante Diego Gutiérrez, escribano público y de cabildo. El documento, único en su género, termina de perfilar a Mar-

tinillo. En él nuestro biografiado empezaba haciendo la profesión de fe usual a los soldados de esos tiempos, pidiendo luego que se le sepultara en la Catedral de Lima o en la iglesia mayor del pueblo donde lo sorprendiera la muerte. Mandaba a continuación que cada uno de los clérigos de la capital dijese una misa por su alma y en la Catedral se hiciera un novenario de misas rezadas, amén de diez misas en La Merced y otras tantas en Santo Domingo. A la dicha Catedral, al Hospital y a la Santa Cruzada dejaba algunos pesos de oro; seguidamente enumeraba sus deudas a criados, mercaderes, joyeros y zapateros; también lo que se le debía a él —incluyendo los 10,000 pesos del Gobernador Pizarro—; finalmente nombraba albaceas a doña Luisa de Medina, su mujer, y a Cristóbal de Burgos. Finalizado el escrito aparecía la firma del indio, lo que indicaría que no era la primera vez que tomaba la pluma. Resalta así mismo en el documento la relación de sus bienes: además de su casa de morada sabemos que poseía en Lima ocho solares y una chacra río abajo, también habló de “*un caballo que llevo conmygo con su señoría*”⁶⁴. Ahora sí que estaba listo para combatir a Centeno. Por eso dio el testamento a su mujer. Y caballero en mal caballo, armado de punta en blanco, Martinillo fue a la guerra.

Lo que sigue se identifica con la última mentalidad de Martinillo, con su forma mestiza de pensar. Sucedió que vinculado en demasía al Gran Gonzalo, coincidió con él en romper con el Rey español y fundar un reino aparte. El maestre de campo Francisco de Carbajal —no en vano le llamaban *El Demonio de los Andes*— ideó una fórmula diabólica para lograr la unidad de indios y españoles: casar a Gonzalo con una princesa de la casta de los Incas. . . El proyecto contó con muchos entusiastas, pero hubo de frenarse ante las necesidades de la guerra. Antes era vencer, luego vendría el reinar. La primera proyección mestiza del Perú se dejaba para un final de victoria.

No sabemos en detalle el pensar de Martinillo, pero sí que comulgaba con la prosecución de este ideal. Convengamos en que perseguía un Perú libre de Castilla, sólo que sus intereses carecían de noble fundamento. El principio de todo estaría en que el Rey ya no podía darle nada: le había negado la hidalguía caballeresca y un blasón. Gonzalo se los daría. Cuando Gonzalo I reinara, Martinillo sería panguado de su corte, sin duda su intérprete real.

Eran ya los días en que —pasadas las batallas de Iñaquito y de

Huarina— los gonzalistas se preparaban para la campaña final. Todos instaban a Gonzalo para que no tuviera escrúpulos en coronarse Rey pues así lo había hecho Garcí-Jiménez en Navarra y del mismo modo habían comenzado todos los reyes del mundo. Pero Gonzalo volvió a postergar la coronación obsesionado por su triunfo de Huarina. “¡Jesús, que victoria; Jesús, qué victoria!” seguiría exclamando por doquier y pensando ganar una mayor se detuvo en Jaquijahuana. Aquí, el 9 de abril de 1548, dió la batalla a Pedro Gasca. ¡Adiós sueños de realeza! Su testa no había nacido para ser coronada sino para acabar en las manos del verdugo.

Cuando los leales dominaron en el campo empezó la captura de los prisioneros. Fueron tomados muchos españoles, algunos disfrazados de indios. También un indio vestido de español: era Martinillo de Poechos. El ladino se identificó como un intérprete de Gonzalo “a quien él auia seruido de lengua, yanacóna y criado”⁶⁵. Pedro Gasca le creyó y restándole importancia hizo que lo acompañara al Cusco. Allí, el 13 de setiembre de 1548, declaró en una información del clérigo Diego Martín. Confesó tener “*hedad de treinta años poco más o menos*”⁶⁶, pero para no parecer peligroso se negó a empuñar la pluma. Por eso puso el escribano: “*E no firmó porque no sabe firmar*”⁶⁷. Con estas y otras mañas siguió suelto por el Cusco y vinculado a Pedro Gasca, quien en breve lo envió con una embajada a Manco Inca. Esta vez el tallán lo entrevistó sin amenazas y, seguramente, con respeto. El 16 de agosto de 1549 regresó “*el indio don Martín*”⁶⁸ al campamento de Huaynarima con unos enviados del monarca quechua, trayendo el encargo de reclamar a Gasca ciertas tierras que tenían Hernando Pizarro, Peralonso Carrasco y el soldado Setiel⁶⁹.

Pero he aquí que alguien descubrió al Presidente la verdadera identidad de Martinillo y aquel lo metió en la cárcel. Dicen que fue su delator Lorenzo de Aldana, el que venía a ser su compadre. Por esos días la persona del tallán encendería polémicas. Todos sabían ahora que había sido gonzalista, pero algunos lo defendían diciendo que “*se auia criado con el Marqués*”⁷⁰ y que por eso había sido incondicional a los Pizarro; otros aducían que no se le debería pedir cuentas, “*porque siendo yndio y no entendiendo lo que los españoles entienden en estos casos*”⁷¹, las sanciones no regían con él; finalmente, alguno dijo que Martinillo, gracias a sus influencias con los rebeldes

había librado a varios leales de la horca... Todas estas defensas de su persona tenían sus antecedentes. Efectivamente, con anterioridad a la derrota el indio había tenido sus conversaciones con los prisioneros de Gonzalo y haciéndose el ingenuo les llegó a preguntar un día refiriéndose a Gasca: “*este señor que viene de Castilla por apo a qué viene?*”⁷². Al contestarle alguno “*que yba por mandado de su Majestad a persuadir a los españoles... dexasen a Gonzalo Pizarro*”⁷³, Martinillo se hizo el reflexivo y exclamó mañosamente: “*pues que viene a eso bien será serville*”⁷⁴. Entendió el indio haber impresionado con su respuesta a los presos y a partir de entonces, siempre que estaba con ellos, se quejaba: “*¿quando a de venir el apo de Castilla a sacarnos desta cabtibilidad?*”⁷⁵.

Sin embargo de nada le valieron estas tretas ante el Oidor Andrés de Cianca, juez nombrado para castigar a los rebeldes, porque examinado el expediente de su causa, falló tajantemente: “*Don Martín, Lengua, Yndio natural destes Reynos, en doscientos azotes, ciento en el Cusco e ciento en Lima, e destierro perpetuo para Panamá, e perdimiento de bienes e de yndios e por traydor*”⁷⁶. Por primera vez en su vida algo le salía mal a Martinillo.

El primer centenar de ramalazos se lo dieron en el Cusco, para recibir el otro ciento había que viajar a Lima. El viaje lo hizo a pie, maniatado y unido a otros reos con colleras. Acompañado por forzados a galeras —como un nuevo Ginés de Pasamonte— sus espaldas pagaron el resto de la deuda en la Ciudad de los Reyes. Aquí permaneció un tiempo en la prisión, a la espera de barco, transportándose luego los presos al Callao por medio de carretas. Ya en el puerto, Martinillo subió al barco. Se levaron las anclas, se largaron las velas y la nao partió. Atrás, y no es una conjetura, quedó doña Luisa de Medina prometiendo seguirlo. El indio se había puesto de acuerdo con ella para encontrarse en Panamá, tierra enfermiza y pobre donde no habían amistades. Como pícaro que era prefirió cambiar de mundo, aunque no de vida, y no parar hasta Trujillo de Extramadura, donde los Pizarros le darían protección. El tallán debería estar ya deprimido, acaso enfermo cuando tocó Sanlúcar de Barrameda y remontó el Guadalquivir. Lo decimos porque cuando arribó a las Muelas de Sevilla lo hizo en pésimo estado de salud. El intérprete no pudo seguir a Extramadura y antes de que pudiera enterarse Hernando Pizarro —el último que quedaba de los hermanos del Marqués— lo sorprendió la agonía. Poco después arribó desde

Indias doña Luisa de Medina con Francisca, la única hija que le quedaba, pero era demasiado tarde. Ambas “le hallaron muerto en la ciudad de Seviya” 77.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. Días del Castillo, Bernal... *Verdadera Historia de los sucesos de la Conquista de la Nueva España*, cap. XXXVII, en Biblioteca Autores Españoles (Historiadores Primitivos de Indias).— Madrid, Gráficas Carlos-Jaime, 1947.— T. II, p. 31.

2. Herrera, Antonio de... *Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierrafirme del Mar Océano*.— Buenos Aires, Talleres Gráficos Continental, 1945.— Década II, lib. II, cap. XVII, p. 367 del T. II.

3. Arciniegas, Germán... *El Caballero de El Dorado*.— Buenos Aires, Artes Gráficas Bartolomé U. Chiesino, 1950.— Cap. V, p. 88.

4. Fue Francisquillo uno de los muchachos tallanes capturados por el piloto Bartolomé Ruiz en la balsa de mercaderes tumbesinos Pasó con Pizarro a España y volvió en su compañía en el tercer y último viaje. Gutiérrez de Santa Clara lo confunde con Martinillo y lo hace natural de Poechos (*Historia de las Guerras Civiles del Perú*, lib. III, caps. LIII y LV), razón por la que insiste que lo capturó Pizarro en Amotape. Francisquillo debía ser tumbesino, aprendiz de mercader o tripulante incipiente de balsas. Lo cierto es que fue muy regular como intérprete, pero sus servicios casi no se conocen por haber quedado a las órdenes de la guarnición española de San Miguel. Por eso Francisco Pizarro —casi al mismo tiempo que a Martinillo— le dio los indios de Conchina, en Piura, para que se pudiera sustentar con su mujer. Tales indios tributaban 1,200 pesos anuales y a la muerte del intérprete se los compró a su viuda el soldado Miguel Ruiz (Loredo y Mendivil, Rafael... *Los Repartos*.— Lima, Imprenta Miranda, 1958.— p. 268).

5. Fernandillo fue otro de los apresados en la balsa por el piloto Ruiz. También viajó a España y regresó al Perú con el Gobernador Pizarro. El conquistador Antonio de Venero lo conoció y trató en San Miguel de Tangará. En algunos documentos aparece como “don hernando”.

6. Felipillo de Tumbes, como su nombre lo indica, era de esa ciudad junto al Mar del Sur que Pizarro bautizó Nueva Valencia. Todos los documentos insisten en tal cuna, pero los cronistas se esmeran en negarla, llevándonos a confusión. Para Cieza era de la costa de Piura (*Tercera Parte*, cap. XXIV); Zárate lo hace aparecer en la desembocadura del Chira (lib. I, cap. II); Huamán Poma nos dirá que era “yndio guancabilca”, es decir, de la boca del Guayas (fol. 370); Gutiérrez Santa Clara, natural de la isla de Puná (lib. III, cap. LIII); y Gonzalo Fernández de Oviedo se libraré de compromisos señalando que lo encontró Almagro en la costa de la Nueva Castilla (Parte III, lib. IX, cap. IV). Por último, Gómara lo confunde con Martinillo y lo traslada tierra adentro al nombrarlo “Felipillo de Puechos” para denigrarlo después. Nuestra opinión, repetimos, es que Felipillo era de Tumbes, que viajó con Pizarro a España y que regresó con él. La retorcida historia de su vida no entra en la brevedad de esta nota, motivo por el que la dejamos para mejor ocasión.

7. Juanillo de Puerto Viejo fue otro de los muchachos que recogió el Gobernador y nsu segundo viaje, retornando a Panamá. Cuenta Cieza (*Tercera Parte*, cap. XXIV) que se lo obsequiaron los indios de Puerto Viejo. Juanillo, pues, sería el que más relación guardaría con Huamán Poma de Ayala y su intérprete “guan-

cábilca". Parece que murió en España, ya que nadie dice nada de él en el tercer viaje del Gobernador Pizarro. Con Juanillo se habrían completado esos "tres o cuatro muchachos indios de la tierra... que captivaron en las balsas y otros que los indios les daban para que comiesen, creyendo que comían carne humana", según Pedro Pizarro. Cabello de Valboa, a su vez, nos dirá: "y de éstos llevó algunos a España Francisco Pizarro: y aprendieron muy bien la lengua castellana, y servían de intérpretes en este viaje: y por declaración de éstos, iban entendiendo la majestad de la tierra...".

8. Con este nombre figurará el tallán en toda documentación oficial: cédulas reales, relación de repartimientos, libros bautismales y su propio testamento.

9. Romero, Carlos A... Algunos documentos inéditos sobre el Perú colonial, en *Revista Histórica*, Lima, 1943, T. XVI, entrega I y II, p. 131. Parece, por varios documentos, que el verdadero nombre del curacazgo de Maizavilca era Chinchá. El testamento de Martinillo dice claramente: "*maycábilca cacique de chinchá*" y Oviedo lo confirma al decir que Pizarro "en otras tres jornadas de camino por la tierra adentro, la vía de Chinchá... se halló... un pueblo grande, que se llama *Puecho*" (Parte III, lib. VIII, cap. II). El soldado Diego Zapata, en cierta probanza que se hizo, declaró que "conoció al dicho don martyn pizarro y save que fue yndio natural del Perú y a lo que se acuerda del valle de chinchá que está en cabeça de Su Majestad". Chinchá, pues, era un territorio a orillas del Chira o Zuricará, cuya capital era Poechos.

10. *Ibidem*. —

11. La entrega de Martinillo está muy clara en su testamento: "otro sy declaro que a el tiempo que el gobernador don francisco pizarro vino a descubrir estos rreynos *maycábilca cacique de chinchá* dio a el dicho marqués y gouernador que está en gloria a my el dicho don martin para la conqysta destes Reynos... y el dicho don francisco pizarro me Reçibió".

12. Archivo General de Indias de Sevilla (A.G.I.) Justicia 399.

13. Los soldados de la Conquista tenían un subido sentido del humor. Esto fue lo que los movió a tratar como un señor a Martinillo, anteponiéndose el "don". Los demás intérpretes, muchachos como él, tampoco escaparon a esta burla grotesca que hoy no tiene mayor sentido, pero que lo recupera en parte si recordamos que nuestro hombre tenía entonces catorce años.

14. A.G.I. Patronato 114-N 1-R 9.

15. Molina, el Almagrista. Cristóbal de... *Destrucción del Perú*.— Lima. imprenta Miranda, 1943.— p. 50.

16. Cieza de León, Pedro... *La Tercera Parte de la Crónica del Perú*, cap. XLIII, en *Mecurio Peruano*, Lima, mayo de 1957, num. 361, p. 249.

17. Aunque Pedro Pizarro incurre en la confusión de decir que Martinillo fue con Soto a Pultamarca — confusión explicable por saber que allí estuvo Martinillo e ignorar cómo llegó— el presunto Estete no repara en decir —como testigo de vista —que el intérprete de Hernando Pizarro fue don Martín.

18. Mena, Cristóbal de... *La Conquista del Perú*, p. 83, en: Porras Barrenechea, Raúl... *Las Relaciones Primitivas de la Conquista del Perú*.— París imprenta Les Presses Modernes, 1937.—

19. Estete, Miguel... *Noticia del Perú o Relación que del descubrimiento y conquista del Perú hizo el capitán Miguel de Estete al Supremo Consejo de las Indias*.— Lima, imprenta Sanmartí, 1924.— p. 26.

20. Trujillo, Diego de... *Relación del Descubrimiento del Reyno del Perú* —Sevilla, imprenta de la Escuela de Estudios Hispanos Americanos, 1948.— p. 56.

21. *Loc. cit.*

22. López de Jerez, Francisco... *Verdadera Relación de la Conquista del Perú y provincia del Cusco*, llamada la Nueva Castilla: en Biblioteca Autores Españoles (Historiadores Primitivos de Indias).— Madrid, Gráficas Carlos-Jaime, 1947.— T. II, p. 331.

23. Pizarro, Pedro... *Relación del Descubrimiento y Conquista de los Rei-*

nos del Perú.— Buenos Aires, Talleres Gráficos La Mundial, 1944.— p. 41.— Véase también Estete, Miguel... Op. cit. pp. 30 y 31. Este cronista, testigo de vista, confirma la presencia de Martinillo.

24. *Ibidem*, p. 43.

25. El acta del reparto de Cajamarca dice: “*Al Señor Gobernador por su persona y a los lenguas y caballo: 2,350 marcos de plata y 57,220 pesos de oro.*”

26. El acta del reparto del Cusco se refiere a Francisco Pizarro en los siguientes términos: “*por su persona y dos caballos y las lenguas y por Pedro Pizarro su paje*” (Loredo y Mendivil, Rafael... Op. cit. p. 101). Más adelante se saca en claro que lo que correspondió al Gobernador en el Cusco, sólo en plata, fue 6,825 marcos: 1,810 de la mala y los restantes de la buena.

27. Pizarro, Pedro... Op. cit. p. 53.

28. Romero, Carlos A... Op. cit. p. 132.

29. Cobo S.J., Bernabé... *Fundación de Lima*, cap. VIII, en Biblioteca Autores Españoles (*Obras del P. Bernabé Cobo*).— Madrid, Gráficas Orbe, 1956.— T. II, p. 305.

30. Molina, el Almagrista, Cristóbal de... Op. cit. loc. cit.

31. *Loc. cit.*

32. *Loc. cit.*

33. *Loc. cit.*

34. Romero, Carlos A... Op. cit., p. 132.

35. A. G. I. Patronato 114—NI—R9.

36. *Ibidem*.

37. No hemos podido encontrar esta probanza ni la carta del Gobernador, pero suponemos que se hallen extraviados dentro de algún legajo perteneciente al Consejo de Indias, de los existentes en el Archivo de Sevilla. Sin embargo, bien se puede entender su contenido por lo que viene después.

38. Porras Barrenechea, Raúl... *Cedulario del Perú*.— Lima, imprenta Torres Aguirre, 1948.— T. II, p. 340.

39. *Ibidem*, p. 341.

40. A. G. I. Patronato 114-N 1-R-9.— El interés de Martinillo por figurar como juntado al Gobernador Pizarro en su primer o segundo viaje al Perú, fue el de obtener mayores premios. Más tarde repetirá lo mismo en su testamento, siempre con intención de engañar, para que sus descendientes pudieran usufructuar el fraude. No hubo por entonces nadie que lo desmintiera, por lo que el indio propagó su mentira a los cuatro vientos. Cieza de León y Agustín de Zárate, que seguramente lo conocieron, mordieron el anzuelo. Pero Hernando Pizarro, cuando le tocó declarar, dijo lo cierto: Martinillo se había juntado a la hueste, tierra adentro y no en la costa de la mar; el testigo había visto el momento en que el tallán apareció y fue en el pueblo de Poechos. Por otra parte, ninguna crónica ni escrito nos dicen que Maizavilca conocía a Francisco Pizarro del segundo viaje ni que Hernando vio en Trujillo al intérprete en 1529. Martinillo, pues, mentía servilmente guiado por el interés: sabía que conforme pasaran los años sus falsos servicios a la Corona le acrecentarían sus méritos a los ojos de los Consejeros de Indias. Por esto ideó el fraude y persistió en él.

41. Porras Barrenechea, Raúl... *Cartas del Perú*.— Lima, Empresa Editora Peruana, 1959.— p. 196.

42. A. G. I. Patronato 114—NI—R9.

43. *Ibidem*.

44. *Ibidem*.

45. *Ibidem*.

46. *Ibidem*.

47. Romero, Carlos. A... Op. cit., p. 134.

48. A. G. I. Patronato 114—NI—R9.

49. Romero, Carlos. A... Op. cit., p. 133.

50. *Loc. cit.*

51. Consta en los libros de bautizos del Sagrario de Lima que el miércoles 22 de diciembre de 1548 se bautizó un hijo espurio de Martinillo, habido en una india llamada Beatriz: el niño se nombró Francisco. También por el testamento del intérprete sabemos que tenía otra hija ilegítima llamada "anica", habida en una india nombrada María. La niña estaba en el Cusco en casa del capitán Pedro Cermeño.

52. Romero, Carlos. A... Op. cit. p. 133.

53. Loc. cit.

54. Revista del Archivo Nacional del Perú, Lima, julio-diciembre de 1937, T. X, entrega II, p. 232.

55. *Ibidem*. Lima, julio-diciembre de 1928, T. XI, entrega II, p. 224.

56. A.G.I. Patronato 114-NI-R9.— No se sabe exactamente si en este repartimiento de Huarmey o en sus indios de Huaura —en todo caso en uno que tenía por curaca a un yunga nombrado don Pedro— poseyó Martinillo una piara de 360 puercos el año 1545.

57. A.G.I. Justicia 399.— Sobre este viaje a España existe una confusión en cuanto a la fecha de partida. Todo emana de los libros bautismales del Sagrario limeño. Consta allí que el 1º de agosto de 1543 fue bautizada una hija de Diego Gómez, actuando de padrinos "don Martín y su mujer y Melchor Ramírez de Vargas y la Valenciana" (Revista del Archivo Nacional del Perú, Lima, enero-junio de 1939, T. XII, entrega I, p. 106). Esto, a nuestro juicio, es un error, pues a esas alturas estaba Martinillo en España. Debió ser padrino pero haciéndose representar. Por estar ausente de Lima, precisamente, no acompañó el 20 de abril a su esposa doña Luisa de Medina en sacar de pila a una hija de Ginés Sánchez. Entonces doña Luisa actuó junto a Diego González, estando presentes Juan Gutiérrez, Ana Cermeño y otros personajes del mundo social de Martinillo (*Ibidem* p. 104). Decimos todo esto, porque el viaje de regreso lo emprendió el tallán en Sevilla el 3 de noviembre de 1543, en la armada de Blasco Núñez vela. Resulta imposible, pues, que apadrinando una niña en agosto en la iglesia del Sagrario de Lima, zarpe de España, en viaje de retorno, en noviembre del mismo año. Aunque con grandes esfuerzos esto se podía hacer, la verdad es que la mentalidad quinientista de esos años excluía viajes tan desacertados, peligrosos y fatigantes.

58. *Ibidem*.

59. *Ibidem*.

60. *Ibidem*.— Véase también: Zevallos Quiñones, Jorge... *El clérigo Diego Martín, Mayordomo Mayor de Gonzalo Pizarro*, en Revista del Archivo Nacional, Lima, julio-diciembre de 1942, T. XV, entrega II, p. 141.

61. Revista del Archivo Nacional del Perú, Lima, julio-diciembre de 1939, T. XII, entrega II, p. 237.

62. *Ibidem*. Lima, enero-junio de 1940, T. III, entrega I, p. 101.

63. A.G.I. Patronato 114-NI-R9.

64. Romero, Carlos A... Op. cit. p. 134.

65. A.G.I. Patronato 114-NI-R9.

66. A.G.I. Justicia 399.

67. *Ibidem*.

68. Loredo y Mendivil, Rafael... *El Reparto de Guaynarima*, en Revista Histórica, Lima, 1940, T. XIII, pp. 88 y 92.

69. *Ibidem*.

70. A.G.I. Patronato 11-NI-R9.— La razón por la que Lorenzo de Aldana la delató puede verse en el capítulo LVI, de la Primera Parte del Palentino.

71. *Ibidem*.

72. *Ibidem*.

73. *Ibidem*.

74. *Ibidem*.

75. *Ibidem*.

76. Memorial de las personas que fueron condenadas en las Indias e provincias del Perú, sobre la rebelión de Gonzalo Pizarro, por el Licenciado Cianca, Oidor de la Abdiencia Real del Perú e Juez Delegado para ello; en: Mendiburu, Manuel de... *Diccionario Histórico Biográfico del Perú*.— Lima, imprenta Gil. 1935.— T. I. p. 466 (*Apéndice*).

77. A.G.I. Patronato 114-NI-R9.— Doña Luisa de Medina y su hija Francisca se radicaron en Sevilla, donde poco después casó la muchacha con Diego del Campo, Alguacil del Arzobispado, de quien enviudó antes de 1566. El año siguiente estaba en Madrid en casa de doña Ana de Velasco, la esposa del Mariscal Alonso de Alvarado.

— Martinillo de Poechos es el único integrante de la hueste perulera que ha legado su nombre a una isla del Perú. Se trata de la Isla Don Martín al norte de Lima, a los 11 grados, 2 minutos y 30 segundos de latitud septentrional y 80 grados, 0 minutos y 49 segundos de longitud.

EL ESCLAVO NEGRO:

ALONSO PRIETO

El confesar Francisco Pizarro que Alonso Prieto “mi esclavo me ha servido bien e fielmente”¹, era confirmar una carga de confianza y gratitud en nada ajena a la amistad sincera. Pizarro, que a fuer de buen amo arriesgó la vida por salvar la de un criado indio en el río de la Barranca², debió igualmente apreciar la del esclavo africano que tantas veces había jugado su existencia por seguirlo y servirlo largos años en las Indias. Esto último no era cosa de imaginación. Por frases del Gobernador se deduce que Alonso Prieto lo servía con anterioridad a 1524, tiempo en el que lo compartía con Diego de Almagro, el soldado con quien tenía compañía de bienes. En resumen, uno de los bienes de esta compañía era, precisamente, Alonso Prieto³.

Aparte de lo ya dicho poco es lo que se sabe de la vida del esclavo. Como ya hemos señalado el africano era guineo —“alonso negro, mi esclavo”⁴, nos dirá el Marqués—, pero el cromático adjetivo racial y no el padre que lo engendró fue causa del apellido, porque “prieto” derivaba de “apretar” y se aplicaba a todo color muy oscuro que casi no se distinguiera del negro. Si a esto añadimos la condición ulétrica o *apretada* de su cabello —hombre con lana en vez de pelo, podría aseverarnos el Libro de Mandeville— deducimos que tenía el cognomen bien ganado y sin sombra de usurpación. El esclavo Alonso Prieto era doblemente negro: por su raza y por su nombre.

Lo cierto es que gastó más de quince años al servicio de Pizarro, pero también es verdad que ningún servicio en especial podemos sub-

rayar. De todos modos, del lado que se le mirare Alonso Prieto no era un incoloro. Por eso sospechamos que fuera el mismo guineo que acompañando a Pero Martín Bueno, Pero Martín de Moguer y al fulano Zárate, salió de Cajamarca rumbo al Cusco un 15 de febrero de 1533⁵. No pudo pasar de Jauja, porque sus compañeros blancos lo devolvieron a Cajamarca con 107 cargas de oro que hallaron en el país de los huancas, por lo que regresó al punto de partida el 28 de abril del mismo año, portando además la noticia que Hernando Pizarro llegaría en breve, pues lo había entrevistado⁶. Los cronistas no lo llaman por su nombre, se limitan a decir “un negro”⁷ o a repetir “este negro”⁸, sin afirmar ninguno que era esclavo del Gobernador. Cansados de topar con tales imprecisiones, hoy estamos en aptitud de confirmar que la omisión no niega que fuera esclavo de Pizarro, simplemente lo ignora, lo sobreentiende o le resta importancia al hecho. Si algún día se descubre el nombre del primer negro que pisó el valle de Jauja, estamos seguros que se llamará Alonso Prieto, vale decir, será el guineo del Gobernador encargado de contarle la verdad a su tornaviaje. Sin duda por esta fidelidad narradora los tres soldados españoles —que eran lo peor de la hueste— lo despidieron en Jauja pretextando que escoltara el oro.

El tiempo siguió corriendo y el guineo valorándose. En todo este proceso jugó un papel importante la gratitud del Gobernador. Por eso, cuatro años después, en su testamento de 1537, Francisco Pizarro daba libertad a su antiguo y fiel servidor, solicitando a su socio Almagro que también se la concediera, pues con “media libertad” poco podía hacer el africano. El testamento recalca agradecido y de paso compromete, concluyendo el Gobernador de Nueva Castilla en su última cláusula: “que por la parte que tengo en alonso negro mi esclavo le doy por libre e quito de servidumbre e le ahorro e pongo en libertad e doy poder a mis albaceas por que dello le hagan escriptura la qual quiero que valga e haga fee como sy yo mismo la otorgase e Ruego e pido por merced al señor don diego de almagro mi compañero que por los buenos servicios que el dicho alonso negro nos ha hecho e haze que dándole el dicho alonso cien pesos o lo que el dicho señor Gobernador (de Nueva Toledo) quisiere por la parte que en él le cabe le ahorre en la dicha libertad”⁹. Ahorrar era lo mismo que horrar y negro horro era el manumiso o liberto, es decir el que ya no tenía amo por haber cesado su condición de esclavo¹⁰.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. Porras Barrenechea, Raúl... *El testamento de Pizarro*.— París, imprenta Les Presses Modernes, 1936.— p. 49.
2. Zárate, Agustín de... *Historia del Descubrimiento y Conquista del Perú*.— Lima, Imprenta Miranda, 1944.— Lib. IV, cap. IX, p. 121.
3. Busto Duthurburu, José Antonio del... *Francisco Pizarro, el Marqués Gobernador*.— Madrid, Gráfica Mariscal, 1966.
4. Porras Barrenechea Raúl... Op. cit., Loc. cit.
5. López de Jerez, Francisco... *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, en: Biblioteca de Autores Españoles: Historiadores Primitivos de Indias.— Madrid, Gráficas Carlos Jaime, 1947.— T. XXVI, p. 237.
6. Loc cit.— Véase también: Vega Bello, Juan José... *El Negro que llevó un tesoro incaico*, en Revista Histórica, Lima, 1965, T. XXVIII, p. 257.
7. López de Jerez, Francisco. Op. cit. Loc. cit.
Mena, Cristóbal de... *La Conquista del Perú*, en: Porras Barrenechea, Raúl... *Las Relaciones Primitivas de la Conquista del Perú*.— París, Imprenta Les Presses Modernes, 1937.— p. 92.
8. Pizarro, Hernando... Carta a la Audiencia de Santo Domingo, fecha en Santa María del Puerto a 23 de noviembre de 1533, en: Porras Barrenechea, Raúl... *Cartas del Perú*.— Lima, Empresa Editora Peruana, 1959.— Carta LV, p. 83.
9. Porras Barrenechea, Raúl... *El Testamento de Pizarro*, loc cit..
10. Por haber muerto Almagro en el Cusco el 8 de julio de 1538, el esclavo continuó con su "media libertad" al no habérsela doblado el Adelantado en su testamento. Ignoramos si le aprovechó en algo el haber estado hasta entonces al lado de los Pizarro o si, precisamente, esto le deparó la venganza de los de Chile a la muerte del Marqués Gobernador don Francisco. En realidad, la figura del africano se diluye para siempre en el tiempo.

S U M A R I O

INTRODUCCION	9
El Maestre de Campo: Rodrigo Núñez	11
El Alférez Real: Alonso Romero	23
El Alcalde Mayor: Juan de Porras	29
El Capitán de caballos: Juan Mogrovejo de Quiñones	37
El Teniente de jinetes: Pedro Cataño	45
El jinete: Juan de Rojas	57
El infante: Melchor Verdugo	63
El ballestero: Martín de Florencia	139
El artillero: Pedro de Candia	145
El trompeta: Pedro de Alconchel	175
El intérprete: Hernando de Aldana	187
El escribano: Jerónimo de Aliaga	195
El pregonero: Juan García	201
El cronista: Francisco de Fuentes	203
El herrero: Juan de Salinas	219
	331

El carpintero: Juan de Escalante	223
El tonelero: Pedro Palomino	225
El sastre: Pedro del Páramo	227
El barbero: Francisco López	231
El volteador: Hernán Sánchez Morillo	233
El alguacil: Martín Pizarro	241
El alcaide: Ruy Hernández Briceño	255
El maestre de nao: Pero Martín Bueno	259
El marinero: Pero Martín de Moguer	267
El paje: Diego Maldonado	271
El criado indio: Martinillo de Poechos	307
El esclavo negro: Alonso Prieto	327

Esta obra se terminó de imprimir el
28 de setiembre de 1981 en los
Talleres Gráficos P. L. Villanueva
S. A., Reg. Ind. 9796 — Jirón Yauli
1440-50, Chacra Ríos, Lima Perú.
Telf. 23-2440

PUBLICACIONES RECIENTES:

DEL BUSTO, José Antonio
Túpac Amaru. Antes de su rebelión

FIGUEROA, Adolfo
La economía campesina de la sierra del Perú

LEON BARANDIARAN, José
La Sucesión Hereditaria en la Jurisprudencia Suprema

MAC GREGOR, Felipe
Sociedad, Ley y Universidad Peruana

MAYER, Enrique y Ralph Bolton
Parentesco y Matrimonio en los Andes

MARZAL, Manuel
Historia de la Antropología Indigenista: México y Perú

ORTIZ, Alejandro
Huarochirí: 400 años después

TRAZEGNIES, Fernando de
Ciriaco de Urtecho. Litigante por amor

DE PROXIMA APARICION:

BERNEX DE FALEN, Nicole; FLORES DE SACO, Adriana; CORDOVA, Hildegardo
La región: conceptos y realidades

GARCIA BARRON, Carlos
Las Flores del Desierto

FISHER, John
Gobierno y Sociedad en el Perú Colonial. El régimen de las intendencias

Oficina de Publicaciones
Av. Bolívar s/n. Pueblo Libre
Teléfono 622540 - 220
Apartado 1761, Lima 1

